



se

Eva Zamora

# Lo que oculta la verdad

Un misterio escondido en los recuerdos  
olvidados de una mujer

Lectulandia

Una noche, en la ciudad de Nueva York, la detective Úrsula Grechi es atacada de forma violenta por un desconocido. Por suerte, salva su vida, pero su memoria está hecha pedazos. Las heridas sanan con rapidez, pero sus recuerdos van surgiendo en la niebla de su mente como retazos de un pasado desconocido, lastrado por una vida difícil y un gran sentimiento de culpabilidad.

Mientras sus compañeros del Departamento de Policía de Nueva York continúan con la investigación para dar con su asaltante, Úrsula intenta recordar lo que ocurrió esa noche. Todo apunta a que su agresor fue una persona vinculada a su trabajo. Pero ¿quién la odiaría tanto como para desear su muerte? ¿Será tal vez su fuerte carácter italo-americano o la liberalidad en sus relaciones personales lo que ha motivado el rencor asesino en uno de sus compañeros? Su agresor anda suelto y ella parece ser el centro de un juego que ni siquiera comprende porque no recuerda nada. Todos parecen esconder algo, pero ni ella misma puede imaginar cuánto.

**Lectulandia**

Eva Zamora

# **Lo que oculta la verdad**

ePub r1.0

Titivillus 01.02.2018

Título original: *Lo que la verdad oculta*

Eva Zamora, 2017

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A vosotros, mis lectores,  
por ser el aliento  
que nutre mi creatividad.

La vida es como un viaje por mar: hay días de calma y días de borrasca. Lo importante es ser un buen capitán de nuestro barco.

JACINTO BENAVENTE

## Prólogo

A lo largo de mi vida he creído morirme en más de una ocasión. Sí, morirme; habéis leído bien. ¿Entendéis lo que trato de deciros? ¿No? Hablo de la sensación que te produce una inesperada y desgraciada noticia, esa que conlleva un dolor desgarrador que crees que te hará fenecer sin el más mínimo esfuerzo. Sí, esa sensación de vértigo que te hace sentir que el mundo cae sobre ti, su peso te usurpa el aire, te ahoga, y crees que tu corazón llega a su fin, que su latir expira. Ya me comprendéis, ¿verdad? Pues ese espantoso sentimiento yo lo he vivido varias veces. Aunque he ido más lejos, no solo he creído morir; también he estado a punto de hacerlo gracias a un desalmado que deseó hacerme desaparecer de la faz de la tierra. De modo que sí he estado cercana a la muerte, muy próxima. Porque una cosa es «creer que mueres» por un dolor capaz de arrancarte el corazón y otra bien distinta es «estar a punto de morir» a manos de un malnacido. Por infortunio, yo he experimentado ambas formas: «a causa de» y «a consecuencia de». Pero como se suele decir: «Lo que no te mata, te hace más fuerte», y aquí estoy, viva. Viva y queriendo vivir. Mejor dicho, viviendo.

Me llamo Úrsula Grechi. Vivo en la ciudad de Nueva York, soy estadounidense. Es obvio que mi nombre, además de mi apellido, no coincide con mi nacionalidad, se aleja bastante de ella por enclavarse en las raíces italianas de mi padre. El gran Shakespeare fue el responsable de que yo me llame así. Bueno, en honor a la verdad, fue decisión de mis padres, aunque sin duda influenciados por sus grandes obras. *Úrsula* es el nombre de un personaje que aparece en uno de sus libros, del que mi madre se enamoró y prometió poner a su hija, de llegar a tenerla. Y nació yo. Y menos mal que no fui varón, porque de serlo nadie me habría evitado llevar el nombre que le fue otorgado a mi hermano. Una vez más, el elegido fue de uno de los personajes del dramaturgo inglés, de la archiconocida obra que más gustaba a nuestros progenitores: *Romeo y Julieta*. ¿Lo habéis deducido? Exacto, Romeo. También conoceréis el argumento; quién no, ¿verdad? Dos jóvenes enamorados, que a pesar de la oposición de sus familias, rivales entre sí desde tiempos ancestrales —los Montesco y los Capuleto—, deciden casarse de forma clandestina para que nadie pueda separarlos. Una obra que no cuenta con un final feliz. Pues, ironías de la vida, la historia de amor entre mis padres se asemejó en parte a esa obra que tanto admiraban y estuvo abocada al drama gracias a sus familias, aunque no llegó a la tragedia.

Para que lo entendáis mejor, profundizaré en la historia. Allá por el año 1962 mis abuelos abandonaron su Nápoles natal y se trasladaron a Brooklyn (Nueva York) en busca de oportunidades. Mi padre, Giuseppe Grechi Bianco, tenía diez años cuando pisó por primera vez suelo americano. A pesar de vivir en un barrio en el que se concentraban y relacionaban todos los italianos del distrito, cuando mi padre cumplió

los veintiuno estaba por completo integrado a la vida del país. Al contrario que el resto de su familia, él siempre estuvo abierto a relacionarse con todo lo nuevo que lo rodeaba. Era un hombre romántico y sentimental, aficionado a la literatura y la poesía, pero consciente de que era difícil vivir de eso. Así que no se lo pensó dos veces cuando surgió la posibilidad de trabajar como vigilante de seguridad en la Biblioteca Pública de Nueva York, una de las más importantes del mundo. Un magnífico edificio ubicado entre las Calles 40 y 42 con la Quinta Avenida. Un lugar que era un pozo de sabiduría que contenía millones de libros, de historias. Trabajar allí le reportaba un sueldo fijo a fin de mes, además de permitirle continuar en contacto con su pasión. En ese ilustre lugar conoció a mi madre, lectora ávida y compulsiva, visitante asidua y miembro de un importante club de lectura al que mi padre se unió. Se sumó a él con el mismo entusiasmo que le había dedicado a su vida en Nueva York.

Sin embargo, mis abuelos, aun declarándose italoamericanos, no querían mezclar su sangre mediterránea, caliente, con la fría del Pacífico; deseaban mantener puras sus raíces. Por eso cuando mi padre por fin se atrevió a confesarles que estaba enamorado de una neoyorquina con la que quería pasar el resto de su vida pusieron el grito en el cielo, se santiguaron sin parar y se alzaron en armas. Pero mi padre, como buen romántico que era, creyó que el amor triunfaría por encima de todo y decidió casarse con mi madre. Elegirla a ella le hizo perder a su familia. Aunque nunca le importó, siempre dijo que tenernos a nosotros era lo mejor que le había ocurrido en la vida. Y pese a todo lo que pasó después, nunca ha dejado de repetirlo.

Con respecto a la familia de mi madre, al principio ocurrió algo similar, y aunque tras la inimaginable boda, la familia Thompson pareció mostrarse más flexible que los miembros Grechi, todo fue una farsa. De ahí la cercana similitud, en parte, con la obra de Shakespeare. Una tragedia de la que ambos eran lectores y admiradores. Una historia que los llevó a conocerse en una biblioteca, los unió y los enamoró.

Mi apellido paterno deja clara mi ascendencia italiana, algo que no me avergüenza en absoluto, aunque en ocasiones me ha hecho enfadar. Debo reconocer que me he cabreado al toparme con alguien de ideas conservadoras que, tras escucharlo, ha cambiado la cara y me ha mirado como si tuviera la peste, taladrándome con sus ojos censuradores. Algo incomprensible siendo este un país creado, precisamente, por inmigrantes. He llegado a exasperarme teniendo que soportarlos. Admito que en ocasiones he tenido ganas de estrangularlos, si bien nunca he entrado en su juego y he sabido aplacar mi temperamento. Y lo he hecho por una cuestión, porque yo no soy igual de intolerante que ellos. Además, debo añadir a mi contención una razón primordial: mi empleo. Soy agente de policía de la ciudad de Nueva York y mi profesión me lo exige. He jurado velar por los ciudadanos y guardar el orden, no puedo ser la causa de instigar el caos. Como dice mi departamento: «Hay que hacer cumplir las leyes, preservar la paz, reducir el miedo y provocar un ambiente seguro». Y eso es lo que hago porque soy una persona respetuosa e íntegra.

Ahora sé quién soy. Soy Úrsula Grechi y por fin me conozco, quizá como nunca.

Desde la ventana de la doctora Claire Williams fui alejando mis pensamientos y observé la calle, los vehículos desplazándose, los transeúntes andando de un lugar a otro de la acera. Una madre con su hijo pequeño de la mano, otra empujando el carrito de su bebé, una pareja entrada en años paseando, cogidos de la mano, unos adolescentes riendo felices... Por un momento me asaltó la congoja, pero el claxon de los automóviles me devolvió a la realidad, y seguí observando. Contemplé la vida. Una vida que ya había recuperado. O mejor dicho, una nueva vida que me había sacado de la penumbra y me había regenerado. El ruido de la puerta abriéndose hizo que girara la cabeza. La doctora Williams entraba con los correspondientes papeles en la mano.

Minutos después, y tras una afectuosa despedida, abandoné su consulta. Me encontraba pletórica de alegría y me marché despacio, inhalando el aire sin prisa, saboreando la nueva vida que me sonreía feliz, sabiendo cómo quería vivirla. Entré en mi vehículo y puse rumbo al lugar por donde iba a comenzarla, escuchando la melodía de mi nuevo yo. *Libiamo ne'lieti calici*, de *La traviata*, famosa ópera de Verdi, volvió a envolver el habitáculo. Era una canción que de pequeña mi padre me había hecho escuchar hasta la saciedad, hasta casi aborrecerla. Ahora, sin embargo, mi nuevo yo la había declarado su estandarte y quería oírla sin parar. Como decían de forma insistente los intérpretes: «Brindemos». A lo que yo añadí: «Hagámoslo por la vida, por vivir».

*Quince meses antes.*

Intenté abrir los ojos, pero los párpados me pesaban una tonelada. Y no solo los notaba cargados, sentía dolor. En realidad me dolía todo el cuerpo, aunque más la cabeza. Volví a pelear con ellos para levantarlos, quería ver dónde me encontraba. Oía ruidos, pitidos y una voz murmurando; necesitaba descubrir qué era ese lugar.

Con dificultad y despacio, por fin pude abrir un ojo. De inmediato, el otro párpado también empezó a levantarse. La visión que percibía estaba desenfocada, no era nítida. Borroso, enfocado, borroso, enfocado... De esa forma veía la blanca y tenue luz, la aguja clavada en mi piel, de la que salía un fino y alargado tubo que llegaba a un pequeño frasco colgado del cual goteaba un líquido, sin prisa pero de continuo. Al cabo de unos segundos vislumbré la imagen de dos hombres y, tras aguzar la vista, por fin visualicé claro. Estaban sentados en un sofá. Uno, mejor dicho, estaba desparramado por él, parecía dormir. El otro miraba al frente con un rostro que denotaba pena y, manteniendo las manos unidas, susurraba sin cesar lo que parecían plegarias. No sabía quiénes eran, no los conocía. Con lentitud, mis ojos recién abiertos se pasearon por la habitación. Estaba aturdida, no tenía claro qué era ese lugar y por qué me encontraba tumbada en una cama al lado de unos extraños.

—¡Úrsula! ¡Úrsula, hija! —gritó el hombre de semblante triste levantándose, embozándose el rostro con las manos—. ¡Capitán, ha despertado! ¡Úrsula ha despertado! —Zarandeó a su acompañante.

El hombre se acercó a mí con lágrimas en los ojos, me cogió la mano y comenzó a besarla a la par que repetía: «Alabado sea el señor». El otro se levantó del sofá veloz y me regaló una sonrisa.

—¿Por qué estoy aquí? —acerté a decir con la boca seca.

—Porque, porque... —El hombre que me sujetaba la mano rompió a llorar más fuerte.

—Porque te han atacado, Úrsula —respondió el otro, acercándose hasta la cama—. ¿No lo recuerdas?

—Recordar ¿el qué?

—A tu agresor. Lo que sucedió. Alguien te ha atacado —contestó.

—Voy a llamar al médico —dijo el hombre de rostro triste, soltándome la mano y marchándose.

—De acuerdo —respondió el otro. En cuanto nos quedamos solos, me dio un beso en la mejilla—. No sabes el susto que nos has dado, llevas inconsciente más de veinticuatro horas. —Sopló aliviado, pero al segundo cambió su gesto—. ¡Por amor de Dios! —espetó—, ¿qué hacías tú sola por esa zona del East River, y de noche? Por

ese lado del río y a esas tardías horas solo puedes encontrarte con gente indeseable. ¿Acaso no sabes lo peligroso que es? ¿Eres novata en esto? —preguntó, parecía enojado.

—No sé de qué hablas. No recuerdo nada.

—Eso será consecuencia del golpe de la cabeza.

—¿Golpe? —De inmediato me llevé la mano al lugar indicado, estaba vendado. Pero al hacerlo un fuerte dolor en el costado me encogió—. ¡Ay! —me quejé.

—Ten cuidado al moverte, también tienes el cuerpo magullado a golpes —advirtió—. Aunque el de la cabeza es sin duda el más agresivo, alguien te sacudió con excesivas ganas, de ahí que igual no recuerdes nada.

No solo sentía dolor al moverme, además me costaba hacerlo porque estaba tapada con varias mantas. En ese momento el hombre que había salido regresaba junto a otro de bata blanca. De seguido, la puerta volvió a abrirse y entró otro más. Posó los ojos en mí, con cariño, y me saludó en voz baja. Yo lo observé extrañada, igual que al resto, no conocía a ninguna de esas personas que me hablaban de forma familiar.

—Buenas días, señorita Grechi, soy el doctor Taylor. ¿Cómo se encuentra? —me preguntó, observando mis pupilas con una luz.

—No sé. No sé dónde estoy —respondí angustiada.

El doctor paró la exploración y clavó la vista en mí.

—Está en el hospital, ha sido víctima de una agresión.

Doctor, hospital... Eso sí sabía lo que era. Un médico salvaba vidas, y el hospital era el lugar que acogía a los enfermos, el mismo donde me encontraba. Pero no me acordaba de nada de lo ocurrido esa noche, ni de ellos.

—No recuerdo nada —dije observándolos a todos.

—La golpearon violentamente y perdió el conocimiento. Además de las lesiones que sufre, pasó varias horas a la intemperie e ingresó con una leve hipotermia, de ahí todas las mantas —dijo señalándolas—. La eléctrica la retiramos hace unas horas, su temperatura ya era la adecuada. Lleva ingresada más de treinta horas en estado inconsciente, es razonable que sienta algo de confusión.

—Pero es que no recuerdo nada —protesté.

—Que no recuerde lo sucedido es consecuencia del fuerte traumatismo sufrido en la cabeza, no se angustie. Ha tenido mucha suerte, con un golpe de estas características y en semejante zona cuesta creer que esté hablando con nosotros.

—Hija, haz caso al médico y tranquilízate. —El hombre de la cara triste volvió a cogerme de la mano.

—¿Y tú quién eres? —le pregunté.

—Úrsula, soy tu padre —contestó perplejo—. ¿No me conoces?

—Señorita Grechi, ¿qué es lo último que recuerda? —inquirió el doctor.

Me quedé pensando, escarbando, hurgando en mi cabeza... y la encontré vacía. ¡Vacía! Apelé a toda mi memoria e insistí una y otra vez, pero no tenía recuerdos de

mi vida, mi mente era un agujero negro.

—No recuerdo nada —declaré aterrada—. ¡No os conozco, no sé quiénes sois! —Sacudí la cabeza, aunque paré al momento por la terrible punzada que sentí al hacerlo. Entonces contemplé los ojos descajados de los presentes escupiendo incertidumbre, tanta como yo. Si bien, a decir verdad, todos lo hacían excepto los del doctor.

—¿Qué día es hoy? —preguntó el médico con serenidad.

Pensé y pensé, pero no sabía qué día era, ni qué mes, ni qué año...

—No tengo ni idea.

—Es miércoles, veintiocho de marzo del 2016 —respondió—. ¿Recuerda cómo se llama?

Cómo me llamo, cómo me llamo, cómo, cómo... No podía parar de preguntármelo. Cómo me llamaba, quién era, cuántos años tenía... No sabía responder a ninguna de esas cuestiones, no conocía mi identidad. ¡No la conocía! ¡¡¡No!!! Un pánico acerbo me sobrecogió de golpe.

—No lo sé, no lo sé, no lo sé —repetí de carrerilla, con ansiedad, y rompí a llorar.

—Calma, por favor, calma —anunció el doctor.

—Hija, te llamas Úrsula Grechi. Yo soy tu padre, Giuseppe Grechi. Tienes treinta y dos años y trabajas para la policía de Nueva York, eres detective. Tu casa está en Manhattan, pero antes de independizarte vivías conmigo en Brooklyn. Ese ha sido tu hogar hasta hace ocho años.

—No recuerdo nada de eso. —Seguí llorando.

—Úrsula, soy Nikolas Parker, tu capitán. ¿No me recuerdas? ¿No te acuerdas de las broncas que os echo a tus compañeros y a ti? —intentó bromear—. ¿No recuerdas los buenos momentos juntos en el departamento? La sede se encuentra frente al ayuntamiento de Nueva York, un edificio que a ti te encanta.

—¡No! —grité—. No lo recuerdo. No recuerdo nada. Nada de nada.

—Señorita Grechi, cálmese y no se altere, dé tiempo a la mente —me pidió el doctor—. Voy a mandar que le hagan unas pruebas para confirmar que no haya otro tipo de alteraciones, que solo sea una amnesia retrógrada y por lo tanto pasajera. A veces estas cosas ocurren después de un fuerte traumatismo. En un momento vendrán a por usted —aseguró, y abandonó la habitación.

El hombre que había entrado en último lugar seguía mirándome de forma cariñosa y se acercó hasta la cama.

—¡Vamos, Scott, dile tú algo! —exigió el que decía ser mi capitán.

—Úrsula, soy Connor Scott —susurró en voz cálida—. Hemos sido compañeros durante siete años.

—¿Compañeros?

—Sí, somos detectives y trabajamos juntos en el Departamento de Policía de Nueva York. Bueno, trabajábamos juntos —aclaró.

—¿Y ahora ya no?

—No. —Negó con la cabeza—. Desde hace ocho meses estás adiestrando a un pipiolo que el capitán puso en tus expertas manos de detective. —Le lanzó una mirada reprobatoria—. Se llama Sian Cook, ¿te suena ese nombre?

Pensé unos segundos, estrujándome la mente, forzándola, aunque sin resultados.

—No, para nada —respondí tajante. Estaba asustada, agobiada y sobrepasada.

—Y esto, ¿lo recuerdas? —Sacó algo del bolsillo, como una cartera. Los otros dos hombres me miraban expectantes mientras él la abría—. Es tu placa de detective. —Me la dio.

La cogí y la miré con detenimiento, esperando que lograra sacar algo de mi cabeza, traer un recuerdo, algún pequeño detalle, lo que fuera. Era dorada, brillante, con un escudo combinado en azul, y tenía grabadas unas letras y números.

—¿Qué significa NYPD? —pregunté.

—Departamento de Policía de Nueva York; son las siglas —respondió el que decía haber sido mi compañero.

—Uno de los mejores y más importantes departamentos de policía —apostilló el capitán con orgullo—, y al que tú perteneces, Grechi.

—Era tu sueño, Úrsula —añadió el hombre triste, el que dijo ser mi padre—. Nada más acabar la universidad ingresaste en la Academia de Policía de Nueva York. Estuviste seis meses, te graduaste con honores y pasaste a ser agente. Hablabas de ello con tanto entusiasmo. —Suspiró desalentado.

—Pues lo siento, no soy capaz de recodar nada de eso ni quiénes sois vosotros.

—Soy tu padre, Úrsula —anunció el hombre mostrando desesperación.

—Sí, me lo has dicho. Y él mi capitán, que se llama... —No lo recordaba, estaba demasiado angustiada para memorizar nombres.

—Nikolas Parker —dijo él.

—Y yo soy Connor Scott.

—Sí, mi compañero durante siete años, eso me has contado.

—Exacto. Y el resto, aunque no los recuerdes, te mandan un fuerte abrazo. Todos estamos muy preocupados por ti, somos como una familia. Y sobre todo tu actual compañero, Sian Cook, que está hecho polvo. No para de decir que es culpa suya por no haberte acompañado a tu casa.

—¿Por qué debía acompañarme? —Me removí en la cama. Al hacerlo sentí un hondo dolor esparciéndose por mi cuerpo—. ¡Ay! —volví a quejarme.

—Tranquila, debes moverte despacio, hija.

—¿Me vas a contestar, Connor? ¿Por qué debía acompañarme mi compañero? —le exigí tanto con la voz como con la mirada.

—Porque según él no estabas muy bien de ánimo y, al acabar la jornada... —Calló y miró al resto.

—¿Al acabar qué? —insistí con el mismo tono.

—No sé si hablar de ello en este momento es lo más conveniente. —Buscó la aprobación de los demás.

—Oye, no tengo ni idea de nada y necesito recordar, así que no me regatees con las respuestas y cuéntamelo —hablé molesta.

—Pues al acabar el turno... —balbuceó.

—¿Qué? —levanté la voz y sentí retumbar a mi cabeza.

—Hija, yo creo que Scott lleva razón y no...

—¡No! —exclamé, censurándole con los ojos—. Necesito que me lo diga, quiero saberlo, tengo derecho. —El hombre que decía ser mi padre asintió, y yo volví la vista a mi compañero—. Al acabar el turno ¿qué?

—Bebiste... Ibas un poco perjudicada. —Bajó la cabeza. Los otros dos también lo hicieron con resignación, y entre ellos se prolongó un silencio.

—¿Que bebí? —mi pregunta hizo eco en la muda habitación.

—Sí. Aunque no te preocupes, todos lo hacemos en alguna ocasión —respondió Connor—. El que esté libre de pecado que tire la primera piedra, ¿no? —Volvió a mirar a los otros dos, que no dijeron nada—. Lo que ocurre es que Cook siente que te ha fallado, pero dice que por más que insistió no le permitiste acompañarte, y eso no nos extraña a nadie conociendo tu carácter. De modo que le hemos pedido que no se culpe por ello.

—¿Mi carácter? —Arrugué la frente.

—Sí, detective Grechi, su fuerte carácter es conocido por todos —enunció el capitán—. Digamos que es una mujer de armas tomar, y cabezota un rato.

—Vaya —lamenté.

—¡Eh, no se queje! —replicó—. Gracias a ese carácter se ha labrado una buena reputación en el cuerpo.

—Entonces, ¿soy una buena policía? —les pregunté.

—Por supuesto, Grechi —contestó el capitán.

—Y la mejor compañera —añadió Connor sin dudar, exhibiendo una agradable sonrisa.

—Vale, si es así me quedo más tranquila. Espero que prevalezcan mis virtudes más que los defectos. Por desgracia, ahora soy incapaz de recordar nada.

—No te preocupes, estoy seguro de que en unos días te acordarás de todo, hija. —Me dio un beso en la frente.

La puerta se abrió y dos enfermeras entraron en la habitación.

—Disculpen, pero tenemos que llevarnos a la paciente a hacerle una resonancia cerebral —enunció una de ellas—. Aprovechen para tomar un café y estirar un poco las piernas, tardaremos cerca de una hora en volver.

—Sí, iremos a tomar un café, nos vendrá bien. —Nikolas habló por todos, se le notaba que estaba acostumbrado a mandar.

—Vale, salgamos un rato de aquí. —Mi padre volvió a darme un beso, esta vez en la mano.

—Hasta luego, Lula —dijo Connor.

*Lula.* La palabra resonó en mi mente hasta taladrarla. Por unos segundos me

asaltó la boca de un muchacho muy joven, cuya cara desconocía, diciendo ese mismo nombre.

—¿Lula? —pregunté alterada.

—Sí, Lula. Así te llamamos en casa, ¿lo recuerdas? —interpeló mi padre, emocionado.

—No. No lo recuerdo. —Negué con un leve movimiento de cabeza y un pestañeo.

—Yo te llamo así porque tú me lo pediste hace años —agregó Connor.

—Nos tenemos que ir, por favor. —La enfermera los amonestó con la mirada.

—Sí, claro, claro. —Mi padre se adelantó hacia la puerta y el capitán y mi compañero lo siguieron.

Mientras las enfermeras me conducían por el pasillo pensé en el rostro de ese joven muchacho. La imagen se había quedado fotografiada en mi mente y empezaba a labrar efímeros recuerdos. Repetía ese nombre, *Lula*, sin parar de sonreír. Era moreno, con el pelo ensortijado y los ojos verdes, y estaba mellado. Tenía unos carrillos redondos, y al sonreír se le formaba un hoyuelo que se hundía en su mejilla. ¿Quién era? Mi padre acababa de decirme que así me llamaban en casa. Entonces, ¿era un familiar? Y mi madre, ¿dónde se encontraba, porque no estaba aquí? ¿Tenía hermanos? ¿Y el resto de mi familia? Había tres personas en la habitación, pero tan solo una era de mi sangre. ¿Dónde estaban los demás? Una rabia impotente me llevó a llorar de forma violenta. No recordar nada me estaba irritando. No saber quién era ni conocer mi vida era una pesadilla, peor que sufrir una condena.

Durante la larga media hora que duró la resonancia pensé en cada uno de los hombres que estaba en la habitación del hospital, junto a mí. Mi padre peinaba canas y su semblante tenía algún que otro surco consecuencia de la edad. Sus ojos hinchados, pequeños y marrones, detonaban dolor. Pero no un dolor de ahora, por verme así, no; ya lo arrastraba, lo acumulaba. El color de su mirada era mustio, apagado. Además, su forma de vestir denotaba una dejadez patente, una obligación por vivir más que un querer hacerlo, mera necesidad por tapar el cuerpo. Lo deduje al comparar su ropa con la de los demás; decía mucho de su estado anímico. Gritaba que era una persona triste, tanto como lo expresaba su cara. ¿Qué le ocurría a mi padre? ¿Por qué se mostraba afligido y desilusionado?

Dejando a mi padre a un lado, empecé a analizar a Parker y a Scott. ¿Por qué los había llamado por sus apellidos en lugar de por sus nombres? ¿Quizá los llamaba de esa forma? Igual era así aunque no lo recordara. A lo mejor el subconsciente me había llevado a nombrarlos de esa manera; pudiera ser. Al margen de suposiciones, comencé a examinar a Nikolas Parker, un hombre de edad media, puede que cercano a los cincuenta años, aunque no podría asegurarlo. Atractivo pero con un rostro severo en reposo, con el pelo completamente blanco, ojos azul cielo y labios tan finos que el cuidado y canoso bigote que lucía le ocultaba el superior. Era alto y delgado, con un cuerpo que se veía cuidado y un porte autoritario que intimidaba, aunque cuando exhibía su sonrisa resultaba cautivador. Connor Scott también era guapo, debía reconocerlo. Tenía unos ojos muy bonitos, de color verde pardo, pero lo mejor sin duda era su forma de observarte. Su mirada embelesaba, envolvía y abrazaba. Llevaba su pelo oscuro bastante corto, casi rapado, y los labios, al contrario que los del capitán, sí eran gruesos y definidos. Su cuerpo estaba muy musculado, trabajado en el gimnasio. La ajustada camiseta dejaba de manifiesto los destacados brazos y pectorales. Quizás era más atractivo que Parker, además se le veía simpático. Yo debía de tener una relación estrecha con él porque me llamaba Lula, yo se lo pedí, y, según mi padre, solo me llamaban así en mi casa. Estaba claro que teníamos una buena amistad y, sin saber por qué, me alegré. Y con todos esos pensamientos fui llenando mi vacía memoria. El tiempo pasó rápido mientras me hacían la dichosa prueba con la que no podía moverme ni abrir los ojos.

De vuelta a la habitación me sorprendí al encontrarme con dos personas más. ¿Alguno sería de mi familia?, me pregunté con inquietud. Los dos rostros nuevos me sonrieron al llegar, aunque cada uno de manera muy distinta. Por el del más joven corría algo que no acertaba a decir; por el del otro, una mezcla que hacía equilibrios entre el cariño y el resentimiento.

—Hola, Úrsula. Ya sé lo de tu pérdida de memoria pasajera, así que me

presentaré. Soy Gordon Foster.

—¿También eres compañero de trabajo?

—No, tu compañero soy yo —se adelantó a contestar el otro, el más joven—. Soy Sian Cook y quiero pedirte disculpas. Siento mucho no haberte acompañado a tu casa, pero no me dejaste más opción que marcharme. A poco me pateas el culo para que me largara.

—Qué raros esos toscos modales en Úrsula. —El que acababa de presentarse como Gordon sonrió.

—Pues te juro que fue así —aclaró Sian, defendiéndose.

—Hablabas con ironía, muchacho. —Lo miró con desdén—. Conozco de sobra a Úrsula, sé que es capaz de eso y de más.

—¡Ah, vale, señor! —exclamó llevándose la mano a la nuca, un poco avergonzado por no haber captado el sarcasmo de sus palabras.

—¿Y tú de qué me conoces tan bien? —le pregunté a Gordon. Un hombre bien parecido, de unos cuarenta y pocos años, con el pelo rubio oscuro, ojos de un azul casi gris y una pinta de chulo que no podía con ella.

—Es de Asuntos Internos —atajó Sian.

Los ojos de Gordon sepultaron al joven e inexperto detective.

—Muchacho, me ha preguntado a mí, de modo que no sé por qué narices contestas tú. —Puso la mano encima del hombro de Sian, de forma más bien amenazante—. Además, ni siquiera le has dado la respuesta correcta.

El semblante de Sian adquirió un color rojizo al instante. Su cara empezó a hacer juego con su cabello pelirrojo y el sinfín de pecas que le salpicaba la tez. Con ese tono bermejo tiñéndole las mejillas, sus azules ojos resaltaban con fuerza. Para todos los presentes fue evidente el rubor que lo atropelló.

—Es cierto que trabajo para Asuntos Internos, pero soy tu exmarido, Úrsula —me explicó Gordon.

—¿Mi exmarido? ¿He estado casada? —Me quedé boquiabierta.

—Sí, casada y, desde hace tiempo, divorciada.

De pronto, la imagen del niño de pelo moreno ensortijado y mellado llenó mi cabeza.

—¿Tenemos hijos? —pregunté con rapidez.

—No. No nos dio tiempo a ello.

—¿Y eso? —inquirí con ingenuidad, o con mi desconocimiento.

—Evidentemente porque no estuvimos casados lo suficiente para planteárnoslo. —Arrugó los labios.

—¿Y durante cuánto tiempo fuimos marido y mujer?

—Tres meses —contestó rotundo.

—¿Solo? —Levanté la voz aturdida.

—Fue una insensata locura. Mejor olvidarlo —adicionó mi padre.

—Sí, en eso estoy de acuerdo con usted, señor Grechi —asintió Gordon. Mi padre

lo miró enfurruñado—. De ahí que la conozca tan bien. —Se dirigió a mi joven compañero—: ¿Cómo has dicho que te llamabas?

—Sian Cook, señor.

—Pues ahora ya conoces mi relación con la detective Grechi, que va más allá de lo meramente profesional.

—Disculpe, señor.

—Disculpado, Cook. —Le palmeó la espalda—. Pero aprende modales, por favor, no está bien meterse en las conversaciones ajenas.

Sian calló y tragó saliva, nervioso, el movimiento de su picuda nuez lo evidenció. Yo también guardé silencio, la noticia me había dejado turbada. Había contraído matrimonio y solo duró tres meses. Eso era alrededor de doce semanas, algo más de noventa días... Demasiado escaso para un matrimonio, para una pareja que inicia una nueva etapa en su vida. ¡Oh, recordaba eso! Recordaba que un mes tenía entre treinta y treinta un días, y una semana siete. ¡¡¡Lo recordaba!!! Recordaba los nombres de los meses y los días, los de las estaciones, que dos más dos suman cuatro, que cuatro menos uno son tres, que tres por cinco son quince... Sabía leer. Lo estaba haciendo en este mismo momento, mientras miraba la botella de analgésico que acababan de ponerme en el goteo que llegaba a mi sangre. Y también recordé cómo se escribía, de tener ahora mismo un bolígrafo y un papel en mis manos podría hacerlo. Recordaba todo excepto a esas personas que estaban conmigo, a mi padre y compañeros, a cuanto estaba relacionado con mi vida. Incluso desconocía a ese hombre con el que estuve casada durante solo tres meses. Tres cortos meses. ¿Qué había fallado? ¿O quién? ¿Él? ¿Yo? ¿Y cuánto tiempo habíamos estado prometidos? ¿Mucho? ¿Poco? ¿Por qué recordaba unas cosas y otras no? ¿Por qué mi mente había decidido arrebatarme unos recuerdos en lugar de otros? ¿Por qué había elegido desterrar lo más elemental de una persona, sus vivencias? Demasiados interrogantes que despejar, quizás en exceso. Sin embargo, no pensaba preguntar más, al menos no por ahora. Porque después de conocer esa información, que tampoco me había gustado, no deseaba descubrir más por el momento. Casi era mejor vivir en la ignorancia que me regalaba mi selectiva mente.

\*\*\*

Durante unos días me realizaron varias pruebas, un electroencefalograma y una tomografía para descartar cualquier tipo de lesión cerebral que estuviera impidiendo el regreso de mi memoria. En realidad había sufrido dos golpes, uno dado a conciencia por no sabía quién y otro a consecuencia de caer desplomada y golpearme la cabeza contra el duro suelo. Pese a ello y a tener una gran brecha, el traumatismo estaba considerado de carácter moderado; por suerte, el cráneo no había sufrido fractura. Mi padre alegó que eso se debía a lo dura de cabeza que era, aunque capté con rapidez la ironía de sus palabras, que no se referían a mis huesos.

Afortunadamente los resultados clínicos fueron buenos, se encontraban en los parámetros adecuados. No había habido hemorragia interna y el traumatismo craneoencefálico no había afectado a las funciones del cerebro, solo a la pérdida de memoria, algo que todos daban por hecho que iría recobrando poco a poco.

También durante esos días algún compañero más se acercó a visitarme al hospital. Todos lo hacían con la esperanza de que los conociera, que al ver sus rostros recuperase la memoria; sin embargo, y por desgracia, no fue así. Kevin Morgan y James Cooper eran dos afroamericanos, detectives de Narcóticos, que no pararon de contarme chistes a lo largo de la tarde. Me repetían que yo solía reírme mucho con los dos, que siempre los tildaba de payasos y les demandaba chascarrillos y gracias, aunque Kevin insistía en que me lo pasaba mejor con él. Me reí mucho con ellos, en verdad parecían dos bufones, pero no fui capaz de recordar ni una sola cosa. Aunque no lo dijeron, sé que se marcharon un poco frustrados. Les hubiera encantado hacerme recordar algo, por poco que fuera.

También se acercó a verme una pareja cuando menos curiosa. O eso creía yo, que eran pareja, pero al término de la visita pude comprobar que el hecho que yo había supuesto no era así. Ryan Peterson dijo ser mi sargento, un hombre tan estirado que cualquiera pensaría que llevaba el palo de una escoba metido por el culo. Trataba de hacerse el simpático, pero en realidad era un quisquilloso. No le gustaba que le contradijeran, eso le sacaba un carácter un poco irascible. Al menos así lo deduje cuando Samantha Morre, agente destinada a archivos, según me contó, usando su particular sentido del humor le despertó ese lado con presteza, tirándole por tierra toda su fingida simpatía. Solo un par de horas juntos y terminaron discutiendo con saña, mandándose el uno al otro bien lejos y marchándose cada uno por su lado. Después del lamentable espectáculo, el capitán Parker me comentó que no eran pareja y, como había presenciado, no se toleraban y se llevaban peor que un perro y un gato. Agregó que Morre no era la única persona del departamento que no lo soportaba, Peterson no caía bien a muchos compañeros, y esa lista la encabezaba yo. Yo me burlaba de él, sobre todo fuera de servicio, y hasta alguna vez le había dejado en evidencia dentro del propio departamento. Ambos no nos soportábamos, aunque yo no lo recordara. Extrañada y en silencio, me pregunté por qué había venido a verme. No tenía ningún sentido visitar a alguien que no toleras, más sabiendo que el sentimiento por la otra parte es idéntico. El capitán pareció leerme la mente y dijo:

—Si te estás preguntando por qué ha venido cuando no os tenéis ningún aprecio, te daré la respuesta: por mí. Soy vuestro capitán, y así me hace un poco la pelota.

—¿Hacerte la pelota? —pregunté perpleja.

—Exacto, para agradarme. El sargento Peterson sabe que eres una gran detective, alguien importante en el departamento, para la gran mayoría de tus compañeros, para mí... —Hizo una pausa—. Piensa que es lo que le conviene. —Se encogió de hombros—. La agente Morre también lo cree, al igual que el resto, que yo mismo. Y como es una mujer que no tiene pelos en la lengua, lo has podido comprobar, ha

atacado a Peterson. No soporta el interés ni la hipocresía, en eso es calcada a ti.

Lo miré a los ojos, quería preguntarle algo pero no sabía si atreverme, si la respuesta me gustaría o todo lo contrario. Suspiré hondo para armarme de valor, debía conocer la verdad para poder enfrentarme a ella.

—Nikolas, necesito que me despejes una duda.

—Tú dirás.

—¿Tengo buena relación con mis compañeros? ¿Me aprecian? Te lo pregunto para saber si todos han venido por hacerte la pelota a ti, no por mí, porque les importe.

El capitán sonrió tras oír mis palabras.

—A ver, Úrsula, como ya te dije eres una mujer con un carácter fuerte, con mucho coraje, de armas tomar, pero también tienes un gran corazón. —Asintió—. Solo hay que saber tomarte la medida, no cruzar las líneas rojas que te llevan a enojar y no ser un lameculos, algo que tampoco soportas. Cumpliendo esas tres básicas reglas la detective Grechi es una persona maravillosa, pero líbrenos Dios de incumplirlas si no queremos ser lapidados.

Me abordó un suspiro triste, acongojado.

—Entonces soy una intolerante y una borde —me lamenté, descendiendo la cabeza.

—No, para nada —chistó, y me alzó la barbilla para vernos las caras—. Eres una mujer que sabe muy bien lo que quiere y cómo lo quiere, que no soporta que nadie le dirija la vida ni precisa de lecciones de moral de personas falsas que fingen ser lo que no son. Una mujer sincera que mira por ella, pero sin joder a los demás. Una mujer hecha a sí misma —aseguró de forma categórica—. Eres tolerante, respetas las ideas contrarias, pero no compartes las tonterías. No eres impertinente, sino clara. Y exceptuando al gilipollas de Peterson, el resto de tus compañeros han venido a verte porque te aprecian y quieren. ¿Te queda claro? —habló imponiendo autoridad.

—¿Es una orden? —Alcé la vista.

—Sí, tómalo así —afirmó—. ¡Ah!, y una cosa más. No me importa que me llames Nikolas, pero solo cuando estemos a solas, como ahora. Delante de tus compañeros, por cuestión de respeto, de rango, llámame capitán Parker.

En ese instante una imagen fugaz, tan efímera como la duración de un *flash*, llegó a mi mente. Dos rostros. Dos caras difusas. Dos semblantes poco nítidos. Ni siquiera podría atreverme a decir si era de hombre o mujer. Y de nuevo nada, vacío.

—¿De acuerdo? —insistió.

Mirándolo seria, contesté:

—Por supuesto, capitán Parker.

Pasados unos días, y con todas las pruebas médicas a mi favor, llegó el momento de abandonar el hospital. Eso sí, mi memoria andaba anclada en el mismo punto, seguía sin regresar. El doctor Taylor era optimista y decía que entraba en la normalidad después de ese tipo de traumatismos, a pesar de no ser lo más frecuente. Tan solo debíamos esperar unos días para ver de qué forma evolucionaba la amnesia al volver de nuevo a mi entorno.

Mi padre estaba empeñado en que me marchara unos días a su casa, a Brooklyn, algo que a mí no me apetecía nada. Yo ansiaba volver a mi hogar, un lugar que no recordaba dónde estaba ni cómo era. Había algo en mi interior que me chillaba que debía entrar lo antes posible en él, porque estando allí, de seguro mi memoria comenzaría a recordar, o eso quería creer yo. Pero mi padre no estaba por la labor de ceder y nos enzarzamos en una discusión. El doctor Taylor entró en la habitación en el conciso instante de mayor apogeo verbal.

—¿Qué ocurre? Señor Grechi, no altere a la paciente, por favor. —Su tono fue afable pese a denotar regañina.

—Ocurre que esta hija mía es una cabezota, doctor. Habrá perdido la memoria, pero no su fuerte temperamento. —Sonó a reproche—. Tan solo quiero que se venga unos días a mi casa para cuidarla, pero ella se niega. ¡No creo que sea tan descabellado! —espetó—. Usted me dijo ayer que necesita mucho apoyo y yo no quiero que se quede sola. Mi casa es más grande, estará mejor. Su apartamento es una caja de cerillas —protestó mirándome.

—Necesito ir a mi casa, entrar en ella, conocerla, ver si algo de allí me trae recuerdos —repliqué alzando la voz, implorando con los ojos al doctor Taylor.

—Y lleva toda la razón, señorita Grechi. —Asintió—. Es más, lo debe hacer por prescripción médica.

—Pero usted me dijo...

—Señor Grechi —interrumpió el doctor a mi padre—, le dije que requería de mucho apoyo, no que precisara de un guardaespaldas las veinticuatro horas. Su hija necesita retomar su vida, que usted le hable de ella y de sus familiares, mirar en los armarios, observar los adornos de su casa, las fotografías... Incluso escuchar la música que solía oír. Todo eso la ayudará a recordar, y usted puede y debe ayudarla con esas cosas. Pero ella debe estar en su entorno porque será lo que más la ayude a recopilar recuerdos.

—¿Lo ves, papá? No soy ninguna cabezota, tengo mis razones. Las mismas que el doctor comparte conmigo. —Me crucé de brazos frente a él, un poco altiva, vencedora—. Necesito estar en mi ambiente para ver si empiezo a recordar.

Mi padre lanzó al aire una bocanada de hálito.

—Vale, dos contra uno, habéis ganado —dijo, derrotista.

—No es cuestión de ganar, se trata de lo mejor para ella —añadió el doctor—. Aunque tampoco la voy a engañar, señorita Grechi —se dirigió a mí, serio—. Padece una amnesia rara, como ya le dije. Poco frecuente, una pérdida de memoria brusca pero específica, no total. Puede que la recupere de golpe o de forma gradual, la mente es muy caprichosa en ese sentido. Hasta puede que tenga problemas para retener nuevos recuerdos, a lo mejor algo de lo que vaya recuperando vuelva a borrarse.

—De acuerdo. —Mi voz sonó fatalista. Solo pensar que no pudiera volver a tener mis recuerdos me creaba desasosiego, pero si además podía olvidar los que empezaba a recuperar, eso ya me desalentaba.

—Incluso a posterior pueden surgir fluctuaciones del estado del ánimo, como depresión, ansiedad, apatía, irritabilidad..., independientemente de los dolores de cabeza que tendrá durante un tiempo.

—¡Pues qué maravilla! —entoné con cinismo.

—De momento le mando unos analgésicos para los politraumatismos. Aunque su aspecto exterior es mejor, imagino que el dolor corporal persiste.

—Imagina usted bien. —De forma instintiva, al levantarme de la silla, me sujeté las costillas con una mano.

—También le mando una medicación para relajarse. Y aunque la veré en una semana para ver qué tal van los puntos y si es preciso retirarlos, le aconsejo que pida cita con su médico para que él lleve su control.

—Perfecto. —Asentí mientras cogía el informe que el doctor Taylor me tendía.

—A ver si durante estos días empieza a recordar y en su próxima visita me da una alegría. Cuídese.

Lo miré mientras se alejaba hacia la puerta y en mi cabeza saltaba la misma pregunta que me acribillaba.

—Doctor, ¿cómo me encontraron los servicios sanitarios? —Me sorprendió oír mi voz demandando una respuesta. Él, de inmediato, giró sobre sus talones y clavó la vista en mí—. Ya sé que me atacaron; eso lo he oído durante estos días hasta la saciedad —aclaré—. Me refiero a qué tipo de agresión fue, ¿me atracaron?

El doctor Taylor metió las manos en los bolsillos de su bata blanca y se meció con los pies hacia atrás y hacia delante: talón, punta; punta, talón, alargando el tiempo, como si no supiera qué contestar o no quisiera hacerlo.

—¿Por qué no le hace esa pregunta a sus compañeros? —dijo al fin—. Ellos sabrán contestarle mejor que yo, para eso son detectives, ¿no cree?

—El doctor lleva razón, Úrsula, ya lo hablarás con ellos. —Mi padre entró en la conversación de forma acelerada, tratando de interrumpirla. Eso no me gustó.

—¡Oh, por favor, no me venga con esas! —repliqué molesta—. Usted también puede contestarme, es mi médico —me quejé—. Le pido que me diga qué sucedió. ¿Me atracaron? —repetí, pero el mismo silencio anterior apresó la boca del doctor Taylor—. ¿Me violaron? —pregunté con firmeza y decisión, sin saber de qué reducto

de mi cerebro había surgido semejante duda.

El doctor miró primero a mi padre, al cual le temblaban los labios en ese instante, como cuando se está a punto de llorar. Después volvió la mirada hacia mí y, reposando su retina en mi iris, contestó:

—Su falta de ropa indicaba una posible violación, pero el reconocimiento médico lo descartó. —Fue rotundo. Yo respiré con calma.

—Entonces, ¿me encontraron desnuda?

—Hija, por favor...

—No me interrumpas, papá —le corté levantando la voz, sin apartar la vista del doctor Taylor.

—No. —Negó con la cabeza—. Según consta en el informe, el jersey estaba partido, tenía el pantalón bajado y la braga rota, seguramente arrancada de un brusco tirón. Pero, como ya le he dicho, no se hallaron indicios de agresión sexual. ¿Alguna pregunta más?

—No. —Mi firme tono tembló.

—Pues si me acepta un consejo, céntrese en recuperar la memoria, pero no se obceque en esa noche. Si no la recuerda, mejor. Y si precisa de ayuda, no dude en acudir a un psicólogo. A veces es más que necesario después de pasar por una situación traumatizante.

—De acuerdo y gracias —contesté en voz queda, con ganas de llorar.

—Muchas gracias, doctor. La semana que viene nos vemos. —Mi padre y él estrecharon las manos. Después se despidió de mí, pero yo no logré articular palabra. Con un gesto de cabeza, me despedí, y él abandonó la habitación.

\*\*\*

Desde la ventanilla del automóvil contemplaba todo despacio, sin querer perderme el más mínimo detalle por si era el que me ayudaba a recordar. La ciudad, los grandes rascacielos que se alzaban imponentes, como gigantes queriendo alcanzar las nubes; la gente, la marea humana que acelerada se movía de un lugar a otro, la cantidad de turistas de todas las nacionalidades que abarrotaban Manhattan; los vehículos, montones de ellos circulando, tiñendo el asfalto de colores, sobre todo del amarillo chillón de los taxis; las calles, cientos de manzanas y grandes avenidas indicadas por carteles de fondo verde y letras blancas, inundadas de todo tipo de comercios, de museos, de delis... Era una ciudad inmensa que bullía de vida, sin embargo, nada me trajo el más mínimo recuerdo, y mi padre decidió pasar por la puerta del Departamento de Policía de Nueva York, que se encontraba en el bajo Manhattan. Quería ver si recordaba algo viendo el edificio, los coches patrulla, los compañeros, el trasiego de movimiento... Tampoco hubo suerte. Aquella alta construcción de ladrillo inundada de un centenar de cuadradas ventanas no me decía nada en absoluto. Al menos no por ahora. Un poco alicaído, mi progenitor me mostró

el ayuntamiento, que estaba enfrente del departamento, tal como había explicado el capitán Parker. Era un edificio bonito, antiguo pero bien conservado, rodeado por un parque, con una escalinata que acogía en su rellano a unas blancas columnas que presidían su entrada. En la parte alta ondeaban con orgullo las barras y estrellas de la bandera americana. Trece franjas horizontales alternadas en rojo y blanco y cincuenta estrellas blancas de cinco puntas sobre un fondo azul, una por cada estado que formaba la Unión. No entendí el porqué, pero admirándola me sentí henchida de orgullo. No obstante, y pese a gustarme ese sentimiento que de repente me nació, y de parecerme increíble contener retenidos esos datos históricos y nada sobre mi vida, tampoco ese solemne edificio me trajo un solo recuerdo. Pero en su persistencia por ver si la ciudad daba un toque de atención a mi mente, mi padre determinó dar una vuelta grande, casi recorrimos Manhattan al completo. De regreso, ya anochecía.

A punto de entrar en mi apartamento noté al corazón latiendo con velocidad y a la curiosidad agrandándose con cada palpitación. Ambas cosas aumentaron con cada girar de la llave y se elevaron a una cota superior cuando al fin abrí la puerta. Permanecí quieta, observando, sintiendo a los fuertes latidos expandirse hasta mis oídos, hasta alcanzarme las sienes. Desde luego, mi padre no estaba falto de razón: mi casa era una auténtica caja de cerillas. Un salón-cocina-habitación, todo junto. Tan solo un mero tabique aislaba el cuarto de baño del resto de la vivienda. Era tan minúsculo que incluso la habitación que había ocupado en el hospital resultaba casi más grande que él.

—Te pongas como te pongas, esta noche la voy a pasar aquí. —El tono de mi padre evidenció no dar lugar a réplica. Era absurdo discutir y no me veía con fuerzas para hacerlo.

—Vale. Aunque no sé dónde vas a dormir. —Paseé la mano por la tapicería del sofá, despacio.

—Donde sea, en el sillón o en una silla. No voy a morirme por pasar una mala noche —siseó—. Y si lo hago, uno menos.

—¡Papá! —le amonesté. No me gustó oírle hablar de esa forma tan catastrofista.

—Es la verdad. Yo soy un viejo al que más pronto que tarde le llegará su día. En cambio tú... —Paró, la voz se le rompió.

—¡Eh, eh! ¿No te irás a poner a llorar? Así no me ayudas, de veras.

—Perdona, hija, perdona, llevas razón. —Se recompuso—. Te quiero mucho, solo es eso, que soy muy sentimental.

Lo estreché en mis brazos, necesitaba sentir su calor. Nos mantuvimos unos interminables segundos así, y de nuevo, y de forma fugaz, una imagen acometió a mi cerebro. Era una mujer, pero no me dio tiempo de verle el rostro.

—Papá, creo que tú y yo tenemos que hablar largo y tendido —avisé al separarnos—. No recuerdo a mi familia. En estos días no ha aparecido por el hospital nadie más que tú. ¿No tengo madre o hermanos?

La garganta de mi padre se volvió a anudar. Las palabras se le trabaron y el dolor

afloró con fuerza por esos ojos con color de mirada mustia.

—Tranquilo, por favor —le pedí.

—Sé que tengo que contarte muchas cosas, pero esta noche no —dijo de forma inexorable, zarandeando la cabeza, entregándome una mirada abatida que imploraba obediencia.

—De acuerdo. —No pude negarme.

—Voy a preparar algo para que cenemos y luego vas a descansar. Mañana hablaremos, te lo prometo, Úrsula.

—Vale, lo haremos mañana —convine con él.

Mi padre suspiró. Suspiró aliviado. Era demasiado obvio como para pasarlo inadvertido.

—Ahora, si te apetece, puedes curiosear un poco. —Señaló el habitáculo—. Aunque seguro que terminas mucho antes de que yo acabe la cena, esto no es muy grande que digamos —anunció con ironía, alcanzando la cocina en cuatro pasos. No pude eludir la sonrisa que me brotó.

La noche se me hizo larga, muy larga, inacabable. Meditaba sin cesar lo que mi padre tendría que contarme, y dándole vueltas a esa cuestión conciliar el sueño se convirtió en una ardua tarea. Casi amanecía cuando mis pesados párpados decidieron caer y sucumbir a la llamada de Morfeo.

Desperté sobresaltada. La imagen del joven moreno de pelo rizado, mellado, sonriendo y repitiendo «Lula» me sobrecogió y sacó del sueño. ¿Quién era ese muchacho? Era un recuerdo, pero ¿de quién? No podía esperar más, requería la información que mi padre tuviera que darme. Miré hacia el sillón donde había pasado la noche; su postura era de lo más incómoda, encogido, con el cuello ladeado, casi retorcido. En el mayor de los silencios me acerqué a él y lo observé. De repente, en mi mente apareció su imagen con muchos menos años, más joven. Estaba llorando. Lloraba embozándose el rostro. Lloraba de manera desconsolada, la tristeza lo desbordaba. Con la misma prontitud que llegó, la efímera evocación desapareció. Mi mente volvió a quedarse oscura, desierta; pero de forma indudable ese recuerdo me había ocasionado un profundo sentimiento de pesar y me tenía temblando. Sentí unas inmensas ganas de consolar a mi padre, de aliviar el dolor que había visionado por breves segundos; uno tan cruel que le desgarraba el alma. Me dejé caer de rodillas y, de manera instintiva, me abrecé a sus piernas. Sin pretenderlo, el llanto me atrapó. Las lágrimas recorrieron veloces el espacio que separaba mis ojos del mentón.

—Úrsula, hija, ¿qué te ocurre? —preguntó asustado, levantándose el rostro.

—Papá, háblame de mi vida, por favor. De nuestra vida, de nuestra familia —le imploré ahogada.

—Vale, vale, tranquila —susurró acariciándome la cara—. Levántate y deja de llorar, te lo ruego.

Le hice caso y me puse en pie a la vez que me secaba el imprevisto llanto.

—¿Te apetece un café?

—Me apetece hablar, lo necesito y me lo prometiste —le reproché.

—Y lo haré, desde luego —advirtió—. Pero hablaremos tomándonos un café. Voy a prepararlo.

Se levantó y se dirigió a la cocina. Su gesto era huidizo, era evidente que no quería hablar, aunque sabía que estaba obligado a hacerlo. Su reacción elusiva, alargando por unos minutos más lo que tanto le demandaba, me hizo sospechar que no iba a encontrarme con nada bueno. Meditándolo, aproveché para guardar la cama en su mueble y hacer del sofá un lugar decente para sentarse.

Cada uno con una taza de café y sentados ante la pequeña y redonda mesa del salón, él tomó mi mano y fijó los ojos en mí; al fin parecía que iba a hablar. Pero por su forma de mover los labios y enmudecer una y otra vez, se notaba que no sabía por

dónde empezar.

—¡Habla, por Dios! —le supliqué, estaba angustiada con la espera.

—Úrsula. Ese es tu nombre.

—Eso ya lo sé, papá. —Mi mirada le reprobó su manera de comenzar.

—¿Y sabes por qué te llamas así? Por uno de los personajes de la comedia romántica de Williams Shakespeare *Mucho ruido y pocas nueces*. —Suspiró apesadumbrado, como si ese arranque fuera el prelude de algo que le causaba padecimiento—. Tú madre y yo nos conocimos gracias a uno de sus libros, ambos adorábamos a ese autor.

—Muy bien, pero ¿eso qué tiene que ver conmigo?

—Déjame que te lo explique desde el principio, por favor —me rogó con los ojos vidriosos. Yo asentí y callé.

—Mi familia es italiana, de la ciudad de Nápoles. Mi padre tenía unos conocidos en Brooklyn que llevaban viviendo cinco años en el distrito y decían estar muy contentos, era un buen lugar. A mi padre le sedujo la idea de buscar nuevas oportunidades y nos mudamos cuando yo tenía diez años. Tengo dos hermanos más, ambos menores que yo. Mi padre era un melómano empedernido y decidió ponernos el nombre de sus compositores favoritos: Giacomo por Puccini, Vincenzo por Bellini, y a mí Giuseppe por el gran Verdi.

Verdi. Giuseppe Verdi. Ese nombre retumbó en mi cabeza llenándomela de un sonido musical. Era un compositor de ópera, lo había escuchado, lo recordaba. *La traviata, Aida, Otello...* Sus composiciones resonaban en mi mente con fuerza.

—¡Lo recuerdo! —exclamé asombrada, contenta—. Recuerdo la música de Verdi.

—¡Eso está muy bien! —expresó mi padre, feliz.

—Pero no recuerdo a tus hermanos, mis tíos —hablé confundida—. Recuerdo la música pero no a ellos. —Sacudí la cabeza.

—Eso es normal, no los conoces. —Arrugó los labios, disgustado—. No puedes recordarlos, cariño.

—¿No los conozco?

—Eso he dicho —contestó—. Llevo sin saber de ellos mucho tiempo, desde antes de que tú llegaras a este mundo. Ni de ellos ni de mis padres. —Me miró afligido—. Casarme con tu madre fue una traición para mi familia, nunca me lo perdonaron.

—¿Traición? ¿Por qué? —La curiosidad y la incompreensión me embargaron.

—Porque tu madre era neoyorquina y protestante, no italiana y católica. —Constrinó los labios, mostrando con ese gesto incomodidad, casi agravio—. Ellos se consideraban italoamericanos, pero no querían perder su sangre ni sus raíces, y mucho menos mezclar sus creencias religiosas. Eran muy cerrados de ideas en cuanto a sus tradiciones y costumbres y no pretendían compartirlas con alguien que las cuestionara o no comprendiera.

—Sigo sin entenderlo —le dije.

—No se puede entender lo inentendible, hija. —Zarandeo la cabeza—. Yo solo

puedo contarte lo que ocurrió.

—Pues cuéntamelo con más detalle, por favor.

Mi padre asintió antes de proseguir.

—Cuando supieron que yo estaba enamorado de tu madre la noticia les hizo rasgarse las vestiduras. No iban a consentir que su primogénito manchara el apellido de la familia con otro extranjero, menos aún con alguien que se alejara de su fe. Cada vez que lo mencionaban se santiguaban sin parar, no en vano eran católicos. —Exhaló una abrupta bocanada de aire que escupía incompreensión—. Daba igual que fuéramos de la misma raza, ellos solo veían que proveníamos de distintos continentes, de diferentes culturas, y no tolerarían el mestizaje de sus genuinos apellidos italianos, mucho menos de sus religiones. Pero el amor que yo sentía por tu madre era muy fuerte y no cedió en su empeño, ni siquiera cuando me advirtieron que, de seguir adelante, sería repudiado.

—¿Te amenazaron? —pregunté asombrada.

—Sí, lo hicieron —contestó, asintiendo de nuevo—. Mis padres no esperaban que yo fuera a hacer lo contrario a lo que ellos deseaban, casi me tenían escogida a mi futura mujer, una joven siciliana amiga de la familia, vecina de nuestro edificio y, por supuesto, católica. Sin embargo, el amor no entiende de nacionalidades, etnias o religiones, y yo amaba a tu madre por encima de todo. No obstante, esa advertencia me llevó a fraguar un plan con el que dar un golpe de efecto. Rogué a Dios para que dicho plan diera resultado y aceptasen a mi enamorada.

—¿Qué plan?

—Casarnos —respondió de forma categórica—. Una fría mañana, y llevado en el más absoluto de los secretos, tu madre y yo nos casamos por lo civil. Lo hicimos igual que Romeo y Julieta, otra de las obras del gran Shakespeare. —Esbozó una sutil sonrisa con el recuerdo, aunque se le borró de inmediato.

—¿Y qué paso? —volví a preguntar. Con cada aclaración que mi padre me ofrecía me invadía una nueva duda.

—Pasó lo que tenía que pasar. —Suspiró apenado—. Mi familia cumplió su advertencia y me repudió, jamás he vuelto a saber de ellos desde entonces. La de tu madre...

—Eso, ¿y mamá? ¿Y su familia? ¿Qué...

—Úrsula, intento contártelo, no me interrumpas, por favor. —Parecía regañarme, y con resignación asentí—. La familia de tu madre tampoco quería oír hablar del tema por el mero hecho de que yo era italiano, uno de tantos que abarrotaban algunos barrios de Brooklyn, y se opusieron a la relación. Aunque tras la inesperada boda, y a pesar de que no les parecía el yerno adecuado, al final, y a regañadientes, claudicaron. Sin embargo, su consentimiento solo fue fingido, toda una farsa. Aceptarme fue una simulación, una treta con la que intentaron separarnos —explicó casi cabreado—. Pero no les funcionó, claro que no. —Su timbre se suavizó, hasta la comisura izquierda del labio se le estiró un poco—. ¿Y sabes por qué? Porque nuestro

amor era grande y fuerte y se afianzó gestando a un hijo, o sea, a ti —habló emocionado—. Entonces, cuando vieron que su artimaña no daría los frutos que esperaban, que tu madre jamás me abandonaría, también le dieron la espalda.

—¿Y mi madre? ¿Dónde está? —le demandé con exigencia, mientras asimilaba la información que me había ofrecido.

—Por segunda vez, déjame que siga contándote todo con orden —me rogó. Volví a callar y afirmé con un movimiento de cabeza, igual que momentos antes.

—Tuvimos dos hijos, tú fuiste la primera, tu hermano era dos años menor que tú y se llamaba...

—Romeo —dije sin pensar. Las palabras se presentaron de pronto en mi boca.

—¿Lo recuerdas? —preguntó exaltado.

—No. No. —Meneé la cabeza—. No tengo ni idea de por qué he dicho ese nombre.

El entusiasmo de mi padre se esfumó en una milésima de segundo, y soltó una larga y afligida bocanada de aire. Después sacó la cartera del bolsillo del pantalón y la sujetó entre las manos.

—Pues sí, se llamaba Romeo. —Calló un segundo—. Murió a los quince años por un estúpido accidente —pronunció con dolor.

—¿¿¿Murió??? —pregunté impactada, llevándome la mano a la boca, sobrecogida.

—Sí —confirmó entristecido, junto a otro suspiro, esta vez preñado de la más genuina pesadumbre.

—Pero ¿cómo? ¿Qué ocurrió? —Mi impaciencia por saber no daba de sí.

Tras las preguntas, el silencio acunó el ambiente. Mi padre sujetó la cartera con una mano y se paseó la otra, nervioso, por el cabello entrado en canas, penetrando por él a la vez que se apretaba las sienes.

—Habla, por favor —le pedí.

—Era dos de julio, un caluroso día de verano, y salió con los amigos. Decidieron bañarse en el East River y... —vaciló antes de seguir—, y una corriente se lo llevó. Murió ahogado. —La voz se le quebró. El daño que le había ocasionado su pérdida se palpaba como algo tangible, material en lugar de espiritual.

—Lo siento, papá, lo siento mucho —dije falta de aire. La noticia me impresionó.

—Fue algo muy duro para todos —gimoteó—. Tú estabas muy unida a él y lo pasaste muy mal —confesó a la par que abría la cartera y sacaba una fotografía que depositó en mis manos—. Este era tu hermano.

Me quedé petrificada observándola. El joven que mostraba era el mismo que se había presentado en mi cabeza en dos ocasiones. El pelo moreno y rizado, los carrillos redondos, la sonrisa de pícaro y el diente mellado. El mismo que me llamaba «Lula» una y otra vez mientras sonreía. Era mi hermano. ¡Mi hermano! Me ahogó la pena, telonera de un repentino llanto.

—Lo he visto en mi mente. Lo he recordado pero sin saber que era mi hermano

—sollocé.

—¡Eh, eso es bueno! Empiezas a recordar —enunció en tono alentador.

—Sí, digo yo —titubeé, mientras me embargaba un instante de inquietud—. ¿Y mi madre? ¿Dónde está? —pregunté por tercera vez, y un pensamiento espantoso me sobrecogió—. ¿También ella está muerta?

Mi padre no habló, solo asintió en silencio y una lágrima le resbaló por la mejilla izquierda. Acerqué mi mano y se la enjuagué despacio. Él levantó la vista y volví a ver ese color en su mirada, el del tormento.

—Tú madre murió casi un año después, lo hizo de pena —respondió y, con la voz temblorosa, añadió—: Nunca superó la muerte de tu hermano. Nunca. —Rompió a llorar.

Lo abracé con todas mis fuerzas. Su llanto se volvió impetuoso, con unas bruscas sacudidas que me zarandeaban entera. No sabía de qué forma aliviarle el dolor tan fuerte que sentía y expulsaba con angustia. Ahora comprendía que le costara tanto hablar de aquello, que hubiera dilatado su explicación por temor a escarbar en los recuerdos. En unos muy lacerantes que despellejaban su alma al tratarlos.

—Desde que tenías dieciocho años solo nos hemos tenido el uno al otro, Lula —prosiguió como pudo—. Precisamente empezamos a llamarte así por tu hermano, desde que comenzó a hablar te llamó de esa forma. A ti te gustaba, te parecía gracioso, y terminamos acortando tu verdadero nombre.

—¿Cómo se llamaba mamá? —le inquirí, volviendo a secarle el llanto que surcaba por sus marcadas arrugas.

—Katie Elizabeth Thompson, aunque yo la llamaba Katy. —De nuevo emitió un hondo suspiro—. Era una hermosa mujer, morena, de ojos verdes, los mismos que sus dos hijos heredaron. Ambos os parecíais mucho físicamente a ella. En el carácter, sin duda, erais más italianos, os asemejabais más a mi familia.

—¿Y eso es bueno o malo? —interpelé dudosa.

—Digamos que a veces era difícil tratar con vosotros, y no sabría decir con quién de los dos resultaba más costoso. —Apretó los labios para contenerse de llorar.

De inmediato sacó otra fotografía de la cartera y me la dio. Era mi madre. Una fotografía de mi madre. Una mujer muy hermosa como acababa de describir él; y yo me parecía a ella. De pronto sentí un abrazo. Los brazos de mi madre me envolvían mientras me decía que no fuera tan testaruda. «Piénsalo y hazme caso, es lo mejor para ti, Úrsula». Las palabras retumbaron en mi cerebro y su imagen lo inundó. Me miraba rogando no sabía qué, pero sus ojos me suplicaban. Me escuché decir «De acuerdo, llevas razón», y la vi sonreír. Se acercó a mi mejilla y me dio un beso. Luego dijo: «Haces lo que debes, hija. Yo me encargaré de todo, no te preocupes». Y de nuevo todo se esfumó.

—¿Recuerdas algo? —me preguntó mi padre, casi ansioso.

—No... Sí... Puede, no sé. —Zarandeeé la cabeza—. Son como trozos de algo pero sin sentido para mí.

—Poco a poco, ya lo verás, hija —aseguró con una sonrisa forzada.

Volví a repasar las palabras que me había dicho, esas que mencionaban nuestro carácter. Por lo poco que había manifestado parecía que mi hermano y yo les habíamos dado quebraderos de cabeza.

—¿Os he dado muchos problemas? —inquirí sin dejar de observar la fotografía, con un ahogo resbalando hasta el fondo de mis entrañas.

—¡No! ¡Claro que no, hija! —contestó—. ¿Por qué preguntas eso?

—No sé... —El nudo que tenía estaba a punto de deshacerse en un mar de lágrimas—. Como has mencionado lo del carácter, y mis compañeros y el capitán también han aludido a él... —Intenté no llorar.

—Úrsula, cariño, eres una persona de ideas fijas, con convicciones propias y sin pelos en la lengua, y eso a veces no gusta a todo el mundo. Pero desde luego que no eres una persona conflictiva. —Me acarició la mejilla con ternura—. Tan solo estás marcada por el dolor de perder a un hermano y una madre, algo que cuesta asimilar y digerir y que cambia a las personas.

—¿Y nunca has sabido de la familia de mamá, ni siquiera después de su muerte? —pregunté desviando la conversación, aunque sin cambiar de tema.

Mi padre agachó la cabeza, parecía avergonzado, como si no fuera capaz de mirarme a la cara para darme la contestación.

—No quisieron saber nada de nosotros desde que tu madre se quedó embarazada de ti. Nada —recalcó—. Estamos solos, Úrsula. Solos tú y yo. Llevamos años estándolo —declaró con amargura.

Me lancé una vez más a sus brazos y nos estrechamos con una fuerza inconmensurable. Yo no recordaba nada de lo que acababa de contarme, tan solo esos meros y vagos retazos que por segundos me invadían la retentiva y que no suponían nada en el actual rompecabezas de mi vida. Porque en eso se había convertido mi vida, en un puzzle falto de piezas. Solo contaba con unas pocas, insuficientes para poder avanzar en su reconstrucción. Estaba mi familia, mis compañeros y un exmarido; y en medio de todos ellos, rodeada por la nada, me encontraba yo. Me apreté a mi padre con desespero, con tanto, que supe que le estaba causando daño, pero aun así él no se quejó. Esperé a que me apartase y entonces respiró profundo, falto de oxígeno. Cuando se restableció cogió las fotografías, las besó y las guardó de nuevo en su cartera.

—Te quiero, cariño —me dijo, besándome en la frente con mucho amor.

Cerca de mediodía sonó el timbre de mi apartamento. Mi padre me preguntó si esperaba alguna visita, yo negué con la cabeza y él se acercó a abrir. Me encontraba cerca de su espalda, el reducido tamaño de la vivienda hacía que todo estuviera próximo. Me pregunté cómo podía vivir allí, en un lugar donde casi faltaba el aire, era frío y deprimente. Cuando la puerta se abrió me asombré al descubrir el rostro del detective Connor Scott, mi compañero durante años, pese a no recordarlo y aunque ya no lo fuera. Traía un gran ramo de flores y, en lugar de alegrarme por el detalle, me pregunté dónde demonios lo iba a colocar en mi escasa vivienda.

—Buenos días, señor Grechi —le saludó—. Venía a ver a Úrsula, a ver cómo va.

—Buenos días, Scott, pasa, por favor —le invitó.

—Hola, Connor —le saludé.

—Hola, Lul... Úrsula —se corrigió, y me entregó el ramo—. Toma, son para ti.

Un maravilloso aroma penetró por mi pituitaria, pero no lo desprendían las flores, lo destilaba Scott, la fragancia que llevaba. Emitía notas florales y marinas, era un olor fresco pero penetrante, dulce, amaderado, que dejaba un rastro idéntico al de un suave viento.

—Muchas gracias, es precioso. —Lo cogí sonriendo, pensando que no era la primera vez que olfateaba ese perfume. De repente supe que su aroma me encantaba—. Espero encontrarle un lugar dónde ponerlo; como ves, aquí precisamente no sobra el espacio.

—Siempre te he dicho que tu apartamento es demasiado pequeño, Lul... Úrsula, perdón.

—No te preocupes, puedes llamarme Lula sin problemas, Connor.

—Entonces tú llámame Scott, como siempre —advirtió.

—¿Te llamo por tu apellido? —Enarqué las cejas.

—Sí, todos lo hacemos en el departamento. —Asintió.

—¿Me llamáis Grechi?

—Así es —confirmó—. Y si yo te llamo Lula se debe a que un día me dijiste que estando fuera de servicio, y solo en ese momento, podía llamarte así. Decías que te gustaba más ese nombre que el de Úrsula.

—¿Y por qué ahora no querías llamarme de esa forma? —pregunté a renglón seguido.

—No sé... —Se encogió de hombros—. El otro día parece que te impactó escuchar ese nombre y no tengo claro si es bueno llamarte así o, dado tu estado, puede confundirte más.

—Chicos —anunció mi padre—, ¿qué os parece si me acerco a por unas *pizzas* y comemos los tres juntos?

—¡Oh!, por mí no se preocupe, señor Grechi. Yo me marcho en un rato.

—Me parece una idea fantástica, papá.

—Entonces ya está todo dicho, Scott, somos dos contra uno. —Le palmeó el brazo.

—De acuerdo, me rindo. Me quedo a comer. —Sonrió, mirándome.

—Voy al Domino's de la calle Church, vuelvo en un rato —avisó, poniéndose el abrigo—. Hay bebida en la nevera. ¡Ciao! —se despidió en italiano.

Estiré los labios a la vez que le veía cruzar la puerta e irse. Luego miré a Scott, que estaba despojándose de la cazadora de cuero. Su aroma se avivó con el movimiento, dejando una estela de fragancia cautivadora. Observé la camiseta blanca de manga corta que dejaba asomar sus morenos y musculados brazos, los mismos que tuve el placer de contemplar en el hospital. Aun sin recordarlo, tuve la certeza de que Scott hacía pesas. Se notaba en exceso, su trabajado cuerpo lo exudaba a chorros.

—Anda, saca algo de beber mientras yo busco dónde poner el ramo —le dije.

—Antes, y aprovechando que estamos solos, quiero decirte algo —habló serio y carraspeó, aclarándose la garganta.

—¿El qué? —La curiosidad se adueñó de mí y dejé las flores encima de la pequeña mesa.

—Le he pedido al capitán Parker llevar tu caso, y le ha parecido bien. Bueno, tu actual compañero también me ayudará, lo llevaremos entre los dos.

—Sian, ¿no?

—Sí, Cook para nosotros. El pobre está fatal, no para de sentirse culpable por no haberte traído hasta aquí.

—Ahora que dices eso, quiero que me respondas a algo y que seas sincero. ¿Vale?

—Dime.

—¿Tan mal estaba cómo para tener que acompañarme?

Scott me miró en silencio y comprobé que dudaba en contestar.

—Responde —le pedí.

Exhalando un chorro de aire, posó las manos en sus caderas, meditabundo. Con esa postura, su trabajado pectoral resaltaba tanto a la vista que era imposible no admirarlo.

—No sé hasta qué punto es bueno darte tanta información de golpe. —Hizo una extraña mueca.

—Contesta de una vez —le exigí.

La mirada de Scott resbaló hasta el suelo con lentitud, y se pasó la mano por la nuca, rascándose. La duda continuaba asaltándole.

—¡Di, ya! —Mi nivel de exigencia subió al de orden. Ordeno y mando.

—Pues sí, ibas bebida —respondió al fin, en voz baja.

—Eso ya lo dijiste en el hospital, no es nada nuevo.

—Allí dije que ibas algo perjudicada, la verdad es que ibas muy bebida.

—¿Estaba borracha? —pregunté casi en un grito, haciendo malabares con la

incredulidad y la estupefacción.

—Sí, esa sería la definición correcta. —Elevó la vista, clavándome su envolvente mirada verde parda.

—¿Bebías siempre o fue algo puntual? —Tomé asiento. De repente el cuerpo me pesaba una tonelada y no me veía con fuerzas para sostenerlo.

—Bebías —contestó con sequedad.

—¿Puedes aclarármelo más? —le reprendí. Precisaba la verdad.

—Cada uno necesita descargar el estrés que conlleva nuestro trabajo...

—Al grano, Scott —le interrumpí cabreada, frotándome nerviosa los nudillos.

—Bebías, te tomabas algunas cervezas, pero en ocasiones te pasabas —reveló—. Eso sí, siempre fuera de servicio, y nadie te juzga por ello. Como ya te he dicho, cada uno busca sus salidas para no volverse loco.

Me quedé muda. No sabía qué decir. Era una persona que bebía, que se emborrachaba, a la que en ocasiones puntuales sus compañeros debían acompañar a casa porque no se sostenía en pie. Pero ¿qué tipo de vida llevaba? Con la pregunta, un escalofrío me sobrecogió.

—Me da igual que bebieras o no; eso no tiene que ver con lo que te ha ocurrido —añadió—. Nadie tiene derecho a atacarte y no voy a parar hasta coger al maldito hijo de puta que lo hizo. No descansaré hasta meterlo entre rejas, te lo juro. —Se sentó y se abrazó a mí. Sus fuertes brazos me comunicaron que estaba tenso, enojado, furioso—. Lo juro, Lula, lo juro —insistió.

Me separé despacio de él y observé que sus ojos estaban vidriosos, cargados del agua que contenía el llanto. Le acaricié la mejilla en un acto de agradecimiento. El hombre que estaba frente a mí quería protegerme, se le notaba en abundancia el afecto que me tenía, lo que le importaba, y eso me hizo sentir bien. Lo vi en su mirada desde el primer momento y como en ningún otro de mis compañeros, ni siquiera el capitán, el que más horas estuvo conmigo en el hospital. Scott me besó el dorso de la mano con cariño y repitió:

—Te juro que no voy a descansar hasta cerrar este caso.

—Intentaron violarme, pero no lo hicieron. Lo sé todo, a pesar de que ninguno de vosotros me contara esa parte —le reproché con dureza.

—Para qué hacerlo si no había ocurrido —se defendió.

—Porque tengo derecho a saberlo, ni más ni menos —aseveré rotunda. Scott terminó asintiendo.

—Llevas razón, lo siento.

—¿Y por qué no llegó a ocurrir? ¿Por qué perder tiempo en desnudarme para nada? ¿Te lo has preguntado? —De forma inesperada, Scott sonrió de forma sutil. Su gesto me abofeteó de lleno y me levanté del sillón tan deprisa que parecía que hubiera sido disparada por un resorte—. ¿Te hace gracia? ¿Te resulta gracioso, imbécil? —pregunté furiosa, atacándole con las formas. Mi estado de ánimo era una montaña rusa, pasaba de la serenidad a la irascibilidad en breves segundos.

—¡¡¡No!!! —clamó asombrado—. ¿Cómo puedes pensar algo así? —Él también se levantó.

—¿Entonces por qué has sonreído? —Lo escudriñé con los ojos.

—Por qué va a ser, por tus preguntas —contestó—. La detective Grechi demandándose respuestas, realizando pesquisas para aclarar el caso. Porque a pesar de haber perdido la memoria tu instinto de sabueso permanece vivo en ti, y eso me ha alegrado. Solo ha sido por eso, joder, Lula —soltó molesto.

Me sentí fatal tras su aclaración, del todo abochornada. Cómo podía haber sacado las garras de esa forma para atacarlo. ¿Sería ese el temperamento italiano del que me había hablado mi padre?

—Perdóname, lo siento. —Resoplé.

Scott me contempló con los ojos abiertos como platos y silbó.

—¡Coño, esto sí que es nuevo! Tú pidiendo perdón. —Silbó una vez más—. Desde luego, nadie puede poner en duda que has perdido la memoria.

—¿Estás siendo sarcástico?

—No, estoy poniendo de relieve una evidencia —respondió—. Tú nunca pides perdón, te cuesta hacerlo. Pasas página pero nunca con un «lo siento».

Volví a sentarme, estaba aturdida. Según iba conociendo cosas de mí, me gustaba cada vez menos la persona que era.

—¿Me estás diciendo que soy una orgullosa?

—A veces —contestó categórico.

—¡Joder, pues qué bien! Debo de ser una maravilla de compañera. —Me cubrí el rostro con las manos, no quería ver nada ni que nadie me viera. Me sentía cabreada conmigo misma.

—¡Eh, eh! —Scott se puso en cuclillas y me retiró las manos—. Eres una buena compañera, ya te dije que la mejor. Pero hasta los buenos tienen defectos, y tú no vas a ser la excepción, detective Grechi. —Me guiñó el ojo—. Pero ¿te cuento un secreto? Prefiero una persona que peque de ser un poco borde y que siempre vaya de frente a un hipócrita lameculos.

—¡Vaya! Si eso es un halago, te lo agradezco.

—Lo es —convino—. Eres mi borde preferida, Lula.

Los dos nos echamos a reír, fue inevitable. Luego Scott se acercó a la nevera, trajo un par de refrescos, me ofreció uno y, tras chocarlos, nos echamos un trago. Cogió una jarra, echó un poco de agua en ella y colocó las flores que me había traído. Ni siquiera había un maldito jarrón en ese apartamento que más bien parecía un zulo. Preferí correr un tupido velo al respecto y alejarlo de mi pensamiento.

Mientras nos tomábamos la coca-cola, le pedí a Scott que me hablara del trabajo, de nuestra relación como compañeros, a ver si eso me ayudaba a recordar algo. Según hablaba me llegaban imágenes sueltas, segundos de cosas que carecían de sentido para mí y que no tenían que ver con lo que él me estaba contando, si bien me indicaban que los recuerdos querían poseer mi cabeza y yo estaba dispuesta a que la

colonizaran.

Casi veinte minutos después, mi padre llegó con un par de *pizzas* y nos sentamos a comer. La conversación que mantuvimos varió de muchas formas, aunque era obvio que ambos intentaban lo mismo: ayudarme. Querían zarandearme la mente, sacudírmela con ganas, con la misma insistencia con que se mueve a una máquina expendedora que se traga el dinero sin entregarte lo solicitado. Querían devolverme los recuerdos de la forma que fuera. Querían y me lo estaban demostrando.

Scott y mi padre se marcharon cerca de las ocho de la tarde y por fin me quedé sola en casa, algo que me apetecía bastante. Agradecía mucho las molestias que mi padre se estaba tomando conmigo, pero yo también necesitaba soledad. Precisaba respirar aire sin tener a nadie a mi lado.

Dando de nuevo otro repaso a lo poco que había en mi apartamento, se me ocurrió ponerme el uniforme, a ver qué sucedía. Pensado y hecho. Me acerqué hasta el baño para contemplarme en el espejo de la mampara, era el único de cuerpo entero. Me sacudió un latigazo desde las cervicales hasta el coxis, un trallazo de nervios, de emoción al ver mi reflejo en la luna. Vestida toda de azul, con la dorada placa en la gorra, réplica de la de mi identificación como policía de la ciudad de Nueva York. Acaricié el uniforme despacio y cerré los ojos durante unos segundos. Al abrirlos, de forma inquietante, recordé unas manos. Unas que me recorrían el cuerpo, mi torso desnudo. Negras y grandes; blancas y peludas; pequeñas y muy cuidadas; curtidas y ásperas... Había de muchas clases, y me asusté. Me asusté mucho. ¿Qué significaba eso? ¿Quién me acariciaba? O mejor dicho, ¿cuántos lo hacían y por qué no veía sus caras? Sentí angustia. Una exacerbada ansiedad que con premura me condujo a la irascibilidad. No me gustaba ese recuerdo, quería borrarlo, que desapareciera, pero por más que lo intentaba no lo conseguía. Me marché corriendo a quitarme el uniforme, casi lo arranqué de mi piel, pero esas manos seguían paseándose por mí y yo me sentía atacada. Le grité a mi cerebro: «Para ya, para, por favor», y de súbito comencé a llorar. Sin embargo, mi llanto no desvanecía el recuerdo; al revés, cuanto más lloraba, más se acrecentaba, más me atropellaba. Ahora no solo veía manos, sino cuerpos. Cuerpos restregándose contra el mío, aunque sin distinguir el rostro de ninguno. Incluso empecé a escuchar jadeos, gemidos de placer, los sonidos del deseo. «Basta, basta, basta...», continué gritando de forma iracunda en medio del sollozo.

Me lancé al sofá con saña, recogí las piernas y acurruqué la cabeza entre las rodillas. Así, en ropa interior, encogida en posición fetal y sintiendo unas profundas punzadas de dolor, lloré cual niño pequeño. Perdí la noción del tiempo encharcada en llanto y no paré de expeler lágrimas hasta lograr desdibujar el angustioso recuerdo que me había magullado el alma.

\*\*\*

El teléfono sonó temprano, a poco más de las ocho de la mañana. Me costó abrir los ojos, como consecuencia natural del largo rato de llanto, y me escocían de forma bárbara, en realidad me ardían. Con ellos entreabiertos descolgué con pocas ganas,

apática, dando por sentado que sería mi padre para asegurarse de que me encontraba bien. Sin embargo la voz que escuché dándome los buenos días era otra, una que me espabiló al momento y que logró que mis párpados se elevaran en plenitud.

—Buenos días, capitán Parker —contesté.

—¿Cómo te encuentras, Úrsula?

—Bien, estoy bien —mentí.

—Me alegro. Y la memoria, ¿cómo va? ¿Hay avances?

—No. Por el momento todo sigue igual —contesté.

Escuché su suspiro a través del auricular, estaba henchido de tristeza.

—Lo siento, de veras. Espero que la recuperes pronto y tenerte en breve por aquí.

—¿Me echan de menos? —Sin saber por qué, temí la respuesta.

—Por supuesto, mucho —respondió sin la menor vacilación.

—¿De verdad? Porque por lo poco que voy conociendo de mí cada vez estoy más convencida de que era una borde.

Un silencio atronó la línea telefónica por unos segundos. Luego el capitán Parker expelió un largo golpe de aliento que me hizo presagiar que la respuesta no iba a gustarme.

—Úrsula, la verdad es que eres una persona que levantas pasiones o aversiones —dijo al fin—. O se te quiere o se te odia, contigo no existe el término medio. Pero puedo asegurarte que más del ochenta por ciento de tus compañeros te aprecian mucho, y yo en especial.

—¿Por qué? —pregunté de inmediato.

—Porque eres una buena detective y siempre vas de frente. ¿Te parece poco?

Vacilé unos segundos antes de contestar.

—No, claro, es un buen argumento.

—Y no es el único —añadió—. Pero no voy a regalarte el oído, a ver si se te va a subir a la cabeza. —Se echó a reír.

—Pues no estaría nada mal llenar mi cabeza con algo, aunque sea con ego, ahora mismo se encuentra muy vacía.

De nuevo el mutismo invadió todo.

—¡Oye, se me ocurre algo! —exclamó el capitán Parker—. ¿Por qué no te pasas mañana por el departamento y nos haces una visita? Eso igual te ayudaba a recordar.

Mi corazón palpitó con celeridad gracias a la sugerencia.

—Me parece una buena idea. Sí, lo haré. —Sonreí.

—Te mando a Cook para que te recoja. A eso de las once estará ahí.

—No, no hace falta, capitán Parker. Iré yo dando un paseo.

—Irás Cook, es una orden, Úrsula —avisó tajante.

—De acuerdo —hablé con implícita obediencia.

—Y una cosa más, en momentos como este, en el que nadie nos escucha, es cuando debes llamarme Nikolas, como antes.

—Vale, Nikolas. Nos vemos mañana.

—Adiós.

\*\*\*

Cerca del mediodía, mientras me preguntaba por qué no tenía ni una sola fotografía de mi familia en ese diminuto apartamento, escuché el timbre de la puerta. Me asusté al oírlo, no esperaba a nadie. Con sigilo, me acerqué y observé por la mirilla. Al otro lado se encontraba un hombre alto, bien parecido, con el canoso cabello tan repeinado hacia atrás que evidenciaba más sus entradas. Lucía una cuidada perilla igual de canosa que su pelo, llevaba gafas e iba ataviado de forma elegante con un traje. Me pregunté si lo conocería, si sería alguien asiduo en mi vida o, por el contrario, ese era el primer momento en el que aparecía en ella. En ese instante, mientras permanecía absorta en mi meditación, aporreó la puerta con los nudillos, sobresaltándome.

—Úrsula, ¿estás ahí? Ábreme, por favor.

Estaba claro que ese hombre me conocía aunque yo no lo recordara, me había llamado por mi nombre. Sentí temor. El miedo me atenazó las entrañas y me hizo dudar entre abrir o no. A fin de cuentas, yo no sabía quién era, me encontraba sola y era una persona muy vulnerable debido a mi amnesia. Las manos empezaron a sudarme y las palabras oscilaron por mis labios, indecisas. De nuevo sonó el timbre, insistente.

—Úrsula, soy el doctor Clark, Arthur Clark. Abre, te lo ruego —reiteró.

¿Doctor Clark? ¿Era mi médico? ¿Médico de qué? ¿Y por qué venía a mi casa? Las preguntas me ametrallaron.

—¿Soy paciente suya? —acerté a decir.

—¡Oh, menos mal! —exclamó aliviado—. Pues claro que eres paciente mía, ¿qué tipo de pregunta es esa? Anda, abre la puerta y déjame pasar.

Dubitativa, giré la llave. Cuatro vueltas de la puerta blindada me separaban de él, y abrí. El doctor Clark sonrió de forma sutil.

—Cuánto me alegro de verte, estaba muy preocupado por ti —dijo—. No has venido a la consulta, no me coges el teléfono, no das señales de vida... No me has dejado más remedio que acercarme hasta aquí. Sigues enfadada, ¿verdad? —Pasó sin ni siquiera ser invitado, sin darme tiempo ni a abrir la boca. Cerré la puerta y me volví hacia él un poco malhumorada.

—Perdone, pero no sé de qué demonios está hablando. Y si se refiere a que no cojo el teléfono móvil, le diré que no puedo hacerlo porque no lo tengo —resolví, cruzándome de brazos frente a él.

El doctor Clark me miró extrañado.

—¿Se puede saber por qué actúas como si no me conocieras? ¿Acaso es una nueva estrategia? —preguntó con matiz amenazante.

—¡Oiga, no estoy actuando! —repliqué molesta—. Hace unos días fui víctima de

una agresión, me dieron un fuerte golpe en la cabeza y he perdido la memoria. —De manera instintiva, me llevé la mano a los puntos de sutura—. No le recuerdo, doctor Clark —aclaré.

—¡Oh, cuánto lo siento, Úrsula! —se lamentó—. No sabía nada, no tenía la menor idea. —Negó con la cabeza, acercándose a mí—. Yo creí que seguías enfadada, y de ahí que trataras de ignorarme. Estabas tan furiosa por lo que ocurrió... —Calló, pensativo—. ¿Y cuándo te atacaron?

—Hace una semana.

—¿El jueves pasado? —preguntó.

—Sí, eso me han dicho —respondí—. El jueves por la noche, cuando regresaba a mi casa. ¿Por?

—Por nada, mera curiosidad. —Se encogió de hombros.

—¿Y por qué estaba furiosa?

—Porque... Porque quería empezar una técnica nueva contigo: sí, por eso te enfureciste. Y... —vaciló, nervioso.

—¿Y qué?

—Y tú..., tú no estabas por la labor. —Sacudió la cabeza—. Quedamos en vernos para discutirlo con calma, pero como no venías ni te localizaba, pensé que no ibas a volver y..., y aún no te he dado el alta, claro. —Intentó estirar los labios, aunque no lo logró, y añadió—: A veces eres una mujer con un temperamento...

—Fuerte —atajé.

—Llámenoslo así —dijo.

—Sí, eso lo he oído decir mucho durante estos días. —Hice un mohín—. ¿Y qué tipo de médico es?

—Soy tu psiquiatra —anunció.

—¿¿Psiquiatra?? —La pregunta retumbó por las paredes de mi minúsculo apartamento. Lo hizo una y otra vez hasta que por fin me golpeó en la cabeza. Recordaba que un psiquiatra trataba las enfermedades mentales, aunque ni siquiera me acordara de que él manejara las mías, las que parecía que tenía—. ¿Voy al psiquiatra? ¿Acaso estoy loca?

—Por supuesto que no estás loca, Úrsula —avisó sorprendido—. Hay una clara diferencia entre el tipo de alteración que tú tienes y la enajenación mental. Todo un abismo —observó serio.

—¿Y cuál es mi tipo de alteración? —inquirí de seguido.

—Sufres de ansiedad, trastornos del sueño y en ocasiones te encuentras depresiva. Lo que se suele denominar una paciente neurótica —explicó de manera profesional.

La noticia me cayó como una jarra de agua fría, gélida, congelada. Iba al psiquiatra. Tenía problemas para conciliar el sueño, falta de sosiego y tendencia al decaimiento del ánimo. En términos psiquiátricos: Una paciente neurótica. ¡Neurótica! ¿Neurótica?

—¿Qué quiere decir exactamente que soy neurótica? —pregunté sin dilación.

—Que padeces neurosis —contestó.

—¿Me lo puede explicar mejor?

—La neurosis es una enfermedad del sistema nervioso caracterizada principalmente por inestabilidad emocional. Es algo que tratándose con medicación y terapia, y poniendo el paciente de su parte, se puede solucionar. No es tan grave como padecer un trastorno psicótico, por ejemplo esquizofrenia o bipolaridad. Ese no es tu caso. —Negó con la cabeza.

—Y yo acudía a su consulta porque soy una neurótica.

—Correcto —afirmó.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace unos ocho meses —respondió—. Te veo dos veces al mes, en ocasiones más. Todo depende de tu estado de ánimo.

Suspiré profundo y me acerqué al sofá, necesitaba sentarme y reposar toda la información volcada, que era mucha e importante. El doctor Clark vino detrás de mí y tomó asiento a mi lado, esperando a que hablara, que dijera algo.

—Ya le he dicho que soy incapaz de recordar nada. —La rabia brotó por mi boca.

—Tranquila, ya lo irás haciendo, seguro. —Intentó calmarme—. Y, por favor, no me llames de usted, entre tú y yo hay la suficiente confianza para tutearnos.

—Vale, ¿y cómo te llamo? —pregunté aturdida. Ni siquiera recordaba su nombre pese a habérmelo dicho.

—Arthur. Llámame Arthur. —Posó su mano sobre la mía y yo la aparté de inmediato, en un puro acto reflejo.

—De acuerdo —dije.

Durante un largo tiempo, el silencio lo gobernó todo: a Arthur, a mí, a nuestras cuerdas vocales y a lo mejor hasta a nuestros pensamientos. No podía saber lo que pasaba por su cabeza, era obvio, pero por la mía solo discurría una cosa: nada. Una nada vacía, abismal, negra. Mi mente estaba desierta. Ni un retazo, ni una imagen difusa, ni un *flash*... nada de nada venía a ella. Lo observé por el rabillo del ojo, estaba cabizbajo, mirando al suelo, también parecía perdido en la nada. De nuevo volvió a acercar su mano a la mía, la posó y la apretó; sin saber por qué, esta vez se lo permití. Alzó la mirada hacia mí, los ojos le brillaban de una forma que no comprendía. No sabía si en ellos había afecto o pena, si se encontraban felices o afligidos; eran oscuros y difíciles de analizar.

—¿Sabes qué? Yo puedo ayudarte a recordar.

—¿Sí? ¿Cómo? —pregunté con cierta euforia.

—Pásate por mi consulta y charlaremos de tu vida. Si yo te refresco la memoria contándote lo que tratábamos en las sesiones, quizás eso actúe como un imán y atraiga los recuerdos a tu mente.

—¿Tú crees? —La ansiedad me consumió.

—No lo puedo asegurar, pero habrá que intentarlo.

—Llevas razón. —Asentí.

—¿Te pasas mañana?

Recordé que había quedado con el capitán para acudir al departamento; esa visita también podía ayudar a mi memoria y yo rezaba porque el milagro sucediera.

—No, mañana voy a ir a ver a mis compañeros. Quizás estar en mi lugar de trabajo también espabile a mi memoria.

—Bien pensado, sí —admitió—. ¿Entonces pasado mañana?

—Perfecto —respondí.

—Toma, mi tarjeta para que sepas a dónde debes acudir. —Sonrió mientras yo la cogía. Nos levantamos y, sin añadir más, nos dirigimos a la puerta. Al llegar a ella la abrí, pero de súbito él la cerró de una forma casi intimidatoria. Lo miré a los ojos y sentí miedo, en ese momento su mirar era dominador—. Solo una cosa más, y lo digo por ti, porque no lo recordarás, que conste. Según tú, nadie sabía que acudías al psiquiatra, no querías que tus compañeros pensaran que estabas loca y eso te llevara a tener problemas en el trabajo. Ahora tú sabrás si quieres que lo sepan o no, te recuerdo que estás amparada por el secreto profesional y yo no voy a desvelar nada.

—¿Nadie? ¿No lo sabe nadie? —pregunté aturdida.

—Eso te he dicho.

—¿Mi padre tampoco?

—Sí, él es el único que lo sabía. —Asintió.

Pensé unos breves segundos y respondí:

—Entonces mejor seguir así, mantendré a mis compañeros al margen. Gracias por decírmelo. —Volví a abrir la puerta, con decisión, y acto seguido él salió.

—Nos vemos sobre las doce. Adiós, Úrsula.

—Adiós, Arthur. —Cerré la puerta con rapidez.

Me senté en el sofá, recogí las piernas bajo mis brazos y comencé a repasar la conversación mantenida con el doctor Clark, o Arthur, como quería que lo llamara y como parecía que lo hacía habitualmente. Yo era una persona con problemas de ansiedad, una neurótica. ¿A qué se debía? ¿Era por mi trabajo? ¿Por eso bebía como me dijo Scott, para olvidar mis problemas? ¿Y cuáles eran esos problemas? ¿Se debían a la pérdida de mi madre y hermano? ¿A mi fallido matrimonio? ¿A todo junto? ¿Por eso era una persona impertinente? ¿O estaba amargada y en consecuencia era una borde? Creí que la cabeza iba a estallarme con tanto debate emocional y decidí ir a darme una ducha, necesitaba despejarme o terminaría tirándome por el balcón. Mejor dicho por la ventana, mi reducido apartamento ni tan siquiera tenía ese pequeño espacio exterior.

La tibia agua se deslizaba por mi cuerpo arrastrando con ella la angustia que estaba viviendo. Cada aspecto que iba conociendo de mí no me gustaba, no lo entendía o me asustaba. Pero hasta el momento todo eran hilos sueltos, pequeñas hebras incapaces de agrupar las fibras para confeccionar la maraña de mis recuerdos, desenhebradas de la aguja que debía tejer mi vida. Todo era confuso, inquietante y hasta intimidante. Tras largos minutos, la ducha ejerció sobre mí su papel de bálsamo

reconstituyente, reparador; el sosiego empezaba a poseerme. Pero cuando parecía que mi mente se relajaba, que me encontraba restablecida, de nuevo aparecieron esas manos recorriéndome el torso, los gemidos que anunciaban placer, los cuerpos envueltos en sudor... No me resultaba un recuerdo agradable; todo lo contrario, era uno embravecido, igual que una exaltada ola rompiendo contra mí, con brusquedad, haciéndome daño. Y el recuerdo se hacía mayor, crecía como el mar en una tempestad, me zarandeaba, me engullía, me arrastraba... Cada vez lo percibía con más fuerza y vigor, era más vivo. El detrimento que me ocasionaba me agotaba, mermaba mi energía, mi resistencia... Terminé sentándome en la ducha y, mientras el agua repiqueteaba sobre mí sin cesar, lloré de nuevo. Lloré por tiempo indefinido. Derramé tantas lágrimas que creí que el manantial de mis ojos, después de ejercer de cascada, se habría secado para siempre.

Convencí a mi padre para que no me acompañara al departamento de policía; quería ir sola, necesitaba hacerlo así, y a regañadientes, claudicó. Aunque no accedió a pasar un día más sin verme porque pensaba acercarse a mi casa sobre las cinco de la tarde para cenar conmigo. Fue rotundo. Más que una sugerencia resultó una exigencia, y me rendí a sus propósitos sin la menor oposición. Además, había una cuestión que debíamos seguir tratando y que era ineludible: mi vida.

Me vestí con unos *jeans*, un jersey granate entallado, botas negras tipo militar y una cazadora marrón de cuero. Me miré en el espejo de la mampara unas cien veces, intentado conseguir que la ropa me diera algún tipo de información, con la esperanza de extraer un recuerdo, una pequeña visión, cualquier cosa..., pero nada. Blanco, vacío. Ni tan siquiera las prendas que acogía mi pequeño armario habían logrado hacerme recordar la más mínima nimiedad. Regresé al sofá y me senté en él a esperar. Faltaban cinco minutos para las once de la mañana cuando la puerta sonó, y de seguido la voz de Sian Cook se presentó. Abrí en menos de tres segundos, el ansia por salir de allí me consumía.

—Hola, Grechi, ¿qué tal? —Me pilló desprevenida el caluroso abrazo que me dio—. Lo siento, de verdad. Lo siento tanto. —La voz se le rasgó.

—Hola..., ¿prefieres que te llame Sian o Cook?

—Cook, como siempre.

—De acuerdo, Cook, no quiero que tengas remordimientos de conciencia, por favor —le aclaré—. Según cuentan, no soy de las que pone las cosas fáciles ni da opciones. Si no te permití acompañarme tú no podías hacer nada más que lo que hiciste, obedecerme.

—Ya, pero aun así no dejo de pensarlo... Si yo lo hubiera sabido...

—¡Ja, qué gracioso! —solté sarcástica, interrumpiéndolo—. Y si yo lo hubiera sabido no habría estado allí —siseé—. Te has quedado a gusto, ¿eh?

—Llevas razón, perdona. —Cook bajó la cabeza, un tanto avergonzado—. Vaya una conclusión más estúpida, de verdad.

—En fin, olvídalo. Aunque no en el mismo grado que yo, claro —dije burlándome de mi amnesia, por restar un poco de tensión. Y lo logre, pues Cook sonrió—. Y ahora vámonos ya, tengo ganas de llegar a mi lugar de trabajo, a ver si eso logra que recuerde algo.

—¡Pues vamos! —exclamó, invitándome con la mano a pasar delante de él.

\*\*\*

Pisar el pavimento de la calle Park Row me aceleró el corazón. Sentí vértigo contemplando a los coches patrulla allí aglutinados, estacionados frente al departamento de policía. Pero cruzar las puertas y observar el trajín de compañeros uniformados paseándose de un lugar a otro, extrañamente, me sosegó. Me sentía protegida en ese lugar, en mi trabajo. Lo observé con detenimiento: paredes blancas, distintas fotografías colgadas de ellas, techos altos, luz natural conviviendo con la artificial, teléfonos sonando, ruido de pasos, de voces, de teclas... Todo me resultaba desconocido, nada me traía un recuerdo.

El ascensor de acero nos subió a la quinta planta. Según decía Cook, ese era nuestro sitio, el de los detectives. Las puertas se abrieron y vi a mucha gente, personas sentadas a sus mesas, ante las pantallas de los ordenadores inundados de notas autoadhesivas de distintos colores. Más de la mitad iban sin uniforme, vestían como cualquier ciudadano más, igual que Cook. Parecía que cada uno estaba a lo suyo y no andaban pendientes de nada salvo de sus asuntos. Contemplándolos, no veía ninguna cara de las pocas que había conocido durante estos días, del resto ni me acordaba, todos eran nuevos para mí. Pero de golpe me asaltó un olor familiar que espabiló a mi memoria por unos segundos. El ambiente estaba embadurnado de un único elemento, en él solo se respiraba autoridad.

Mientras andábamos escuché un palmear de manos, un aplauso individual. Sin tiempo para girarme sobre mis talones oí otro, y otro, y uno más..., y los vítores se sumaron y llenaron aquel espacio policial. Scott se acercó hasta mí palmoteando sin parar. Al fondo, entre muchos más compañeros que no dejaban de aplaudir, vi a los afroamericanos de Narcóticos y a la única mujer que se acercó a verme al hospital, aunque de ninguno recordaba el nombre. A algunos de los nuevos recuerdos les estaba costando echar raíces, como ya me avisó el doctor Taylor. Me emocioné al observar a mis compañeros, saboreando su afectuoso e intenso recibimiento. En realidad habría que ser de piedra para no hacerlo.

—Hola, bienvenida. —Scott me dio un abrazo.

—Me alegro de verte de nuevo —dije—. Y sobre todo de acordarme de tu nombre, el de los demás que me visitaron lo he olvidado —confesé.

—Eh, no te agobies con eso, todos lo entenderán.

De repente regresaron esas manos, las que me recorrían el cuerpo, eran grandes y negras y acariciaban mis desnudos pechos. Unos gruesos labios me besaban con pasión, quizá con demasiada, estaban arrebatados de un enardecimiento presuroso. De nuevo los gemidos me inundaron el cerebro. Esos sonidos placenteros que ocasionaba el sexo, el intercambio de caricias, el roce de cuerpos, la fricción descocada... Sin embargo, lejos de agradarme oír ese sonido enlatado y deleitoso que se producía en mi cabeza, cada vez me angustiaba más.

—¿Te ocurre algo? —preguntó Scott, sacándome de la nebulosa de recuerdos sin comprensión.

—No, nada. Intentaba ver si recordaba a alguien, pero por el momento es inútil —

mentí con descaro, apoyándome en un encogimiento de hombros con el que restar importancia y así dotar de credibilidad a mis palabras.

—¡Grechi! —escuché una voz firme llamándome a mi espalda, y me giré—. Pase a mi despacho, por favor, luego podrá hablar con sus compañeros.

—Sí, capitán Parker. —Torcí la boca gesticulando una rara mueca con la que Scott medio sonrió, y me encaminé al despacho.

Nada más entrar, el capitán me contempló.

—¿Cómo estás, Úrsula?

—Voy poco a poco —contesté.

Se acercó a mí y cuando quise darme cuenta me estaba abrazando.

—Nos diste un buen susto, ¿sabes? Aún no he conseguido quitármelo de la cabeza, llegamos a temer lo peor —expresó con desasosiego, separándose de mí—. Perder la memoria es el menor mal que te podía haber pasado, tenlo por seguro. Estoy deseoso de que la recuperes para tenerte de nuevo entre nosotros.

—Pues vaya, después del recibimiento y esas palabras parece que sí me echan de menos. —Exhibí una sutil sonrisa.

—Tenlo por seguro —afirmó.

—Yo también deseo recuperar la memoria lo antes posible, necesito saber qué ocurrió aquella noche, quién me atacó. Además, es muy agobiante vivir desconociendo tu vida. Eso me causa una inquietante incertidumbre, me angustia y logra que todo me asuste.

—¡Caray, Úrsula Grechi asustada! —Silbó—. Ese aire de fragilidad es una faceta tuya desconocida para mí. —Me acarició la mejilla despacio, mostrando cierta satisfacción—. Tranquila, el miedo es un sentimiento natural. —Se apartó unos pasos.

—¿Acaso nunca he tenido miedo? —pregunté sorprendida, sus palabras lo daban a entender.

—Si lo has tenido no lo has demostrado, cuando menos dicho. Tu orgullo te lo impedía.

Lo observé confundida por la aclaración, y arrugué los labios.

—Impertinente, cabezota y orgullosa, vaya unas cualidades tan buenas las mías —siseé—. No entiendo cómo me echan de menos en el departamento.

—No te confundas, Úrsula. Eres una mujer con mucha personalidad, de coraje y sincera, aptitudes necesarias para el desempeño de este oficio, aunque no todo el mundo pueda soportarlas.

Callé unos segundos, un tiempo con el que la dichosa imagen de las manos regresó. Si bien ahora había una clara diferencia: su color había variado, en esta ocasión eran blancas.

—No sé qué decir... Gracias —hablé en voz queda, aturdida por el insistente avasallamiento de mi sesera.

—Quiero que sepas que ya estamos investigando tu caso, Scott y Sian se están

encargando de él.

—Lo sé, Scott me lo comentó.

—Yo también me estoy implicando de forma personal, no solo supervisando como capitán. No voy a permitir que este caso se cierre hasta coger al grandísimo hijo de puta que te atacó. —Zarandé la cabeza, cabreado.

—¿Han descubierto algo? —le pregunté.

—Por ahora no mucho, solo nos basamos en indicios —respondió—. Debido a la agresividad y a la fuerza empleada tenemos la certeza de que ha sido un hombre. Han volcado la información de tu móvil para ver si hay algo en él que pueda ayudarnos. Tiene la pantalla rota; eso, junto al resto de pertenencias que se encontraron esparcidas por el lugar de los hechos, indica que se cayó durante el forcejeo, aunque el aparato sigue funcionando. —Vaciló un segundo—. En unos días te lo devolverán todo. No falta nada, ni dinero, ni tarjetas, ni el móvil, ni siquiera tu reloj... —Lanzó un chorro de aliento—. Como verás, queda descartado el atraco o robo.

—¿Entonces? —pregunté perpleja.

—Entonces solo nos queda un móvil —respondió con gravedad.

—La agresión sexual —dije tajante.

—¿Cómo? —Su rostro mutó al de asombro.

—Que se trataba de un violador. Que alguien intentó violarme, aunque no sé por qué razón, solo se quedó en eso, en un intento. Algo lo detuvo, pero desconozco qué fue.

—¿Quién te ha dicho que intentaron agredirte sexualmente? —inquirió de inmediato.

—Le pregunté al médico y me lo tuvo que contar. Tengo derecho a saberlo, ¿no cree?

—Por supuesto, por eso yo quería explicártelo todo —contestó con templanza, observándome los ojos—. Pero a pesar de aparentar ese tipo de agresión, también la hemos descartado. Y lo hacemos porque no tiene sentido atacarte, desnudarte y no llegar a consumir la violación; un depredador sexual no actúa así. Era un lugar apartado y poco transitable, menos a esas horas, podía haber hecho contigo lo que le hubiera venido en gana una y mil veces. De hecho, permaneciste allí tirada bastantes horas antes de que alguien te viera y llamara a emergencias. No nos encaja a ninguno. —Negó con la cabeza.

—¿Y qué si no? —La confusión habló por mí.

—Como te he dicho, solo nos queda un móvil: intento de asesinato —reveló con entereza—. Alguien intentó matarte, Úrsula, ese golpe en la cabeza tenía esa intención.

Me quedé petrificada escuchándole y mi mente volvió a quedarse vacía. ¿Habían intentado matarme? ¡Matarme! ¿Por qué? ¿Quién? Sentí angustia, una extrema que contenía algo más, conllevaba miedo, pavor. Tan fuerte era el incisivo pánico que me atropelló, que mi piel lo empezó a exudar a chorros y fue perceptible para el capitán.

—No trato de asustarte, Úrsula, solo quiero que conozcas la verdad.

—La verdad... ¿Y qué oculta la verdad? —pregunté zozobrosa.

—No lo sé, no tengo nada claro, pero estamos tratando de averiguarlo. —Hizo una breve pausa y prosiguió—: No descarto que esto haya sido algo casual, hay tanto loco suelto por ahí... —Resopló con vigor—. Aunque la hipótesis que barajo, mejor dicho, con la que coincidimos los tres, es otra.

—¿Cuál? —inquirí veloz.

—Creemos que alguien ha querido vengarse de ti —aseguró.

—¿Venganza?! —casi grité.

—No excluimos ninguna hipótesis, pero esa es la que consideramos de mayor peso. Eres detective, detienes y encarcelas a ladrones, a asesinos... —De nuevo sopló fuerte—. Cualquiera de esas alimañas puede tener sed de venganza, y por eso mismo vamos a tenerte vigilada durante un tiempo.

—¿Vigilada?! —hablé sorprendida.

—Eso he dicho, y por eso apenas me he movido estos días del hospital. Confiaba en que tú nos aportararas algo para buscar a ese maldito cabrón, pero como no recuerdas nada, no me queda más remedio que tenerte vigilada para protegerte. Tu padre lo sabe, aunque le dije que no te lo contara hasta hacerlo yo.

Impactada por cuanto estaba escuchando pensé en el doctor Clark, en la visita que me había hecho, en la que yo le haría al día siguiente. De no mencionarme nada es que no le habían relacionado conmigo, aunque si me vigilaban y me veían entrar en su consulta se enterarían. No quería que lo supieran, si lo había mantenido en secreto sería por alguna razón, de seguro para ocultar que era una neurótica. Tenía que inventarme algo, pero qué. Los nervios hicieron con mis intestinos un ovillo.

—La policía científica está con tu coche, rastreándolo en busca de indicios, una huella, un pelo, una fibra... Lo que sea —añadió el capitán.

—¿Me atacaron dentro del coche? —pregunté, apoyando las manos en el respaldo de una de las sillas. Necesitaba sujeción.

—Sí. —Asintió—. No sé si paraste obligada o por voluntad propia, pero el vehículo muestra claras señales de violencia en su interior. Suponemos que tu agresor tuvo que sacarte a rastras de él y tú te revolviste y peleaste sin parar. Te encontraron tirada fuera, con la cara y algunas partes del cuerpo ensangrentadas, con una buena brecha en la cabeza, que descansaba bajo un charco de sangre. —Calló unos segundos—. Vuelvo a insistir, fue un golpe con saña.

—¿Saben con qué me golpeó?

El capitán me contempló entristecido, y por fin respondió:

—Sí, con tu propia Glock 37.

—¿Con mi arma? —interpelé escandalizada.

—¿Lo ves? ¿No te das cuenta, Úrsula? Ese tipo te asaltó, te golpeó y te desarmó; sin embargo no te pegó un tiro, no quería matarte tan fácilmente. Quien fuera actuó con rabia, con rencor, quería hacerte sufrir y crearte dolor. Se ensañó contigo, y estoy

convencido de que te desnudó solo para humillarte. Esos indicios son los que nos llevan a suponer que lo movía la venganza. —Suspiró hondo y entrecerró los ojos—. Y cuando se cansó de maltratarte, te dio un fuerte golpe en la parte más vulnerable del cráneo con la intención de arrebatarte la vida, aunque por suerte falló. —Un resoplido más.

—¡Joder, no me puedo creer todo esto! —exclamé conturbada, algo que el capitán tampoco pasó por alto.

—Lo siento. Sé que ahora mismo estarás muy aturdida, que quizá sea demasiada información de una vez. Pero debía contarte la verdad, tienes que conocer la vía de investigación que estamos llevando.

Tragué saliva con dificultad, digerir la noticia no era nada fácil. Saber que alguien deseaba torturarme antes de matarme no era sencillo de asimilar, además de antojárseme irreal. Sin embargo, por desgracia era cierto y el capitán solo me estaba informando, cumplía de forma escrupulosa con su cometido.

—Por supuesto que es lo que debe hacer, y yo se lo agradezco.

—Úrsula, por favor, aquí y estando solos llámame Nikolas. —Volvió a recordarme.

—¿Por qué? ¿Por qué debo tutearte estando a solas? —Dejé asomar un desconocido orgullo.

—Porque entre tú y yo hay mucha confianza, ya lo irás recordando —habló con calma y posó su mano encima de la mías, que seguían apoyadas en la silla. La miré con detenimiento, era una mano muy bien cuidada, parecida a la que me asaltaba de vez en cuando en forma de recuerdo inconcluso—. Te juro que voy a encerrar a ese maldito bastardo para el resto de su vida, aunque sea lo último que haga.

—Pues también te lo agradezco, Nikolas. —Me aparté de él—. Y ahora, si ya has terminado, quiero ver al resto de mis compañeros.

—Por supuesto. —Asintió y, con un gesto de la mano, me dio permiso para marcharme—. Puedes venir cuando quieras o quedar un día conmigo para charlar, eso te vendría bien y ayudaría a tu memoria.

—Gracias, lo tendré en cuenta —le dije.

—Te mantendré informada. Hasta otro día, Úrsula.

—Adiós —me despedí de forma lacónica.

Giré el picaporte y en mi mente penetró algo que me hizo quedar quieta, paralizada. Vi unos labios besándome. Unos que me devoraban. Unos bordeados por un cuidado y blanco bigote. Un rostro apareció, completo y claro, y me quedé sin aire. ¡Era el capitán Parker! El capitán besándome como un loco, besándonos como dos personas enajenadas por la pasión.

—¿Te ocurre algo, Úrsula? —preguntó inquieto, acercándose a mí.

—No, nada —contesté, y salí del despacho.

Me quedé allí clavada, inmóvil, dejando a mi mente explayarse. La visión fue más lejos, traspasó los besos y las caricias hasta verme frente a un espejo con él a mi

espalda, desnudo, haciendo el amor conmigo en medio de unos jadeos altos y egoístas que solicitaban más. El corazón me bombeó con brusquedad, agitado. «Me había acostado con mi capitán, con mi capitán, con mi capitán...», no paraba de repetir mi conciencia. Las preguntas no se hicieron esperar un segundo: ¿Tenemos o teníamos una relación? ¿Somos o éramos amantes? ¿Quizá por eso nos tuteamos a solas? ¿Lo sabían los demás o era un secreto? Hice intención de volver a pasar y preguntárselo de forma clara a Parker o a Nikolas, daba igual como lo llamara, pero después pensé que era mejor esperar a estar segura de lo que teníamos. A lo mejor el doctor Clark podía ayudarme con eso, igual conocía mi vida privada. Al pensar en él se me ocurrió una idea y volví a abrir la puerta. El capitán se levantó al instante y me miró con afecto.

—Se me ha olvidado decirle que mañana voy a acercarme a ver a un psicólogo, me lo ha recomendado el médico del hospital. Lo digo por el tema de vigilarme.

—¿Por qué no acudes al psicólogo del departamento? —me preguntó extrañado.

—Porque el doctor Taylor me ha hablado muy bien de este psicólogo y prefiero acudir a él, sin más —mentí.

—Vale, como quieras. Cook te acercará a su consulta.

—No —respondí—. Quiero ir andando, dando un paseo y respirando aire, lo necesito.

—He dicho que te acercará Cook —habló autoritario—. Creo que durante unos días podrás sobrevivir sin pasear.

—Y yo he dicho que necesito andar y respirar serenidad. ¿Acaso no pueden vigilarme a distancia? —Mi mirada le echó un pulso.

—No —contestó rotundo.

—¿Por qué?

—Porque es una orden, sin más, ¡hostia! Así que no me desafíes. —Levantó la voz.

—¡Genial! ¡De acuerdo! No me queda más remedio que tragar y callarme. —La ira contestó por mí.

—Exacto, no tienes otra opción. —Me observó ensoberbecido—. Y cuando te deje en tu casa le dices a qué hora debe recogerte.

—Ya me están vigilando, ¿no? Pues cuando me vea llegar a la calle lo sabrá. —Un repunte de arrogancia asomó por mi nuca elevándome la cabeza.

El capitán me acribilló con sus ojos azules y su soberbia se elevó un metro por encima de la mía. Con esa dominadora actitud dejó patente quién era el que mandaba allí.

—Te vigilan otros compañeros, no él. No se te ocurra poner en tela de juicio ni una sola de mis órdenes —soltó malhumorado—. Obedece y dile a qué hora pasa a por ti, Grechi. ¿Te ha quedado claro?

—Cristalino, señor. —Cerré de un brusco portazo.



Saliendo del baño me encontré con la mujer que vino a visitarme al hospital. Parecía estar esperándome, pues sonrió de oreja a oreja al verme aparecer. Era poco atractiva, morena, de pelo corto, cara alargada, ojos marrones y pequeños detrás de unas gafas de pasta azul, con un mentón muy pronunciado, alta, desgarrada y delgada en exceso. Durante el poco tiempo que pasó en el hospital, y siendo observadora de la bronca que tuvo con el otro compañero, también me di cuenta de que destilaba un genio que contrapeaba lo mordaz con lo pernicioso.

—No pensarías marcharte sin hablar un rato conmigo, ¿verdad, Grechi? —preguntó apartándose el auricular que llevaba en el oído y metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón, ella sí vestía de uniforme.

—No, claro. Ahora pensaba ver al resto de compañeros, aunque no os recuerde. —Intenté sonreír—. Acabo de salir del despacho del capitán y necesito ir al baño.

—¡Joder, el arrogante y mandamás del capitán Parker! —espetó con cara de asco—. ¿Qué te ha dicho el muy imbécil?

—Nada, me ha estado comentando la investigación de mi caso.

—¡Vaya la que has liado, guapa! —Silbó, y una de sus manos abandonó el bolsillo para entrelazarse con mi brazo—. Durante unos días el departamento ha estado patas arriba por ti. —Chasqueó la lengua.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque el marimandón de Parker no ha parado de dar órdenes a diestro y siniestro, casi nos vuelve locos a todos. Y lo peor es que contagió su vena autoritaria a Scott y a Cook y perdieron los nervios en más de una ocasión, y nos los hicieron perder también a nosotros. Por eso que el departamento anduviera patas arriba, querían hallar pruebas lo más rápido posible para detener a quien te atacó —explicó—. Pero mejor vamos a tomarnos un café en la máquina y hablamos, Grechi. Y no admito un no por respuesta, ya me conoces. —La contemplé en silencio, pensando que eso me gustaría a mí, conocerla, recordarla. De inmediato fue consciente del error cometido—. ¡Mierda, perdóname! Soy una bocazas, lo siento.

—Perdonada, pero recuérdame tu nombre porque no he conseguido retenerlo.

—Samantha Morre, una mujer con la que te lo pasabas muy bien chismorreando de todo este hatajo de gilipollas, la mitad de ellos con el cerebro en las pelotas; es decir, más salidos que un chimpancé. —Se echó a reír.

—Pues vamos a tomar ese café y a ver si una buena ración de chismes surten efecto y espabilan a mis neuronas.

—Esperemos que así sea, Grechi.

Nos sentamos junto a una mesa cerca de la máquina dispensadora de café. La conversación con Samantha fue de lo más interesante. Además, me reí mucho con

ella, gastaba un humor que oscilaba entre lo irónico y lo ácido y a mí me divertía bastante. Me habló de mis compañeros. De forma casi telegráfica, me puso al corriente de los defectos y virtudes de cada uno, pero sobre todo no se cortó a la hora de contarme sus intimidades. Primero me presentó al grupo que denominó: «Me cuesta tener la picha guardada dentro de los pantalones».

—¿Ves a ese estirado? —Señaló con mucho disimulo—. Pues es un cabrón que se ha divorciado tres veces y siempre le han dejado por lo mismo, infidelidad. Aquel regordete que está a su izquierda tampoco se queda atrás, está enrollado con una agente de tráfico pero sigue con su mujer. El metrosexual que no para de mirar el móvil tiene una aventura hoy con una y mañana con otra, cada noche le gusta calentar la cama con una mujer distinta, pero sobre todo con modelos. Para mí que tiene a alguien en *Vanity Fair* que le pasa los contactos, porque si no, no lo entiendo. De seguro que ahora mismo está chateando con alguna, a la caza de la próxima presa nocturna. Y esos tres macizos que están hablando cerca de él son de la misma condición. En este momento, me juego cuanto quieras, su conversación gira en torno al monotema.

—¿Monotema?

—Sí, el único tema que tratan, lo mucho que meten. ¡Fantasmas de mierda! —espetó malhumorada.

—¡Caray! —exclamé asombrada.

—Pero no te creas que todos son así, por supuesto que no. —Sacudió la cabeza—. También tenemos el grupo de los penosos. Gira la cabeza a tu derecha y lleva tu vista al fondo. ¿Visualizas al fósil calvo? —Asentí, y ella prosiguió—: Es un vejstorio solterón al que no le aguanta nadie. El pasmado que está en la mesa de al lado es un calzonazos, siempre va detrás de su mujer como un perrito faldero y ella lo usa como a una bayeta; ya sabes, sin tacto ni delicadeza y con la única función de limpiar la mierda. Parece ser que como la señora trabaja de recepcionista en un lujoso restaurante de la Quinta Avenida se cree mejor que él. Me da mucha pena, la verdad. Aunque, siendo sincera, más pena me da el barrigón que llega ahora a su lado, el pobre es un cornudo y todos lo sabemos excepto él. Su mujer es dependienta en un H&M, y está liada con un guardia de seguridad. Como se suele decir, el cabrón es el último en enterarse. Y por último, aquel de allí, el alto y delgado, es un triste que no se come una rosca.

—¡Santo Dios!, no has dejado títere con cabeza —comenté asombrada.

—Pues no te he hablado de todos, tan solo de los extremos.

Ahí era donde quería llegar yo, a conocer aspectos de los que todavía no había mencionado, incluida yo.

—Y, además de ser un mandón y un arrogante, ¿qué más me cuentas sobre Parker?

—Que es extremadamente reservado, tiene cara de cabrón y gasta una mala hostia de cuidado —bufó—. Es muy listo y sabe cubrirse bien las espaldas, un zorro al que

se le desconoce una sola relación. No está casado y ninguno sabemos si tiene alguien esperándolo fuera. Aunque siendo de Filadelfia, ese tipo de carácter no es de extrañar.

—¿Los de Filadelfia son así? —pregunté perpleja.

—Sí, al menos los tres que yo conozco. —Chasqueó los labios—. Y con respecto a la intimidad, yo estoy casi segura de que es un tío al que le va el sexo duro y ser un puto amo. ¿Me entiendes?

—Creo que sí —contesté.

—¿Has pensado en un tío dominante?

—Sí —aseveré.

—Entonces me has entendido.

—¿Y tú crees que Parker es así? —pregunté extrañada.

—Hombre, después de ver cómo actúa aquí, al menos yo me lo imagino de esa forma. No le pega el papel de dulce gatito en la cama, aunque vete tú a saber. —Se encogió de hombros.

—¿Y qué me dices de Scott y Cook, mis compañeros?

—Scott, a pesar de ser de Nueva Jersey, me cae genial.

—¿No te gustan los de Nueva Jersey?

—A los neoyorquinos, no mucho —respondió.

—Así que tú eres de Nueva York.

—Cien por cien, sí Grechi, nacida y criada en Manhattan —soltó con orgullo—. Pero no nos desviemos del tema. Como te decía, Scott me cae muy bien, además es un buen tipo que está como un tren. Tiene un punto de canalla y otro de candor, la mezcla es tan contradictoria como excitante y me vuelve loca. Él está en otro grupo.

—¿En cuál? —interpelé curiosa.

—En el de los empotradores. Estoy convencida de que Scott es un empotrador. —Arqueó las cejas.

—¿Empotrador?! —Arrugué la nariz, extrañada.

—Sí, uno de esos tíos que te pilla y te da un buen viaje, te deja echa un ocho, te mata de placer. Debe ser de esos hombres que en la cama tienen las palabras precisas para excitarte y derretirte, además de saber embestir hasta hacerte perder la razón; de ahí lo de empotrador. ¡Madre mía, me acaloro imaginándomelo! —Se abanicó con la mano, soplando a la vez.

—Samantha, creo que tienes una gran imaginación. —Me reí.

—Sí, no me digas, Grechi. ¿Y también me imagino que Scott está muy bueno, o que luce un musculoso cuerpo incitador de fantasías? ¡Mmm, me vuelvo a acalorar! —Se mordió el labio inferior.

—No, eso es cierto, su cuerpo está muy trabajado.

—Claro, porque se machaca a base de bien en el gimnasio. Y sabe amortizarlo, sé que se lleva a las tías de calle. Aunque es normal, solo estar entremedias de esos brazos de acero debe de producir un orgasmo. —Suspiró—. ¿Recuerdas lo que es eso? —preguntó picarona.

—Sí, tranquila. —Sonreí—. Recuerdo todo menos mi vida.

—¡Coño, qué memoria más selectiva! —Chasqueó la lengua.

—Me lo vas a decir a mí —bromeé—. ¿Y Cook?

—Cook es buena gente pero está poco curtido, parece mentira que haya nacido en Brooklyn, los de allí suelen ser mucho más despiertos que él. Es un jovencito algo verde en todo y creo que inexperto en las artes amatorias, aunque igual una vez metido en faena es de los que sorprende. —De nuevo arqueó las cejas—. Pero si tengo que ser sincera no le tengo en ninguno de mis grupos, él está en los normales porque no es un picha brava ni un penoso, y no lo veo ni lo imagino siendo un amo ni un empotrador —chisteó—. Lo que sí sé seguro es que es un muchacho que no para de ponerte ojitos ni de intentarlo contigo; está colado por ti, aunque tú no paras de darle cortes y largas. Claro que medio departamento también está pillado por ti, ese es otro tema. Nena, no sé qué tienes. Bueno qué gilipolleces digo, sí lo sé, que estás muy buena, por eso los atraes como un imán. —Me guiñó el ojo.

—¿En serio? —interpelé sorprendida.

—Me tomas el pelo, ¿verdad? —me demandó seria.

—No. —Zarandé la cabeza.

—Oye, que habrás perdido la memoria pero no la vista —replicó—. ¿Acaso tú no te miras en el espejo y ves a una tía explosiva? Mira, te lo resumiré al estilo policial: Mujer, treinta y dos años, un metro setenta y cinco, blanca, compleción media, cabello moreno, iris verdes, labios tentadores y cuerpo bien moldeado. ¡Pues claro que todos se fijan en ti! —exclamó—. ¿Por qué iba a bromear con algo así?

—Claro, por qué vas a bromear con eso, ¿no? Pero como no recuerdo nada...

Samantha estiró los labios y dijo:

—Tranquila, ya lo irás haciendo. Entre todos te ayudaremos, Grechi.

—¿Y tú? De ti no has hablado.

—¿Qué quieres saber de mí?

—No sé... Has hablado de la vida sexual de casi todos, ¿y la tuya?

—¿Quieres saber con quién me he acostado en general o si he tenido un rollo con un compañero del departamento? —me preguntó risueña.

—Lo que tú prefieras contarme —le respondí.

—Oye, que tendré muy mala leche, pero a mí tampoco me amarga un dulce. Si un tío me entra y me gusta, pues a echar un polvo —explicó entre risas—. En esos ardientes momentos no distingo entre si es compañero o no, es un tío con las mismas ganas que yo de pasarlo bien. Igual que te ocurre a ti, Grechi, en esos instantes no seleccionas más allá de que te guste y te atraiga. Tú no lo recordarás, pero yo conservo la memoria, y es muy buena, por eso estoy en archivos. —Se carcajeó.

Ya la tenía donde quería. Justo la había llevado al lugar que deseaba para que resolviera mis dudas.

—Pues no sé por qué no empiezas a llenar mi memoria de forma más precisa y completa, yo te lo agradecería.

La risotada de Samantha se cortó de inmediato y me contempló con el semblante colmado de gravedad.

—A ver, Grechi, a pesar de llevarnos bien nunca me has contado con quién te acostabas o no —me aclaró—. Sé que a muchos no los conozco, son tíos que te encontrabas en cualquier bar de por ahí. Pero yo tengo muchos indicios y pruebas para saber que también te has liado con algún que otro compañero.

—¿Con quién? —pregunté impaciente.

—Por ejemplo, tengo la certeza de que te lo has hecho con Kevin Morgan, ese caramelito afroamericano de Narcóticos que tiene un culo de infarto. ¡Lo que le haría yo a ese si me dejara! —imitó un escalofrió.

¡Kevin Morgan! La descripción de Samantha trajo a mi mente su rostro. Él había ido a visitarme al hospital junto a su compañero, era uno de los dos titiriteros que no pararon de hacerme reír. ¿También me había acostado con él? ¿Serían suyas las manos negras que asaltaban a mi cabeza?

—¿Y por qué estás tan segura?

—Por el *jazz*.

—¿Cómo? —pregunté con incompreensión.

—A ver, aunque Morgan se crio en Harlem, es de Nueva Orleans; ya sabes, mucho *jazz*, y junto al rap, esa es la música que suele escuchar. De hecho, es raro no verlo tarareando por la oficina. Esa noche en particular era noche de *jazz* en el Manhattan Club, el bar donde solemos reunirnos a tomar algo, y le dio por susurrarte parte del repertorio al oído. Teníais un tonteo bastante grande y, llámame cotilla, pero cuando os marchasteis me asomé por una de las ventanas y os vi morreándoos. Luego os fuisteis al coche, no creo que a jugar al parchís, en todo caso a las prendas. —Chasquido de labios—. También estoy segura de que te lo has montado con Douglas, Morris, Smith, Davis, Russo y Marinelli, seguro que estos dos últimos por vuestro origen italiano, ser compatriotas debe de unir mucho. —Enarcó las cejas con insistencia, sonriendo perspicaz—. Grechi, hay miradas que cuentan mucho más que cualquier palabra, yo he observado vuestro lenguaje visual y él me lo ha dicho.

—Joder, ¿me he tirado a medio departamento? —La miré pasmada.

—No, hombre, que yo deduzca, a menos de una octava parte. —De nuevo chasqueó los labios—. Solo tengo una duda y es en referencia a Scott. En ocasiones veo demasiada tensión sexual entre vosotros, y en otras no me lo parece, lo que me desconcierta, y por eso no tengo claro si os habéis acostado o no. Aunque si lo has hecho o lo hicieras me parecería genial, si se fijara en mí le iba a echar el polvo de su vida. Iba a empotrar al empotrador, tenlo claro. —Se echó a reír.

¿Me habría acostado de verdad con todos esos compañeros? ¿Con siete policías? Eso sin añadir a Scott por no tenerlo claro, porque si él entraba en esa lista de amantes, el número ascendía a ocho. Bueno, nueve si contábamos al capitán, al único que Samantha no había mencionado pero yo sí había recordado.

—¿Estás segura de lo que dices?

—A ver, Grechi, al cien por cien no porque no lo he visto. Pero como ya te he explicado, soy muy observadora y deduzco, de modo que al noventa y nueve por ciento. —Otro chasquido de labios, era un gesto que repetía a menudo—. Igual que supe que estabas liada con el cabrón de Foster, tu exmarido, y no me equivoqué. Eso sí, lo que nunca podía haberme imaginado es que llegaras a casarte con él. De repente un día te presentaste con esa bomba y todos nos quedamos muertos. Yo no me lo podía creer. ¡Qué locura! —espetó alterada.

—Ni yo puedo creerlo aún, entre otras cosas porque no lo recuerdo —dije mofándome de mí misma.

—Y si no lo consigues con esa parte, seguro que es lo mejor que te puede suceder. Solías decir que ojalá lo olvidarás para siempre, ahora estás en ello. —Un chasquido de labios más.

—Cierto, esa ha sido buena. —Sonreí, su broma me resultó graciosa—. Sin embargo, me suscita interés saber por qué no lo podías creer tú.

—¡Hombre, pues porque jamás pensé que llegaras a casarte! —exclamó mirándome fija—. Eras una mujer que se jactaba de ser libre, independiente, a la que no le gustaban los compromisos ni las ataduras, que separaba por completo el sexo de los sentimientos. Ves, de eso sí hablaste conmigo en más de una ocasión, decías: «Yo siempre que me meto en la cama con un tío dejo los sentimientos fuera de ella, junto a la ropa».

La frase penetró en mi cerebro como un rayo, dejándome un tumulto de imágenes. Eran cuerpos dándose placer; el mío y el de muchos otros hombres. Todas ellas estaban desenfocadas, borrosas; todas excepto una, la del capitán con sus manos posadas en mis caderas, embistiéndome, deseoso, mirándome reflejada en un espejo...

—Entonces está claro que no quería mezclar el amor con el sexo, ¿no?

—Tan claro como el agua —confirmó—. Siempre decías que solo querías a un hombre que te corriera el lápiz de labios, no el rímel. Repetías que el amor solo causaba una cosa, sufrimiento, y tú pasabas de esos rollos. Por eso no podía creerme lo de tu matrimonio.

—La verdad es que es muy contradictorio después de lo que me has contado y viendo la vida que llevaba, enrollándome con unos y con otros.

—Mucho, casi ilógico —apostilló—. De verdad, no sé qué te dio el gilipollas de Foster.

—Yo tampoco, aunque me gustaría saberlo para ser capaz de ordenar mi vida. —Suspiré—. ¿Y por qué le insultas tanto?

—¿Insultar? —Abrió los ojos de tal forma que pensé que se le iban a salir de las cuencas—. Perdona, solo le estoy describiendo para ver si recuerdas lo petulante de mierda que es.

—Pinta de chulo tiene un rato, sí —aseguré.

—¿Solo chulo? Es un prepotente, se cree Dios, parece estar por encima del bien y

del mal, ser más que nadie, el dueño del universo... Y no solo tiene ese gran defecto, porque si hablamos de la fama que le precede... —Calló.

—¿Qué fama? —pregunté sin dilación.

—Una nada buena —respondió.

—¿Cuál? —insistí.

Samantha llenó los pulmones con una gran inhalación de aire y, antes de responder, la expulsó de golpe, con un fuerte sonido que presagiaba incomodidad por lo que iba a revelar.

—Se le tacha de asalta camas. Foster es un mujeriego que no hace distinciones, le gusta tirarse a toda la que se le ponga por delante. Es uno de esos tíos que cree que una mujer es una vagina con patas y solo sirve para una cosa: estar a la disposición del macho para saciar su apetito. ¡Qué asco me dan los hombres con esa mentalidad tan retrógrada! —clamó furiosa—. Incluso ha llegado a mis oídos que es un adicto al sexo y que le gusta participar en orgías. Lo primero me lo creo a pies juntillas, aunque la segunda información prefiero dejarla en cuarentena, ya sabes que luego la gente inventa más de lo que en realidad existe. Es otra fea costumbre que tiene la gran mayoría de la humanidad.

—¿Y yo me casé con un tipo así? —pregunté escandalizada, asimilando cuanto me acababa de contar.

—Por desgracia, sí —afirmó apretando los labios.

—¡Dios, necesito recordar para saber qué me llevó a dar ese paso! —protesté cabreada.

—Lo harás, ya verás cómo irás recordando, Grechi —habló con sosiego, acariciándome el brazo.

—Y respecto a mis otras aventuras, ¿quién más lo sabe? —le demandé.

—Ni idea, a mí no han venido a contármelo. —Se encogió de hombros—. Y no lo han hecho porque, entre otras razones, saben que les mandarían a tomar por culo por meterse en tu vida. Te aprecio mucho y eres la única persona del departamento con la que me llevo bien, o que me soporta, cómo prefieras verlo.

—¿Con la única? —pregunté extrañada.

—Sí —afirmó—. A la gente no le gusta que les digas a la cara lo que piensas de ellos, pero tú eso lo valoras mucho, y nos llevamos bien.

—¿Y con qué más compañeros me llevo bien?

—La verdad es que con casi todos los hombres, excepto con Ryan Peterson —aclaró—. No os soportáis, os la tenéis jurada. Aunque para tu tranquilidad, te diré que medio departamento tampoco lo soporta, incluida yo; el tío es inaguantable. —Entrecerró los ojos con una leve sacudida de cabeza—. Por no soportar, no soporto su rudo acento de Kansas, y no lo digo porque a veces ni se le entienda lo que dice, que conste —bromeó, guiñándome el ojo, burlándose de él—. Entre las mujeres despiertas menos simpatías que con el género masculino. Te ocurre lo mismito que a mí, si bien a ti por guapa, y a mí por desagradable. —Rio una vez más. Yo también

terminé haciéndolo.

—¿Sabes? Me caes bien, Samantha, eres una tía graciosa.

—¡Eh, Grechi! —replicó feliz—. Eso me lo solías decir muchas veces. —Me miró sorprendida.

—¿De verdad? Pues no lo recuerdo, ha sido pura coincidencia.

—¡Vaya! —De nuevo chasqueó la lengua—. Ya me había hecho ilusiones de hacerte recordar.

—Lo siento, igual lo consigues en otra ocasión. Pero si te sirve de consuelo, todo lo que me has contado ha sido de gran ayuda. Y ahora me voy a ver a los demás o se me va a hacer muy tarde. —Nos levantamos de la mesa.

—Llámame cuando quieras y charlamos. Ya has visto que te pongo al corriente en unos minutos. —De nuevo me guiñó el ojo, sonriendo.

—De acuerdo, lo haré en cuanto me devuelvan mi teléfono.

—Espero que lo hagan cuanto antes, y espero tu llamada. Pero sobre todo espero verte pronto con la memoria recuperada.

—Gracias, Samantha.

—Anda, déjame que te acompañe, no vaya a ser que te nos pierdas. —Una vez más entrelazó su brazo al mío.

—Eso también te lo agradezco —añadí, y abandonamos la sala que nos había servido de cafetería.

Samantha me dejó con Scott, que estaba sentado frente al ordenador haciendo un informe, y sacó el iPod de su bolsillo.

—Y ahora me marchó a archivos escuchando a Bruno Mars, que me tiene loquita —enunció sonriendo, poniéndose de nuevo un auricular en el oído. Luego se alejó al ritmo de la música.

Nada más terminar Scott con su trabajo me llevó a saludar a unos cuantos compañeros; otros no se encontraban en ese momento en el departamento. Mientras hablaba con ellos no dejaba de pensar en lo mismo, en la duda que Samantha había sembrado en mi mente. De continuo me preguntaba si me habría acostado con Scott, como parecía que había hecho con otros de mis colegas. Entretanto mis compañeros me hablaban e intentaban traerme cosas al recuerdo, yo seguía cuestionándomelo. Pero a medida que pasaba el tiempo, el asunto individual se fue disipando para dar paso a otro más colectivo que Samantha también puso en mi conocimiento: mi relación con los hombres. Sobre todo, y con reiteración, en mi cabeza retumbaba la frase que dijo que yo repetía con frecuencia: «Yo siempre que me meto en la cama con un tío dejo los sentimientos fuera de ella, junto a la ropa». Volvió a asaltarme la imagen del capitán haciendo el amor conmigo, mientras entre envite y envite observábamos en un espejo nuestras caras desencajadas por el placer. No podía apartarlo, por más que lo intentaba, mis escasas remembranzas entraron en bucle y me angustié. Comenzó a faltarme el aire y me vi obligada a ausentarme un momento, precisaba estar sola para calmarme. De nuevo me marché al servicio, me refresqué la

cara y la nuca e intenté sosegarme para no perder el aliento.

Al regresar, Scott me preguntó si me encontraba bien, y tras mi categórica afirmación me pidió que comiéramos juntos, luego se encargaría de acercarme a casa. Pensé en lo que me había dicho el capitán Parker, que fuera Cook quien me llevara de vuelta. Sin embargo me apetecía estar con Scott, y no solo por desobedecer su orden, sino porque era más divertido, más guapo y ante todo me conocía más que Cook, y por eso sería de más ayuda que él. Según le contesté con un enfático sí, abandonamos el departamento.

Justo al pisar la calle vi a Kevin Morgan, el detective de Narcóticos con el que Samantha me había visto enrollarme, aunque no iba solo, sino con su compañero, el mismo con el que fue al hospital. Los dos me saludaron, me dieron dos besos y las típicas preguntas no se hicieron de esperar. «¿Qué tal? ¿Te encuentras mejor? ¿Estás menos dolorida? ¿Cuándo te quitan los puntos?...» Y la que no podía faltar, «¿cómo va tu memoria?» Tras contestar a todas y bromear unos minutos, nos despedimos. Morgan me guiñó el ojo de una manera muy seductora, de esa que es cómplice y a la vez incitadora, y se marchó tarareando una canción: era *jazz*. El recuerdo asaltó a mi memoria, raudo y de forma clara. Un solo de saxofón envolviendo el ambiente, nuestras risas, sus bromas, las miradas... Yo dentro de su coche con él, besándonos, arrancándonos la ropa, acariciándonos... Sus manos recorriéndome con ambición los pechos, las caderas, los muslos... Esas manos grandes y negras que ya había recordado en más de una ocasión, como las del capitán, como muchas otras y distintas. ¡Oh, claro que nos habíamos enrollado! Practicamos sexo en la parte trasera de su automóvil. Desde luego que me había acostado con él, igual que lo había hecho con Parker. Mis memorias me lo confirmaban y lo dejaban patente. Lo que aún resultaba una incógnita para mí era saber si había sido sexo esporádico, ocasional, de los que ocurren una vez y no tienen por qué volver a repetirse; o, por el contrario, lejos de ser una aventura, había mantenido una relación con ambos. Con Morgan, hasta el momento, solo recordaba esa escena del coche, nuestros cuerpos desnudos, el sudor, los gemidos, los cristales empañados... Con Parker, la del espejo, en la que ambos no dejábamos de mirarnos entretanto él me poseía enardecido y yo jadeaba sin cesar, aunque desconocía en qué lugar había sucedido. Todo en mi mente era oscuridad, solo había un espejo y nuestro reflejo, sin ninguna referencia más. ¿Y con los demás? ¿Qué había tenido con ellos? ¿Una aventura, un mero calentón? ¿Y con Scott?, volví a preguntarme. ¿Habría habido algo entre él y yo? No dejé de demandármelo mientras él conducía para ir a un Sbarro, uno de esos restaurantes de comida rápida italiana que inundaban la ciudad, y que decía que a mí me encantaba. Pero tanto con los demás como con Scott no me llegaba ningún recuerdo, no me asaltaba nada. ¿Por qué?

\*\*\*

Scott subió conmigo hasta la puerta de mi casa pero no quiso entrar, dijo tener prisa. Le comenté que iba a ir a un psicólogo por recomendación médica, que el capitán me había dicho que Cook me acompañaría y debía decirle que me recogiera sobre las once. Entonces pasó y cerró la puerta, dejando su espalda apoyada en ella.

—¿Vas a volver a la consulta de la doctora Claire Williams?

—¿Quién? —le pregunté extrañada.

—La doctora Williams, tu psicóloga.

—¿Sabes que iba a una psicóloga? —Mi sorpresa habló por mí. No tenía ni idea de lo que hablaba pero fingiría saberlo, quizás esa fuera mi baza.

—Por supuesto, estuviste acudiendo unos meses gracias a mí —respondió con firmeza—. Pero ¿cómo lo sabes tú? ¿Lo has recordado? —Me miró esperanzado.

—No, me lo ha dicho mi padre —mentí—. Él me va contando cosas para ayudarme a recordar.

—Yo también puedo ayudarte con eso.

—Entonces empieza explicándome lo que acabas de decir, ¿por qué acudía a la psicóloga gracias a ti?

Scott se frotó la barbilla, nervioso.

—Lo siento, Úrsula, pero es una larga historia y ahora no tengo tiempo para contártela. En otra ocasión.

—Por favor —le supliqué—, tan solo dime de forma breve por qué acudía a su consulta.

—¿No te lo ha contado tu padre?

—Va poco a poco, no ha llegado aún a explicarme tanto. —Otra patraña más.

Me miró serio y pensativo, una vez más dudando qué contestar. Pero la mueca que expresó su cara me hizo deducir que estaba a punto de expulsar algo que no iba a gustarme.

—No estabas bien —dijo al fin—. Tenías la mente bloqueada, y un policía no puede permitirse trabajar de esa forma. Estando así te conviertes en un peligro para ti mismo y para el resto de compañeros. —Asintió una y otra vez—. Te vino muy bien acudir a ella, en unos meses eras otra persona, cambiaste, estabas centrada, se te veía ilusionada... Me alegré tanto. —Sonrió de forma sutil—. Te dio el alta y todo parecía marchar bien, pero hará menos de un mes que la apariencia se desvaneció y retornaste al inicio. Volvías a estar descentrada, incluso irascible, tus ojos reflejaban una profunda tristeza y tu boca la escupía a borbotones. Insistí en que volvieras a ella, sin embargo ya no quisiste escucharme.

—¿Por qué?

—Eso quisiera saber yo. —Resopló—. A veces eres tan hermética con tu vida.

—No sé qué decirte, Scott, lo siento —me lamenté.

—Ya da lo mismo, mañana vas a verla, ¿no?

—Sí, claro —contesté, haciéndole creer que iba a verme con esa psicóloga que él decía y que yo ni recordaba—. Tengo cita a las doce.

—Espero que esta vez te ayude más y que todo vaya bien a partir de ahora. Lo deseo con muchas ganas, Lula, con más de las que imaginas.

—Gracias —contesté. Sentí que hablaba con el corazón.

—Y no te preocupes, yo se lo diré a Cook para que venga a recogerte. —Se acercó despacio a mí y me besó en la mejilla. Fue un beso dulce y tierno, que no dio solo con los labios, sino con el alma—. Cuídate, por favor —dijo, y se marchó a toda prisa.

Desde que Scott se marchó hasta que mi padre llegó al apartamento pasó algo más de una hora. Durante ese tiempo no dejé de pensar en lo que había hablado con Samantha y en los escasos recuerdos que me sobrecogían en cualquier lugar y momento. Ahora comprendía esas imágenes de manos y cuerpos que no paraban de tocarme. Al parecer, me había acostado con bastantes hombres, y uno de ellos, el que más empezaba a recordar, era Nikolas Parker, mi capitán. No comprendía por qué mi memoria había comenzado a refrescarse con esos recuerdos y no con otros, como por ejemplo con mi hermano o mi madre. O con mi padre, o con mi exmarido, o con los problemas emocionales que me habían llevado a acudir a una psicóloga y hasta a un psiquiatra que trataba mi neurosis. Me era del todo incomprensible esa selección más que irrazonable.

Sin embargo, lo que sí empezaba a entender era que entre Nikolas y yo no había habido un solo encuentro sexual. Hasta que mi padre entró en casa, por mi mente desfilaron unos cuantos, aunque no podría asegurar que todos. Los que habían vuelto a mi memoria, a excepción de uno, el que dejaba patente que fue el primero, tenían un nexo en común: haber ocurrido frente a un espejo. Y ese primero que libraba a nuestra imagen de estar reflejada en el espejo, ocurrió en un baño público, en uno dentro del mismo departamento. Celebrábamos una fiesta, aunque no recordaba por qué, al igual que no sabía por qué íbamos disfrazados, pero vestíamos así. Yo elegí a Marilyn Monroe, con su mítico vestido blanco de vuelo, anudado al cuello; el capitán a un Clark Gable en *Lo que el viento se llevó*, al que físicamente se daba un aire. A lo largo de la noche nuestro cruce de miradas fue más que evidente: estábamos seduciéndonos con los ojos, nuestros iris hacía rato que ya andaban haciendo el amor. Tan obvio y descarado resultó para nosotros, que sobró cualquier tipo de palabras. Sin perder de vista su provocadora mirada, me encaminé al cuarto de baño, a los servicios del final del pasillo, pues, habiendo otros más próximos, nadie visitaría esos. Apenas había pasado un minuto cuando escuché unos pasos entrando, sabía que eran los de Nikolas, que estaba buscando para ver dónde me encontraba. Lo aguardaba en el último baño, el más alejado de la puerta. Tras descubrirme, entró y cerró con pestillo.

—Esto no está bien —dijo serio, aunque sus ojos escupían un fervoroso anhelo.

—Lo sé, pero lo deseas tanto como yo. No seas hipócrita.

—Sí, pero... —Le tapé la boca.

—Pero nadie lo va a saber, será nuestro secreto —atajé, y aparté la mano.

En solo un par de segundos nuestros labios y lenguas comenzaron a conocerse y entraron en batalla, en una muy dura y encarnizada. Mis manos conquistaron sus terrenos; las suyas treparon por mis muslos despacio, con maestría, acariciándome como nunca antes lo había hecho un hombre, de una manera tan despiadada por su

lentitud que despertó a mi libido de forma inconmensurable. Cuando alcanzó su objetivo, gemí con ganas, y él apoyó el cuerpo sobre mí, sentí el replicar de su virilidad y eso me desbordó. Desanudé el vestido con celeridad y dejé mis pechos al descubierto, iban desnudos bajo el disfraz de Marilyn. El capitán no dudó en colonizarlos, y no solo con sus manos, también lo hizo con su deseosa, hambrienta y habilidosa boca. Aproveché para desabrocharle el pantalón y liberar su miembro erecto. No sé cómo lo hizo porque todo sucedió muy deprisa debido al ansia de poseernos, pero cuando quise darme cuenta Nikolas estaba dentro de mí. Me embistió con mucha energía, con tantas ganas como nos sobrecogió el orgasmo, haciéndonos vibrar con ímpetu. Tras recobrar la compostura y colocarnos las vestimentas, sus ojos azul cielo me observaron con detenimiento, luego me besó con ternura en los labios. Su fino y blanco bigote me hizo cosquillas.

—Me ha gustado mucho, Úrsula. —Por primera vez me llamaba por mi nombre.

—A mí también, Nikolas. —Yo también hice lo propio.

—Quizá podríamos repetirlo alguna vez —añadió sin apartar la vista de mis ojos.

—Me parece bien —respondí, y añadí—: Claro que con una condición.

—¿Cuál?

—Que siempre dejes los sentimientos fuera de la cama, junto a tu ropa, lejos de nuestros cuerpos.

—Por supuesto, Úrsula —afirmó—. No busco una relación y sé que tú tampoco. Lo consideraremos una válvula de escape para descargar el estrés.

—Y se dará cuando surja, sin planes de antemano —maticé.

—Perfecto, detective Grechi.

El capitán abandonó los servicios y dos minutos después lo hice yo. El resto de la velada no hablamos, ni siquiera volvimos a mirarnos, cada uno fue a lo suyo sin acordarse del otro, de lo que habíamos hecho. Ese fue nuestro primer encuentro, aunque no el último, pero los demás no los recordaba con la misma precisión. No obstante, me bastaba para saber que entre Nikolas y yo solo había sexo, si bien desconocía si esa situación se mantenía o ya no. El timbre de la puerta me sacó de la nebulosa de pensamientos y remembranzas que bordeaba el litoral de mi mente y me devolvió a la realidad. Mi padre acababa de llegar, y no venía solo, portaba consigo una bolsa que despertó mi curiosidad. Él, adelantándose a mis demandantes palabras, me solicitó calma y la dejó en el salón.

Mientras comentaba con mi progenitor cómo me había ido en el departamento, preparó algo para cenar. Yo no tenía apetito, solo hambre por conocer y saber más cosas de mi vida, por recopilarla entera; y sabía que esa bolsa contenía de algo que me atañía de forma directa. Tenía tantas lagunas, faltaban tantas piezas en mi puzzle que era imposible comprender algo. Me era vital entender mis aventuras, mi fallido matrimonio, mi fuerte carácter que elogiaban tanto como reprochaban. ¿Cómo era en realidad? ¿Quién era Úrsula Grechi? Mi padre debía de saber contestar a esas preguntas, mi padre sabría quién y cómo era yo, su hija, y mi padre había traído en

esa bolsa algo que me ayudaría. Teníamos que seguir hablando, debía continuar contándome mi vida para poder empezar a recordar, a encajar las piezas del rompecabezas.

Sentados a la mesa, entretanto escarbaba con el tenedor en los espaguetis a la boloñesa y meditaba cómo preguntarle lo que estaba pensando, me acarició la mano.

—No has probado bocado, Úrsula, ¿no tienes hambre?

—La verdad es que no, me duele la cabeza.

—Ya, pero debes comer, hija. La medicación que estás tomando es fuerte y el estómago debe estar lleno para no dañarlo.

—Seguro que hay cosas capaces de lacerarme más, papá. No consigo recordar y casi ha pasado una semana —declaré molesta.

—Tranquila, poco a poco, no te angusties —me aconsejó—. Te he traído algo que quizá pueda ayudarte: tu anuario del instituto. Ya lo verás con calma, a ver si hay suerte y te hace recordar alguna cosa. También he traído unas fotografías de la familia, cuando terminemos de cenar las vemos juntos, ¿quieres?

—Yo ya he terminado, ¿podemos verlas? —pregunté impaciente.

Mi padre suspiró hondo, sin dejar de contemplarme ni de acariciarme la mano.

—Está bien, vamos. —Asintió resignado.

Se acercó a por la bolsa y sacó de ella un álbum y el anuario. Dejando este último encima de la mesa, me pidió que nos sentáramos en el sofá a ver las fotografías familiares. Lo depositó sobre mis manos y sentí una extraña mezcla de impaciencia y temor. Ansiaba abrirlo y ver qué recuerdos de mi vida guardaba, pero temía no poder anclarlos en mi mente, apoderarme de nuevo de ellos, volver a hacerlos míos. Con el corazón bombeándome a doble velocidad, lo abrí. En mi piel quedó adherido el tacto del cartón plastificado de la cubierta, la que daba inicio a las secuencias capturadas en pequeñas imágenes de varios tamaños. La primera fotografía era de mis padres, del día de su secreta boda, la única que daba fe de ese importante momento. Se les veía tan enamorados que me emocioné. Con cuidado, paseé los dedos por la sonriente cara de mi madre, tan joven, tan hermosa... Una lágrima terminó escapando de mis ojos. Pasé la hoja y volví a verla a ella con un bebé en brazos. Mi padre me anunció que era yo, y me contó el día que nací, lo dichosos que les hizo mi llegada al mundo, la forma de elegir mi nombre, lo llorona que fui durante los primeros meses... Con cada foto que iba descubriendo él me explicaba su historia, y así conocí la vida de mi hermano. Y llegaron los cumpleaños, las navidades, los festivales del colegio, los disfraces de Halloween, los regalos de Papá Noel... Toda mi vida estaba allí, frente a mí, en pequeños trozos de papel fotográfico; pero no en mi cabeza, en mi memoria.

De esa forma, admirando y disfrutando de cada minúsculo detalle y sin parar de escuchar a mi padre, llegué a la última fotografía, la que clausuraba el álbum. En ella aparecíamos mi hermano y yo haciendo un muñeco de nieve. Todo era blanco y luminoso, estaba nevando, se apreciaban los copos cayendo. Y de repente apareció un recuerdo: evoqué la primera vez que vi la nieve. Lo hice con tal rigor que sentí hasta

su gélido frío cubriéndome el cuerpo. Tendría cuatro años y mi hermano dos. Desde la ventana la veía caer del cielo, blanca, en forma de pequeñas bolitas, y pregunté qué era. Mi madre me contestó: «Nieve, cariño, está nevando. Hace mucho frío y el agua de lluvia se congela formando la nieve». Mi impulsiva curiosidad hizo que saliera a la calle sin pensarlo, quería verla de cerca, tocarla, sentirla. Era suave y estaba muy fría. Abrí la boca para que los copos me cayeran en ella y mi madre corrió a ponerme el abrigo. Romeo, mi hermano, al ver cómo me la comía repetía «Lula, Lula, Lula», canturreando y riendo. El recuerdo se esfumó con la misma rapidez que los copos se deshacen en la cálida boca. La nostalgia que conllevaba la familiar remembranza me invadió. Me abracé a mi padre y no pude, por más que lo intenté, esquivar al llanto.

—Lo he recordado, papá —sollocé—. He recordado el primer día que vi la nieve, a mamá, a Romeo. —Noté la emoción de mi padre derramándose por mi hombro.

—¿Lo ves? Solo necesitas un poco de tiempo y ver fotos, recuerdos; todo eso te va a ayudar, hija. —La voz le temblaba.

Estando en su pecho le recordé dándome abrazos, cientos de ellos. Imágenes distintas iban y venían a mi mente igual que olas agitadas y embravecidas. Yo con diferentes edades pero con el mismo lazo de unión: un caluroso abrazo. Me nació un gran sentimiento de amor hacia él, despertó de mi interior con una fuerza brutal. Quería a mi padre mucho, muchísimo. Separándome despacio de su calor, me enjuagué el llanto a la vez que mis ojos recorrían el diminuto apartamento casi asfixiante.

—¿Por qué yo no tengo fotos? ¿Por qué en mi casa no hay ni una sola fotografía de mi familia?

El gesto de mi padre se impregnó de una tristeza aplastante y demoledora, una que me sacudió y estremeció a partes iguales.

—Tenías —contestó balbuceando—. Pero un día decidiste quitarlas.

—¿Por qué? —pregunté confusa.

—Porque decías que te hacía daño ver a tu familia a diario, la echabas mucho de menos. —Sorbió la incipiente mucosidad que traía el llanto.

—¿Y qué hice con ellas?

—Esconderlas, pero no sé dónde.

Bajé la cabeza, pensativa, preguntándome si ese dolor era el que me había llevado a estar descentrada, como me había dicho Scott. Si ese sentimiento de pena era el causante de hacerme acudir a una psicóloga y posteriormente a un psiquiatra. Levanté la cabeza y miré a mi padre con inquietud.

—Papá, ¿sabes que estuve acudiendo a una psicóloga? —le pregunté.

—Sí, por supuesto, a la doctora Williams. Y te ayudó mucho —añadió.

—¿También sabes que yo a veces bebía más de la cuenta?

Suspiró profundo y se frotó de forma insistente la barbilla.

—Sí, lo sé —contestó con tolerancia—. Precisamente por eso acudiste a la doctora Williams, la bebida empezaba a darte problemas de concentración y a

cambiarte el carácter. Acudiste a su consulta gracias a la insistencia de Scott, a mí no me hacías caso, decías que tú sola podías solucionar tus problemas. —Gesticuló una mueca de desaprobación.

—Sé que sabes que acudía a un psiquiatra.

—Sí, también lo sé. —Asintió—. La psicóloga te derivó a él, al doctor Clark.

—Soy una neurótica —dije cautelosa, porque en realidad no sabía hasta qué punto mi padre conocía mi propia vida.

—Todos tenemos problemas, y tú no has tenido una vida fácil. Ninguno la hemos tenido —puntualizó—. La pérdida de tu madre y hermano nos marcó mucho. Mucho —insistió con un quiebro de voz. Pero de pronto me miró aturdido. En el mustio color de su mirada se concentró algo de miedo—. ¿Y tú cómo sabes todo eso? ¿Lo has recordado?

—No, ojalá. —Solté una bocanada de aire—. La parte de la psicóloga la sé por Scott; la del psiquiatra por el propio doctor Clark, que ha venido a verme. Estaba preocupado porque no acudía a su consulta ni le cogía el teléfono.

—Qué atento, ¿no? —enunció.

—Sí, desde luego. Mañana tengo una cita con él, igual también puede ayudarme a recobrar mis recuerdos.

—¿Tú crees? A lo mejor no es buena idea —expresó dudoso.

—¿Cómo qué no? —Lo observé extrañada—. Él sabrá muchas cosas de mi vida, seguro que su ayuda me viene muy bien.

—No sé... —Se encogió de hombros—. Nadie sabe que acudías a su consulta, ni siquiera Scott, a pesar de la gran amistad que tenéis. Solo me lo dijiste a mí, y ahora pueden enterarse porque... —Calló.

—Porque me están vigilando, ¿verdad?

—Veo que ya te lo ha contado el capitán Parker.

—Sí, papá —afirmé—. Lo sé todo, sé que creen que alguien ha intentado matarme.

—¡Oh, Señor, cada vez que pienso en eso se me parte el corazón! —sollozó.

—Eh, ahora cálmate tú —le rogué—. Estoy aquí, sin memoria pero viva. No llores, por favor.

—Vale, vale, ya me calmo. —Se secó las incipientes lágrimas.

—Y en cuanto a la visita del doctor Clark, tranquilo, lo tengo controlado. Les he dicho que me ha mandado el doctor Taylor, aunque Scott cree que voy a acudir a la doctora Williams. A los demás les diré lo mismo, es una clínica en donde habrá más de un médico, no creo que tenga problemas.

—Para no tener memoria tu cabecita sigue trabajando muy bien —resaltó.

—Gracias, papá. —Sonreí de forma leve—. Y ahora me gustaría preguntarte algo más.

—¿El qué?

—¿Por qué me casé? Según me ha contado hoy una compañera, yo abogaba por

la independencia y me alejaba de los sentimientos.

—¿Y me lo preguntas a mí? —me observó boquiabierto—. Eso quisiera saber yo, por qué te casaste con semejante cretino —me reprochó—. Ni siquiera sabía que tenías una relación seria con él, tan solo una semana antes de la boda me enteré de que estabais viéndoos. Me quedé de piedra con la noticia. Os fuisteis a Las Vegas un fin de semana y llegasteis casados. ¡Casados! ¡La mayor de las locuras! —siseó.

—¡Caray! Pues sí que fue una locura, sí.

—Una enorme, Úrsula —volvió a recriminarme.

Me pregunté qué me había impulsado a hacer aquella inconsciencia. No solo por casarme con esa prontitud, sino porque mi padre, la única persona de mi familia, no estuviera conmigo el día de mi boda. ¡Maldita memoria! Necesitaba recordar para intentar comprender lo que también a mí me parecía toda una locura.

—¿He tenido alguna relación más? —le pregunté, por si él podía añadir algo a la lista que Samantha me había dado.

—Pese a que no me cuentas mucho de ese aspecto de tu vida, por no decir nada, yo sé que ha habido más de un hombre, aunque ninguno especial. Ni siquiera tu efímero marido lo fue.

—¿Algún compañero?

—Puede ser, aunque no lo sé a ciencia cierta.

—¿Scott?

—¿Scott? —repitió turbado, sin dejar de mirarme—. No. Vamos, no creo que con Scott hayas pasado de la amistad y el compañerismo.

—Entonces ¿con quién crees que sí ha habido algo más? —Se pasó la mano por el cabello, dudoso, irresoluto—. Dímelo, papá —le exigí—. ¿Con quién crees que he podido tener una aventura?

—Si tuviera que apostar lo haría por el capitán Parker. —Asintió con firmeza.

—¿Y qué te lleva a creer que he tenido algo con él y no con Scott?

Sin apartar sus ojos de los míos, inhaló con profundidad y fue soltando el aire poco a poco, pensativo.

—No sabría decírtelo, es algo que se siente —declaró por fin—. Quizá por las miradas...

Las miradas... Eso mismo me había dicho Samantha, que había miradas que contaban mucho más que cualquier palabra.

—¿Y cómo son esas miradas?

—¿Quieres que te diga la verdad?

—Por supuesto, lo necesito —contesté.

—Pues yo veo una mirada obscena en el capitán, de las que desnudan, de las que solo buscan un rato de placer. Scott, en cambio, te mira distinto, te aprecia. En eso me baso para deducirlo, pero claro está que no tengo una prueba tangible.

Mi padre no tendría pruebas de lo que decía pero estaba en lo cierto, Parker y yo teníamos una aventura. Guardé silencio unos segundos, agachando la cabeza para

eludir sus ojos tristes y apagados, ese tono tan mustio de su mirada.

—¿Te avergüenzas de mí? —pregunté de pronto, sin saber por qué. O a lo mejor lo hice porque yo en ese momento era incapaz de desprenderme de ese sentimiento.

—Pero ¿qué demonios dices, Úrsula? ¡No! ¡Claro que no! ¿Cómo puedes pensar algo así?

—No sé... —Me encogí de hombros—. Igual porque no he sido la hija perfecta, porque bebía, porque hacía estupideces, porque era promiscua...

Me levantó la barbilla para volver a verme la cara y dijo:

—Hija, yo nunca he pretendido que fueras perfecta, sino tú misma. Es cierto que no me gustaba que bebieras pensando en tu salud, pero sabía que te darías cuenta de tu error a tiempo. Y me da igual si te acuestas con un hombre o con mil, yo no te valoro por tu vida sexual o sentimental, sino por quién eres.

—¿Y quién soy, papá? —gimoteé.

—Una gran mujer —respondió orgulloso—. Una mujer fuerte que a pesar de todo lo sufrido siempre ha seguido adelante, que comete errores pero sabe reconocerlos e intenta enmendarlos, una persona sincera que va de frente. Esos son los únicos valores que me importan de ti. —Me acarició la mejilla—. Nunca dejes que nadie te juzgue por tus aventuras, eres una mujer libre que puede hacer con su cuerpo lo que le plazca. Te quiero mucho, Úrsula —enunció emocionado.

—Gracias, papá. —Me abracé a él con la misma emoción, y alargamos el estrechar de brazos por un buen periodo de tiempo, hasta conseguir sosegarlos.

Cuando mi padre se marchó decidí observar mi anuario para ver qué me podía aportar él. Lo abrí con ansiedad, estaba sedienta de respuestas. Observé con detenimiento cada una de las fotografías y les supliqué que me hablaran, que me recordaran mi vida. Para mi sorpresa y satisfacción empezaron a hacerlo. De forma paulatina y progresiva, sin apartar mis ojos de ellas, comencé a recordar. Recordé que apenas tenía amigas, desde niña había congeniado mejor con los chicos. Desde temprana edad, en mi círculo de amistades predominó sobremanera el género masculino, por regla general eran más nobles e ingenuos. Cuando me hice adulta también me di cuenta de que eran manipulables, sobre todo si había sexo de por medio. Siendo ese el caso podías hacer con ellos lo que quisieras, al menos hasta que sofocaran su pasión. Con las chicas siempre tuve más problemas, a pesar de que yo no los buscara. Unas me tenían envidia, otras bastante manía, un tercer sector me consideraba una pretenciosa petulante y el resto una marimandona insoportable. La relación con ellas nunca fue fluida, al contrario que con los hombres; a ellos los tenía a mis pies, pero ellas utilizaban sus pies para ponerme la zancadilla. No obstante, y por suerte, también había excepciones y yo encontré una grande: Hannah. Era la única amiga que recordaba, con la que mantuve una buena amistad desde la infancia hasta la facultad. Nos separaron las miles de millas que había entre Nueva York y el estado de Illinois, pues eligió la prestigiosa Universidad de Chicago para cursar sus estudios de química. De repente me asaltaron las palabras que el capitán Parker me dijo: «Eres una persona que levantas pasiones o aversiones. O se te quiere o se te odia, contigo no existe el término medio». Comprendí que no estaba falto de razón, desde mi más tierna infancia lo había vivido así.

Me extrañó recordar ese extracto de mi vida y no acordarme de situaciones más recientes, por ejemplo con mis actuales amistades, fueran las que fueran. Y sobre todo me angustiaba no recordar la más vital, próxima y necesaria para mí: la noche que me asaltaron e intentaron matarme. Saber qué había ocurrido o si vi el rostro de mi atacante sería de gran ayuda para proceder en su detención. Pero en lo referente a esa noche, mi mente seguía en blanco, aunque también lo hacía con respecto a más cosas. No quise cuestionarme nada más y seguí mirando las fotografías, había que aprovechar la receptividad que mi cerebro parecía ofrecerme.

Por fortuna, minutos después seguí recordando. Por mi mente desfilaron los chicos por los que me sentí atraída en mi etapa adolescente. Todos habían sido vagamente interesantes, y a mi entender no merecían ir más allá de un acercamiento de bocas. Pero hubo uno en especial, el guaperas de Robert Wilson, que año tras año se hizo un importante hueco en mi vida. Mi primer beso no fue con él, antes de llegar a sus labios probé unos cuantos, pero sí fue al primero que le entregué mi cuerpo;

Robert me desvirgó. Sucedió un par de meses antes del baile de fin de curso, una romántica noche en la que la luna se había convertido en un gajo de limón en la oscuridad del cielo. Su fase creciente le menguaba luminiscencia y le aumentaba el romanticismo. La poca luz que penetraba por los cristales del auto de Robert era la justa para dejar entrever a nuestros desnudos cuerpos sedientos de amor.

De inmediato Robert se evaporó y Kevin Morgan, mi compañero de Narcóticos, apareció. De nuevo me vi con él en aquel coche haciendo el amor, empañando las ventanillas con nuestros jadeos y el calor corporal que supurábamos. Y luego llegó Antonio Mendoza, un puertorriqueño especializado en fraudes con el que también retocé en la cama. Y Blaine, de Delitos Informáticos, un friqui que bajo sus gafas de pasta ancha estaba sediento por disfrutar y complacer sexualmente. Dayton y Braden, otros detectives de primer grado; y Fabrizzio, un oficial con el que simpaticé por la mutua descendencia italiana, y en un día de caos laboral terminamos revolcándonos. Incluso acabé en la alcoba de Roth Maynard, el implacable fiscal que era el azote de los delincuentes, que había conseguido meter entre rejas a más del noventa por ciento de mis detenidos, que se mostraba ante todos como un lobo feroz, pero haciendo el amor conmigo resultó un manso corderito. Después llegaron los que me contó Samantha y otros de los que ni siquiera sabía su nombre, solo recordaba sus rostros. Eran desconocidos que había conocido en un bar, tras unas copas, sobraba toda identidad para pasar un buen rato. Sentí que me asfixiaba, me faltaba el aire. El estómago se me revolvió y me inundaron las ganas de vomitar. Corrí despavorida al baño, las arcadas eran más veloces que mis pies y ya subían por mi garganta. Me deshice en bocanadas hasta vaciar el estómago, lo poco que había en él. Sentada en el suelo me encogí, posé la cabeza sobre mis rodillas y empecé a llorar. No me gustaba la mujer que era, o mejor dicho, no la comprendía. No porque me acostara con unos y con otros, sino por lo vacía que sentía mi alma al recordarlo. ¿Qué buscaba? ¿Qué quería? ¿Qué pretendía si no sentía nada? Beber y acostarme con hombres parecía una vía de escape para mí, pero de qué. ¿De qué quería huir?

Me levanté y me lavé la cara. Pensé en las fotografías de mi familia, en esas que no adornaban mi pequeño apartamento, las que mi padre decía que retiré de mi vista para evitar dolor. ¿Dónde estarían? ¿Dónde las habría guardado? ¿Y si me deshice de ellas? ¿Qué clase de persona tira los recuerdos de su familia? ¿Qué clase de persona era en realidad? Me acerqué al armario y rebusqué por él, aunque sin encontrar nada. Tan enrabiada me sentía que lo tiré todo al suelo, lo vacié con violencia, en medio de gritos; la cólera se había apoderado de mí. La ropa estaba esparramada por el espacio que hacía de salón, el armario se había quedado desnudo, solo colgaban de él las perchas, y allí no había nada. Me senté en el suelo y chillé de nuevo, estaba furiosa conmigo misma. La cabeza empezó a dolerme de manera exagerada; además, la herida me picaba, señal de que los puntos estaban secándose. En dos días debía volver a ver al doctor Taylor y de seguro que me los quitaba. Intentando aplacarme, me levanté y me acerqué a la cocina a tomarme un analgésico. Desde allí, mientras

me bebía un vaso de agua, contemplé el desaguizado que había formado. Debía meter de nuevo la ropa en el armario.

Colgándola, me fijé en las maderas del suelo, las del lado izquierdo no estaban al mismo nivel, sino algo más altas. Me agaché y con facilidad me quedé con una de ellas en la mano, y descubrí que allí debajo había algo enterrado. Acelerada, retiré dos más y mi sorpresa fue mayúscula al toparme con una pequeña caja. La saqué, muerta de curiosidad, y de forma celeré la abrí. Me quedé boquiabierta y me caí de culo al suelo, con el corazón disparado y un ataque agudo de nostalgia. Extraje lo que contenía: fotografías, un colgante, una sortija, una pulsera y una llave. Miré las fotos con ansiedad: había de mi madre, de mi hermano y de los cuatro juntos. No pude evitar el alarido quejumbroso que me sobrevino; eran las fotografías que había retirado de mi vida, las que había apartado de mí. ¿Por qué lo había hecho? ¿Tanto dolor me provocaba observar a mi querida madre o a mi amado hermano? Porque lo sentí. Sentí todo el amor que me provocaban tan solo viendo esas pequeñas imágenes de la realidad, observando el cariño que mi madre me mostraba únicamente con su mirada, contemplando a mi hermano abrazado a mí, riendo, haciendo el payaso, incluso poniéndome orejas de burro en otra. Eché todo en ella y la cerré de nuevo, apresurada; no sabía si estaba preparada para ver más. Los pocos hilos sueltos que se concentraban allí me estaban machacando el alma.

Tras unos minutos intentando sosegar mi agitación, pensé que no podía ser tan cobarde, no si quería recobrar mi vida. Con las manos un poco temblorosas, volví a abrir la caja y repasé las fotografías apelando a toda mi calma. En una de ellas apreció un colgante estilo *hippy* en el cuello de mi hermano, era el mismo que estaba dentro de la caja. Lo cogí con premura y, en un acto reflejo, lo besé, llorando desconsolada. Luego recordé que la sortija era de mi madre. La imagen de su mano luciéndola penetró con fuerza en mi mente. Me la regaló un caluroso día de verano, aunque no recordaba el motivo, solo la vi quitándosela del dedo y poniéndola en el mío, sonriendo y besándome después. La introduje en la cadena del colgante de mi hermano y me lo coloqué en el cuello; así, ambos estarían juntos y conmigo. Acto seguido tomé la pulsera y Scott apareció en mi retentiva; él me la regaló unas navidades. Era de plata y tenía una pequeña chapa en la que se leía grabado: «Compañeros para siempre». ¿Por qué la tenía recluida con todo lo demás? Una vez más, no tenía respuesta para la pregunta, para no variar. Vestí mi muñeca con ella y la admiré; era muy bonita y me quedaba perfecta. Decidí que a partir de ahora la llevaría siempre puesta. Por último cogí la llave y me detuve a leer el llavero: «Apartamentos Murray Hill 441». Era la llave de un apartamento, obvio, pero ¿por qué la tenía yo? ¿De quién era dicho lugar? ¿Quién me la había dado? Suspiré profundo, apreté los ojos, la mente, el corazón; todo mi ser en busca de una respuesta. Empezaba a rayar la locura con tanto desconocimiento. Pero nada, mi cerebro se había cansado de atraer remembranzas, no quería trabajar más.

Terminé de ordenar todo, busqué un lugar para las fotografías y, tras colocarlas en

diferentes puntos de mi apartamento, me tumbé en el sofá, anhelando que amaneciera. Deseaba acudir a la consulta del doctor Clark para ver si era capaz de aclararme la mente, de despejar mis incógnitas.

\*\*\*

A la mañana siguiente me levanté igual que si me hubieran dado una paliza. El cuerpo todavía me dolía por las magulladuras de la agresión, pero a eso había que sumarle la tensión que padecía desde anoche y que me había impedido conciliar el sueño de continuo, además de provocarme pesadillas. En especial hubo una muy desagradable, que aún continuaba poniéndome los pelos de punta cuando me llegaba su recuerdo. En ella me acercaba al armario, lo abría y lo encontraba lleno de sangre. El armazón de madera expulsaba sangre a chorros que caía sobre mí, empapándome. Sangre por todas partes. Todo rojo espeluznante. Rojo. De nuevo la piel se me encrespó al recordarla.

Sian Cook fue muy puntual y a las once estaba llamando a la puerta de mi casa. Le abrí e intenté sonreír, pese a no tener un buen día para hacerlo. Sin embargo, pensé que el pobre no tenía la culpa de mi bajo estado de ánimo.

—Hola, buenos días, Grechi —me saludó con un estiramiento de labios extremo—. ¿Estás preparada?

—Dame cinco minutos, por favor —le contesté—. Pasa y siéntate mientras tanto.

Cook pasó y, obediente, se sentó en el sofá a esperarme. Cuando regresé del baño, el único lugar con intimidad para terminar de arreglarme, me preguntó:

—¿Qué tal va tu memoria? ¿Empiezas a recordar?

—La verdad es que va muy lenta, recuerdo muy poco.

—Tendrás que tener un poco de paciencia —me aconsejó—. Además, a veces no se consigue recuperar todo, solo una gran parte. El cerebro es muy caprichoso en ese sentido.

—¿Eres médico o detective? —le pregunté con hostilidad, me molestó el comentario. Mejor dicho, me molestó pensar que no fuera a recuperar mis recuerdos.

—Detective, por supuesto —contestó un poco ruborizado—. Perdóname, no pretendo enojarte, de verdad. A veces suelto las cosas sin pensarlas.

—Perdonado, pero no hables de lo que no sepas, por favor. Yo también escucho muchas cosas y eso no quiere decir que todas sean ciertas. —Mi acritud continuaba contestando por mí.

—De nuevo lo siento. Aunque debo aclararte que no las escuchó, las leo. Me gusta la psicología, el estudio de la mente, me parece muy enigmática.

—Anda, déjate de enigmas y vámonos —le pedí, y abandonamos el apartamento.

\*\*\*

Hice el trayecto en coche hasta la clínica en silencio, no me apetecía hablar, y Cook pareció entenderlo. Para no escuchar nuestro incómodo mutismo, sintonizó una emisora de radio con buena música, y esas voces fueron las únicas que nos acompañaron hasta llegar a la Novena Avenida con la Calle 26, en la zona de Chelsea.

Entré en la consulta con los nervios a flor de piel. No sabía qué me depararía esa cita, qué revelaría de mí, si me gustaría o, como me estaba sucediendo hasta ahora, me haría sentir peor. No me agradaba la persona que estaba descubriendo, mi forma de vivir y de actuar. O quizá tan solo no la entendía por la falta de datos que predominaba en mi cerebro. Mis actos me resultaban incomprensibles al no encajar nada con coherencia.

—Buenos días, Úrsula —me saludó el doctor Clark, levantándose del sillón para recibirme.

—Buenos días, doctor...

—Por favor —me interrumpió—, llámame Arthur como te pedí.

—Vale. —Acerqué la mano y las estrechamos. Él me miró algo sorprendido.

—¿Cómo vas? ¿Qué tal tu memoria? —preguntó, invitándome a sentarme.

—No he recordado mucho, más bien nada —contesté, tomando asiento—. Además, lo poco que he recordado no tiene una continuidad, son cosas sueltas pero no cerradas. —Soplé disgustada.

—Tranquila, eso es normal. Pero lo importante es que vayan llegándote recuerdos, eso es bueno.

—Mi padre me trajo fotografías familiares y mi anuario, eso me ayudó. Aunque no sé por qué mis reminiscencias se están centrando en... —Callé.

—¿En qué? —preguntó intrigado.

—En los hombres —contesté casi en un susurro, con cierta vergüenza.

—¿Tus relaciones con el sexo contrario?

—Sí. —Asentí.

—¿Y qué o a quién has recordado? ¿Novios? ¿Compañeros?

—¡Oh, tú lo sabes! —exclamé—. ¿A que sí?

—Sé todo cuanto me has contado tú, Úrsula. Lo que me hayas omitido, evidentemente no —respondió.

—¿Sabes que he tenido relaciones con compañeros?

—Sí —afirmó.

—¿Con muchos compañeros?

—Sí.

—¿Y también con desconocidos que encontraba en el bar y ni siquiera me importaban sus nombres?

—También.

—¿Y que tuve un fugaz matrimonio que duró tres meses?

—Por supuesto.

—Entonces lo sabes todo. A menos que haya más por ahí que aún no recuerde, claro —siseé.

—¿Crees que puede haber alguien más?

—No creo nada, joder, no recuerdo —hablé cabreada, e hice una pausa—. Perdona por el taco, lo siento.

—Tranquila, estoy acostumbrado a oírte decir alguno de vez en cuando. —Sonrió—. ¿Y de qué quieres que hablemos?

—Oh, de todo lo que puedas, por favor.

—De acuerdo. Pero tendremos que empezar por algo en concreto, ¿no crees?

—Llevas razón —pensé unos segundos y le pregunté—: ¿Sabes por qué soy una mujer tan promiscua? ¿Por qué no quiero exponer sentimientos con los hombres? Porque si soy así no tiene ningún sentido contraer matrimonio con nadie. ¿Por qué me casé entonces? ¿Y por qué todos hablan de mi fuerte carácter y a mí me da la impresión de que soy una borde? ¿Y por qué...

—Para, por favor, para —me interrumpió—. Coge aire y cálmate, te lo ruego, Úrsula.

—No puedo, ¿no lo ves? Ni siquiera sé por qué te tuteo, se supone que eres mi médico, no mi amigo. ¿Cómo voy a tranquilizarme si desconozco toda mi vida? Si no sé que soy una neurótica, si no sé de mí una mierda. —De nuevo otro taco—. Lo siento, se me ha vuelto a escapar, perdona. —Resoplé atribulada.

—Ya me has pedido perdón dos veces, desde luego que estás desconocida.

—¡Ya estamos! —repliqué—. Otro con lo mismo. Ahora solo te falta añadir que soy una orgullosa.

—¿Quién te ha dicho que lo eres?

—Connor Scott, mi...

—Tu excompañero —atajó.

—Correcto. —Asentí, y una leve calma me sobrecogió al comprobar que conocía muchos datos de mi vida.

—Pues déjame que te diga que la palabra apropiada no es orgullosa, sino una mujer...

—De armas tomar —acabé la frase por él.

—Temperamental, diría yo.

—¿Y acaso no es lo mismo?

—No. —Sacudió la cabeza—. Y en tu caso añadiría que tu temperamento se debe a unas causas específicas que marcaron tu vida y modelaron tu carácter.

—¿Qué causas? ¿La muerte de mi hermano y madre?

El doctor me miró en silencio. Por sus pupilas corría una pizca de afecto fuera de lo profesional. Parecía que le diera pena de mí a nivel personal.

—¿Has recordado algo de eso? —me preguntó serio.

—No. Mi padre me ha hablado de ello porque yo le pregunté. En el hospital no había nadie de mi familia salvo él, los demás eran compañeros.

—Si yo me hubiera enterado también habría ido a verte, no lo dudes. Durante estos meses te has convertido en una persona importante para mí, Úrsula —habló con cariño.

Pensé un segundo en lo que me había dicho anteayer, cuando se presentó en mi casa.

—¿Puedes explicarme mejor qué ocurrió para que me marchara furiosa de la última cita? Dijiste que temías que no volviera.

El doctor suspiró, bajó la cabeza y se quedó callado un largo rato. Me empezaba a poner nerviosa su silencio.

—Ya te lo dije, yo quería intentar una nueva técnica contigo y al principio te pareció bien, pero luego cambiaste de opinión y te cabreaste. Mucho —recalcó.

—¿Qué clase de técnica?

—No creo que eso ahora mismo sea importante, Úrsula. Digamos que era una técnica que yo creía que podría funcionar —contestó con las facciones tensas.

—¿Querías ayudarme?

—Ayudarte es lo que más me importa.

—¿Querías salvarme de mí misma? Porque entre lo poco que me han contado y mis escasas remembranzas parece ser que no me trataba muy bien. Bebida, hombres que ni me importaban, recuerdos exiliados del lugar donde debían habitar, enterrados para no ser vistos, para olvidarme de mi familia... —Se me quebró la voz.

—No hables en pasado, quería ayudarte y quiero, ahora y siempre. ¿Vale?

—Vale —contesté.

—Y no te castigues, Úrsula, no has tenido una vida fácil y tu actitud se debe a ello. Padeces una neurosis desencadenada por unas experiencias traumáticas, una neurosis de ansiedad. Cada mente encauza las cosas de una manera, pero te puedo garantizar que a ninguna persona le deja indiferente la muerte de un hermano, y menos la de una madre. Fue muy traumatizante para ti encontrarla en la bañera desangrada, eso te destrozó.

—¿¿¿Cómo??? ¿Qué has dicho de mi madre? —grité.

El semblante del doctor Clark se quedó tan blanco como la nieve.

—Me has dicho que tu padre te lo ha contado, ¿no?

—Mi padre me dijo que mi madre murió de pena. —El corazón me bombeaba acelerado.

Sus ojos reflejaron la turbación por el inapropiado comentario.

—Pues lo siento, pero la verdad es que se suicidó cortándose las venas.

—¡No, no, no, no! —chillé mientras regresaba a mi mente la pesadilla que había sufrido, el armario abriéndose, empapándome de sangre. Roja sangre.

Salí de la consulta despavorida, buscando un lugar donde esconderme, donde huir, donde poder respirar porque me estaba asfixiando. Corrí por el pasillo, escuchando detrás de mí la voz a gritos del doctor Clark. Saliendo de la nada, una silueta se interpuso en mi camino y choqué con ella. Era Cook, mi compañero.

—¿Qué te ocurre, Grechi? —preguntó inquieto.

—No puedo respirar, me ahogo, me ahogo —avisé con la mano en el pecho. Las palpitaciones eran insostenibles, el corazón quería salirse por mi boca y abandonarme a mi destino. Sentí que me ahogaba y empecé a estirar del jersey, quería arrancármelo. Un miedo acerbo me retorció el alma, me estrangulaba poco a poco pero con mucha inclemencia.

—¡Tranquila, Úrsula, es un ataque de ansiedad! —exclamó el doctor Clark llegando a mí—. Respira por la nariz y expulsa el aire por la boca, despacio —me ordenó—. ¡Enfermera, rápido, diez miligramos de Valium, deprisa! —exigió a gritos.

Segundos después me sentaron y noté la aguja clavándose en mi carne, profundo. El líquido empezó a fluir por mi sangre; entraba despacio, pero se abría paso con ímpetu. Cook no hacía más que respirar por la nariz y expulsar el aire por la boca, con lentitud, invitándome a hacer lo mismo, lo que el doctor me había solicitado y lo que obedientemente estaba haciendo. Minutos después mi cuerpo regresó a la normalidad; el latido se sosegó, la sensación de asfixia desapareció y el miedo se relajó, aunque sentía una extrema flojedad.

—¿Te encuentras mejor, Úrsula? —me preguntó el doctor Clark, que estaba frente a mí de cuclillas.

—Sí, pero quiero irme a mi casa —gimoteé.

—De acuerdo. Le he dado a tu compañero un frasco con medicación, son benzodiazepinas. Tómate una pastilla cada doce horas, y en caso de precisarlas, cada ocho.

—Vale.

Se levantó y me ayudó a levantarme. Con cariño pasó la mano por mi espalda y le indicó a Cook que me llevara a casa, debía descansar.

Robert Wilson fue mi primer amor de verdad. No era como los demás chicos que me habían gustado o con los que había tonteado; él me robó el corazón. Lo conocí en pleno despertar adolescente, con trece años. Era de Saint Paul, Minnesota, y acababa de trasladarse a la ciudad de Nueva York debido al trabajo de su padre, entrenador de baloncesto. Robert era un chico abierto y simpático al que apenas le costó adaptarse al Brooklyn Technical, nuestro instituto. Despuntaba en el deporte, sobre todo en el básquet, y en poco tiempo se ganó el afecto y el respeto de todos los profesores y alumnos. Desde que lo vi por primera vez me gustó, era muy guapo. Aunque no fui la única que se fijó en él, por supuesto, y él tuvo ojos para otras antes que para mí. Pero con los años, y gracias a mi transformación de niña a mujer, Robert dejó de ver en mí a una amiga y empezó a mostrar un interés más íntimo y personal. Comenzamos a salir, y en solo unas semanas se adueñó de mi corazón por completo. Estaba enamorada, lo quería. Mi sentimiento hacia él era tan profundo que no me lo pensé dos veces cuando me pidió hacer el amor, a pesar de que era virgen y me daba miedo por cuanto había oído sobre la primera vez. Me relajó saber que para él no iba ser su primera relación sexual, Robert había tenido novia con anterioridad y habían practicado sexo; al menos uno de los dos no sería inexperto. Yo estaba próxima a cumplir los dieciocho años. Él tenía diecinueve, aunque íbamos al mismo curso; Robert iba atrasado a causa de una enfermedad que le hizo perder un año. Fue muy romántico y cuidadoso conmigo, y esa primera vez derribó los mitos que había escuchado. Hicimos el amor unas cuantas veces a lo largo de dos meses, lo amaba tanto que solo quería estar con él, entre sus brazos, en medio de su cuerpo... Hasta que un día descubrí que estaba embarazada. La noticia me asustó en exceso, ¿cómo se lo iba a contar a mis padres? Ingenuamente, pensé que Robert me ayudaría y que nuestro amor podría librar cualquier obstáculo. Estaba tan enamorada que me veía siendo una familia feliz, tanto como la mía, aunque mucho más jóvenes, pero felices. ¡Qué boba! Me equivoqué por completo, pues Robert no opinó lo mismo cuando se lo conté. Me gritó que era una locura, que era joven y no podía truncar su vida con un hijo. Me pidió que abortara, y yo, con arrogancia, le dije que sería madre soltera, que tendría a mi hijo igualmente. Pretendía echarle un pulso, sin embargo, me salió mal. Impasible, me contestó que hiciera lo que quisiera pero sin contar con él. Y me dejó. Me abandonó a mi suerte. Su hijo y yo no le importábamos nada.

Llegó el momento de soltarles la bomba de relojería a mis padres, sola y sin ayuda de nadie. Tras el impacto inicial, los gritos y los sermones, mi madre terminó diciendo lo mismo que Robert: debía abortar. Mi padre y sus raíces católicas no lo veían con buenos ojos, aun reconociendo que con ello toda mi vida cambiara de forma drástica. Durante una larga semana los escuché discutir sobre lo que debía

hacer, lo hacían delante de mí sin tener en cuenta mi opinión. Aunque en realidad yo no sabía lo que quería, estaba demasiado dolida por el abandono de Robert, mi corazón se hallaba roto, despedazado, y no me veía con fuerzas de tomar una decisión. Al final mi madre se impuso, terminó convenciéndonos a ambos y, sin demora, pidió cita en una clínica.

Esa mañana, antes de acudir a la clínica, aparte de descorazonada estaba muerta de miedo y empecé a llorar. Mi hermano me preguntó qué me ocurría, él no sabía nada y mis padres me pidieron que no se lo contara. Le dije que iba al dentista y estaba aterrada. Romeo se rio y se burló de mí, pero mi pésimo estado de ánimo no se sentía con fuerzas de entablar una discusión. De pronto, mi madre entró en la habitación, le regañó y además le recordó que estaba castigado y que bajo ningún concepto saliera de casa mientras estuviéramos ausentes. Con mala cara dijo: «Sí, señora, a la orden», acompañando sus palabras de un saludo militar, y se marchó de allí. Mi madre se sentó en la cama, a mi lado, y me cogió las manos con cariño.

—No sé si quiero hacerlo, mamá, estoy muy asustada.

—Hija, ¿crees que yo no? —Me observó sorprendida—. Pero sin duda es lo más conveniente, eres tan joven... —Suspiró con pena—. Piénsalo y hazme caso, es lo mejor para ti, Úrsula.

Terminé asintiendo y nos abrazamos. Al separarnos se quitó su sortija, una que mi padre le regaló cuando yo nací y que jamás se había quitado desde entonces. La colocó en mi dedo, sonrió y me besó.

—Toma, mi sortija de la suerte. A partir de ahora es tuya, cariño.

—¡Pero, mamá! —exclamé asombrada, sabía lo importante que era para ella.

—Ni mamá ni nada, he dicho que es tuya. —Me acarició la mejilla con cariño—. Y ahora vámonos, será mejor que lleguemos con tiempo y calma.

La clínica me transmitía una frialdad tan gélida como angustiada. Durante la espera, la cálida mano de mi madre no se soltó de las mías, era consciente de que estaba igual de nerviosa que yo, se palpaba. Dentro del quirófano me sentí tan sola, tan vacía. Notaba una oquedad tan grande en mi pecho que llegué a pensar que me habían extirpado el corazón.

Horas después, cuando llegamos a casa y yo seguía sintiendo el mismo hueco en mi alma, nos encontramos con una sorpresa: mi hermano no estaba. Una vez más, y para no variar, había vuelto a desobedecer las órdenes de mis padres. Porque mi hermano llevaba una larga temporada dando quebraderos de cabeza gracias a las amistades con las que se relacionaba. Malas compañías con las que había aprendido a beber y hasta a coquetear con las drogas. El niño bueno y dócil se había convertido en un adolescente rebelde que llevaba a la familia por la calle de la amargura.

Las horas pasaron y Romeo no volvía a casa. Mi padre hacía rato que se había marchado a buscarlo, dando vueltas con el coche por los lugares que solía frecuentar. Mi madre intentaba no transmitirme su nerviosismo mientras yo permanecía tumbada en el sofá; me habían aconsejado reposo. Pero aunque no me lo hubieran dicho, no

me veía con fuerzas para moverme; sostener un cuerpo sin corazón era demasiada carga.

Cerca de medianoche alguien llamó a la puerta. Mi padre, que había llegado hacía unos minutos, salió raudo a abrir. Mi madre lo siguió en silencio, aunque supurando un temor que iba dejando huella por la tarima del suelo. Escuché unas voces y de pronto un grito desgarrador que provenía de la garganta de mi madre. Me levanté y salí lo más rápido que puede, pese a las molestias que sentía. La imagen que vi al llegar al recibidor me pareció dantesca; mi madre estaba fuera de sí, golpeando a mi padre en el pecho con furia, con los puños cargados de rabia. Gritaba como una enajenada e incluso llegó a pegar a los dos policías que estaban frente a ellos. Mi padre intentó sujetarla y ella cayó de rodillas al suelo, llorando desconsoladamente y chillando que no era cierto, que su hijo no podía estar muerto, que no podía haberse ahogado en el río, que no era verdad. En ese momento el mundo se detuvo para mí. Tal fue el peso de las palabras que escuché que caí desplomada. Mi hermano estaba muerto, había muerto, había muerto, había muerto... La sangre dejó de circularme por la venas, el aire me faltó y sentí morirme. El dolor era tan agresivo, cruel e impiadoso que mi alma quiso levitar de mi cuerpo para no padecer.

—Romeo, Romeo, mamá —dije tan alto como pude, aunque con una voz mortecina.

—¡Úrsula, hija, por Dios! —exclamó mi padre envuelto en llanto, acercándose a mí para levantarme del suelo. Pero ya no vi más.

Me desperté despacio, llena de una honda tristeza que no sabía cómo digerir. Al incorporarme observé mi habitación; era oscura, casi tétrica, y estaba muy desordenada. Salí en dirección al cuarto baño y me detuve en la solitaria habitación de mi hermano, hacía casi un año que nos había abandonado y parecía que hubiera sido ayer mismo. Suspiré de la misma manera que venía haciéndolo desde entonces, cargada de culpabilidad. Entré en el baño y mi mundo volvió a detenerse, aunque esta vez con mayor ímpetu, si es que eso era posible. El escenario con el que me encontré era verdaderamente espantoso y brutal, y, chillando como una demente, llamé a mi padre. Lo hice con tanta violencia que las cuerdas vocales me rasguñaron las paredes de la garganta. Mi madre estaba en la bañera, tendida, y el agua roja. Roja. Toda roja. Teñida del color de la sangre. Su sangre. La sangre que se había vaciado de su cuerpo debido a unos profundos cortes en las muñecas. Estaba lívida. No. Estaba casi azul. Estaba muerta. Muerta, muerta, muerta... Sentí otra vez morirme, esta vez con un dolor inimaginable e indescriptible. Soportar la pérdida de mi hermano estaba siendo una ardua tarea; soportar la de mi madre no la podía explicar, pero la sensación de tener el corazón hueco se amplió a todo mi ser en ese mismo instante. Mi padre llegó cuando yo estaba arrodillada junto a su inerte cuerpo, besándole la mano y llorando sin cesar. Se lanzó a por ella, la abrazó con desesperación y la sacó de la bañera en medio de unos pavorosos gritos y llantos que se contrapeaban con los míos. Yacimos en el suelo durante largo rato, abrazados a su frío cuerpo, del que no queríamos

desprendernos. Mi padre repitió más de mil veces la misma frase: «Qué vamos a hacer sin ti, qué voy a hacer sin ti», meciendo su cuerpo una y otra vez, llorando de una forma tan despiadada como iracunda, reflejando la viva imagen del dolor. No se separó de ella hasta que el equipo de emergencias, avisados por mí, la arrancaron de sus brazos. Entonces yo me arrojé a los suyos y seguimos llorando con extrema aflicción, solos, como viviríamos a partir de ese día.

\*\*\*

Desperté sudando, empapada y muy sobresaltada. Me encontraba tumbada en el sofá de mi minúsculo apartamento y acababa de espabilarme de un mal sueño. Pero de inmediato supe que no era una horrorosa pesadilla, sino un recuerdo. Uno tan vívido como espantoso, que me abofeteó con la mano abierta, escupiéndomelo todo a la vez, a bocajarro, sin piedad. Un recuerdo que era una fuente de intenso dolor y me agujereó el corazón. Me traspasó el mismo órgano que hacía años sentía vacío, hueco, y que ahora dolía de forma irremediable.

—Úrsula, ¿estás bien? —La voz y la imagen de Scott me asustaron.

—¿Qué haces aquí? —interpelé alarmada.

—Le pediste a Cook que me llamara para quedarme contigo —contestó.

—No recuerdo nada de eso. No recuerdo cómo llegué a mi casa. —Sacudí la cabeza y un quejido se escapó por mis labios. Scott me abrazó sin tardanza.

—Estás temblando, ¿qué te ocurre? —preguntó preocupado.

—Lo he recordado —gemí—. He recordado que mi madre se suicidó porque no pudo soportar la muerte de mi hermano. —Rompí a llorar con fuerza y Scott estrechó su abrazo.

—Por favor, Lula, tranquilízate.

—Déjame llorar, te lo suplico —le pedí sin poder controlar las sacudidas de mi pecho.

—De acuerdo. Lloro cuanto precises, yo estoy aquí para consolarte —respondió en un tono tan sereno que parecía un arrullo, y me besó el cabello. Me aferré a su pecho y lloré con ahínco, hasta deshacerme.

Después de un largo rato, cuando por fin pude calmarme y en compañía de una taza de tila que Scott me había preparado, sentí la necesidad de hablar con él.

—He recordado cómo murió mi hermano y mi madre. —Apreté los labios, debía parar el temblor que empezaba a gobernarlos solo por mencionarlo.

—¿Te ha ayudado la doctora Williams?

Callé, pensando que Scott no sabía que había estado en un psiquiatra, en la consulta del doctor Clark. Parecía que Cook me había guardado el secreto aunque desconocía el porqué de hacerlo.

—Sí —mentí—. Ella me mostró un camino que ha permitido a mi mente recordarlo.

—¿Y qué has recordado exactamente? Si quieres hablar de ello, claro —se apresuró a decir.

—Prefiero preguntarte otra cosa.

—Tú dirás. —Esperó expectante.

—Explícame el motivo preciso que me llevó a acudir a la consulta de la doctora Williams. —Scott resolló pasándose la mano por su rapada nuca—. ¿Bebía para soportar el vacío de la pérdida de mi madre y hermano? ¿Lo hacía para soportar un estúpido accidente y un amargo suicidio?

Me observó apenado y mudo; en sus ojos pude ver compasión. Toneladas de ella.

—Puede. Seguro que sí. —Asintió—. Durante meses comenzaste a beber sin control y eso empezó a pasarte factura. En nuestro trabajo venir con resaca no es bueno, se pierden reflejos, y nosotros los necesitamos al cien por cien de su rendimiento. En ocasiones un mero segundo es la diferencia entre salvar o no una vida.

—¿Fallé en mi trabajo? —le pregunté, su respuesta me lo había dado a entender.

—Sí —respondió tras unos segundos de espera, descendiendo la cabeza—. Lo hiciste en una ocasión.

—¿Cuándo? ¿Qué ocurrió? —inquirí veloz.

Scott alzó la vista y la fijó en mis ojos, temerosos de su explicación.

—Sucedió hace algo más de un año. Estábamos a punto de coger a un estafador y asesino, pero él lo sospechó y huyó. Corrió y lo perseguimos. Durante su carrera arrancó a un niño de los brazos de su madre y lo arrojó al río. Ese día llegaste muy resacosa, más de lo normal, como nunca. Te quedaste paralizada viendo cómo el bebé se hundía en el agua y el hijo de puta se escapaba. Yo me tiré a salvar al pequeño y él se dio a la fuga.

—¡Joder! —exclamé tan furiosa como avergonzada—. ¿Por qué no me denunciaste al mando superior por negligencia profesional?

—Porque no siempre era así —contestó con calma—. Porque eras una buena detective pasando una mala racha, a todos nos ocurre a veces.

—No. —Negué con la cabeza—. Era un peligro, una borracha que acudía en malas condiciones a su trabajo.

—Lula, eres una gran compañera, pero tus problemas personales te estaban jugando una mala pasada, solo eso.

—Por amor de Dios, no defiendas lo indefendible —chillé.

—No lo hago, joder. —También alzó la voz.

—Claro que lo haces; mejor dicho, lo hiciste en su momento —le reproché cabreada—. ¿Por qué lo hiciste?

—Te lo acabo de decir, ¿no escuchas? —preguntó a la defensiva—. Estabas pasando una mala racha, era algo puntual, no rutinario.

—¡No, no y no! —protesté—. No debiste callarlo, no tuviste que hacerlo, no...

—Pues lo hice —me interrumpió a voz en grito—. Perdóname, pero lo hice

porque creía que era de justicia, porque quería compensarte, porque te debía la vida.

—¿Qué? —pregunté de inmediato, aturdida. Scott tomó aire y su mirada se relajó, incluso se plagó de afecto y de admiración.

—Lo que has oído, te debo la vida, Lula —confesó.

—¿Puedes explicarme eso?

—Un día, sin pensártelo dos veces, te pusiste delante de una bala que llevaba mi nombre y me salvaste. Podías haber muerto por mí —reveló algo emocionado—. Tienes un gran corazón y eres una buena policía, pero tu vida te estaba machacando y la botella se estaba convirtiendo en tu fiel compañera. Por eso te rogué que acudieras a la doctora Williams, y menos mal que me hiciste caso. Sin embargo, volviste a las andadas dos semanas antes de atacarte.

—¿Por qué? —inquirí impaciente.

—No tengo ni idea. Como ya te dije, a veces no me cuentas nada, no me hablas de tus sentimientos, eres demasiado celosa de tu intimidad. En ocasiones parece que soy alguien importante para ti y en otras que sobro en tu vida. —Apretó los labios—. Pero con el tiempo me he acostumbrado a tu carácter y sé que merece la pena ser tu compañero y amigo.

—Gracias, Scott —dije con un nudo en la garganta.

—No, gracias a ti.

De nuevo me abracé a él casi con desesperación, y me estrechó con fuerza. Estando entre sus brazos me sobrecogió otro amargo recuerdo: me vi llorando como una niña desvalida, devastada, reducida a cenizas debido a la dura vida que había soportado. Recordé que en especial lloraba de esa forma después de haber entregado mi cuerpo a un desconocido, cuando intentaba llenar mi vacío existencial con un rato de placer que no conducía a nada salvo a hacerme sentir más vacía. Recordé que el capitán Parker me hacía sentir bien y que Scott me atraía. Sin embargo, parecía que entre nosotros nunca había ocurrido nada. En ninguno de los encuentros que recordaba lo había visto a él compartiendo sudor y fluidos conmigo.

De repente, la puerta sonó y di un respingo.

—Calma, será tu padre —me avisó levantándose—. Lo he llamado antes para contarle que estaba contigo.

—Scott. —Lo así del brazo, deteniéndolo.

—¿Qué?

—Podrías dejarnos solos. Necesito hablar con él —le supliqué.

—Desde luego, no te preocupes. —Asintió—. Si precisas de mí no tienes más que llamarme, te he dejado mi tarjeta al lado del teléfono. En breve te devolverán el móvil.

—Muchas gracias, compañero.

—A mandar, detective Grechi. —Me guiñó el ojo y fue a abrir la puerta.

—Hola, Scott, ¿qué tal? —le saludó mi padre—. ¿Y Úrsula?

—Ahí la tiene, señor Grechi. —Señaló con la cabeza, mirándome—. Y si me

disculpa, me marchó. Aún tengo que pasar por el departamento.

—Por supuesto, Scott, y gracias. Eres una gran persona. —Le palmeó la espalda.

—No hay de qué. Adiós. —Giró la cabeza, hizo un gesto para despedirse de mí y cerró la puerta.

—Cariño, ¿cómo estás? —me preguntó mi padre acercándose para darme un beso en la frente.

—No estoy bien, papá. —Sacudí la cabeza repetidas veces.

—¿Qué te ocurre? —preguntó inquieto.

—He recordado algo y debemos hablar.

Noté que se ponía nervioso y cómo la mirada se le entristecía el doble de lo habitual.

—El psiquiatra te ha hecho recordar, ¿verdad?

—Sí. He recordado la muerte de mi madre y hermano —contesté con la voz temblorosa.

Mi padre se echó a llorar de inmediato. Las lágrimas salían de sus ojos con tanta rapidez que se atropellaban las unas a las otras.

—Papá, cálmate y dime por qué no me contaste la verdad. O mejor dicho, ¿por qué soslayaste la verdad con medias mentiras? —le recriminé.

—Quería hacerlo, lo iba a hacer, pero no podía soltarte todo eso de golpe —se defendió—. Fue muy duro, lo sigue siendo —sollozó.

—Romeo murió por mi culpa.

—¿Cómo puedes pensar esa barbaridad? —me censuró.

—¿Acaso es la primera vez que lo hago? —insté, levantando la voz; él calló—. No, claro que no.

—Úrsula, hija, te lo he dicho infinidad de veces y te lo repito ahora, tú no tuviste la culpa de que tu hermano desobedeciera ni de que se juntara con gente indebida.

—Sí la tengo —grité—. Yo era su hermana mayor y debía haber estado más pendiente de él en lugar de estar cegada por Robert Wilson, un desgraciado que me jodió la vida —gimoteé.

—No, cariño, no. —Me abrazó—. Tú estabas pendiente de lo normal a tu edad, ni más ni menos. Además, le reprendiste en más de una ocasión, pero él no quiso escucharte, al igual que hizo con nosotros.

—Pero si yo no me hubiera quedado embarazada, si no hubiera ido a la clínica, si alguien hubiera estado en casa... —Rompí a llorar.

Mi padre se separó de mí y me miró serio, la tristeza de sus ojos mutó un momento a una dura adustez.

—Sí ese era su destino, hubiera ocurrido de todos modos y nadie lo habría podido evitar. Tu hermano estaba bebido y drogado, y de forma estúpida cayó al río y se ahogó. Ni siquiera sus amigos pudieron salvarlo, la corriente lo engulló.

—Pero dijiste que se estaban bañando —añadí confusa.

—Eso también era una verdad a medias. La realidad es que se cayó de forma accidental debido a su falta de reflejos por ir como iba.

Guardé unos segundos de silencio mientras asimilaba la información y pensaba en lo que necesitaba tratar con él.

—Tú no querías que yo abortara —le recordé.

Mi padre suspiró hondo y cerró los ojos con gesto compungido. Parecía que mis palabras habían hecho diana en su dolor, cargándolo de tormento. Al abrirlos me miró con tanta pena como arrepentimiento.

—Es cierto, yo no quería —confirmó—. Pero eso fue así en un principio, después lo sopesé y me di cuenta de que era lo mejor. Aún no habías cumplido los dieciocho años, todo cambiaría para ti, tu sueño de ir a la universidad y a la Academia de Policía, las salidas con las amigas, los chicos... Tu vida entera se truncaría.

Dudé un instante en decir lo que me colgaba por la punta de la lengua desde que

había despertado. Después de ver su cambio de semblante, temía que mis palabras le lastimaran, que fueran el dardo causante de colmarlo de tribulación. No obstante, debía y requería conocer su versión.

—Semanas después de la muerte de Romeo discutiste con mamá y le echaste en cara lo del aborto. —Esa fue la primera y única vez que quedaron en evidencia sus diferentes creencias religiosas, la fe católica de mi padre y la protestante de mi madre.

—Sí —musitó.

—Le dijiste que su muerte seguro que era un castigo de Dios por hacer tal cosa.

—Sí, también lo dije —ratificó—, y tu madre me dio un bofetón añadiendo que jamás volviera a decir semejante locura. Y estaba en lo cierto —aseguró—. En ese momento habló mi rabia, la búsqueda de una razón a la ilógica muerte de un hijo. Fue un pensamiento descabellado y absurdo, cariño.

—Pero todo cambió desde entonces.

—Eso también es cierto —aseveró—. La muerte de Romeo hizo que tu madre entrara en una depresión de la cual no fue capaz de salir, la imposibilitó seguir adelante con su vida. —Tragó saliva, inquieto—. Todavía recuerdo la noche anterior a su... —No pudo pronunciar la palabra *suicidio*—. Volvió a mostrarse cariñosa y me pidió que la abrazara y pasáramos toda la noche así. A la mañana siguiente, cuando escuché tus desgarradores gritos llamándome, esa histeria que se desbordaba por tu voz, presentí lo peor. Se me paró el corazón cuando la vi en aquella bañera ensangrentada. —La voz se le quebró y se vio obligado a hacer una pausa—. Si sobrellevar la muerte de mi hijo era igual que cargar con una pesada losa, sumarle el duro varapalo de perder a mi mujer era devastador. Demasiado para poder soportarlo.

—Sé perfectamente de lo que hablas, papá, era un dolor inabarcable. —Una lágrima resbaló por mi mejilla.

—Lo sé, hija, lo sé. —Enjugó mi llanto mientras el suyo volvía a empaparle la cara.

—¿Siempre he llorado con tanta facilidad?

—No —contestó rotundo—. Cuando murió tu hermano sí lloraste mucho, aunque fue peor después de la muerte de mamá. Entonces te pasaste días enteros llorando y sin salir de la cama. No habías terminado de pasar un duelo cuando se sumaba otro, era normal. —Se secó sus lágrimas—. Después de tu encierro, que duró semanas, volviste al mundo cambiada. Guardabas rabia y dolor, te convertiste en una persona que rozaba la amargura y nunca volví a verte llorar.

—Pues lo hacía, papá, también lo he recordado —confesé entre el incipiente sollozo—. Lloraba por lo vacía que me sentía. Y por eso bebía, y por el mismo motivo me iba a la cama con cualquier hombre, necesitaba llenar mi vacío.

—Todos lo necesitamos —resolvió.

—Pero no lo conseguía, mi vacío nunca se llenaba, lo he sentido en mis recuerdos —le revelé con pesar—. No me gusta lo que percibo en ellos, no me gustan mis

acciones, no me gusta la oscuridad que me veo por dentro, la oscuridad abismal que pone los pelos de punta. No me gusta la mujer que soy.

—Úrsula, eres una gran mujer, una buena persona, pero los traumas a veces nos llevan por caminos erróneos. Cada uno intenta superarlos como puede, acertado o no. —Soltó una bocanada de aliento, resignado—. Verás, cuando murió Romeo yo estaba destrozado, es antinatural que un padre entierre a un hijo, pero debía apoyarnos a vosotras. Sin embargo, cuando mamá murió, me hundí. No quería o no podía seguir adelante, la echaba mucho de menos. ¡Oh, Señor, cuánto! —exclamó desalentado—. Sobrevivía, que no es lo mismo que vivir, y cada vez me costaba más hacerlo. Con los años perdí hasta el trabajo, me abandoné en busca de una muerte que aliviara mi dolor. Tú discutías a menudo conmigo, reprobabas mi desidia ante la vida y estaba harto de tus rapapolvos. Una noche discutimos más acaloradamente de lo habitual, te mandé al infierno y te marchaste con un humor de perros, blasfemando. Al día siguiente me llamó el capitán Parker, estabas en el hospital, operándote, habías recibido un disparo estando de servicio y te encontrabas en estado crítico. Sentí tanto miedo de perderte, tanto pavor sabiendo que tu vida estaba en peligro... —La voz se le rompió—. Eras lo único que me quedaba y yo qué estaba haciendo, alejarte de mí. Ese fue el toque de atención que precisaba y lo que me llevó a cambiar —aseveró—. Tú necesitas encontrar el tuyo, hija. ¿Y quién sabe?, quizá sea esto que te ha ocurrido, perder la memoria para poder reorganizarla de otro modo.

Lo observé muda durante unos segundos, analizando su mirada, que se había despojado del mustio color que la ensombrecía.

—Igual llevas razón. —Apoyé la cabeza en su hombro y absorbí el aroma que desprendía el dolor liberado, rezumaba paz—. Te quiero, papá, te quiero mucho —le dije, y nos fundimos en un abrazo.

—Y yo, Lula, yo también te quiero mucho. Eres lo mejor de mi vida, hija. Vosotros habéis sido lo mejor que he tenido nunca.

\*\*\*

Debido a mi insistencia, mi padre acabó marchándose. Agradecía mucho su compañía y calor, pero en este momento, tras saturarme de información, quería y necesitaba estar sola para meditarla y digerirla. Me encontraba repleta de pena, aunque a pesar de la tristeza tan grande que contenía, del dolor que supuraba a chorros, no era capaz de llorar. No podía hacerlo, las lágrimas no querían abandonar mis ojos, se hallaban prisioneras en el fondo de mi alma, quemándomela. La rabia se apoderó de mí, y con ella agazapada me era imposible invocar al llanto. Una iracunda aflicción se declaró vencedora de mi batalla interna y sentí que me asfixiaba. Abrí la ventana y tomé una profunda bocanada de aire, tan honda que me escoció. Y allí permanecí un largo rato, oxigenando mis células e intentando aplacar mis sentimientos.

Eran cerca de las nueve de la noche cuando el teléfono sonó. El realizador de la llamada era mi compañero Cook, que, preocupado, quería saber de mí. Le dije que ya me encontraba mejor, que estuviera tranquilo, y rauda me asaltó una pregunta.

—¿Por qué estabas dentro de la clínica?

—Porque pensé que era lo mejor para tenerte bien vigilada —respondió—. Pero tranquila, tu secreto está a salvo conmigo. Sé que nadie sabe que acudías al psiquiatra y nadie lo va a saber por mí, el propio doctor me avisó de ello.

Suspiré aliviada a la par que agradecí el detalle del doctor Arthur Clark.

—Te lo agradezco, Cook.

—No lo merece, de verdad. Y otra cosa, ¿a qué hora paso a recogerte mañana? Un pajarito me ha dicho que tienes que ir al médico a que te vea los puntos.

—¿Un pajarito con rango?

—Sí, él mismo. —Se echó a reír.

—¡Joder! Mira que se lo ha tomado en serio el capitán Parker.

—No es para menos, Grechi, han querido matarte —reprobó mi queja.

De nuevo pensé en quién me habría atacado, quién había querido acabar conmigo. El vello se me encrespó, como siempre me ocurría al meditarlo.

—Cierto, llevas razón —le respondí—. A veces olvido que alguien intentó quitarme la vida.

—Pues no deberías.

—No, no debería —convine con él—. En fin —dije cambiando de conversación—, pásate sobre las diez y te invito a un café. ¿Vale?

—Perfecto. Yo llevo unos donuts, ¿te parece?

—¿Donuts y policías? ¡Qué idea más disparatada! —Reí. Cook también lo hizo.

—¡Y qué estereotipado, joder! —replicó.

—Además de verdad. —Volvimos a carcajearnos—. Mejor tráete unos *muffins*.

—Lo que usted diga, detective —bromeó, y nos despedimos.

\*\*\*

Me levanté temprano, las manecillas del reloj todavía no rozaban las ocho de la mañana. Después de estirarme, tomé una ducha, precisaba de una muy larga y pausada con la que relajarme bajos sus cálidos hilos. Mientras me enjabonaba, observé la pulsera que me regaló Scott, la que había mantenido guardada y escondida junto a otros recuerdos, y volví a leer su inscripción: «Compañeros para siempre». Mi mente se adueñó de otro recuerdo, del día que conocí a Scott en el departamento, cuando fui ascendida a detective y el capitán Parker me lo puso de compañero. O yo era su compañera. Al fin y al cabo, yo debía aprender de él y de su pericia como detective, él tenía más experiencia que yo a mis veinticuatro primaveras. Connor Scott era un hombre de treinta años muy atractivo y con un cuerpo de escándalo. De hecho, me fijé en esa parte de su anatomía antes que en su cara. Vestía una camiseta

blanca y ajustada que incitaba a posar la mirada en su esculpido torso, en los marcados abdominales que acaban en unos *jeans* de talle bajo, coronados por un cinturón de cuero negro en el que portaba su arma. Sus bíceps estaban tan desarrollados que creí que la corta manga de la camiseta iba a reventar las costuras. Subí la vista a su rostro, a su pelo moreno casi rapado, a sus ojos verde pardo, a sus gruesos labios, que me sobresaltaron con una sonrisa. Alargó la mano, las estrechamos y nos presentamos. Volví a mirarle a los ojos, dicen que son la ventana del alma, y en ellos vi de inmediato que era una buena persona. Sin tardanza, cogió su cazadora, se la puso y me dijo que salíamos a inspeccionar el escenario de un crimen.

—¿Vas preparada? —me preguntó.

—Sí, placa y arma —me retiré el abrigo para mostrársela.

—No me refería a eso, detective Grechi, hablo de las ganas de hacer justicia.

—De esas siempre voy cargada, detective Scott.

—Genial. Entonces no perdamos más tiempo y a trabajar.

Así fue nuestro primer encuentro y parecía, por la complicidad que manteníamos, que siempre nos habíamos llevado bien.

\*\*\*

La cafetera estaba terminando cuando sonó el timbre de la puerta y la voz de Cook se presentó. Abrí y entró con su habitual sonrisa y una bolsa de Starbucks en la que portaba los *muffins*; el olor que se desprendía lo dejaba patente. Le pedí que se sentara mientras servía el café, y así lo hizo. Cuando llegué a la mesa encontré mi bolso encima de ella.

—Creo que esto es tuyo —dijo.

—¡Por fin! —exclamé. Lo cogí, lo abrí y observé su contenido—. ¡Mi móvil! —dije sacándolo. Tenía la pantalla rota, tal y como me había dicho el capitán, pero funcionaba.

—Está magullado pero ha sobrevivido —puntualizó Cook—. Toma, este es el pin, por si no lo recuerdas. —Me dio un papel con unos números—. Ya sabes, a los de servicios informáticos no hay nada que se les resista —añadió, dándome a entender que lo habían tenido que averiguar.

—Gracias, porque en realidad no tengo ni idea de cuál es. Una cosa más de las que no recuerdo, aunque hacer café no lo he olvidado —bromeé.

—¡Vaya, qué mente más caprichosa! —De nuevo estiró las comisuras de los labios.

—No sé si caprichosa o irónica. Me parece tan absurdo que recuerde manejar la cafetera pero en cambio no tenga idea de quién soy —siseé.

—Espero que pronto recuerdes más cosas. Cosas nuestras, sobre nosotros —puntualizó—. Confío en que poco a poco lo hagas.

—¿Cómo qué? —pregunté, su apunte parecía contener una doble lectura que yo,

en este instante, no sabía darle.

—Como por ejemplo la confianza que manteníamos. —Me miró a los ojos y agregó—: Sé muchas cosas de ti, te sincerabas conmigo, me llegaste a decir que como nunca habías hecho con nadie. Yo ya sabía que ibas al psiquiatra —confesó.

—¿Lo sabías? —pregunté asombrada.

—Te lo acabo de decir —contestó—. Yo sé lo de la muerte de tu hermano y de tu madre, alguna que otra vez lloraste en mi hombro. Y te lo digo hoy porque el doctor Clark me comentó que tu ataque de ansiedad se debió a mencionártelo, a recordarlo.

—Bueno, he recordado mucho más de lo que el doctor Clark me contó ayer.

—Úrsula, yo también puedo ayudarte a recordar, puedes contar conmigo —explicó poniendo su mano sobre la mía y acariciándomela.

—¿Qué grado de confianza tenemos? —pregunté apartando la mano y poniéndome tensa.

Cook soltó una bocanada de aire y me miró algo entristecido, de seguro por mi reacción casi de rechazo.

—Ya te he dicho que mucha.

—¿Íntima? —La pregunta rebotó por mi diminuto apartamento, de la misma forma que lo hacía mi corazón en el pecho.

—Sí. Tenemos una relación —manifestó.

Me quedé muda, impactada. Cook acababa de decir que teníamos una relación. ¡Una relación! ¿Una relación? ¡Pero si yo no mantenía relaciones! Yo era una mujer que se jactaba de su libertad, que no quería mezclar el sexo con el amor, que cuando me metía en la cama con un hombre tenía por lema alejar los sentimientos. Al menos eso me había contado Samantha y mis pocos recuerdos empezaban a constatarlo. Sin embargo, había llegado a casarme, lo cual era muy contradictorio y dejaba en entredicho el lema del que tanto presumía. Quién sabe, igual volvió a darme un arrebato de locura momentáneo y con Cook enredé a los sentimientos. No podía saberlo porque no lo recordaba, pero si él me lo estaba revelando sería cierto, no se lo iba a inventar, ¡qué absurdo!

—¿Te he dejado muda?

—Creo que sí —contesté—. Es algo que no me esperaba, no lo recuerdo.

—Pero yo puedo contarte muchas cosas para refrescarte la memoria, cariño.

¡¿Cariño?! Ahora se tomaba la licencia de llamarme «cariño». Había pasado de ser «la detective Grechi» a «Úrsula», y de golpe y porrazo, y sin anestesia previa, me llamaba «cariño». Las tripas se me encogieron. Jamás hubiera supuesto que tuviera una relación con Cook; no era mi tipo, no me atraía, no me gustaba como hombre... Si el capitán Parker me lo hubiera dicho no lo creería ilógico, aunque no lo recordara; era un hombre atractivo. Incluso con Scott me parecería normal porque él sí me seducía, sí me gustaba... Pero con Cook no lo entendía. La Úrsula de antes del ataque y la de ahora éramos personas distintas, era obvio.

—Háblame, por favor —me pidió suplicante.

—Ahora no quiero hablar de esto, en realidad ha sido un *shock* para mí. No pretendo molestarte, pero, entiéndeme, es lo que menos hubiera imaginado.

—¿Entonces? —se apresuró a preguntar, confuso.

—Entonces tomemos el café y llévame al hospital para que me vean los puntos, después ya veremos —respondí.

—Luego también debo llevarte al departamento, el capitán quiere hablar contigo.

—Pues lo iremos viendo sobre la marcha, no me presiones.

—No es mi intención, disculpa —dijo, y se bebió el café de un trago.

\*\*\*

La cicatriz de mi cabeza estaba perfecta y el doctor Taylor me retiró los puntos. Mientras lo hacía habló conmigo sobre mi memoria y yo le dije que no entendía por qué mis memorias estaban regresando tan desordenadas.

—Como ya le comenté, señorita Grechi, hay muchos tipos de amnesias, y cada una actúa de manera distinta en la rememoración. Los recuerdos son complejos y a veces selectivos, por lo tanto no es extraño que recuerde antes cosas más banales que primordiales para usted. Lo que importa es que poco a poco, ordenado o no, vuelva a su mente, y de hecho ya empieza a hacerlo, y eso es buena señal. Estoy convencido de que al recordarlas, unas cosas se irán hilvanando con otras, y la suma de ellas le devolverá la memoria —explicó—. Tenga paciencia.

—Creo que la estoy teniendo, pero me enfurece desconocer mi vida.

—¿Está haciendo lo que le recomendé? Observar entre sus cosas, en su casa, en su lugar de trabajo, hablar con familiares, amigos, compañeros...

—Sí, desde luego.

—Pues dese tiempo y deje que todo se vaya ensamblando en su cerebro.

—Está bien —contesté resignada.

—Y el estado de ánimo, ¿cómo va?

—Mis emociones andan subidas a una montaña rusa; tan pronto están arriba como abajo —respondí con sinceridad.

—Insisto, debería visitar a un psicólogo, le vendría bien.

—Lo tengo en cuenta, doctor Taylor, no lo he olvidado.

—Muy bien, pues si no precisa de más, ya hemos acabado.

—Muchas gracias por todo —dije despidiéndome de él, y abandoné el hospital.

\*\*\*

Entretanto Cook conducía para llevarme al departamento, fui husmeando en mi móvil. De fondo de pantalla tenía una foto con Scott, los dos con caras raras, haciendo el payaso. Me hizo sonreír, y también me hizo suponer que él era una

persona importante para mí. Fisgoneé en las llamadas del 26 de marzo, el día que fui asaltada. Había dos de Cook, una de Scott, otra del capitán Parker, otra de Samantha, cinco del doctor Clark y la última, ya a primeras horas del día 27, de mi padre. Me sorprendió la cantidad de veces que el doctor Clark me llamó ese día: cinco. No había contestado a ninguna de sus llamadas, al contrario de las otras, salvo la de mi padre por motivos obvios, ya me habían atacado y me encontraba inconsciente. Sin parar de meditar en esa cantidad de llamadas sin respuesta, abrí el correo electrónico; no había mucho y casi todo de trabajo. A continuación miré los mensajes y fue más de lo mismo; la gran mayoría eran de mis compañeros y de nuevo relacionados con temas laborales. Se salvaban unos pocos de Scott en los que me invitaba a tomar algo y a charlar un rato, e incluso alguno de Samantha con la misma propuesta. De todos ellos solo encontré dos con contenido más relevante para mí: uno del doctor Clark y otro de Cook. Ambos habían sido enviados la misma noche que me atacaron. El de Arthur Clark me dejó inquieta; el de Cook, boquiabierta.

Lo siento mucho, Úrsula. Espero verte en nuestra próxima cita y hablar con calma.  
22:39

¿Qué sentía el doctor Arthur Clark? ¿La discusión de la que me había hablado? ¿Por eso me pedía hablar con calma en nuestra próxima cita? ¿Acaso fue ese mismo día cuando discutí con él? ¿Por eso me llamó tantas veces? Y, de ser así, ¿por qué me mandaba sus disculpas a esas tardías horas? ¿Por qué un psiquiatra se tomaba tantas molestias con su paciente? Mi instinto de sabueso se despertó y empezó a hacer pesquisas, aunque al instante encontró respuestas y se relajó. El doctor Clark se preocupaba por mí, tan solo eso. Había venido a mi casa para ver si me ocurría algo y me confesó sus motivos de hacerlo, temía que mi tremendo enfado por no aceptar la nueva terapia me llevara a no volver a su consulta. Era un sinsentido desconfiar de él, algo del todo disparatado y retorcido. Sin embargo, por lo que me habían contado acerca de mi carácter, lo que no resultaba extraño era que yo hubiera perdido las formas con él. Conclusión: el doctor Clark solo trataba de hacer entrar en razón a su testaruda paciente, nada más.

Úrsula, mi amor, no te entiendo, de verdad. ¿Por qué no me has dejado acompañarte a tu casa? No estabas en condiciones de conducir ni de estar sola. Necesitas cariño, el amor que sé entregarte aunque tenga que ocultarlo a ojos de todos. Te quiero.  
Mañana hablamos.  
22:57

El mensaje de Cook dejaba claro que entre él y yo sí había una relación, aunque a mí no me hubiera llegado ni un maldito recuerdo todavía. Si bien tampoco había recordado la discusión que el doctor Clark dijo que habíamos tenido. Y por no recordar, ni siquiera mi matrimonio fallido había hecho acto de presencia por mi cerebro. Los pocos recuerdos que empezaban a llegarme eran de más atrás, de

muchos años atrás. Y la pregunta se presentó en mi sesera a la velocidad de la luz.

—Cook, ¿cuánto tiempo llevamos intimando?

—¿Por? —me respondió con otra pregunta.

—Por curiosidad y por saber, ¿no crees? —contesté a la defensiva.

—Cerca de cuatro meses. ¿Quieres que hablemos del tema?

—No, aún no. Mejor cuando me lleves de vuelta a casa.

—Como digas, cariño.

—Por favor, no me llames así —le reprobé. Por unos segundos se instaló un incómodo silencio.

—De acuerdo, Grechi —concluyó serio.

Scott no se encontraba en el departamento cuando llegamos, era la persona que más ansiaba ver y no estaba aquí. Un compañero llamó a Cook, habló con él y de inmediato me anunció que debía marcharse. Le dije que no se preocupara, ya conocía el camino hasta el despacho del capitán, y se marchó sin demora. Casi llegando, me encontré con el sargento que vino a visitarme al hospital; el mismo, según Samantha, con el que no me llevaba bien y que medio departamento no soportaba. Era un hombre de cabello negro, fornido, quizá con un ligero sobrepeso, y con cara de pocos amigos. Aunque lo que más dimanaba era un estirado orgullo, cualidad que se desprendía de él solo con observarlo. Se percató de mi presencia y me miró de forma desdeñosa, murmurando algo antes de girar la cabeza para perderme de vista. Fueron unos meros segundos de contacto, pero suficientes para leerle los labios; acababa de decir: «Aún sigues aquí, maldita zorra». La perturbación se enroscó a mí como una serpiente, constriñéndome. Tras sacudirme del impacto inicial que me originaron sus palabras atestadas de odio, no me lo pensé dos veces y furiosa me acerqué a él.

—¿Ten huevos a decírmelo alto y a la cara, cabrón? —alcé la voz, airada.

—¿Qué coño dice? —preguntó en tono rancio.

—Que me mires a la cara y me digas lo que acabas de decir entre dientes. Te he leído los labios. Esta maldita zorra —enfaticé— ha leído tus asquerosos labios.

—Mire, no sé si el golpe en la cabeza la ha dejado mal o qué, pero yo no he dicho nada. —Me observó de soslayo, con desprecio.

—Puto cobarde, me das asco.

Peterson hincó sus ojos en mí y, apuntándome con ellos, dijo:

—Le recuerdo que soy su sargento y que esta falta grave le va a costar cara, Grechi. —Tensó la mandíbula y aguzó la mirada hasta traspasarme con ella.

—Hipócrita de mierda, no te escudes en tu rango y ten coraje a decirlo. Me querías muerta, ¿verdad? —grité, el murmullo de nuestro alrededor pasó a ser silencio.

—Detective, haga el favor de mantenerme un respeto o se atenderá a las consecuencias de sus actos.

—¿Qué actos? ¿Los de ir de frente? ¿Los de decir mis pensamientos en alto, a viva voz? —chillé más.

—No, los de escupir calumnias sobre mi persona. Me tiene más que hartado y juro que ya no le paso ni una. Voy a empapelarla —anunció apretando los dientes.

—Ten cojones —le reté.

—¿Cómo se atreve? —preguntó furioso.

—Me atrevo porque llevo razón, porque ahí hay una cámara que está grabando —señalé la que estaba sobre nosotros—, con ella se puede comprobar lo que has dicho.

Alguien más puede leer tus labios y ver quién miente.

—Usted lo ha querido, se va a cagar. —La rabia alteró la voz del sargento Peterson, incluso distorsionó su acento de Kansas, y sus negruzcos ojos me aniquilaron sin piedad.

—¡Eh, eh, eh, alto! —exclamó el capitán Parker acercándose a nosotros—. ¿Se puede saber qué son estos gritos, qué pasa aquí?

—La detective Grechi me está ofendiendo y calumniando y pienso abrirle un expediente, además de comunicárselo al comisario.

—Yo solo digo la verdad —vociferé una vez más.

—¡Calla, Grechi! —me ordenó el capitán, serio—. Vamos a ver, Peterson, la detective Grechi está de baja, no puede abrirle ningún expediente. ¿Lo entiende?

—Pues lo haré cuando se reincorpore, mi capitán, pero no pienso dejar que me humille. Soy su superior, creo que usted también entiende eso.

—Él me ha dicho...

—He dicho que te calles, Grechi —me avisó de muy malos modos. Cerré la boca, aunque mi conciencia clamaba a gritos.

—Lo que cuenta la detective Grechi es falso, señor. Creo que el golpe de la cabeza la ha trastornado —añadió de forma cáustica.

—Dada la seriedad del asunto ese comentario sobra, sargento Peterson —le reprendió Parker.

—¿Lo ve? ¿Quién humilla a quién? —preguntó mi razón. La mirada fulminadora del capitán me hizo callar de nuevo.

—Discúlpeme, mi capitán —manifestó el sargento—. La acusación de la detective Grechi ha sido muy hiriente y ha sacado lo peor de mí.

—Pues a callar los dos y aquí no ha pasado nada, ¿entendido? —escupió malhumorado. Hice intención de protestar, pero los enojados ojos del capitán actuaron como una grapadora en mis labios y no fui capaz de separarlos, enmudecí—. Y ahora usted a lo suyo —le dijo al sargento—, y usted, Grechi, venga conmigo al despacho.

El capitán comenzó a andar dando unas zancadas tan fuertes, tan encolerizadas, que hacían resonar al pavimento de manera vigorosa. Fui tras él igual que un perrito, en silencio, obediente, apretando los labios para reprimir el torrente de palabras que estaba a punto de soltar y que escupiría en cuanto entrara en su despacho. Parker abrió la puerta y me invitó a pasar, luego la cerró con muy mal genio. El estruendoso portazo logró que los tabiques retumbaran con energía.

—¿Se puede saber en qué piensas? —preguntó henchido de ira, adelantándose a cualquiera de mis palabras—. Es tu sargento, Úrsula, y le has hablado fatal, ¿qué cojones te pasa? Por lo poco que he oído le has tratado sin el menor respeto.

—¿Acaso sabes tú lo que me ha dicho para que yo actúe así? —interpelé a voz en grito, enojada porque él me reprendiera a mí desconociendo los hechos.

—Ni lo sé ni me importa —respondió veloz—. Porque eso no te da derecho a

tratarle de ese modo delante de todos. ¡Maldita sea, te ganas su odio a pulso! —chilló—. Llevo más de dos largos años intentando calmar a Peterson para que no actúe contra ti, pero si sigues crispándolo encorsetarás mis posibilidades de controlarlo.

—¿Soy crispante? —Lo observé boquiabierta—. Pues él no se queda atrás —bufé.

—¿Lo ves? Siempre replicas, no callas, la última palabra siempre la tienes tú; y eso a veces es irritante.

—No tienes la menor idea de lo que me ha dicho, pero yo soy la crispante, la replicante, la irritante... ¿Y tú qué, Nikolas? —pregunté apretando los dientes, enfurecida.

—Cuidado con lo que dices, Grechi —me censuró, taladrándome con la mirada—. No me cabrees, ¿vale? Hablaré con él y haré lo posible para calmar las aguas, están demasiado revueltas —me reprochó.

—¿Y crees que vas a conseguir algo? Nunca admitirá lo que me ha dicho, te dirá que estoy loca, lo mismo que ya has oído. Pero es cierto lo que digo y no hace falta que confíes en mi palabra, puedo probarlo. Hay cámaras, ha quedado grabado.

Parker resopló, se pasó la mano por su cabello canoso y terminó apretándose la frente.

—Déjalo en mis manos, veremos cómo lo resuelvo. —Mostró un gesto que evidenciaba tanta resignación como contrariedad—. Ahora calmémonos, por favor, quiero tratar otros temas contigo.

—¿Sobre la investigación?

—Sí.

—¿Y cómo va?

—Ese es el problema, que no va. —Sacudió la cabeza.

—¿Qué?

—Que a tenor de lo encontrado, el caso lleva tintes de no resolverse, porque precisamente no hemos hallado nada —aseguró irritado.

—¿Nada?

—Nada de nada —contestó tajante.

—¿Entonces?

—Entonces nos encontramos en un callejón sin salida. —Resopló. La expulsión de su aliento se contrapeaba con el cabreo y la frustración.

Me llevé las manos a la cara y yo también resoplé en un intento de equilibrar a la furia y a la decepción que de súbito me embargó. Sustentando y compensando ambos sentimientos, una idea se abrió hueco en mi mente.

—¿Y si estáis buscando en el lugar equivocado?

—¿Qué dices? —preguntó perplejo.

—¿Y si no hay que salir de aquí para encontrar, si ha sido alguien de dentro, de los nuestros? ¿Y si la mano del cabrón de Peterson está detrás?

—¿Estás loca, Úrsula? —Me miró desencajado.

—¡Vaya, tú también con esas! —siseé—. Menos mal que has tenido la deferencia de llamarme Úrsula —ironicé.

—No seas sarcástica conmigo o...

—¿O qué? —le interrumpí, desafiándolo—. ¿No me echarás un polvo? —El capitán empalideció al momento, su fino y blanco bigote no se distinguía de su lívido rostro—. Como ves también puedo ser mordaz.

—Úrsula —acertó a pronunciar.

—Que te den, Nikolas —expresé su nombre con retintín y abandoné el despacho propinando un fuerte portazo, igual de energético que el suyo.

Anduve deprisa hasta el cuarto de baño, dejando una estela de rabia tras de mí. Era tan potente y densa que estaba segura de que quemaría al osado que se decidiera a cruzarla. Entré en uno de los cubículos y golpeé la pared una y otra vez, rebosante de ira. Tenía una relación con Cook, me acostaba con Parker y en realidad me atraía Scott. Estaba descubriendo que era bebedora, promiscua, neurótica y no tenía una sola amiga con la que desahogarme. Eso sí, a cambio tenía un compañero que me odiaba. Uno al que yo empezaba a considerar mi enemigo y que sospechaba que pudiera estar detrás de mi ataque. Pero lo que más me asustaba era pensar en lo que todavía me ocultaba la verdad de mi vida, en cuánto no había recordado aún; sin ir más lejos, la arisca relación que mantenía con el sargento Peterson. Le había leído con nitidez las palabras que resbalaron de sus labios, había dicho: «Aún sigues aquí, maldita zorra». Era evidente que deseaba mi muerte. ¿Por qué me odiaba tanto? ¿Por qué lo humillaba yo? ¿Qué nos había llevado a ese punto de animadversión mutua? Apelé a mi memoria, le rogué de forma encarecida por un recuerdo de mi mala relación con Peterson, pero fue un vano intento, pues mi cerebro estaba en blanco con ese respecto. Golpeé más fuerte los azulejos, con saña, repetidas veces hasta terminar llorando. Me senté en el inodoro y allí descargué mi lagrimal por largo rato.

De repente escuché un ruido, alguien entraba al aseo, y contuve el sollozo, casi la respiración.

—¡Eh, Grechi, sal ya de una vez! —me pidió la voz de Samantha. Obedecí al momento y salí; necesitaba hablar con ella—. ¿Estás llorando?! —preguntó al verme, pasmada—. Pero si yo creía que tú no tenías lágrimas —anunció sorprendida.

—Pues las tengo, y últimamente no hago más que derramarlas —gimoteé, y sin pensar me lancé a sus brazos.

—¿Qué te ocurre, mujer? —Samantha permaneció con los brazos abiertos, como si le diera miedo cerrarlos o no supiera hacerlo.

—Que mi vida es una mierda, que no me gusta lo que recuerdo y que no puedo con ello; eso me pasa —contesté de carrerilla—. Estoy sobrepasada, quiero morirme.

—¡Eh, eso sí que no! —replicó enfadada, separándose de ella y clavando su mirada en la mía—. Pero ¿qué sandeces estás diciendo, Grechi?

—Me siento sola, no tengo amigas, no tengo nada...

—¡Oye, eso no es cierto! —chistó—. Por ejemplo me tienes a mí, ¿o es que yo no

soy nadie? —Su pregunta más bien era una protesta—. Tú y yo somos amigas aunque no nos contemos toda nuestra vida. Pero lo importante es que nos llevamos bien, salimos juntas de vez en cuando y esas cosas.

—¿Y tú me podrías decir por qué me odia tanto el sargento Peterson?

—¡Pero bueno, esto es el colmo! —espetó—. ¿Estás así por el gilipollas de Ray Peterson? Ya te dije que era un amargado al que nadie soporta.

—Un amargado como yo, ¿verdad?

—¿De dónde sacas esas tonterías? —Me escudriñó con la mirada, tratando de averiguarlo—. Tú no eres ninguna amargada, eres sincera. También eres sarcástica, en ocasiones un poco ácida y, si me apuras, en otras mordaz. Desde luego en ese sentido eres igualita a mí y por eso nos llevamos tan bien, porque entendemos nuestro humor. —Sonrió.

—¿Me puedes dar alguna pista sobre mi relación con el sargento? —insistí.

Samantha pensó un momento sin apartar sus ojos de los míos, y al fin habló:

—Desde hace unos años vuestros desencuentros son muchos y diversos, algunos dentro del departamento, pero la gran mayoría fuera de él. Si quieres puedo contarte el último.

—Empieza ya —le exigí.

—Ocurrió hará algo más de un par de semanas en el Manhattan Club, el bar al que acudimos a desconectar, como ya te dije. Peterson no suele ir por allí, no es de relacionarse con nosotros ni nosotros lo queremos a nuestro lado, pero ese día fue, yo creo que buscaba provocarte.

—¿Por qué?

—Porque andabais con excesivas tiranteces —contestó—. Te cambió la cara cuando lo viste aparecer. ¡Joder, de eso nos dimos cuenta todos!, hasta él. Sin embargo, Peterson se acercó a nosotros como si nada, se pidió una cerveza y empezó a hablar con Scott y Morgan de béisbol. Como siempre, Cook tonteaba contigo, tú te burlabas de él y le dabas calabazas. Scott no te quitaba los ojos de encima viéndote tan malhumorada, creo que pensó que estabas preparándote para atacar; y así fue. En realidad no sé ni cómo o por qué empezó, pero Peterson y tú comenzasteis a tiraros sutiles dardos envenenados. Hasta que sacaste tu lado directo y, sin pelos en la lengua, le dijiste que era un resentido y un reprimido que de seguro no echaba un polvo desde la prehistoria. Él te insultó de lo lindo. Tú, en réplica, no te quedaste atrás y, como broche final, le tildaste de picha corta, y él concluyó llamándote zorra. Ni corta ni perezosa te lanzaste a por él, pero los compañeros, con Scott en cabeza, te detuvieron.

—¿También me peleaba? ¿Era violenta? —interpelé aturdida.

—No. —Negó con la cabeza—. No obstante, es cierto que Peterson te saca un carácter agresivo.

—¡Qué bien! —declaré con cinismo, avergonzada. Muy abochornada. Demasiado—. Necesito marcharme, no puedo seguir aquí, no puedo, no puedo, no puedo... —

Salí corriendo del cuarto de baño.

De la misma forma, como alma llevada por el diablo, crucé el departamento hasta llegar al ascensor. Apreté el botón unas mil veces, con precipitación, pero el dichoso aparato no llegaba nunca. Escuché la voz del capitán llamándome y corrí de nuevo hasta llegar a las escaleras de emergencia. Las bajé tan rápido que en lugar de caminar iba a saltos. Quería escapar. Escapar de todo; escapar de mí.

Al llegar abajo alguien me paró de golpe, era Cook.

—¿Se puede saber qué te pasa? ¿Por qué corres como si estuvieras huyendo?

—Porque quiero huir —respondí corta de aliento, respirando con dificultad. La carrera escaleras abajo me consumió la energía; habían sido cinco largas plantas sin parar.

—¿De qué? —preguntó de seguido.

No le contesté, me abracé a él sin mediar una sola palabra. Sus brazos me recogieron con ganas, lo sentí, y de nuevo el líquido de mi lagrimal me bañó el rostro.

\*\*\*

Entramos en un Think Coffee y tomamos asiento. Con una taza de café humeante y una ración de tarta de manzana, Cook y yo nos mirábamos el uno al otro en silencio. Estudié su pecoso rostro, su rubicundo pelo, sus ojos azules... Seguía sin suscitar me la más mínima atracción. No era un hombre feo, pero tampoco mi tipo, al menos así lo sentía en este momento. Aunque, si teníamos una relación, era evidente que algo me llevó a fijarme en él, a pesar de que ahora no lo recordara ni lo viera. Quería que me hablara de ello, necesitaba que sus palabras dieran un toque de atención a mis recuerdos.

—Ahora sí es momento para que me cuentes algo sobre nosotros —le sugerí.

Cook sonrió de inmediato, feliz. Y no solo lo hicieron sus labios, en sus ojos se alojó mayor alegría que en su boca. Se podría decir que irradiaban excitación.

—Teníamos una bonita historia con mucha pasión. O tenemos —aclaró—, aunque tú aún no lo recuerdes.

—La verdad es que no sé cómo hablar de mi vida, si en pasado o en presente, parecemos dos mujeres tan distintas. —Suspiré afligida. Él alargó la mano por encima de la mesa y la posó sobre la mía. Esta vez no la aparté.

—¿Qué quieres que te cuente? —preguntó.

—Lo que sea, algo, todo —contesté acelerada.

Calló unos segundos, pensativo pero sin desprenderse del estiramiento de labios.

—Me costó mucho que te fijaras en mí, pero al fin lo hiciste —declaró mirándome de hito en hito, con arrobó—. La primera vez que hice el amor contigo creí que era un sueño, fue tan increíble. Desde ese día mi vida cambió. Y me da igual que lo ocultemos a los demás con tal de tenerte conmigo. Aunque sí me gustaría formalizar algún día nuestra situación y vivir juntos.

—¿Quieres vivir conmigo? —pregunté impactada.

—Por supuesto.

—¿Yo también quería vivir contigo?

Con mi pregunta la mirada de Cook cambió, se entristeció.

—No —contestó—. En realidad tú no estás por la labor de dar ese paso. De hecho, por eso estabas tan molesta el día que te atacaron y por eso no me dejaste acompañarte, porque te lo insinué.

—¿Y nos veíamos en secreto?

—Sí —afirmó—. Y además manteníamos un juego a ojos de los compañeros.

—¿Qué clase de juego?

—Uno en el que yo te entraba, intentaba seducirte y tú te burlabas de mí delante de todos y me rechazabas siempre.

—¿Y por qué?

—Porque así empezó siendo al principio, hasta que por fin un día nos enrollamos, y tú querías continuar el juego. Decías que te gustaba. —Sonrió con picardía.

—¿Cómo podía gustarme algo así, que los demás se rieran de ti?

—Nos gustaba a los dos. Nos excitaba —susurró, y la picardía de su sonrisa subió al nivel de seducción. Él estaba encantado con la conversación, acomodado en la zona de confort que le ofrecían sus recuerdos. Yo, en cambio, incomodada por mi selectiva amnesia que no hacía más que regalarme desconocimiento, comencé a ruborizarme—. Pero no te sonrojes, por favor, no era mi intención violentarte, solo hacerte recordar nuestra secreta relación.

—¿De modo que nadie sospecha lo nuestro? —intenté desviar la conversación, los derroteros que estaba tomando no me gustaban.

Cook, en principio, me observó extrañado, parecía que una duda se hubiera instalado en su expresión. Luego su variante rostro tornó al inicial y me contestó:

—No creo que viendo los cortes que me pegas nadie piense que después acabamos haciendo el amor como salvajes. —Sentí de nuevo al rubor atropellarme—. Y no te sofoques, cariño, deberías sentirte halagada. Nunca he estado con una mujer como tú, eres una fiera en la cama.

—Si no te importa prefiero no hablar de ese tema, como bien has dicho, me violenta —hablé molesta, gruñendo.

—Lo siento, ya te he dicho que no era mi intención —se disculpó—. Tan solo trato de hacerte recordar —insistió.

—Pues ya me has dado suficientes datos —advertí.

—Y debo darte uno más, porque después de tu pregunta veo que aún no te lo han dado.

—¿Cuál?

—Desde ayer hay alguien que sabe lo nuestro, el capitán Parker. Revisaron tu teléfono y leyeron el mensaje que te envié esa misma noche, el que seguramente ya has leído tú. —Calló en espera de mi respuesta, asentí y él prosiguió—: Esta mañana

el capitán habló conmigo y se lo conté todo. Por eso me pidió llevarte al departamento, y por eso esta mañana he querido hacértelo saber antes que él. No deseaba que te pillara desprevenida.

—Tuve un enfrentamiento con el sargento Peterson y en consecuencia discutí con el capitán Parker. Me marché y no le di opción a decirme nada más.

—¿Un encontronazo entre el estúpido de Peterson y tú? ¡Qué raro! —expresó con ironía.

—Sí, por lo que se ve no le caigo nada bien.

—No os caéis nada bien —aclaró.

Volví a meditar en el odio que Peterson me tenía. Desde luego, era un buen móvil para querer quitarme del medio. Tuve la tentación de decírselo a Cook, pero me dio miedo. Temí que me tachara de loca, igual que había hecho el capitán, y no me sentía con fuerzas para enfrentarme a otra discusión, de modo que callé.

—Quiero irme a casa, por favor —le pedí. Asintió antes de contestar.

—De acuerdo, pago y nos vamos.

Cook me acompañó a mi casa. Cuando abrí la puerta y volteé la cara para despedirme de él, me besó en la boca. Fue un beso corto que frené de inmediato, por si estaba tentado de continuar.

—Cook, preciso recuperar mis recuerdos antes, organizar mi vida, entiéndelo.

—De acuerdo, pero no me apartes de ti, Úrsula —me rogó.

—Dame tiempo.

—Lo siento, me he dejado llevar. Te echo mucho de menos.

—Hasta mañana, Cook.

—Que pases buena noche, cariño.

Se marchó y yo entré en mi pequeño apartamento. Por primera vez lo sentí un refugio, el lugar donde resguardarme de mi vida.

Me desperté angustiada y empapada en un sudor frío. Cuando Cook se marchó me tumbé un rato en el sofá y me quedé dormida. Durante ese tiempo había tenido unos cuantos sueños, pero ahora que estaba despierta era consciente de que esos sucesos e imágenes volvían a ser recuerdos. Una vez más fueron con hombres, todos los que ya había recordado regresaron a mi mente, si bien también apareció uno nuevo, aunque su rostro era difuso. Debía de ser Cook, pues su cuerpo era lechoso, igual que la tez que se escondía debajo de su sinfín de pecas. Además, en más de una ocasión ese amante me había dicho lo mismo que él: «Nunca he estado con una mujer como tú. Eres una fiera en la cama». Desde luego que era Cook. Y desde luego que manteníamos una apasionada relación, como me avisó. En mi recuerdo cualquier lugar y momento alejado de los ojos de terceros era bueno para amarnos, hasta estando deservicio. Dentro del coche, en medio de la nada o en un aparcamiento abandonado; en el departamento, en uno de los cuartos de baño apartados; en mi casa, en el mismo sofá que estaba tumbada, en mi cama, en el suelo, en la ducha... Llegamos a besarnos y a toquetearnos en el almacén de pruebas, entretanto buscábamos algo, en archivos mientras Samantha no estaba, incluso en el mismísimo despacho del capitán Parker y en otro que no tenía la menor idea de quién era. ¿Estaba loca? ¿Cómo podía ser tan insensata? ¿Cómo se me ocurría tontear de esa forma en horas de trabajo, vistiendo el uniforme? ¿En qué demonios pensaba? ¿De qué forma Cook me había hecho perder la cabeza? ¿Y por qué ahora no me atraía nada? ¡¡¡Qué exasperación!!! No tener respuestas a mis propias preguntas, a mi vida, me irritaba y agitaba a partes iguales.

Comencé a oír un sonido y una mezcla de sorpresa y nostalgia danzó por mis entrañas. Era música. Música de ópera. Una pieza de *La traviata* de Verdi. ¡Mi móvil! Me lancé a por él. La agrietada pantalla mostraba con dificultad un largo número, y descolgué. La voz que me saludó y se presentó me anudó el estómago, tardé unos segundos en reaccionar.

—Hola, Gordon. —El nombre de mi exmarido no lo había olvidado desde que lo vi en el hospital. Habitaba en mi cabeza desde entonces, y de vez en cuando Gordon Foster y una multitud de preguntas acerca de nuestro fugaz matrimonio retumbaban por ella.

—¿Qué tal estás, Úrsula? —preguntó con su deje de superioridad, el mismo que usó con Cook el día que me visitó.

—Bien, voy poco a poco. Hoy me han quitado los puntos.

—Genial, son buenas noticias. ¿Y tú memoria?

—Esa va más despacio. Mucho más de lo que me gustaría y necesito.

—Ten paciencia —me aconsejó.

—Todos me decís lo mismo y eso es fácil decirlo.

—Lo sé, pero no te queda más remedio.

—Es cierto —concluí.

—Acabo de hablar con Parker y me ha dicho que no sabe por dónde seguir investigando, no tiene pruebas ni indicios que apunten en ninguna dirección.

—Sí, también me lo ha dicho a mí —confirmé entristecida.

—Le he ofrecido mi ayuda, cuanto esté en mi mano. Hay que encontrar al desalmado que te atacó, no puede irse de rositas.

—Por eso me es tan necesario recordar no solo mi vida en general, sino esa noche, esa maldita noche. —Expelí una atribulada bocanada de aire—. No dejo de pensar que igual yo vi a mi atacante, y si me llegara ese recuerdo podrían detenerlo. Pero no hay forma, lo poco que recuerdo se remonta mucho antes de ese momento.

—Bueno, quizá cuando menos lo esperes llegue a tu memoria. Pero te digo lo mismo que le he dicho a Parker, si puedo ayudar en algo, aquí me tienes, Úrsula.

—No sé si podrás ayudar en eso, pero... —Dejé inconclusa la frase.

—Pero ¿qué? —se apresuró a preguntar.

—Pero yo sí necesito otro tipo de ayuda de ti.

—¿Cuál? —demandó a renglón seguido.

—Háblame de nosotros, de nuestro matrimonio. Ayúdame a recordar, Gordon —le supliqué.

Lo escuché exhalar un sutil suspiro antes de contestarme.

—Te llamaba «*la mía ragazza passionale, ardente*» y tú a mí «*il mio uomo focoso*», ¿lo recuerdas?

—No.

—Significa...

—«Mi chica ardiente» y «mi hombre fogoso» —atajé—. Sí, no me preguntes cómo recuerdo el italiano y sin embargo nada de lo que había entre nosotros. Yo tampoco lo entiendo pero es así.

—La mente es un misterio.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —le pregunté con ironía, él rio por lo bajo.

—En fin, después de saber cómo nos llamábamos entre nosotros creo que puedes hacerte una idea de nuestra relación.

—No quiero andar con suposiciones, Gordon, quiero que me lo digas. Necesito saber por qué decidimos casarnos y por qué duró tan poco nuestro matrimonio.

—Creo que la respuesta es obvia, porque no funcionó —respondió—. Solo nos unía una cosa, y cuando acabó todo finalizó entre nosotros.

—¿Qué cosa? —pregunté de seguido, Gordon enmudeció. El silencio era tan grande, tan estruendoso, que se convirtió en una sinfonía ensordecedora—. ¿Piensas contestarme?

—La pasión —respondió al fin—. Entre nosotros había una pasión loca y desmedida, pero la quemamos, la agotamos. Después de ella no quedó nada, no nos

soportábamos y nos divorciamos. En total fueron cinco meses muy intensos en los que no paramos de amarnos y un mes de discusiones continuas, tan duro como soportar el infierno. Decidimos dejarlo antes de odiarnos, íbamos por ese camino.

—¿Cómo nos conocimos? —interpelé impaciente de respuestas, sin pararme a meditar la información que acababa de darme.

—No puedo seguir hablando, me están esperando, Úrsula. Otro día te llamo, o si quieres nos vemos, lo que tú prefieras. ¡Ciao! —Colgó, dejándome con la palabra en la boca.

La corta revelación me dejó desanimada. Me casé con un hombre solo por una gran atracción sexual y nada más me unía a él, puesto que una vez se consumió la pasión se finiquitó la relación. ¿Acaso no tenía cuantas aventuras quería de ese tipo, solo por pura atracción? ¿Por qué hice tal cosa, dar ese paso tan importante? El matrimonio no era un juego, no debía tomarse a la ligera, de forma frívola; era una cuestión a considerar con cuidado. Debía de haber algo más que me había empujado a actuar de esa manera, a dar el sí a un hombre, a cruzar el país de punta a punta para llegar a Las Vegas y casarme con él, a hacerme más de dos mil millas en un viaje de avión de casi cinco horas. Debía de haber algo más que mera pasión, por muy loca y desmedida que fuera, para dar ese trascendente paso. ¿Y cómo terminó? Gordon acababa de decirme que empezábamos a odiarnos. ¿Cómo pasamos de amarnos enfebrecidos a rozar la aversión? De nuevo muchas incógnitas por resolver y mi mente vacía, sin una mínima ayuda por su parte.

Me sujeté las sienes, que no dejaban de palpitarme con ímpetu. Necesitaba un rato de alivio, sin meditar, sin preguntarme, aparcando mi furia por no recordar. Mi mente hoy no estaba por la labor de traerme remembranzas, aunque no quería dejar de ametrallarme a cuestiones. Saqué de debajo de mi jersey el colgante de mi hermano, del cual pendía la sortija de mi madre, y los besé a ambos. Después fijé la mirada en la pulsera que me regaló Scott y se me escapó un suspiro cargado de nostalgia. Y fue esta misma, la melancolía, la que me hizo pasear los ojos por las fotografías familiares que habían vuelto a ocupar mi hogar. De súbito pensé en algo más, en la llave que había encontrado, la de los apartamentos Murray Hill, la que daba acceso al número 441. ¿Por qué tenía yo esa llave? ¿De quién era ese apartamento? ¿Mío? Debía buscar por internet la zona dónde se encontraba y decidir cuándo iba a acercarme hasta allí, a ver si eso también me ayudaba a recordar algo. Pero ahora no podía seguir pensando más, me sentía agotada, tanto física como mentalmente.

Tras suplicarle a mi mente que me diera una tregua, decidí que lo mejor para lograrlo sería dormir. Me levanté y cogí el frasco de pastillas relajantes que el doctor Taylor me había recetado. Me marché a la cocina a por un vaso de agua e ingerí dos en lugar de una, precisaba calmar a mi cerebro por muchas horas. Saqué la cama del mueble y me lancé a ella sin piedad, esperando desesperadamente el efecto sedante de la medicación. Cerré los ojos y me obligué a no pensar mientras invocaba a Morfeo.



Scott, que solía saltar de cama en cama sin la menor intención de buscar un compromiso con una mujer, comenzó un día a salir con una modelo condenadamente guapa y perfecta: Melanie. Una modelo que estaba en la cresta de la ola, que solía salir en revistas como *InStyle* y *Vogue*, que desfilaba en la *New York Fashion Week* y que acababa de hacer un anuncio para un perfume de Donna Karan. Scott y ella se conocieron a través de un compañero del departamento que solía salir con ese exclusivo grupo de mujeres, y desde ese momento empezaron a verse casi a diario. Alguna vez quedaba con ella en el Manhattan Club, nuestro punto de encuentro, un lugar acogedor en el que descargar el estrés. Estaba regentado por San Fuller, un expolicía y gran hombre con el que yo confraternizaba. El bar alternaba maravillosas noches de *jazz* con los ansiados partidos de béisbol. Cuando jugaban los New York Yankees se ponía a reventar y el ambiente relajante que tanto me gustaba de él se esfumaba. Aun así, lo consideraba mi refugio. Ese sitio de amplia barra, lleno de mesas, de luces artificiales y de alcohol era mi guarida. Pero por desgracia mi madriguera había sido invadida por Melanie, quien no paraba de exhibir su pasión por Scott ante todos nosotros, y él parecía estar encantado con la impetuosa actitud de la rubia, puesto que no dejaban de juntar sus labios. Los ardientes besos que se entregaban eran el preludio de lo que en realidad buscaban sus cuerpos y que encontrarían al llegar a la cama. Algo que no se hacía esperar, pues en cuanto la vehemencia los consumía nos abandonaban con la intención de desgastar su amor. Y en cuanto salían por la puerta mi mente se desconectaba del mundo y solo se centraba en lo que Scott estaría haciendo con ella, no podía evitarlo. Verle irse con unas y con otras no me afectaba en la misma medida que verlo entablando una relación; eso me aguijoneaba el corazón. Sin lugar a dudas, el monstruo verde de la envidia empezó a asomar por mí. De forma irremediable, estaba celosa.

Semanas más tarde, cuando su relación con Melanie avanzaba a toda vela y mi ánimo se apuraba día a día, irrumpieron en nuestras vidas los de Asuntos Internos. Investigaban a Larry Smith, un detective de nuestra unidad, porque creían que aceptaba sobornos de la mafia. Scott y yo íbamos a ser interrogados como testigos por haber colaborado en la última detención que llevó a cabo Smith, en la que, inexplicablemente, casi todos los sospechosos huyeron. En realidad, aquella desbandada nos hizo intuir un chivatazo, con lo cual la investigación de Asuntos Internos no nos cogió desprevenidos.

Por entonces estaba más que harta de Melanie, de sus continuas llamadas a Scott, de cuánto reía con ella, de lo feliz que lo percibía, de los besos que les veía darse, de desear estar en la piel de la rubia de ojos azules y cuerpo de escándalo. Eso era lo que de verdad me molestaba, que Scott no me hubiera elegido a mí. Pero debía sacarme

todo eso de la cabeza, centrarme en mi trabajo y buscar a alguien con el que poder pasar un buen rato; una momentánea tabla de salvación que me apartara del difícil e indigesto sabor del desamor. El capitán Parker se presentó raudo en mi cabeza. Era un hombre muy atractivo y alguna que otra vez había fantaseado con estar bajo su cuerpo, pero no sabía cómo abordarlo. Nunca venía al Manhattan Club, apenas se relacionaba con nosotros, era escurridizo, receloso de su intimidad e intimidaba en exceso. Debía fijarme en otro compañero, alguien más accesible para mí; y entonces llegó él. Vestía traje negro, con la corbata a juego sobre una camisa de un blanco immaculado. Entró flanqueado por otros dos tipos en los que apenas me fijé y que pronto se dispersaron por el departamento. Lucía unos preciosos ojos azules y un cuerpo que no se quedaba atrás. Era un tipo tan arrebatadoramente guapo como chulo, una mezcla que me pareció idónea, y me sentí atraída por él desde el primer minuto. Gordon Foster era agente de Asuntos Internos y venía dispuesto a no dejar títere con cabeza, tenía fama de hacer su trabajo a la perfección. Emanaba autoridad, aparentaba ser un tío duro, dominador e incluso tenía un matiz malvado. ¡Oh, cuánto me gustó el poder que derrochaba sin ni siquiera hablar! Tenía tantas ganas de entrar en el despacho y estar cerca de él como nervios me transitaban, mi estómago era pasto de ellos. Mis emociones andaban haciendo equilibrios en la cuerda floja de la exaltación y la perturbación.

Era la primera vez que me enfrentaba a un interrogatorio de Asuntos Internos, aunque solo fuera como testigo. Pero allí sentados los dos, con una mera mesa interponiéndose entre nosotros, lo que menos fluyó fue el aire intimidador o autoritario, la atracción se abrió hueco a golpe de catana. La química entre Gordon y yo surgió desde el primer segundo e incrementó de forma considerable después de casi una hora. Acabado el interrogatorio, o testimonio, como lo llamó él, bromeó un poco conmigo para distender el ambiente y que me relajara. Me propuso tomar un café en cuanto acabara con Scott, y no me pensé dos veces aceptar su invitación. Me sentí muy halagada, tanto por ella como por la forma en que me miraba en ese momento; sabía que le gustaba del mismo modo que él me atraía a mí.

Ya en la cafetería charlamos un rato, intentamos saber un poco más el uno del otro, bromeamos y reímos. Terminando el café, Gordon me dijo:

—Me gustaría que un día me hicieras una visita, verte por mi despacho. —Me tendió su tarjeta—. De hacerlo, entendería que quieres algo más de mí, y eso me encantaría. —Sonrió, mostrándome cuánto deseaba de mí.

Cogí la tarjeta y no dije nada, tan solo le devolví la sonrisa y me levanté para marcharme.

—Me lo he pasado muy bien contigo, pero aún nos lo podríamos pasar mejor, Úrsula. —Dejó de llamarme detective Grechi.

—No lo dudo, Gordon. —Yo también le llamé por su nombre, y me fui.

Días después seleccioné de mi armario un vestido de punto combinado en blanco y negro, escotado y entallado, y lo conjunté con unos botines de tacón de aguja.

Vestida de seducción, me presenté en su despacho cerca de la hora de comer. Gordon, al verme, ensanchó tanto la sonrisa que le rozó las orejas. Sus ojos me empezaron a devorar, podía sentir sus dentelladas a pesar de la distancia que nos separaba. Se acercó a darme dos besos y, con descaro, pero muy sensual, me olfateó el cuello, añadiendo que olía de forma deliciosa. Me gustó la seguridad tan grande que desprendía, la falta de reparo ante una acción indicadora de lo que podía avecinarse y él deseaba.

—¿Quieres comer? —me preguntó sin dejar de contemplarme. Sabía que en ese instante me anhelaba tanto como yo a él.

—Sí, por supuesto. Tengo mucho apetito —contesté. De inmediato Gordon me invitó a salir.

Anduvimos hasta el ascensor en silencio, aunque sin parar de regalarnos miradas de todo tipo: descaradas, lascivas, ansiosas... El voltaje sexual que sentíamos aumentaba con cada paso que dábamos y nos impedía hablar para no fracturar el licencioso momento. El ascensor llegó y yo hice intención de subir, pero Gordon posó su mano delante de mi cuerpo, casi en mi bajo vientre, y con ello me impidió el paso.

—Esperaremos al siguiente, en este va mucha gente —dijo, mirándome fijo a los ojos. Su tacto en ese lugar tan próximo a mi intimidad logró que el corazón se me desplazara a la garganta.

Dos personas. Esa era la cantidad de gente que abarrotaba un ascensor preparado para veinte. No dije nada al respecto, tan solo asentí notando la frialdad que quedó en mi cuerpo al retirar su mano, y esperamos al siguiente, que por suerte llegó vacío. Cuando las puertas se cerraron y el aparato empezó a descender las treinta y dos plantas, Gordon metió la mano por mi cuello, acercó mis labios a los suyos y me besó con mucha pasión. ¡Madre mía, qué beso! Sentí que las piernas se me derretían.

—¿Quieres comer o prefieres que nos comamos, Úrsula? ¿De qué tienes apetito? —me preguntó en voz ronca, mirándome con inmoderación lujuriosa. Me excité.

—Comámonos —respondí, y me lancé a su boca.

El deseo era tan vasto como apremiante. Gordon apretó el correspondiente botón que paraba el ascensor y, de forma rauda, peregrinó por mi cuerpo. Nuestras bocas se devoraban, las manos se corrompían en caricias libertinas que no cesaban de conquistar terrenos, y los cuerpos se poseyeron con tantas ganas como pasión. Explotamos en un orgasmo desbordante, tuve que reprimirme de gritar por tanto placer como sentí. En ese instante no encontré la razón a ese inconcebible goce, la respuesta a por qué mis terminaciones nerviosas se habían extasiado de manera descomunal. No sabía si era a consecuencia de la maestría que Gordon me había demostrado con su acto tan precipitado como cuidado, o por ser una situación nueva, arriesgada y excitante que me había cargado de adrenalina. Fuera lo que fuera, por la habilidad o por el lugar, jamás había experimentado una sensación similar, eso era indiscutible.

Las piernas no me respondían cuando por fin dejé de estar en volandas, sostenida entre el cuerpo de Gordon y una de las paredes del ascensor. Pensé que me caería al suelo en cuanto intentara dar un paso, la laxitud de mis músculos era exagerada. Gordon sonrió feliz, los ojos le centellaban, estaba pletórico. Y fue entonces, contemplando su mirada azul grisácea enviciada, cuando comprendí por qué ese acto sexual había sido tan deleitoso para mí. Acababa de hacer el amor con un hombre que se suponía recto, de reputación conservadora, que trabajaba para Asuntos Internos, el Anticristo para cualquier policía. Pero pese a enfundarse en esa fachada de hombre de bien, era obvio que al él le gustaba practicar acciones al margen de la ley y lo estrictamente moral. Era evidente que tenía un doble obrar, que su moralidad en realidad era una moralina, pues no predicaba con el ejemplo que su cargo hacía entender a los demás. Eso era lo que de verdad me había enloquecido, su descarado atrevimiento sin preámbulos de por medio, directo al grano, el morbo de hacerlo en un sitio público, donde él parecía estar como pez en el agua, controlarlo todo. Gordon Foster me había transmitido una sensación de viveza que se ahuyentaba de mi vida desde hacía años.

Adecantados, con las ropas colocadas de manera adecuada, me besó una y otra vez y puso en marcha el ascensor, que siguió descendiendo.

—Esto debemos repetirlo, hay que perfeccionarlo.

—¿Perfeccionarlo? —pregunté sorprendida.

—¿Acaso crees que no puedo mejorarlo, o que no podemos mejorarlo? Todo se puede elevar a una cota superior, Úrsula, ¿no crees? —Me guiñó el ojo.

—Entonces elevémoslo —respondí, sonriendo.

Desde entonces nos empezamos a ver con asiduidad y a practicar sexo no solo en la cama, sino en lugares públicos, algo que a Gordon le encantaba. Además, no le gustaba hacerlo de forma convencional, decía que era muy aburrido, que el sexo requería de mucha imaginación y de una buena puesta en escena para disfrutarlo de forma bestial. Lo hacíamos en su despacho, en el aparcamiento, en el ascensor, en el servicio de un restaurante... Y en casa, disfrazados o no, interpretábamos el papel que él iba indicando. Montábamos el número del agente dominador, que requería un buen trabajito para librar los cargos; el de la desvergonzada aprendiz, que corrompía con sus vicios a su superior; el del detenido que seducía a la inexperta detective y terminaba haciéndola jadear; el del profesor de academia, que extralimitaba sus funciones y amaestraba a la joven policía en un terreno más íntimo; el de la retención con esposas incluidas, cuyo trato liberador consistía en dejar el cuerpo a disposición del otro, y muchos más. Gordon tenía una inventiva inconmensurable y dominaba las artes amatorias con gran pericia.

Que fuera un hombre distinto en el terreno sexual me encandiló. Además, lograba que mis orgasmos se precipitaran, que fueran múltiples, y eso me creó adicción. Me pasaba el día entero fantaseando cómo hacer el amor con él o dónde. Tal llegó a ser mi dependencia por su cuerpo, mi enganche sexual, que cometí una locura que a día

de hoy todavía me ruboriza. Sucedió en una fiesta que dieron unos amigos suyos. Quedé en verme con él allí, en cuanto acabara mi turno en el departamento. Había planeado una sorpresa como regalo por lo que teníamos que celebrar ese día, y acudí vestida con un abrigo hasta los pies, debajo solo llevaba una provocadora ropa interior. Como era lógico, no quería desprenderme de la prenda en toda la noche, y para no quitármela alegué estar constipada y encontrarme destemplada. Pero la astucia de Gordon imaginó qué ocurría algo muy tentador para él, y entre copa y copa inició un juego con el que trató de adivinar mi escasa vestimenta. La mutua excitación nos hizo abandonar la fiesta antes de tiempo, aunque no nos iba a permitir llegar a casa para consumarla. Gordon me apoyó en el capó de su automóvil, abrió mi abrigo y me recorrió el cuerpo con su ardiente boca. Hicimos el amor allí mismo, sin miedo a que alguien pudiera llegar a recoger su vehículo y nos viera. Todo nos dio igual en ese momento, en la celebración de nuestro primer mes de matrimonio.

Nos casamos en Las Vegas, aunque no sabíamos que ese viaje nos llevaría al matrimonio, o mejor dicho, Gordon aún no lo sabía. Durante el viaje, mi futuro marido tuvo la genial idea de probar el baño del avión, y yo acepté encantada. Minutos después, nuestra pasión había quedado tatuada en un lugar público más, esta vez en el aire, si bien lo importante de ese fin de semana no iba a ser la cantidad de sexo, sino que regresaríamos como marido y mujer. Gordon y yo volvimos casados después de tres meses de intensa relación. Fue entonces, a la mañana siguiente de nuestro enlace, viéndome el anillo en la mano, cuando supe por qué me había casado con él: por despecho. Mi rabia pujaba por la atención de Scott y me llevó a obrar con resentimiento. Solo lo hice por fastidiarlo, de forma subconsciente lo ideé la misma noche que lo vi reconciliarse con la estúpida de Melanie. Sí, lo vi. Fui testigo de esa reconciliación. Lo vi sin querer, pero lo vi. Fue en Nochevieja. Habíamos llevado el caso de una modelo a la que estaban acosando, e investigamos y detuvimos a uno de sus fans. El hombre estaba obsesionado con ella y había traspasado la linde de la devoción para llegar al matonismo. Kristie, que así se llamaba ella, nos lo agradeció encarecidamente y nos invitó a la fiesta que por Fin de Año iba a dar en su casa. Resultó que Melanie era amiga de ella, y en cuanto vio aparecer a Scott corrió a su lado como un perrito y lo acaparó durante toda la noche. Maldije la hora que había aceptado la dichosa invitación, pues no me gustaban las navidades ni ver la felicidad que manifestaba la gente, porque eso me ponía triste al recordarme la falta de los míos. Pero la pertinaz insistencia de Scott, en este momento desaparecido, me hizo claudicar y acabar aquí.

Viéndome sola, volví a maldecirme, en esta ocasión por haber rehusado ir con Gordon a la tradicional cena navideña de su familia. Cuando me invitó se lo agradecí mucho, pero le dije que no sería buena compañía por la tristeza que me invadiría. No insistió, me comentó que lo entendía, y yo me alegré. Ahora, sin embargo, deseaba que me hubiera presionado para acudir, porque sin duda habría sido mejor plan que el que me deparaba la noche. Estaba en una fiesta en la que no había nadie conocido

para mí y enrabiada no paraba de preguntarme qué narices hacía en ella.

Pasé largo rato de la velada en compañía de unas copas de champán y de algún que otro moscardón, que me quitó rápido de encima gracias a mi incisivo carácter. Depositando en la bandeja la última copa que había degustado, observé la pulsera que Scott me regaló días antes, por Navidad, y de nuevo leí la bonita grabación que había mandado tallar en ella: «Compañeros para siempre». Yo le regalé un frasco de perfume de Giorgio Armani, de su fragancia favorita, y aunque sabía que era un buen regalo con el que había acertado, debía reconocer que el suyo fue más original e impactante. La pulsera no solo era preciosa, además tenía una connotación sentimental importante por lo grabado en ella. Aunque en realidad lo que yo deseaba era que contuviera la misma que portaba mi corazón, en el que Scott estaba grabado a fuego, en el que su significado amoroso me llevaba a soñarlo, anhelarlo, amarlo... Deseé como nunca que mandara al cuerno a la supermodelo maravillosa y perfecta; a la rubia de piernas esbeltas, sin fin; a la chica sonriente y feliz, replica de Barbie; a Doña Divina, cuya vida era tan idílica que resultaba la envidia de todos. Y de la envidia al odio había un trecho corto. Por eso mismo la odiaba y quería contagiar a Scott de mi aversión por la rubia de bote. Había roto con Melanie hacía tres semanas. Durante ese tiempo no dejé de poner pegas a la dichosa modelo para que no se le ocurriera volver con ella y siguiera siendo un hombre libre. Uno con el que pudiera continuar soñando, con el que pensar que alguna vez tendría una oportunidad. Uno con el que fantasear que en un futuro sería mío. Fantasear, eso era lo único que venía haciendo con Scott. Fantasear y callar. Nunca había intentado algo con él a pesar de desearlo, me daba miedo corromper lo que teníamos y perder la gran amistad de la que gozábamos. Sentía pánico al imaginar que pudiéramos romper nuestra relación por un mal uso de mi amor. No obstante, de un tiempo a esta parte, sobre todo desde que había roto con Melanie, lo deseaba más que nunca. Quería a Scott mío. Solo mío.

De pronto, entre todos los desconocidos que me rodeaban, reconocí a alguien, si bien hubiera deseado no hacerlo. Carlo Costello, el sobrino de un mafioso y un hombre con el que tiempo atrás acabé en la cama, se encontraba allí.

Ocurrió un mal día de trabajo, demasiadas tensiones que pagaron casi todos los compañeros, víctimas de mi temperamento. Al acabar necesitaba tomarme algo, pero no pensaba acudir al Manhattan Club, no quería ver a nadie. Deseaba estar sola, de modo que me marché a la otra punta de la ciudad. Después de un par de cócteles, Cousin Scotty, un tipo atractivo, se acercó a mí y me saludó. Me preguntó qué bebía, le contesté, pidió lo mismo al camarero y se sentó a mi lado. Charlamos durante largo rato. Era divertido e hizo que me olvidara de mi asqueroso día. Cuando acabé el quinto cóctel de la noche me dijo que debía marcharse, que le había gustado conocerme y me tendió una tarjeta de visita. Ni la miré, me lancé a su boca y lo besé. No me interesaba saber quién era ni volver a verlo nunca, necesitaba pasar un rato con él ahora y luego olvidarlo. Lo que solía hacer con los desconocidos tipos que me encontraba por ahí.

—Mi hotel está cerca de aquí, ¿quieres venir? —me preguntó viéndome tan entregada.

—Vámonos —le contesté, y nos marchamos.

Según entramos en la habitación nos besamos como locos, y antes de caer en la cama me dijo:

—Eres una mujer muy confiada. No sabes quién soy, no me conoces de nada, ni siquiera te has preocupado por saber mi nombre, pero te metes en la cama conmigo.

—No me importa cómo te llames ni quién seas para pasar un buen rato. Eso sí, no me subestimes, sé defenderme, mejor de lo que puedas imaginar. Pásate un pelo y te dejo para el arrastre —avisé con un ápice de rabia.

—¡Dios, me has excitado más! —exclamó.

—Pues entonces no pierdas el tiempo hablando, usa la boca para otras cosas —le pedí, y estampamos nuestros cuerpos en la cama.

Rápido me di cuenta de que era italiano, mientras hacíamos el amor usó ese idioma y, por su pronunciación, era obvio que era su lengua. No quise hacerle saber que yo también tenía raíces italianas; a él no le importaba nada de mí, de la misma forma que yo no quería saber de él. Tan solo habíamos sido dos cuerpos satisfaciéndose, sin presentaciones ni cumplidos. No solía usar los sentimientos con los hombres que me llevaba a la cama, no pretendía dejar marca en ellos ni que ellos la dejaran en mí. Intentaba mantener a raya a las emociones, aunque no siempre lo conseguía, y de ahí mis cambios de humor. Por eso trataba a las personas según me encontrara; podía sonreírles con dulzura o apalearlas con mis palabras. Sabía que mis cambios de humor condicionaban mi vida.

Me marché sin despedirme de él, que dormía a pierna suelta. Solicité un taxi y en apenas veinte minutos llegué a mi casa. Entré en la ducha, necesitaba un poco de calma, y entretanto el agua tibia me recorría, rompí a llorar. Lloré por haber discutido con Scott, por irritar al sargento Peterson, por desobedecer al capitán Parker, por acostarme con cualquier desconocido, por lo sola que me sentía, por mi vacío existencial... Lloré por largo rato, hasta templar a mi agitación. Horas después volví a retomar mi vida, esa con la que aparentaba ser una mujer dura y fuerte, y me marché al departamento. Nada más entrar en él, Scott vino a por mí como una exhalación. Me atrapó del brazo, enojado, y tiró con tanta fuerza que me hizo daño. Pero tan solo protesté una vez por sus rudos modales, después de oírle mandarme callar de la forma que lo hizo presentí que algo grave pasaba y trataba de advertirme. En silencio, llegamos a un lugar apartado del resto de compañeros. Entonces me soltó y me taladró con una inquisidora mirada.

—¿Con quién has pasado la noche? —exigió mi respuesta.

—Y a ti qué te importa —protesté—. ¿Y por qué sabes que he estado con alguien, acaso me vigilas?

—No, yo no. —Sacudió la cabeza—. Pero Kevin Morgan sí estaba vigilando, aunque no a ti, sino a tu acompañante, a Carlo Costello.

—Carlo Costello, estaba segura de que era italiano. —Fue lo único que contesté, además con chulería. Scott me miró tan confuso como irritado.

—¿No sabías quién era? —preguntó perplejo.

—No —contesté rotunda, firme—. No me importan esos detalles para pasar un rato con un hombre y no volver a verlo más.

—Pues con este deberías —me reprobió—, es el sobrino de un importante mafioso.

—Bueno, el mafioso es su tío, ¿no?

—Pero ¿de qué vas? —interpeló asombrado—. Todos ellos son una mafia, toda la familia sin excepción. Los Costello controlan Brooklyn y Queens y parte del Bronx. Ahora tratan de desplegar sus tentáculos en Manhattan, por eso Carlo Costello estaba aquí, por eso se le está vigilando. ¿O acaso crees que él es una hermanita de la caridad?

—¿Qué te jode más, que me lo haya tirado o que sea un mafioso?

—¿Tú qué crees? —Su asombro subió al escalón de estupefacción.

—No sé —me encogí de hombros—, por eso mismo te lo pregunto. Porque, que yo sepa, tú te acuestas con toda la que quieres y yo no te digo nada.

—Ni yo tampoco te recrimino eso, y lo sabes —contestó muy digno—. Puedes acostarte con todos los hombres que quieras, eres una mujer libre y la dueña de tu cuerpo. Sin embargo, aquí olvidas un pequeño detalle, eres policía y él un mafioso, y eso es lo que no está bien. Luchas contra ellos, Úrsula, no te alías con ellos —recalcó—. Que te acuestes con un desconocido del que no quieres saber ni el nombre, o con mil, es asunto tuyo, de nadie más —explicó con calma, y añadió—: Pero reconoce que aquí te has pasado.

Medité unos segundos sus palabras, sus certeras palabras con las que solo quería protegerme, no juzgarme.

—Llevas razón, aunque creo que ya es demasiado tarde, me he acostado con él. —Resoplé—. Pero tranquilo, jamás volveré a verlo.

—¿Habías bebido?

—No seas como mi padre, Scott —le advertí molesta.

—No lo soy, solo soy tu compañero, alguien a quien le importas mucho.

Lo observé en silencio y guardé los humos, de nuevo sabía que cuanto me había dicho era cierto y lo decía por mi bien.

—Sé que llevas razón. —Asentí—. Una poli bebida y haciendo el amor con un desconocido, con un mafioso, no suena muy bien, la verdad. —Hice una pausa con la que traté de organizar mis pensamientos, me sentía poco lúcida—. No sé qué me pasa, Scott.

—Yo sí —respondió categórico—. Estás en una etapa de autodestrucción y yo solo quiero ayudarte, Lula. Déjame hacerlo, por favor.

—Ya lo haces, compañero, más de lo que tú crees. —Le di un casto beso, en los labios en lugar de en la mejilla, y me marché a mi puesto.

Y ahora Carlo Costello estaba en esta fiesta y yo no deseaba que me viera, no quería que se acercara a mí y menos que por casualidad descubriera que era policía. Debía esquivarlo como fuera. Abandoné el gran salón y me adentré en la vivienda, pensando en llamar a un taxi para marcharme, pero antes tenía una urgencia y debía buscar el cuarto de baño. No encontraba a nadie para preguntar y las puertas que abría estaban lejos de ser el aseo. Subí las escaleras para ver si se encontraba en la planta de arriba. De pronto escuché susurros, ruidos que parecían gemidos. Provenían de una puerta que estaba entornada y, sin pensarlo, caminé en esa dirección. El sonido se acrecentó, dejando patente que eran ruidos de placer. Me llamaron la atención de forma poderosa y la curiosidad actuó como un imán. Abrí despacio la puerta, lo justo para asomar la vista, y vi un cuerpo de hombre, de espaldas, con los pantalones bajados hasta el suelo, mostrando un desnudo y bonito trasero que se movía al compás de los jadeos que emitía la mujer, cada vez más altos y placenteros. De ella vi poco, apenas nada, una de sus manos posada en el respaldo del sofá y la mitad de la parte trasera de su cabeza, lo que me hizo fijarme en su melena rubia platino. ¡Era Melanie! Melanie con... ¡Scott! ¡Melanie y Scott haciendo el amor! Scott se empujaba de manera desenfrenada contra el perfecto cuerpo de la rubia y los gemidos de ella casi se convirtieron en gritos. Estaban a punto de llegar al clímax y yo no podía presenciar algo tan íntimo. Cerré y me alejé deprisa, tan impactada como lacerada al haberme encontrado con lo que menos me esperaba. No me gustó ver esa imagen: a Scott haciendo el amor con Melanie; dolía y escocía a partes iguales.

En ese momento deseé estar con Gordon, lo deseé como nunca. Quería besarlo, acariciarlo, entregarle mi cuerpo... Quería que Scott viera que yo también tenía un hombre; mi hombre. Lo llamé, no pude evitarlo, o no me dio la gana hacerlo. Gordon se alegró al escuchar mi voz felicitándole el año nuevo y a mí me faltó tiempo para empezar a seducirlo, a calentarlo por teléfono. Me dijo que en media hora estaría en la fiesta, y llegó en veinte minutos. Nos besamos con pasión, le dije que lo había echado mucho de menos y, sin más explicaciones, lo subí arriba, a la misma habitación que Scott había compartido con Melanie. Raudos, Gordon me bajó la cremallera del vestido de terciopelo entubado y lo retiró de mi cuerpo. Envueltos en una pasión enajenada, me rompió el panti para apartarme la braguita, e hicimos el amor de una manera salvaje. Fue una estúpida forma de hacerle ver a Scott que yo también podía hacer lo mismo que él, tener pareja, amarla y entregarme a ella. Porque me las apañé para que viera lo feliz que era con Gordon y para que dedujera lo que acabábamos de hacer. Por eso dos semanas después, y viendo que desde esa noche mi compañero había vuelto a las andadas con Melanie, planeé irme a Las Vegas con Gordon.

El sábado por la mañana Gordon y yo estábamos en el estado de Nevada, en La Ciudad del Pecado, en La Capital Mundial del Matrimonio. Esos eran algunos de los sobrenombres de Las Vegas, a Gordon le había encantado mi idea de pasar un fin de semana en esa ciudad y reservó habitación en el Cesar Palace, uno de los hoteles más

famosos de la ciudad, en cuyo interior había casi una reproducción exacta de una ciudad romana, con sus tiendas y sus monumentos, y un imponente casino donde el dinero corría como agua. Era fácil manipular a un hombre dándole un buen rato de placer: una noche romántica, un rato de ocio en el casino, una partida de *strip-poker* en la habitación, sexo ilimitado y *¡raggiunto!*, que diría mi padre; o sea, logrado. A la mañana siguiente Gordon me pidió hacer una locura: casarnos. Dejé que creyera que la idea partía de él, aunque en realidad se había gestado en mí y, sin que él se percatara, yo le había inducido a ella, y nos casamos. Lo hicimos en una de las capillas más icónica y también más antigua de Las Vegas, en la que se habían casado distintas celebridades, como por ejemplo Jon Bon Jovi, uno de mis cantantes de *rock* favoritos. La cara de mis compañeros a mi regreso, al soltarles la impensable noticia, fue un verdadero poema. La de Scott y mi padre no sabría cómo definir las, pero ambos me sentenciaron con los ojos. Esa fue la primera vez que discutí con Scott, aunque a partir de ese día no sería la última.

\*\*\*

Desperté angustiada, llena de zozobra, falta de aire, y salí con urgencia de la cama, presa de un ahogo repentino. Abrí la ventana y absorbí una honda aspiración de oxígeno con la que dilatar a mis pulmones y poder respirar. De nuevo no había sido un sueño; eran mis recuerdos que acudían a mí. Mi memoria me trajo más de lo que podía soportar, más de lo que quería saber. Inhalé una y otra vez, tragaba el aire y lo expelía a chorros. Y mientras lo hacía no dejaba de preguntarme qué había hecho con mi vida y con la de los demás. ¿Qué tipo de mujer era si me comportaba como una niña impulsiva que tras coger una pataleta actuaba sin pensar en los sentimientos ajenos, solo queriendo alcanzar un objetivo que ni siquiera me haría feliz? ¿Qué buscaba Úrsula Grechi de verdad?

Estaba amaneciendo y me sentía desbordada, no quería pensar más, pero mi impertinente mente no me lo permitía y siguió haciéndose preguntas. ¿Por qué nos divorciamos Gordon y yo? ¿Se enteró de que no lo amaba? ¿Sabría que mi corazón latía por Scott y tan solo lo utilicé?

—¡Basta! —chillé—. ¡Basta, basta, basta, no puedo más! —clamé a gritos, llevándome las manos a la cabeza, apretándomela con las palmas.

Soplé fuerte e intenté mitigar la rabia, aunque solo lo logré a medias. Y arrastrando mi agonía tanto como los pies, me marché a tomar una ducha con la que despejar mi trastocada mente.

Estaba tomándome un café cuando el timbre de mi apartamento sonó con insistencia. La inquietud me invadió; hoy no esperaba a nadie. De pronto, la voz del capitán Parker se presentó, solicitándome que le abriera. Respiré con profundidad mientras caminaba hacia el armazón de madera que se interponía entre los dos, y abrí. La cara de Parker era de agradecimiento, y sus ojos no traían consigo la mirada intimidatoria que solían vestir. Venía con la guardia bajada; en ese momento era Nikolas, mi amante, no mi capitán.

—Hola —le saludé—. Entra por favor.

Nikolas entró, cerró la puerta y se quedó apoyado en ella; sus ojos empezaron a escupir disculpas antes que su boca.

—Úrsula, perdóname por lo de ayer.

—¿Quieres un café? —le pregunté eludiendo sus disculpas—. Yo me estaba tomando uno.

—De acuerdo. Uno solo y sin azúcar, por favor.

Me adentré en la cocina a servírselo y él se sentó en el salón, al lado de la pequeña mesa.

—Aquí tienes —le dije dándole la taza, y me senté a su lado esperando a que hablara de nuevo.

—Siento lo de ayer —insistió.

—¿El qué sientes? —me faltó tiempo para replicar—. Porque, que yo recuerde, tratamos varios temas. ¿Sientes que discutiera con Peterson o que esté loca por relacionarlo con mi ataque? ¿O sientes que tú y yo nos estuviéramos acostando a espaldas de los demás? —Soné sarcástica.

—También te acostabas con Cook a espaldas de todos —me recordó, defendiéndose—. Bueno, con él tienes una relación —se corrigió.

—¿Qué puedo decirte, Nikolas? —Gesticulé una extraña mueca—. Nada, porque no lo recuerdo.

—Pero sí has recordado que tú y yo nos acostábamos de vez en cuando.

—Sí, eso ya ha vuelto a mi memoria —afirmé—. Aunque solo escenas sueltas, no un recuerdo completo.

—¿Quieres que hablemos de ello?

—No estaría nada mal —respondí.

—¿Por dónde quieres que comience?

—¿Cuándo empezamos a mantener relaciones? —pregunté sin más dilación.

—Más o menos hace un año —contestó—. La primera vez sucedió en el departamento...

—Sí, esa la he recordado —le interrumpí—. Íbamos disfrazados —añadí. Él

asintió estirando los labios—. ¿Y cuánto nos veíamos?

—Los primeros meses más, luego no sé... Quizás una vez al mes, no he llevado la cuenta.

—¿Seguíamos viéndonos?

—No. —Zarandeo la cabeza—. Hace más de cuatro meses que no tenemos un encuentro, estamos en pausa. Parece ser que es el mismo tiempo que llevas con Cook. —Era un reproche—. Hablé con él después de descubrir su mensaje en el listado que me pasaron de lo hallado en tu móvil, y me contó lo vuestro.

—Ya lo sé, también me lo dijo a mí ayer por la mañana. —Se fraguó un incómodo silencio por unos segundos—. Pero habrá que mirarlo por el lado bueno, ¿no?

—Explícame ese lado —me pidió.

—Al menos no os engañaba al uno con el otro —respondí.

—Úrsula, yo nunca me he sentido engañado si tú has estado con otro hombre durante este tiempo —explicó pausado—. De hecho, sé que has estado con alguno, igual que yo también me he acostado con otras mujeres. Nosotros no tenemos un compromiso ni una exclusividad, no nos hemos jurado nada, no depositamos sentimientos ni explicaciones.

—Vaya, ¡viva el amor libre! —chasqueé los labios y me vino a la mente Samantha y esa costumbre tan suya.

—No es amor, sino nuestra válvula de escape. Los dos estamos de acuerdo y de esa forma vivimos felices. Ahora, si tengo que ser sincero, no te imagino con Cook, de verdad.

—¿Por qué?

—No sabría explicártelo, solo es algo que no me encaja. —Soltó un golpe de aliento—. Con Scott jamás me hubiera extrañado; es más, no pondría la mano en el fuego por vosotros, porque no haya habido algo entre los dos. Pero ¿con Cook? —Arrugó el entrecejo—. Aún no salgo de mi perplejidad.

—A mí también me ha sorprendido, no lo voy a negar. Pero está claro que tenemos una relación, he recordado algún que otro retazo de nosotros, juntos, en la intimidad. Ya me entiendes.

—Y yo todo este tiempo pensando que habías dejado de verme porque estabas enfadada conmigo.

—¿Enfadada por qué?

—Te iba a suspender de empleo y sueldo durante un mes por faltarme el respeto delante de Scott y de Cook.

—¿Y por qué te lo falté?

—Porque cuando las cosas no salen como tú quieres sueles perder las formas —anunció en tono censor—. Además, guardabas algo de resquemor porque te separé de Scott y te puse a Cook de compañero. —Asintió—. Solo lo hice porque eres una buena detective y él podía aprender mucho de ti, pero desde ese mismo día

empezaron las tiranteces entre nosotros. Tú estabas esperando a que Cook cometiera cualquier error para lanzarte a mi yugular, y ese día llegó.

—¿Qué error cometió?

—Fastidiar unas pruebas por romper la cadena de custodia. El juez las declaró nulas gracias a su incompetencia y pusieron en libertad a un mafioso, un asesino. Encontraste una causa para culpabilizarme, detonaste y me mandaste a tomar por culo delante de tus compañeros. Te quedaste tan ancha, ellos sintieron vergüenza ajena y yo me sentí más humillado que en toda mi vida. Te dije que iba a abrirte un expediente y te marchaste enfurecida. Dos días más tarde detuvisteis a un violador y tu rabia lo atacó pateándole los testículos. No digo que no se lo mereciera, pero nosotros pertenecemos al orden, no creamos el caos. —Su mirada me amonestó—. Entonces te dije que habías traspasado todas las barreras de mi tolerancia e iba a suspenderte, te lo habías ganado a pulso, sola y sin ayuda de nadie. Por la noche te presentaste en mi casa hecha polvo, llorando. Hablamos un rato, intenté razonar contigo y, sin saber ni cómo, empezaste a besarme y yo me dejé llevar. A punto de llegar a la cama te dije...

—El sexo no va a librarte de la suspensión, Úrsula —atajé a decir, lo recordé todo—. Y yo te di un brusco empujón y te dije que si pensabas que había ido a echar un polvo con el que buscar la inmunidad, no me conocías. Añadí que me habías hecho sentir como una prostituta, que eras un gilipollas con el que no quería nada más y me marché furiosa.

—¡Lo has recordado! —exclamó.

—Sí, según has empezado a contármelo a acudido a mí y se ha ensamblado con rapidez.

Nikolas agachó un momento la cabeza, avergonzado. Al elevarla, la empezó a sacudir y dijo:

—Siento haberte hecho sentir así, Úrsula. De verdad que nunca fue mi intención, y sé que confundí la tuya. Tú vas siempre de frente encarando los problemas, no buscando la forma de evitarlos. Me porté como un auténtico gilipollas, como bien dijiste, y por mi culpa perdí lo que teníamos. Me sentí tan mal que olvidé lo de tu suspensión, jamás lo tramité.

—Desde luego que no intentaba hacerte cambiar de opinión pasando un rato en la cama, necesitaba tu cuerpo, como otras veces.

—Ya. —Asintió—. Me di cuenta después. Tarde.

—Pero hay algo más que no me estás contando, Nikolas. —Mi mente no hacía más que escupirme reminiscencias.

—¿El qué?

—Me pusiste a Cook por otro motivo, querías separarme de Scott. Sabías que yo sentía algo por él, me lo comentaste en una ocasión, y si yo iniciaba algo con Scott dejaría de verme contigo.

Nikolas volvió a descender la cabeza, la vergüenza que se desprendió de él caló

en mi piel.

—Es cierto —confesó—. Sabía que tú estabas enamorada de Scott y te separé de él por miedo a que él te separara de mí. No buscaba una relación contigo ni la quería, pero egoístamente no deseaba perder lo que teníamos, ambos disfrutábamos mucho. —Alzó la mirada, estaba turbia.

—Pues te salió el tiro por la culata, porque comencé una relación con Cook —bromeé de mala gana.

—Sí, ya lo he pensado. —Intentó sonreír aunque con nulo éxito—. No puedes imaginar cuánto te echo de menos, Úrsula. —Posó su mano en la mía y la acarició con ternura.

—En mis recuerdos he sentido que nos lo pasábamos bien juntos, me sentía a gusto contigo.

—Yo también me sentía muy bien durante ese rato. —Suspiró, meditando—. Y ahora debemos hablar de algo más serio.

—¿De qué?

—Otra vez de la investigación —contestó, y me preguntó—: ¿Quién es el doctor Clark y qué clase de médico es?

El estómago se me encogió al escuchar su pregunta. Nadie, salvo mi padre y Cook, sabían que acudía al psiquiatra. Temía las consecuencias que esa revelación podía tener para mí a partir de ahora, pero debía contárselo.

—También has visto su mensaje en mi móvil, ¿verdad?

—Sí.

—Es un psiquiatra, mi psiquiatra —respondí firme.

—¿Vas al psiquiatra? —preguntó sorprendido.

—Sí —afirmé—. Llevo acudiendo ocho meses a la consulta del doctor Clark, me lo ha contado él mismo. Es donde fui el otro día, cuando Cook me acompañó, aunque tampoco se lo hice saber. Te mentí al decirte que iba a acudir a un psicólogo por petición del médico del hospital.

—No solo me has mentido en eso, lo has hecho en todo al ocultármelo —declaró serio—. ¿Por qué?

—Porque no sabía en qué medida podría afectar a mi trabajo y eso me asustaba. Por eso nunca acudí al psicólogo del departamento, me daba miedo llegar a perder mi trabajo. Mi profesión es lo único que tengo y por lo que me levanto cada mañana. ¿Lo entiendes?

—Y el doctor Clark, ¿también entendía que lo ocultaras? —Sonó a reproche.

—Me ampara el secreto profesional —respondí tajante, empezando a sacar las uñas—. Y, además, no estoy loca —recalqué.

—Yo no he dicho eso, ni siquiera lo he pensado —aclaró de inmediato.

—Por si acaso —respondí a la defensiva.

Parker se llevó una mano a la frente y empezó a frotársela mientras pensaba, yo aguanté en silencio.

—¿Y qué padeces? ¿Estrés? ¿Ansiedad? —preguntó mirándome.

—Una neurosis debido a la ansiedad, pero soy competente en mi trabajo —anuncié alzándome en armas.

—Nunca he puesto en tela de juicio tu competencia como detective, ya te he dicho que eres buena en ello. Aun así, y aunque tú creas que lo tienes todo controlado, deberías haberme informado por si precisabas de ayuda, o rebajar horas de trabajo, un tiempo de baja o cualquier otra cosa.

—Pues ahora ya lo sabes y has visto que no me ha sido necesario nada de eso. Tomo un tratamiento con el que me encuentro mejor, me ayuda a relajarme y a dormir.

—Por eso dejaste de beber hace unos meses, ¿verdad?

—Seguramente. Aunque el día que fui atacada parece ser que bebí en abundancia.

—¿Por qué? ¿Qué ocurrió?

—No lo sé —levanté un tono la voz, mirándolo perpleja—, todavía no lo he recordado —subrayé.

—Cierto, perdona, perdona —se disculpó, y vaciló un segundo—. Entonces tampoco sabrás por qué el doctor Clark te llamó cinco veces el mismo día en que fuiste atacada y te envió ese mensaje pidiéndote disculpas a unas horas más bien intempestivas.

—Sí, eso lo sé porque él mismo me lo ha contado. Por lo visto quería iniciar una nueva terapia conmigo. Al principio me pareció bien, pero después me negué, discutí con él y me marché furiosa. Temía que no volviera a su consulta y por eso me llamó y me envió el mensaje. De hecho, días después de haber sido atacada, se presentó en mi casa muy preocupado por no saber nada de mí. Fue entonces cuando me contó todo y volví a su consulta.

Parker meditó la información que le acababa de dar antes de hablar.

—Corrígeme si me equivoco, es tu médico y todo se debe al terreno profesional, ¿verdad?

—Sí, claro —afirmé.

—¿Crees que debemos investigarlo?

—Desde luego que no —contesté.

—Aun así, voy a hablar con él, quiero escuchar su versión.

—Vale. Si tú crees conveniente hablar con él puedes hacerlo, pero dudo que vaya a contarte algo, me...

—Sí, te ampara el secreto profesional —contestó por mí—. Lo sé, pero de todos modos lo llamaré.

—De acuerdo, al fin y al cabo es tu trabajo.

—Y ahora, sin cambiar el contenido de la conversación, variemos de personajes. Hablemos de lo que sucedió ayer con Peterson, de tu acusación.

—Oye, Nikolas, yo...

—Tú llevabas razón en algunas cosas —me interrumpió, pidiéndome calma con

las manos y silencio para dejarle hablar; cerré la boca—. Visioné la grabación, yo también leí en sus labios la misma frase; «Aún sigues aquí, maldita zorra». Ahora no me extraña que le faltaras el respeto, él te lo faltó antes a ti. Al igual que tampoco me extraña que después de escuchar eso y viendo de qué forma tan insolente mintió, pienses en él como tu posible agresor. Desde luego, tiene un móvil: te odia.

—Sí, parece ser que nos odiamos mutuamente —afirmé—. Discutíamos muy a menudo.

—Eso también lo sé, he tenido que hacer de mediador en muchas ocasiones.

—Lo siento, Nikolas.

—Tranquila, sé que Peterson es muy exasperante, pero sabiendo templanarlo todo va bien. Sin embargo tú no eres de templanar, sino más bien de avivar, y él ídem de lo mismo. Con lo cual ya sabes: si juntamos la pólvora con el fuego la explosión es segura. Y eso es lo que os ocurre a vosotros en cuanto estáis más de dos minutos juntos, en el mismo espacio.

—Samantha me contó ayer nuestra última pelea. Sucedió hará algo más de un par de semanas, en el Manhattan Club.

—¿La agente Morre?

—Sí, la misma. No sé por qué a ella es a la única que llamo por su nombre en lugar de por el apellido. —Me encogí de hombros.

—¿Y qué te ha contado?

—Que nos enzarzamos en una discusión y le dije palabras muy feas, él también me insultó y terminó llamándome zorra, igual que ayer. Yo me lancé a por él, dispuesta a pegarle, pero mis compañeros me detuvieron.

—Tú y tu temperamento. —Exhaló una brusca bocanada de aire—. Debo reconocer que ayer, cuando lo acusaste, me quedé perplejo y pensé que era una idea descabellada, pero después de ver la grabación ya no lo vi igual. He comprobado que ese día no tuvo servicio, y eso me ha inquietado más. De modo que voy a investigar un poco, aunque no le contaré nada a Scott ni a Cook, y te pido que tú tampoco lo hagas. Quiero llevar esto en el más absoluto de los secretos.

—Por supuesto, no lo haré, tranquilo.

—Bien.

—¿Sabes? No he parado de pensar en cómo me encontraron y reflexionando he llegado a una conclusión.

—¿Cuál?

—Tenía el jersey roto, los pantalones bajados y la braga arrancada, estaba casi desnuda. Sin embargo, no había ningún indicio de agresión sexual; quería humillarme, está claro.

—Es obvio, sabes que lo sopesé y te lo comenté.

—Peterson me considera una zorra, una mujer que ofrece su cuerpo a cualquiera. Y como su cuerpo es de todos, ¿por qué no dejarlo desnudo ante el mundo? ¿Acaso no es humillante? ¿Tu odio no te llevaría a hacerlo? Para mí es otro indicio que le

apunta a él.

—Pudiera ser, claro que sí —aseguró—. Como ya te he dicho, voy a investigarlo.

—Ten en cuenta que los de dentro sabemos cómo proceder para que un delito no deje rastros, ni huellas, ni nada. Podemos actuar con esa ventaja de conocimiento.

—Cierto. —Asintió, meditabundo—. Igual es una pregunta tonta, pero ¿no has recordado nada en absoluto de esa noche?

—Es una pregunta tonta porque te he dicho hace un momento que todavía no lo he recordado. Por desgracia mis recuerdos se están centrando en tiempo atrás, no en lo más actual.

—Si te viene algo a la cabeza, cualquier pequeño detalle, házmelo saber de inmediato, por favor, Úrsula.

—De acuerdo, lo haré.

—Y ahora me voy. Si vas a salir de aquí llama a Cook o a Scott para que te acompañen. Aunque imagino que preferirás llamar a Cook, y él está deseoso de estar contigo y de protegerte.

—Gracias, Nikolas.

Lo acompañé a la puerta, me miró fijo, acercó sus labios a mi mejilla y me besó con cariño.

—Te llamaré en cuanto sepa algo. Adiós, Úrsula —se despidió, y cerré la puerta, aunque mi mente empezó a abrirse.

Decidí invitar a Scott y a Samantha a cenar por el cumpleaños de Gordon. No iba a ser una gran fiesta, tan solo unos cuantos compañeros de mi marido, y quise que ellos, a los que consideraba amigos, también estuvieran en ella. Los dos me dijeron que sí y yo me puse muy contenta. Pero el día anterior a la cena, Scott me preguntó si podía llevar a Melanie; habían vuelto por enésima vez. Con las tripas retorcidas y el corazón atravesado, esboqué una falsa sonrisa añadiendo un «por supuesto». Sin embargo Scott me conocía bien y sabía que dentro de esos estirados labios aguardaba el cinismo, y me lo hizo saber.

—¿Por qué no te gusta Melanie?

—Yo no he dicho que no me guste, ¿de dónde sacas eso? —mentí como una bellaca.

—De tu expresión; no sabe mentir como tu boca.

Callé unos segundos buscando una respuesta sincera pero que no evidenciara lo que en realidad me molestaba.

—No sé, Scott, es que os dejáis, volvéis, os dejáis de nuevo... Vuestra relación me tiene desorientada.

—Es mi relación, no la tuya —replicó—. Tú estás con Gordon y yo no te he dicho nada.

—¿Cómo que no? Ya me dijiste bastante cuando os anuncié que me había casado con él.

—Me pilló desprevenido y el tío no me gusta, esa es la verdad —respondió con aplomo.

—No tiene que gustarte a ti, sino a mí. No se acuesta contigo, sino conmigo —le aclaré.

—Sí, y por lo que parece os acostáis en cualquier sitio —soltó con resquemor.

—¿Cómo? ¿Qué has dicho? —me apresuré a preguntar, desorientada.

—Nada, no he dicho nada —contestó arrepentido.

—Te exijo que acabes de decir lo que has comenzado a escupir por la boca.

Scott clavó la mirada en mí, estaba segura de que no le había gustado el tono autoritario que acaba de emplear con él.

—Está bien, y además tienes derecho a saberlo. Tu maridito —expresó con retintín— presume con sus amigotes de vuestros encuentros sexuales, que por lo visto se pueden dar en cualquier lugar público. Y esos amigotes, a la vez, lo van soltando por ahí y ha llegado a mis oídos.

—Eso es mentira —grité, y, sin pensarlo, le crucé la cara con un bofetón. La rabia que sentí en ese momento se concentró en mi mano y la descargué en él.

Scott se quedó desenchajado, con la mano sobre la mejilla que le acababa de

palmeaar. Aunque se sacudió con rapidez la turbación y la cambió por una mirada airada.

—¡Vete a la mierda, Grechi! —declaró furioso, y se alejó de mí.

Cuando llegué a casa esperé con impaciencia a Gordon, debía darme unas cuantas explicaciones. No había querido llamarlo por teléfono, era un tema para tratar cara a cara. Me sentía tan humillada pensando que iba largando nuestras intimidades a cualquiera, que noté un arponazo en el corazón, uno tan fuerte que lo sesgaba. En la media hora que mi marido tardó en llegar a casa pasaron por mi mente tantas cosas que estaba envenenada. Podía escuchar las risas de sus amigos al oír su relato, los detalles que habría dado y a los que, a su vez, cada uno daría un matiz distinto. Los ojos con los que me mirarían a partir de ahora, las miradas sucias, pervertidas, viciosas... Y alguno de esos amigos estaría aquí mañana, en mi casa, con nosotros por el cumpleaños de Gordon, y por sus mentes desfilarían las imágenes que él les hubiera descrito. No iba a estar para presenciárselo. Nadie iba a herir más mi amor propio de lo que ya estaba. Me negaba en rotundo.

Gordon apareció ante mí con su sonrisa embelesadora y se acercó a besarme. Retiré la cara de inmediato y él se quedó extrañado.

—¿Qué le ocurre a la *mía ragazza ardente*?

—¿También les has contado a tus amigos que me llamas así, que soy tu chica ardiente? —le escupí a bocajarro.

—¿Qué dices? —inquirió, si bien no observé un gran gesto de extrañeza.

—No disimules, Gordon, porque lo sé —contesté cabreada—. Sé que vas alardeando de nuestros encuentros sexuales y contando los lugares donde los practicamos. ¿Por qué? ¿Qué derecho tienes tú a contar mi vida íntima a nadie?

—¿Quién te ha dicho eso? —preguntó autoritario.

—Da igual quién lo haya hecho o cómo me haya enterado, el caso es que es cierto —respondió mi furia—. ¿Por qué lo has hecho?

—Úrsula, no te enfades, por favor —me pidió, aplacando su timbre para intentar calmarme—. Son tonterías entre tíos, solo eso. No nos contamos las cosas con pelos y señales, tan solo bromeamos un poco. Un día surgió hablar de lugares poco frecuentes en los que hubiéramos mantenido sexo y, bueno, mencioné dos o tres sitios en los que tú y yo lo habíamos practicado. Pero nada más, y solo esa vez —explicó en tono coloquial.

—Pues esa única vez parece que ha sido suficiente para que se convierta en *vox populi* entre la policía, porque ha llegado hasta mis oídos.

—¿Y? Que se mueran de envidia —anunció, restándole importancia—. Eres mi mujer y los dos podemos hacerlo donde nos plazca.

—No quiero que los demás conozcan mi vida sexual, eso es solo asunto mío. ¿No lo entiendes? Ahora mismo no solo me siento humillada, ese conocimiento por parte de los demás también me hace sentir vulnerable.

—Vamos a ver, Úrsula, ¿no me digas que vosotras no comentáis esos asuntos?

¿Las tías no habláis de vuestros escarceos? ¿No os contáis cómo os lo hacéis con un hombre, cómo la tiene o cuánto o no disfrutáis?

—Yo no, desde luego. —Mi respuesta fue categórica, sin margen para la duda—. Mis temas de cama son míos, no de opinión pública —aclaré muy seria, arrugando los labios por el malhumor que me bullía.

—Sabes que con esos morritos estás muy sexi y me estás poniendo cachondo —susurró sensual.

Lo atravesé con la mirada. Mis ojos actuaron cual dagas, traspasándole sin piedad. No podía creer que para él fuera un tema tan indiferente, que se pudiera propagar a los cuatro vientos, que no se percatara de la falta de respeto que había ocasionado en mí, por no mencionar la pérdida de privacidad.

—Lo estoy viendo y aún me cuesta creer tu falta de sensibilidad —anuncié con la mandíbula en tensión—. ¿Sabes lo que te digo? Que te den por culo, Gordon. Y mañana va a estar en la fiesta tu puñetera madre, porque desde luego yo no voy a ser el centro de las miradas ni pienso escuchar el cuchicheo de un hatajo de salidos, que es lo que sois. ¡Gilipollas! —enfaticé.

—¡Eh, eh, eh! —Me agarró del brazo con fuerza, reteniéndome. Me revolví como una loca, fuera de sí, y lo golpeé repetidas veces en el pecho mientras lo llamaba cabrón una y otra vez. Intentó calmarme, sujetarme con un abrazo, pero mi furia lo acobardó y se separó de mí—. ¡Vale, vete, vete! Métete un chute de Valium y relájate. No hace falta que estés aquí mañana, pero cálmate, por favor.

—Estúpido arrogante de mierda. —Me marché.

Acabé en el Manhattan Club, necesitaba tomarme un par de cervezas y además debía decirle a Samantha que yo no estaría en la fiesta, por si mi falta de presencia le hacía cambiar de opinión. A Scott no le iba a comentar nada, no nos habíamos vuelto a dirigir la palabra y tampoco creía que en esas circunstancias fuera a acudir a la cena. Él también estaba allí y cuando me vio entrar cambió el ángulo de visión, aún estaba molesto y no era para menos, le había soltado un bofetón a él en lugar de a Gordon, que era quien se lo merecía. Samantha y yo charlamos durante largo rato. Le conté que había discutido con mi marido y que no iba a estar en la fiesta como castigo, aunque omití el verdadero motivo de la discusión. Scott charlaba con Morgan y Cooper, los de Narcóticos, y de vez en cuando mandaba mensajes con el móvil y sonreía al leerlos. Pensar que pudiera estar chateando con Melanie me enfureció, y pedí otra cerveza para ahogar a mi mal genio. Cuando iba a dar el primer trago de la cuarta, Scott se acercó a mí y, en voz baja, me dijo:

—No bebas más, por favor, Lula.

—¡Anda! Ahora vuelo a ser Lula, en lugar de Grechi —respondió mi sarcasmo.

—Te llamo como quieras, pero te pido, por favor, que no bebas más.

—Qué asco me da cuando ejerces el papel de padre conmigo —escupí.

—Y tú qué impertinente eres cuando te lo propones, Grechi —recalcó mi apellido, dejando patente que estaba molesto por mi comportamiento, y volvió a su

lugar.

Casi media hora después llegó al bar quien menos me esperaba: Gordon. Se acercó a mí, me abrazó por la cintura y me besó.

—Sabes a alcohol, cariño.

—Lógico, me he bebido unas cervezas. ¿Has venido a decirme eso? —Mi mordacidad lo atacó.

—No, he venido a buscarte y a pedirte disculpas. Lo siento, he sido un bocazas.

—Tarde. Ya es tarde para sentirlo, el daño ya está hecho —le advertí.

—Venga, *la mia ragazza passionale*, disculpa a papi. —Sus manos se posaron entre mis caderas y las nalgas apoyadas en el taburete.

—Aparta las manos —le ordené—. ¿La has cagado y ahora quieres arreglarlo con un polvo? Tú alucinas —siseé.

—¡Joder, tampoco tienes que dramatizar tanto!

—¿Que dramatizo? ¿Que yo dramatizo? —Lo observé boquiabierta—. ¿Te gustaría que yo fuera contando por ahí que tienes una fijación especial por las esposas a la hora de practicar sexo? ¿O que nunca lo haces sin llevar a cabo una interpretación previa, el dominante, el seductor, el maestro, el perverso...? —Fui levantando la voz con cada palabra y Gordon me tapó la boca.

—Cállate —susurró en mi oído. De un manotazo, aparté su mano de mi rostro.

—Claro, eso no te interesa que se sepa. Con lo otro has quedado como un machote, pero con esto podrían cuestionarte, ¿verdad?

—Cierra la boca y vámonos a casa —habló entre dientes, enfurecido.

—Me callo, pero no me voy. —Lo empujé para apartarlo.

—Úrsula, no me cabrees, te vienes conmigo ahora mismo. —Tiró de mi brazo y me levantó del taburete de golpe.

—¡Suéltame! —Me revolví enojada. De pronto escuché la voz de Scott a mi lado.

—¿Ocurre algo, Úrsula? —preguntó.

—Nada que a ti te importe, esto es un asunto entre mi mujer y yo —respondió Gordon, encarándose a él—. Venga, cariño, vámonos a casa. —De nuevo me agarró del brazo.

—¡He dicho que no! —Me zafé de su mano.

—Ya la has oído, Gordon, te ha dicho que no. Déjala en paz —le avisó Scott.

—Y yo te he dicho que no te metas si no quieres que te parta la cara, gilipollas.

—Salgamos fuera y hablemos —le propuso mi compañero.

—A mí no me hace falta ir a ninguna parte —escupió entre dientes, soltándole un inesperado puñetazo al que Scott replicó de inmediato con otro.

—¡Basta! —grité poniéndome en medio, aunque protegiendo más a Scott. Todos los compañeros se echaron encima para separarlos.

—¡Estáis locos! —espetó Morgan, sujetando a Scott. Cooper y Samantha retenían a mi marido. Yo seguía en medio.

—Por última vez, vente a casa —me dijo Gordon.

—No —respondí tajante, y caminé un par de pasos hacia atrás, hasta que mi espalda se topó con el musculado pecho de Scott.

—Ya la has oído —añadió mi compañero.

—Maldito cabrón, lo vas a pagar —le amenazó.

—Uf, estoy temblando —replicó, burlándose.

Gordon sentenció a Scott con la mirada y luego la desvió a mí hasta quedarse fijo en mis pupilas. Por unos segundos, en sus ojos habitó la decepción y la tristeza, pero rápido se despojó de ellas y se cargó de ira.

—Haz lo que te dé la gana —me dijo, y giró sobre sus tobillos. Furibundo, Gordon empujó a la gente para abrirse hueco, y se marchó.

Me abracé a Scott con fuerza, entre su pecho me sentí a salvo de todo. Después le di las gracias por su ayuda; había recibido un puñetazo y se había ganado la enemistad de mi marido por defenderme.

—No tienes que dárme las, es lo que habría hecho cualquiera —respondió.

—Pero lo has hecho tú, y por eso te las doy a ti. —Me acerqué a la barra y cogí mi cerveza. Scott me la quitó de inmediato y la alejó.

—¿Por qué no te marchas ya? Creo que es hora de relajarse, ha sido un día muy complicado.

—Sí, duro de emociones —coincidí con él—. Será mejor que me vaya a mi casa, no a la de Gordon.

—Venga, te acompaño a tu diminuto apartamento.

Sonreí pensando en cuánto me había recriminado siempre lo pequeña que era mi vivienda. Además de no comprender por qué seguía teniéndola después de casarme, pagando un alquiler por un lugar que no utilizaba. Yo tampoco lo entendía, pero por una inexplicable razón, algo me gritaba que no la perdiera. Al fin y al cabo, era mi casa.

—¿Ves? Será pequeño y todo lo que tú quieras, pero es mío —comenté—. Por lo menos, en este crítico momento en el que no quiero verme con Gordon, al menos tengo una casa a la que acudir en lugar de un hotel.

—También tienes mi casa, lo sabes. —Reposó su vista en mí, lleno de calidez.

—¿Me estás invitando, Scott?

—Seguro que es mejor que quedarte sola. No estás bien, Lula.

Su forma de mirarme me derribó, mostraba tanta compasión que las lágrimas saltaron a mis ojos. En realidad no me encontraba bien, nada bien.

Scott me llevó a su *loft*, uno de tantos alquilerados que predominaban en la zona del SoHo. Era uno de los barrios más populares de Nueva York, que se caracterizaba precisamente por ese tipo de construcciones: los *lofts*; edificios robustos en distintos tonos de colores, aunque abundaban los de ladrillo rojizo, en los que el hierro fundido era el material preponderante, con grandes ventanales y una escalera antiincendios en el exterior. Era una de las zonas más emblemáticas de la ciudad, durante la década de los sesenta había acogido a una gran comunidad de artistas que lo convirtió en un

barrio bohemio. Pero actualmente apenas quedaba nada de aquello, ahora el SoHo, y pese a continuar conservando su encanto, tan solo era un lugar comercial en el que abundaban las *boutiques* y los mejores locales de moda. Nada más entrar en él, Scott y yo subimos por la metálica escalera de caracol a la pequeña parte de arriba, a las habitaciones, la suya y la de invitados, divididas por un tabique parcial que a la vez hacía de estantería ocupada por infinidad de libros. Me dejó uno de sus pijamas y esperó de espaldas a que me cambiara. Me estaba bastante grande. Scott no solo era más alto que yo, su masa muscular usaba como poco dos tallas más que mi cuerpo, y parecía que me había metido en un saco. Entré en la cama y en ese instante Scott se dio la vuelta, se acercó a mí, me dio un beso en la frente y, antes de marcharse, me dijo que descansara, como si eso fuera posible. Me sentía tan mal, tan abatida, tan vacía... De nuevo la sensación de oquedad en mi ser había resurgido con fuerza. Llevaba dos meses casada y no quería a mi marido, no lo había hecho nunca, y deseaba divorciarme. Yo amaba al hombre que me había traído a su casa, me había dejado su pijama y su cama y se encontraba detrás del tabique-estantería, en la habitación adyacente. El mismo que parecía tener ojos para todas excepto para mí.

Después de unas cien mil vueltas y pensando con gran desasosiego qué iba a hacer con mi matrimonio, me levanté a beber agua, sentía la lengua de trapo. La luz exterior penetraba por los grandes ventanales iluminando parcialmente el *loft* y dejando visible a Scott en su cama, durmiendo, ocupando solo un lateral y con su musculado brazo desarropado. Bajé a la cocina intentado hacer el menor ruido posible e hidraté mi garganta. Al regresar, me paré a contemplarlo, no pude evitarlo. No pensé, solo me dejé llevar. Me acerqué con sigilo, ahuequé la manta despacio y me metí en la cama con él, intentado que el movimiento de mi cuerpo no se notara para no despertarlo. Sin embargo lo hizo. Scott se dio la vuelta con los ojos entrecerrados, aunque al verme los abrió sorprendido.

—¡Lula!, ¿qué haces aquí? —Se incorporó.

—No puedo dormir, me siento mal, estoy muy triste y preocupada. No sé cómo gestionar esto, no sé si quiero seguir con Gordon —gimoteé.

Scott suspiró mientras se frotaba los ojos. Luego volvió a tenderse, me observó y dejó caer uno de sus brazos sobre mí. Al final me atrajo a su pecho.

—Anda, ven aquí y descansa. Mañana, con la cabeza fresca, ya pensarás.

Me acurruqué en su musculado torso, inhalando su aroma que tanto me gustaba y oyendo el latido acompasado de su corazón. Era un sonido suave, envolvente, que me llenó de calma y sosiego, me transportó a la serenidad. Entre sus brazos y con el suave traqueteo conseguí dormirme, y soñé con él. Un sueño dulce y bonito en el que Scott y yo nos entregábamos las almas, no solo los cuerpos. Un sueño en el que nos amábamos de forma irremediable.

Entre Gordon y yo se rompió todo desde aquel día, a pesar de que volví a su casa días después de nuestra discusión. Pero solo sirvió para reñir una y otra vez y empezamos a no soportarnos. Desde ese día nunca volvió a haber sexo entre nosotros.

Gordon dejó de atraerme, de apetecerme, hasta me molestaba que me mirase; sin ese nexo de unión comprendimos que no teníamos nada. Era incuestionable que nos habíamos desgastado como pareja, y lo habíamos hecho a una velocidad de vértigo, con la misma celeridad que ardía una mecha de pólvora. Un día me confesé con Scott y le dije que había ido a ver a un abogado; iba a divorciarme de Gordon. No llevábamos ni tres meses casados, aunque el matrimonio solo funcionó durante dos. Apenas se había secado la tinta de los papeles que nos unían como marido y mujer y ya íbamos a firmar nuestra ruptura. Para mi sorpresa, él me dijo que se había vuelto a reconciliar con Melanie, la maldita modelo que no le dejaba en paz y con la que hacía dos semanas que no se veía, y no pude evitar mi comentario.

—Scott, con la sinceridad que me caracteriza te diré que no comprendo vuestra relación. Estáis juntos un par de semanas y os dejáis por un tiempo igual o superior. Lo vuestro no funciona, hasta un ciego se daría cuenta. ¿Por qué vuelves con ella una y otra vez?

—La verdad es que no lo sé, pero siempre termina convenciéndome —contestó.

—Ya me imagino cómo —advertí con cierta acritud, pensando que la cama andaría de por medio—. Pero voy a decirte algo, una relación no se sustenta a base de sexo, precisa de más cosas y sobre todo de amor. Por desgracia, sé de lo que hablo, entre Gordon y yo ese era el único lazo de unión, y cuando la pasión se consume, te das cuenta de que no queda nada.

—Lo sé —estuvo de acuerdo conmigo—. Sé que una relación no puede basarse solo en el sexo, pero me voy a dejar llevar.

—Está bien, es tu vida. —Asentí, aunque por dentro ardía de rabia—. Y cambiando de tema, ¿de qué te vas a disfrazar para la fiesta de jubilación de Lee?

—¿Por qué demonios hay que ir disfrazado? —replicó.

—Porque a Lee le maravillan los disfraces. Es de Nueva Orleans y allí se celebra mucho el Mardi Gras, lo que en mis raíces italianas serían los carnavales. Es para darle el gusto, todos sabemos que le encantará.

—Pues no tengo ni idea de qué me voy a disfrazar, a ver qué dice Melanie. ¿Y tú? —me preguntó.

—Es una sorpresa. —Le guiñé el ojo.

\*\*\*

Scott se presentó disfrazado de Popeye, y Melanie, como no podía ser de otra forma, de Olivia. De nuevo sentí esa envidia arrolladora al verlos besarse, incluso los recordé haciendo el amor. Me bebí un par de cervezas deprisa, con la intención de relajar a mi memoria. El capitán Parker iba vestido de Clark Gable; yo, de Marilyn Monroe, y los compañeros nos empezaron a emparejar por eso de ser ambos dos grandes actores de Hollywood. Con la tontería de la broma, lo sorprendí en más de una ocasión mirándome. Sus ojos se habían desprendido de la autoridad y no paraban

de exhibir la tentación de hacerme suya. Después de un rato jugando con las miradas, nos quedó todo claro, y me marché al cuarto de baño. El capitán me siguió y terminamos haciendo el amor allí mismo.

Días después se presentó en el Manhattan Club, algo insólito en él, era la primera vez que acudía a tomar unas cervezas con nosotros. Aunque me bastó mirarle a los ojos para saber que no venía a relacionarse con los demás; me buscaba a mí. Cuando acabé la primera cerveza anuncié que me marchaba, alegando tener prisa.

—¡Eh, Grechi! ¿Tienes una cita? —Samantha arqueó las cejas.

—Puede —respondí, mostrando una sonrisa.

—Eres mi ídolo. —Chasqueó los labios, guiñándome el ojo.

Me despedí y me marché. Anduve despacio, alejándome un poco del bar, dando tiempo al capitán para que saliera. No tardó ni dos minutos en pisar la calle y alcé el brazo para que me localizara. Corrió hacia mí, sonriendo, y nos marchamos a buscar un hotel. Ya en la puerta, antes de entrar, Parker me tomó por la cintura, me atrajo hacia él y nos besamos con pasión. Sabíamos que la noche nos deparaba mucho.

\*\*\*

Mi mente se detuvo ahí, paró de traerme remembranzas y yo aproveché para respirar y reflexionar sobre el aluvión de recuerdos. Unos gratos, otros amargos y otros que no sabía ni cómo calificar, pero todos conformaban mi vida. Para no variar, me pregunté algo. ¿Cuándo me separé de Gordon? ¿Aún estaba con él cuando empecé a verme con el capitán Parker? Pensé en llamar a mi padre, ahora que mi cerebro parecía activarse necesitaba seguir recopilando datos. Sin dudar, cogí el teléfono y lo llamé.

—Sí, dime, Úrsula, ¿estás bien, hija?

—Tranquilo, papá, lo estoy —contesté—. Solo quería preguntarte si recuerdas cuándo me divorcié de Gordon.

—¡Oh, sí!, lo recuerdo con nitidez. Te casaste el quince de enero y firmaste el divorcio el doce de marzo. ¡Ni tres meses! —exclamó escandalizado—. Ya ha hecho un año de esa insensatez. Fue una locura de matrimonio, ya te lo dije.

—Sí, lo fue —coincidí—. He recordado bastantes cosas acerca de eso y me gustaría hablarlas contigo. ¿Puedes venir esta tarde?

—Por supuesto, cariño, allí estaré. Me alegra mucho saber que vas recuperando la memoria.

—A mí según qué cosas recuerdo me agrada más o menos —admití.

—Úrsula, nadie tiene una vida perfecta, pero no olvides que eres una gran persona.

—Gracias, papá. —Colgué.

Me senté en el sofá, recogí las piernas bajo mis brazos y esperé. Esperé con paciencia a que mis recuerdos volvieran a hacer acto de presencia.



Iba a ir a casa de Gordon a recoger mi ropa y algún objeto personal, poca cosa, la verdad. Lo llamé antes para decírselo y le pedí que no estuviera, no tenía ganas de acabar discutiendo, como siempre. A esas alturas habíamos llegado a un nivel de intolerancia en el que no soportábamos tenernos cerca, ni siquiera vernos. Le comenté que la llave se la dejaría en el salón y que, una vez firmado el divorcio, no volvería a saber nada de mí. Le pareció bien, demasiado bien, diría. Me extrañó su tono cordial, alejado del que venía usando cada vez que hablábamos. Tan solo me preguntó a qué hora me pasaría y cuánto pensaba tardar, para no aparecer antes. Le contesté que estaría allí a las cinco y, como muy tarde, en una hora habría acabado. Con una afable despedida, colgó.

Entré en su casa a las cinco en punto. La imagen que me recibió no solo me dejó conmovida, sino que no podía dar crédito a lo que estaba viendo. Gordon estaba allí, haciendo el amor con una mujer encima de la mesa del salón, de pleno a la vista. Sabía que yo acudiría a esa hora, era obvio que lo había hecho a conciencia, adrede, para herirme en mi amor propio.

—Eres un grandísimo cabrón —solté, sorprendiéndolos, o al menos a la mujer.

Gordon paró, pero no se apartó de ella. Es más, sujetó su cuerpo con una mano para que la pelirroja no se moviera, y no lo hizo. Estaba tan aturdida por la violenta situación que permaneció quieta, paralizada, desnuda ante mis ojos y entregada a Gordon.

—¡Vaya! —Arrugó los labios—. No diré que esto no es lo que parece porque sí lo es —explicó altivo—. Pero no debes molestarte, aunque aún no sea legal, hemos expirado como pareja.

—Desde luego que lo sé —añadí con arrogancia.

—Pues tema zanjado. Y ahora, ¿te vas, te quedas a mirar o hacemos un trío? —preguntó, insolente.

—Por mí puedes seguir, me largo.

—La que se larga soy yo —avisó la mujer, revolviéndose con muy mal genio y poniéndose en pie—. Vas a hacer un trío con tu madre, cerdo. —Cogió la ropa y empezó a vestirse veloz.

—No te enfades, gatita, solo bromeaba con mi futura exmujer. —Cubrió su desnudez con el calzoncillo.

—Que te den, Gordon —dije mostrándole una peineta.

—Lo mismo digo, que te den, capullo —anunció la pelirroja soltándole un bofetón, y se marchó echando pestes.

—Me has jodido un buen polvo, ¿sabes? —enunció Gordon nada más quedarnos solos.

—Eres un hijo de puta —le solté.

—Sí, igual que tú, Úrsula, pero con una clara diferencia. Yo no te jodí el otro día lo tuyo con Parker, porque sé que te has follado a tu capitán.

Su revelación logró que las palabras se me atascaran en la garganta, me quedé muda. Gordon sabía lo mío con Parker, pero ¿cómo?

—Vale, la callada por respuesta es una clara afirmación —explicó.

—Yo...

—No intentes negármelo, os vi en la puerta del hotel besándoos con muchas ganas antes de entrar. Y no creo que fuerais a jugar al Monopoly, ¿verdad?

—De acuerdo, no lo voy a negar —le respondí al fin—. Aunque al menos yo tengo la decencia de no traérmelo a casa sabiendo que tú nos vas a pillar.

—¿Decencia? ¿Bromeas? Menuda palabra viniendo de ti. —Silbó.

—Vete a la mierda —escupí irguiendo la cabeza—. Voy a recoger mis cosas y me marcho. Después puedes follarte a todas las que quieras.

—Desde luego que lo haré, no te quepa duda —aseguró.

Recogí mi ropa a toda velocidad, quería salir lo más deprisa de la vida de Gordon. Lo que acababa de presenciar me parecía surrealista, pero dejaba al descubierto su soterrada personalidad, malvada y dañina. Había actuado con premeditación y alevosía, su sed de venganza era grande y fuerte.

Gordon permaneció sentado en el sofá durante el tiempo que estuve allí, viendo la televisión, tranquilo, igual que si no hubiera ocurrido nada.

—Mi abogado te mandará los papeles del divorcio lo antes posible —le avisé, dejando la llave de su casa sobre la mesa, a su vista.

—Perfecto, Úrsula. —Sonrió de forma déspota—. Ha sido un placer pasar estos meses contigo. Ahora espero que tu capitán te haga muy feliz y que te folle muy bien —enunció con sarcasmo.

—Eres un crío —siseé.

—Sí, y tú muy madura, claro, claro. —Sus palabras sonaron muy mal.

—¿Pretendes decirme algo? Porque si es así, habla de una vez —le reté, presumiendo de superioridad emocional.

—Pues verás, yo soy un crío pero fui de frente contigo: me gustabas, terminé enamorándome y me entregué a ti. Pero ¿y tú? No me querías a mí, sino a otro. Aunque, por lo que se ve, debe de ser un secreto o inaccesible para ti, por eso prefieres acostarte con tu capitán antes que con él.

—No sé de qué estás hablando, creo que deliras. —Mi corazón empezó a acelerarse con lo que me estaba dando a entender.

—Sí, es que soy muy delirante, cariño —habló con cinismo.

—Hazte un favor, intenta ser feliz —solté muy digna, arropándome en mi orgullo.

—Eso es lo que debes hacer tú, Úrsula, intentar ser feliz sin utilizar a los demás. Y si me permites darte un último consejo, si no te atreves a decírselo a la cara, bébete unas cuantas copas y lánzate a por él. Y si no, pásate al plan B. Propón a tu capitán

hacer un trío y convéncelo para que medie y elija como tercer lado del triángulo a Connor Scott. El mismo que siempre ha estado en medio de nosotros, escondido en tu silencio pero reflejado en tus ojos. —Hice intención de hablar, pero se levantó del sofá disparado, amenazante, dolido; y la garganta se me anudó de nuevo—. No me discutas lo contrario porque sabes que es cierto. Ahora dime, ¿quién ha sido más crío de los dos?

El que calla otorga, y eso hice, callar. Descendí la cabeza y me marché sin añadir más, ya estaba todo dicho. Al cerrar la puerta comencé a reflexionar y me di cuenta de que en ningún momento había medido las consecuencias de mis actos. No contemplé el escenario más común si se ponían en evidencia mis verdaderos sentimientos: el de la humillación contraria. Eso logró que a Gordon lo cegara el ego, ese que rebosaba, el que una vez herido duplicaba al mío con creces. El mismo orgullo que nos perdió en cuanto consumamos la pasión; el mío por ser arrogante, el suyo por declararse egocentrista. Uno que nos terminó degradando a ambos pero que ninguno queríamos admitir. Gordon estaba dolido por ser consciente de mi falta de amor, y no de ahora, sino de siempre. Por eso había actuado así, porque quería que viviera el dolor de la traición de la misma forma que él lo había vivido, sintiendo mi corazón en manos de Scott, viendo a mi cuerpo entregarse a Parker. Debía de doler saber que nunca había sido correspondido en la misma medida y que, lejos de engañarlo con quien amaba, me entregaba a un tercero inesperado. Debía de doler ver que ni siquiera había esperado a rubricar el divorcio para acostarme con otro; pero yo nunca me sentí su mujer y lejos estaba de acercarme a Scott. Debía de doler y sabía que dolía, por eso busqué otro cuerpo, uno accesible que me hiciera sentir bien, era cuanto precisaba en este convulso momento de mi vida. Y encontré a Parker. Y me asombró su habilidad para calmar la tormenta que arrasaba mi interior, su cuerpo sabía templarme la rabia y sosegarme el dolor. Había tenido dos encuentros con él y en ambos se convirtió en un bálsamo reparador a corto plazo. No obstante, no dejaba de ser un sustituto del verdadero titular que se había ganado la plaza de ocupar mi alma. Me era imposible desbancar a Scott de ese cargo. Tanto, que mi mayor ambición era que él se convirtiera en la brújula que guiara mi corazón. Sentir su calor, aunque solo fuera a través del compañerismo, resultaba mi mejor remedio. Era todo un reconstituyente de liberación prolongada que me aplacaba por días enteros, y estaba convencida de que dándose el amor podría lograrlo de por vida.

Cuando terminé de recordar cuánto guardaba mi historia con Gordon, estaba anegada en llanto. Las lágrimas me habían invadido las mejillas de forma agresiva, no paraban de resbalar hasta el mentón para caer al vacío. Era un llanto inundado de dolor, de daño. Ambos nos habíamos herido, aunque a todas luces yo fui más cruel porque lo utilicé para llamar la atención de Scott. Esa que nunca llegaba y que mi interior suplicaba, pero que mi lacerado orgullo me impedía hacérselo saber por miedo. Podía seducir a un hombre sin el menor reparo siempre y cuando solo buscara sexo. Sin embargo, habiendo sentimientos de por medio, amor, perdía el coraje, todo

me asustaba y me convertía en una persona muy vulnerable. Por eso no movía un dedo, no hablaba, apenas si respiraba, ni siquiera pestañeaba, el miedo a cometer un error me lo impedía. El temor a entregar más de lo que recibiera, a apostar por algo y luego quedarme tirada en la cuneta, me bloqueaba.

Hola, Scott, ¿qué tal? Me preguntaba si tendrías un hueco para pasarte un momento por mi casa, necesito hablar contigo.  
12:16

Después de mandarle el *whatsapp* a Scott esperé con ansia su respuesta. Quería hacerle saber lo mío con Cook antes de que se enterara por los demás. Era fácil que tanto el capitán Parker como el propio Cook se lo dijeran, estaban investigando mi caso entre los tres y sería conocedor del mensaje del móvil y de nuestra relación. El particular sonido me indicó la entrada de un mensaje.

Hola, Lula. En veinte minutos estoy allí.  
¿Quieres que lleve algo y comemos juntos?  
12:20

De acuerdo, perfecto. Trae lo que te apetezca a ti. Te espero.  
12:21

Tras dejar el móvil pensé que llevaba esperándolo mucho tiempo, aunque él ni lo imaginara, y suspiré con desánimo. De súbito, en mi mente se alojó una imagen de Scott bailando. Él y yo bailando en una discoteca, de forma seductora. La imagen cobró movimiento y empecé a visionar el recuerdo como si estuviera dentro de él. Nos encontrábamos en Webster Hall, la mayor discoteca de Nueva York. La sala estaba repleta de gente, la música era atronadora y el calor excesivo. A pesar de estar sudorosa, no quería parar de bailar por no despegarme de Scott, que esa noche parecía muy receptivo conmigo en otro terreno distinto al del compañerismo. Pensé que podría ser mi oportunidad, que igual él daba un paso decisivo capaz de variarlo todo entre nosotros. Al sonar la siguiente canción, creí que era la ayuda que necesitábamos, pues con ella nuestro movimiento cambió de forma radical; el ritmo latino lo volvió muy sensual. Scott estaba encantado con la cercanía de mi cuerpo, sus manos ya andaban pegadas a mi desnuda cintura, al trozo de piel que quedaba al descubierto entre mi top y la minifalda. Me giró despacio, posó su pecho en mi espalda y, deslizando las manos hasta mis caderas, me movió en un vaivén circular. La proximidad era tan estrecha que sentí su guarecida virilidad en la parte alta de mis nalgas. Me pareció que estaba más animada de lo normal, o así lo deseé yo; y feliz por la respuesta, me contoneé contra su cuerpo.

El sudor hacía estragos en mí, las gotas se deslizaban con lentitud desde el mentón hasta mi torso. Scott bajó la boca hasta mi cuello y empezó a soplar me con suavidad, su aliento me llegó a los pechos y la piel se me encrespó.

—Estás sudando —me susurró al oído.

—¿Y tú no?

—También, hace mucho calor —musitó seductor.

—¿Tienes calor o estás caliente? —le preguntaron las dos copas de más que me había tomado.

—Puede que ambas cosas. —Paseó las manos por mis caderas hasta aproximarlas a los glúteos. Creí que me derretía, pero por desgracia las paró. Si las hubiera movido unos centímetros más me habría licuado.

Giré sobre mis talones y reposé los ojos en él. Su camiseta estaba algo empapada, tenía la frente húmeda y los labios reseco. La punta de su lengua desfiló por ellos tratando de que la saliva los aliviara. En ese momento pensé en hacerle una trasfusión de la mía, larga, continua, humedeciéndolo... Quería que mi fluido alcalino lo hidratara tanto como placer le diera. Por un segundo sentí que sus labios me lo pedían, lo clamaban a gritos. Por primera vez derribé al temor y al orgullo y me dejé llevar. Scott era alto y yo no llevaba mucho tacón, así que me puse de puntillas para alcanzar su boca. Me acerqué a sus labios despacio, en busca de un jugoso beso del hombre que amaba. Un abrazo. Eso es lo que recibí de Scott en respuesta. Un mero abrazo que me descolocó. Eso sí, lo hizo con todas sus ganas, me estrechó fuerte, y acabó besándome la mejilla.

—Voy a salir un rato afuera, estoy asado —dijo separándose de mí, y con la sonrisa a contraluz me preguntó—: ¿Vienes?

—Vale, un poco de aire fresco me vendrá bien —contesté.

Creí que la excusa de salir era una treta para estar solos, para que el resto de compañeros no percibieran la excitación que en esos instantes supurábamos a chorros. Feliz con esa idea, me cogí a la mano que Scott me ofreció y lo seguí mientras se abría camino entre el gentío para llegar a la salida.

—¡Oh, qué alivio! ¡Buf! —dijo en cuanto pisamos la calle.

—Sí, se agradece. —Asentí a la vez que me abanicaba con la mano. La sudoración me corría por los pechos, por mi desnudo ombligo...

—Ven aquí, anda —me pidió, y sin dudar me acerqué a él. Scott me levantó el cabello y volvió a soplarme con delicadeza por la nuca, el cuello y el escote. De forma irremediable, la piel se me encrespó de nuevo—. ¿Cómo puedes estar sudada y oler tan deliciosamente bien? —preguntó, aspirándome el cuello. Sentí un hormigueo por las entrañas.

—Pues no sé —contesté, y de forma seductora añadí—: Pero dicen que si huele bien, mejor sabrá.

—Entonces debes de estar riquísima. —Estiró las comisuras de los labios.

—¿Y tú?

—¡Oh, yo huelo a sudor que apesto! —anunció risueño, aunque confundiendo la respuesta. Yo no le preguntaba por su olor, sino por su sabor. Dijera lo que dijera, el aroma a fragancia de Armani aún no se había desvanecido de su cuerpo, seguía oliendo divino.

Sin esperararlo, Scott se quitó la camiseta, dejándome sin aire. A lo largo de todos los años que llevábamos juntos como compañeros era la primera vez que veía su

atlético torso desnudo, los marcados abdominales, los oblicuos que, pese a quedar sesgados por el bajo pantalón, dibujaban con precisión la vigésimo segunda letra del abecedario, la uve de *victoria*, de *vicio*. ¡Um, qué maravilla! Lo había imaginado infinidad de veces, sus ajustadas camisetas lo evidenciaban, pero verlo así, al natural, me cortó la respiración. La imagen superaba con creces a cualquiera de mis fantasías.

—Ya sé que no está bien pero no puedo más, estoy achicharrado —anunció, sosteniendo la prenda en una mano.

No dije nada, también había perdido el habla, me encontraba embobada. Solo sentía ganas de lanzarme a él y recorrer con mi boca cada uno de sus músculos, por muy sudado que estuviera.

—¡Vaya! Llevas un tatuaje precioso —dije asomándome a verlo. Nacía en lo alto de su hombro izquierdo y ocupaba gran parte del omoplato.

—Es un ave fénix —comentó.

—Sí, ya me he dado cuenta, y es fantástico. Me gustan lo logradas que están las llamas de las alas. —Paseé mi mano por él, aunque más por acariciar su piel que el trozo de dermis tatuado.

—Según el tatuador, acaba de renacer de las cenizas, por eso el fuego solo se centra en el final de las alas.

—¿Y por qué elegiste tatuártelo?

—Porque, como ya sabes, me gusta la mitología. Según ella el Fénix es un ave fuerte, única, que perece quemándose y renace con toda su gloria.

—¿Te sientes identificado con ella? —Seguí jugando con mis dedos, recorriendo el contorno del dibujo.

—De alguna forma sí —afirmó—. Debemos ser fuertes ante las adversidades y resurgir de ellas con más ímpetu. Me lo hice al poco de ascender a detective.

—O sea que lo vinculas a tu profesión.

—A la vida en general, Lula —aclaró.

Empezó a arreciar un fino viento procedente del Atlántico y observé los pezones de Scott sobresalir, despuntado de su torso. De forma instintiva, mi mano abandonó el precioso tatuaje y se deslizó por su musculado pectoral.

—Igual te quedas frío —acerté a decir apartando de inmediato la mano, sacudiéndome de la impresión de mi acto.

—Sí, será mejor que me la vuelva a poner. —Lo hizo al instante. Después se cruzó de brazos y fijó los ojos en mis pupilas—. ¿Sabes? Bailas muy bien el latino, me has dejado impresionado con tu movimiento de cadera.

—Igual se lo debo a las manos que me guiaban.

—¿Qué dices? —preguntó asombrado—. Tus caderas llevaban a mis manos, yo me he dejado guiar por ti.

—Disiento, a mí me ha parecido lo contrario —refuté.

De forma impulsiva, posé los brazos sobre sus hombros y empecé a acariciarle la rapada nuca. Deseaba romper la tensión sexual que en ese momento ya era más que

masticable. Deseaba que posara sus labios sobre mi boca y que perdiera las manos por mi cuerpo. Deseaba despertar al día siguiente en su cama, junto a él, habiéndonos amado. Y tan fuerte era mi anhelo que creí que esa pose era lo bastante sugerente para darle a conocer todos mis ocultos deseos.

—Creo que es hora de marcharme, estoy muy cansado. —De nuevo me abrazó, evitó mi boca, que lo esperaba ansiosa y se moría por él, y a cambio, esta vez me dio un casto beso en el cuello—. ¿Te quedas con estos o quieres que te acerque a casa? —me preguntó.

—No, me quedo un rato más con la cumpleañera. Le enseñaré a Samantha mi movimiento de cadera —bromeé, apartándome de sus brazos.

—Entonces hasta mañana. Y hazme un favor, no bebas más, solo agua.

—¡Oye, que no voy borracha! —protesté.

—Lo sé, y así quiero que sigas.

—A sus órdenes, detective Scott. —Le lancé un saludo militar.

—Buena chica, Grechi. —Eché a andar en busca de su auto.

Entré en la discoteca, me acerqué a la barra y solicité al camarero un *gin-tonic*. De inmediato le pedí que el «*gin*» fuera doble, y cuando le vi coger la pertinente bebida gaseosa añadí que se olvidara del «*tonic*». Necesitaba esa copa larga y pura para ahogar la pena de haber sido rechazada, por mucho que hubiera sido de manera educada. Y no solo requería de ese largo trago por Scott, por evitarme como mujer, también tenía la necesidad de anegar otro tormento que se había acomodado en mí desde hacía semanas y no paraba de corroerme el alma, cada día con mayor ímpetu.

Samantha llegó cuando casi había terminado la bebida y me encontraba absorta viendo bailar el hielo dentro del vaso.

—¡Eh, Grechi! ¿Qué haces aquí tan sola? ¿Y Scott?

—Se ha marchado, y yo estoy bebiendo para no deshidratarme. ¡Hace muchísimo calor aquí dentro!

—Anda, no te quejes y sigue celebrando conmigo mi cumpleaños, que una no cumple los cuarenta todos los días.

—¡Gracias a Dios que esto no es a diario! —repliqué, y nos echamos a reír.

\*\*\*

A la mañana siguiente mi resaca era un secreto a voces, al menos para Samantha, Morgan y Cooper, que me vieron beber como si no hubiera un mañana. Me sentía con poca lucidez mental y creí que la cabeza iba a explotarme de tanto como me dolía. Arresté los pies hasta el baño y me di una larga ducha fría, debía espabilarme. Me tomé un zumo de naranja al que añadí una yema de huevo, un remedio de mi padre para las resacas. Sumé un par de pastillas para el dolor de cabeza y me marché al trabajo corta de reflejos, para qué mentir.

En cuanto llegué al departamento Scott me anunció que el capitán quería vernos y

acudimos a su despacho, donde Parker nos habló de Ronald Wright. Ronald era un estafador convertido en asesino, tiempo atrás estuvimos tras sus pasos y escapó. Desde entonces estaba en busca y captura, pero ahora lo habían localizado. Por lo visto, había regresado a Nueva York, aunque con otra identidad. Y fue tan poco inteligente, o se creyó tan listo, que usó una de sus anteriores tarjetas de crédito poniéndose al descubierto. El capitán nos ordenó que, valiéndonos del factor sorpresa, lo arrestásemos.

Fuimos hasta el lugar que se suponía le servía de refugio: un edificio de apartamentos situado en el norte de la calle Lewis, cerca del East River. Llamamos, pero nadie contestó. Scott creyó escuchar ruidos y, de inmediato, solicitó abrir al portero, al que habíamos pedido que nos acompañara por si precisábamos de su ayuda. Cuando entramos, Wright ya se había escapado. La ventana de su apartamento estaba justo al lado de la escalera de emergencia y tenía fácil acceso a ella, seguro que lo eligió pensando en una posible huida. Corrimos escaleras abajo en su busca, el desgraciado ya nos llevaba unos tres pisos de ventaja. Con cada paso que daba sentía a mi cabeza retumbar, la zancada resonaba el doble, se agudizaba penetrándome en la sesera de manera afilada. Estaba batallando con la resaca más fuerte que había soportado hasta el momento. Además me quedaba sin saliva, tenía la boca tan reseca que el paladar y la lengua parecían un duro cartón y me costaba tragar.

Scott se alejaba cada vez más de mí, por mucho empeño que yo pusiera en correr. Al llegar a la calle, Wright tropezó y cayó. Eso le hizo perder algo de tiempo y aproximó a Scott a él; yo iba unos veinte metros atrás. Pero el malnacido se levantó y corrió tan veloz como la pólvora, no se le veían los pies. En medio de la carrera, arrebató a un bebé de los brazos de su madre, tirando a la mujer al suelo. Ella lanzó un grito desgarrador y Scott le comunicó que era policía y salvaría a su hijo. Siguió corriendo, al igual que yo, que, viendo la vil actuación de aquel cabrón, saqué fuerzas de flaqueza para ir más veloz. Nos llevó hasta el puente Williamsburg, a las aguas del East River, el mismo río donde mi hermano había muerto ahogado hacía catorce años, aunque para mí fuera ayer mismo. Scott ya estaba muy cerca de él, de un momento a otro lo atraparía, y a mí me separaba una estrecha distancia. Viéndose acorralado, Wright lanzó el niño al agua y yo me quedé paralizada viéndolo, pensando que mi hermano también se habría hundido así, poco a poco. Me faltaba el aire, pero sobre todo la concentración, y me bloqueé. No sabía qué hacer, cómo actuar, estaba aturdida. Me constriñó el recuerdo de aquel día, cuando lo vi por última vez, mi madre enloqueciendo al conocer su pérdida, los llantos, los gritos... Eso me atenazó y observé cómo se hundía, solo observé. Hasta que de repente alguien se lanzó al agua; era Scott. Se lanzó para salvar al niño, pero el desalmado de Wright huyó. Huyó por mi culpa. Por mi culpa, por mi culpa, por mi culpa... Comencé a llorar, aunque sabiendo que mi sentimiento de culpabilidad era anterior, muy anterior, y estaba estrechamente ligado a ese río, con la muerte de mi hermano. Yo tenía la culpa de la muerte de Romeo. Yo, yo, yo... Caí de rodillas al suelo y lloré con rabia.

La angustia y el dolor andaban haciendo malabares y colmándome de zozobra. Vi a Scott sacar al bebé; estaba vivo, y respiré aliviada. Después llegaron un par de coches patrulla al lugar, pero no fui capaz de parar el llanto ni de ponerme en pie. Mi sentido de culpabilidad pesaba una tonelada y me impedía hacerlo.

Cuando todo pasó, el bebé regresó sano y salvo con su madre y Scott escudó mi comportamiento contando una patraña con la que dejarme en buen lugar. Los compañeros nos trasladaron al sitio donde habíamos dejado nuestro vehículo, y durante el trayecto no dejaron de comentar la inhumana actuación de Wright ni de lamentarse por que se nos hubiera escapado. Yo no hablé. Scott poco, pero al menos conversó algo, aunque no conmigo. No me había vuelto a dirigir la palabra desde entonces y yo tampoco se la había demandado, mi mente andaba lejos de allí, a años de distancia. Como aún estaba empapado, me pidió que pasáramos por su casa para cambiarse y a hablar a solas de lo sucedido. Asentí, no fui capaz de articular palabra, y con ese incómodo silencio llegamos al SoHo, a su *loft*. Me senté en su confortable y amplio sofá y lo seguí con la vista hasta verlo desaparecer escaleras arriba. Minutos más tarde bajó deprisa y, gracias al diáfano espacio, le vi ir a la cocina y preparar una infusión. Era para mí, a pesar de no habérsela pedido, lo supe cuando me acercó la taza de tila. Después se sentó a mi lado y suspiró de una manera que no me gustó en absoluto.

—Úrsula, lo que ha ocurrido hoy es muy grave —avisó frotándose la frente, preocupado, serio—. Igual crees que no me he dado cuenta, pero venías resacosa, corta de reflejos, falta de actitud. —Sopló molesto—. Seguiste bebiendo anoche, ¿verdad?

—Sí —contesté en un susurro.

—¿Por qué? —preguntó en un tono más elevado.

—No lo sé, porque estaba de cumpleaños, porque me sentía sola, porque... —La tensión comenzó a fluir por mi lagrimal, y lloré.

—¿Qué demonios te ocurre últimamente? —interpeló algo furioso—. Puedo entender que el divorcio te esté afectando, está muy reciente, solo han pasado un par de meses. Incluso comprendo que cuanto Gordon fue largando por ahí te queme por dentro, es muy normal. Pero, aun así, no puedes joderte la vida de esta forma —me reprochó.

—No es eso, Scott. —Zarandé la cabeza—. Es más, mucho más.

—¿Por qué no me lo cuentas, por favor?

—¿Por qué has mentado por mí? —le respondí con otra pregunta, la que no dejaba de hacerme. Era inaceptable. Mi comportamiento había sido inaceptable—. ¿Por qué? —reiteré, él permanecía callado—. ¿No ves que eso no ha estado bien? Por mi culpa ha huido un cabrón y un bebé podría haber muerto ahogado en el río... Como mi hermano —gimoteé.

—¿Por favor, Úrsula! —Resopló fuerte—. No sigas machacándote con eso —imploró—. Tú no tuviste la culpa de lo que le ocurrió a Romeo. Te lo he dicho

multitud de veces, me parece una gratuita forma de torturarte. ¿Por qué lo haces? ¿Por qué últimamente estás más obsesionada con ese tema?

—No lo sé —respondí.

—¡Oh, sí lo sabes! —aseveró—. Hay una causa para que estés tan afectada, ¡dímela! —exigió a voz en alto.

Callé unos segundos pensando en él, en el maldito camello que habíamos cogido hacia casi un mes y que sirvió de combustible para avivar las llamas que me abrasaban por dentro. Era uno de los amigos de Romeo, el líder de la dichosa panda. Yo no lo recordaba, pero Bart Holmes sí se acordaba de mí. Ahora era un maldito camello callejero y un proxeneta, uno que pasaba droga a cualquiera y que vivía a costa de unas cuantas prostitutas a las que hacía trabajar con ahínco para quedarse con la mitad de sus ganancias. Me daba asco. Una total repugnancia. Pero todo cuanto le permití contarme hurgó en mis heridas, abriéndolas de forma ponzoñosa, haciendo resurgir mi calvario con ímpetu. Yo solo quería acallar a mi conciencia para que dejara de señalarme como culpable y el alcohol me ayudaba a hacerlo. Él y un momento de sexo con un hombre, un rato de placer con el que poder evadirme de la realidad. Sin embargo, después de haberle escuchado, ahora ni eso me aliviaba.

—¡Úrsula, habla! —insistió con el mismo nivel de exigencia—. Cuéntame qué te pasa.

Lo observé y vi su preocupación; era grande. Su mirada alicaída y colmada de pena me animó a contárselo, se lo debía.

—Hace casi un mes detuvimos a un camello y proxeneta, un tal Bart Holmes.

—¿Y?

—¿Lo recuerdas?

—Pues ahora mismo no sé. —Se encogió de hombros.

—Lo interrogué yo sola, a ti te llamó el capitán para otro asunto.

Scott meditó durante unos segundos.

—Creo que ya me acuerdo, aunque no entiendo qué quieres decirme.

—Bart era uno de los amigos de Romeo, el líder de la cuadrilla, al que mi hermano más admiraba. Y mira lo que es, un maldito camello y un chulo que ha acabado en más de una ocasión con los huesos en la cárcel.

—¿Y? —se apresuró a preguntar de nuevo—. Continúo sin entenderte.

—Que me conoció y empezó a hablarme de él.

—¿Cómo? ¿Por qué se lo permitiste? —demandó reprobándome.

—No lo sé. —Negué con la cabeza—. Pero le escuché. Hablaba de Romeo como el mejor de sus chicos, de sus adiestrados. Ya había robado un par de veces en tiendas a petición suya, era parte de su adiestramiento, y dijo que tenía madera para ello. Con orgullo, comentaba que mi hermano habría sido su perro fiel, que habría hecho cuanto le hubiera pedido sin dudarle un segundo. ¿Te das cuenta? —Alcé la voz—. Yo le dejé irse con esa panda de malnacidos que solo estaban llevándolo por el mal camino. Yo era su hermana mayor y no me preocupé lo suficiente por él. No lo

protegí. No lo aparté de ellos. Me dedicué a ir un par de veces a echarle un rapapolvo cuando estaba con la panda y después dejé que hiciera lo que quisiera y me preocupé de mi vida. Yo tuve la culpa antes y después. ¡Yo tuve la culpa, yo tuve la culpa! —grité como una loca. Scott me abrazó de inmediato.

—No, no, no —repitió de seguido—. No puedes pensar así; tú no tuviste la culpa de que se juntara con ellos. Al igual que tampoco la tendrías si siguiera vivo y hubiera querido continuar por ese camino. Lo habría hecho igual, hicieras lo que hicieras, ¿lo entiendes? —Se separó para mirarme.

—Se habría convertido en un detestable como su amigo.

—Úrsula, para ya —me rogó—. Lo que estás diciendo no tiene sentido alguno porque no podemos saber el camino que hubiera tomado Romeo de estar entre nosotros. ¿No lo ves?

—Pero ¿y si hubiera tomado ese camino y fuera a él a quién hubiera tenido que arrestar yo, su propia hermana? Eso me habría partido el alma —sollocé.

—El alma ya la tienes partida desde hace tiempo, Lula. —Asintió pesaroso—. Ahora debes intentar recomponerla, por favor, rehaz el camino y vuelve a encontrarte para resignarte con la situación.

—Ya no hay nada que me ayude a sobrellevar esto, nada.

—La bebida nunca te ayudó y nunca lo hará; al revés, te hará perder tu vida. Ya has visto lo que ha pasado hoy, no es necesario que añada más. —Me cogió las manos con cariño—. Escúchame, Lula, necesitas ayuda.

—¿Qué tipo de ayuda? ¿Quién puede borrar lo que pasó y el dolor que me produce? ¿Dime, quién? —grité una vez más, retirando mis manos de las suyas.

—Requieres de ayuda profesional, debes acudir a un psicólogo —respondió con firmeza.

—¡De eso nada! —elevé la voz—. No pienso ir al psicólogo del departamento, no quiero que nadie me tache de loca y me aparte de mi trabajo.

—No estás loca, ni mucho menos, pero es obvio que precisas de ayuda.

—No, no y no. Me niego a ir al psicólogo del departamento —alcé el tono.

—Pues irás a otro independiente al cuerpo, pero acudirás a un psicólogo —casi me ordenó—. Es más, creo que deberías haberlo hecho hace tiempo, de seguro que ahora no acumulabas tanto, habrías pasado el dolor. Debes hacerlo y lo harás, porque, de seguir así, sí afectará a tu trabajo, y no quiero perderte, eres una detective brillante.

—De nuevo vuelves a hacer de mi padre y sabes que no lo soporto, Scott.

—¡Lula! —exclamó en alto, cogiéndome la cara para que no evitara sus ojos—. Odio que me digas eso porque yo no actúo como tu padre, sino como un compañero y amigo al que le importas y le parte el corazón ver cómo te maltratas. Vas a acudir a un psicólogo porque lo necesitas, porque no podré cubrirte una segunda vez ni tampoco sería honesto por mí parte. Vas a ir, y si no quieres hacerlo por ti, te ruego encarecidamente que lo hagas por mí. Hazlo por mí, Lula, hazlo por mí —repitió.

Sin darme cuenta los labios de Scott se unieron a los míos en un beso. Pero no fue

un beso rápido, ni corto, ni casto. No. Sus labios abrieron mi boca y su lengua se arremolinó a la mía acariciándola con tal suavidad y destreza que el corazón me dejó de latir. El beso se alargó hasta dejarnos sin aliento. Scott no quería abandonar mi boca, apartarse de ella, dejar de arropar a mi necesitada lengua, a mis carentes labios. Le costó hacerlo, pero al final lo hizo, me desabrigó de su pasión, la misma que había conseguido parar al motor de mi cuerpo por unos larguísimos segundos. Su maravilloso beso no se quedó en mi boca, descendió hasta lo más hondo de mi alma. No supe qué hacer, qué decir... Permanecí en silencio, observándolo, admirando el vehemente destello que supuraban sus ojos.

—Lo harás por mí, por favor —me suplicó.

Asentí y me arrojé a sus brazos, recreándome en el sabor dulce y sabroso que su boca había dejado tanto en mis labios como en mi espíritu.

\*\*\*

Al día siguiente, al entrar en el departamento, Scott me saludó y me preguntó cómo me encontraba, pero lo dijo de idéntica manera a cualquier otro día, no había cambiado nada. Connor Scott volvía a ser el detective concienzudo en su trabajo y yo su compañera, todo lo que ayer emanó con su beso hoy se había disuelto hasta desaparecer. Me preguntaba si él habría pensado tanto en ese momento como yo, que no era capaz de apartarlo de mi cabeza y eso me hacía desearlo más. Pero viéndolo tan a lo suyo, metido en su papel policial, comprendí que su increíble beso no había servido para avanzar, tan solo para descolocarme más a mí. Tras unos minutos en los que no dejé de meditar la cuestión, Scott me sorprendió al decirme que quería hablar conmigo un momento, a solas. Por un segundo pensé que igual tratábamos ese asunto y, esperanzada, caminé a su lado hasta la máquina de café del departamento.

—Toma —dijo dándome una tarjeta en la que pude leer: «Doctora Claire Willians, psicóloga». De eso quería hablar, ¡qué ingenua!—. Tienes una cita con ella mañana a la dos, yo te llevaré.

—¿Qué pasa, no te fías de mí? —pregunté ofendida. Si bien no sabía qué me molestaba más: el hecho de que ignorara nuestro beso o que desconfiara de mi palabra.

—No lo sé, por eso prefiero asegurarme —contestó.

—Puedes estar tranquilo, te dije que iría e iré. —Hice ademán de marcharme.

—¿Te vas? ¿No quieres un café?

—No, gracias, ya me he tomado uno en casa —respondí—. Tampoco voy a abusar de la cafeína, no vaya a ser que también me la prohíbas. —Utilicé mi usual sarcasmo y me fui.

El timbre de la puerta espantó mis recuerdos y me devolvió a la realidad. Escuché la voz de Scott al otro lado, pidiéndome que le abriera. El cuerpo comenzó a temblarme como un flan y, al encontrarme frente a él, me lancé a sus brazos, no pude

evitarlo. Si Scott era tan importante para mí, si lo amaba tanto, ¿por qué mantenía una relación con Cook? ¿Por qué no nos dábamos una oportunidad? ¿Por qué siempre iba a destiempo con mis sentimientos hacia él?

Scott depositó encima de la mesa una bolsa con hamburguesas de Wendy's. De pronto recordé ese lugar, estaba en Broadway, y también recordé que me encantaban sus batidos. Sin hacer mención de ello, pues dadas las circunstancias me parecía del todo irrelevante, ambos nos sentamos en el sofá. Ansiosa por desahogarme, comencé a explicarle a Scott cuanto estaba recordando, aunque sin un orden concreto. Mi mente tampoco lo llevaba, en ese sentido era un galimatías y me estaba costando ubicar con precisión cada momento. En eso Scott fue de gran ayuda para mí, porque según le contaba, de forma diligente, ponía fechas; en unos casos aproximadas y en otros más concretas.

Cuando mencioné a Gordon y hablé del rápido declive de mi matrimonio, se revolvió en el asiento, inquieto, y me dijo:

—Nunca me gustó ese chulo arrogante. Sabía que era un cabrón y no me equivoqué. —Vaciló un instante—. ¿También has recordado el día que fuiste a recoger lo que te quedaba en su casa? —preguntó con cautela.

—Sí, todo —afirmé—. Pillé a Gordon haciendo el amor con otra.

—¡Valiente hijo de puta! —escupió furioso.

—No —repliqué—. Nos hicimos daño los dos, pero puedo asegurarte que yo fui peor persona que él, Scott. Él tan solo estaba herido y quiso hacerme daño para vengarse.

—Pero ¿qué dices? Él fue un cabrón que quiso que presenciaras cómo se tiraba a otra.

—Gordon solo quiso devolverme la moneda, yo lo engañé antes —confesé.

—¿Cómo? —Me miró confuso.

—Yo me acosté antes con otro y él se enteró, por eso actuó de esa forma. Me vio entrar en un hotel con Parker —revelé sin más dilación.

—Parker —anunció resignado—. Sabía que entre él y tú había algo. —Asintió—. Lo olfateé. Lo veía en sus ojos cuando alguna vez ha venido al bar, raro en él, y tú te marchabas pronto y él desaparecía a los pocos minutos. Me lo imaginaba y no me he equivocado. —Dejó entrever una especie de sumisión.

El incómodo y tenso silencio que se originó no solo se apoderó del ambiente, también cuajó una mirada en Scott que hacía malabares entre la censura, la conformidad y la decepción. Debía darle una explicación al respecto. No. No debía, quería dársela, y dije:

—No teníamos una relación, tan solo nos veíamos de vez en cuando para tener un encuentro. Lo utilizábamos para descargar el estrés, era nuestra válvula de relajación, nada más. —Mientras lo observaba, una duda se asentó en mi cabeza y, de la misma forma que yo le estaba dando explicaciones, decidí demandárselas a él y le

pregunté—: ¿Y desde cuándo lo sospechaste?

—Empecé a darme cuenta la pasada primavera.

—Pues por lo que parece nadie lo imagina, así que eres un gran detective. — Intenté sonreír para quitarle hierro al asunto—. Pero dejamos de vernos hace algo más de cuatro meses, el tiempo que llevo con Cook. —De nuevo lo solté sin mayor digresión.

—¿Qué? ¿Con Cook? ¿Estás de broma? —El gesto de Scott escupía tanta incredulidad que dañaba a la vista.

—No, no lo estoy. —Negué con la cabeza—. Cook y yo mantenemos una relación desde hace cuatro meses, él mismo me lo ha contado y mi móvil tiene un mensaje que lo prueba. El capitán también lo sabe, y por eso quería contártelo antes de que te enteraras por ellos.

—¿¡Cook y tú?! —Soltó un chorro de aire—. Me has dejado de piedra. ¡Ver para creer! —espetó—. Pero si siempre me dices que es un pelmazo que te tiene muy harta. Y en el bar le pegas unos cortes tan impresionantes que me duelen hasta a mí. ¿Hablamos del mismo Cook? —preguntó aturdido.

—Sí, Scott, hablamos de Sian Cook —respondí.

—¡Caray! —Silbó—. Me cuesta tanto verte con él. Desde luego que siempre me sorprendes, porque no es para nada tu tipo —parecía una queja.

—¿Y cómo es mi tipo? —le pregunté, mientras la conciencia me repetía que él único para mí era él.

—A ti te gustan algo más mayores y de otra forma, digamos con más rodaje o experiencia —respondió—. Por eso no me extrañó lo tuyo con Gordon, aunque me impactara vuestro inesperado matrimonio. Y con Parker hubiera sido capaz de apostar, pero ¿Cook? —Arrugó el entrecejo—. Con Cook no puedo imaginarte. Es un inmaduro que quiere ligar contigo a toda costa pero al que tú, en dos minutos, le dejas en evidencia delante de todo el Manhattan Club.

—Por lo visto eso de dejarle cortado es un juego que mantenemos entre nosotros.

El silencio volvió a gobernarnos, aunque no logró hacerlo en mi mente. En ella chillaba, le demandaba a Scott respuestas, le preguntaba si podía imaginarnos juntos en algún momento. Deseé gritárselo, pero mis cuerdas vocales se anudaron. Pensé en lanzarme a sus labios y volver a probarlos, sentir el calor de su boca recorriendo la mía. Sin embargo me encontraba muda para expresar mis sentimientos y paralizada para convertirlos en hechos. Como siempre, me rehuía el valor para decirle que estaba enamorada de él, que era al único hombre que entregaría mi alma y corazón además de mi cuerpo.

—¡Vaya!, qué tipo de juegos más retorcidos —dijo, reprobándolo.

—Yo tampoco lo entiendo, la verdad, y tampoco lo he recordado. Me han llegado pocas cosas, imágenes estando juntos, en la intimidad. Muy poco. Aunque, por muy raro que parezca, recuerdo más las cosas lejanas que las cercanas a mi actual vida.

—Lo importante es que, te lleve más o menos tiempo, termines recordándolo

todo. Pero debo admitir que con esta noticia me has dejado perplejo, joder.

—También debo contarte algo más.

—¿Otra bomba como esta? —preguntó casi asustado.

—Otra noticia que no esperas.

—Pues suéltala ya, sin paños calientes, por favor —exigió.

—Dejé de acudir a la consulta de la doctora Williams, pero estaba yendo a un psiquiatra. Ella me derivó a él, al doctor Clark. Te mentí el otro día cuando te dije que iba a verme con ella, en realidad acudí a mi psiquiatra.

—¡Joder! —Silbó de nuevo—. ¿Cuántas cosas más me ocultas?

—Ninguna más que recuerde —bromeé, aunque pensando que le omitía la mayor: mi amor por él.

—¿Por qué te mandó al psiquiatra?

—Porque padezco una neurosis debido a la ansiedad. Ese día, cuando Cook me llevó a su consulta...

—Un momento —me interrumpió—, ¿Cook lo sabe? —preguntó frunciendo el ceño.

—Él creía lo mismo que os conté a todos al principio, pero luego me ha confesado que sabía que iba a su consulta. Por lo visto, se lo conté, dice que tenemos mucha confianza.

—Ya veo que más que conmigo —me echó en cara.

—Scott, no te lo tomes a mal, no se lo conté a nadie.

—A él sí —recalcó.

—Vale, sí —admití—. Pero nadie más que él y mi padre lo sabían. Hasta el propio doctor me avisó de ello, por si no lo recordaba. No quería que nadie se enterara por miedo a que eso repercutiera en mi trabajo. No era un psicólogo, acudía a un psiquiatra y estaba en tratamiento. Temía el impacto que pudiera ocasionar.

—¿Y por qué me lo cuentas ahora? ¿Te remuerde la conciencia? —Me sentí atacada por su forma de decirlo, me estaba reprendiendo.

—Porque igual puedes enterarte por Parker o por Cook, en mi teléfono también hay un mensaje suyo.

—¿Parker también? —Me observó boquiabierto—. Pues gracias por tener la deferencia de contármelo el último —declaró con cinismo.

—¡Scott! —me quejé.

—¡Ni Scott ni nada, Úrsula! —espetó enojado—. Nos conocemos desde hace casi ocho años, hemos sido compañeros durante siete, te he apoyado, escuchado, ayudado... Siempre he estado a tu lado. Siempre —repitió enfatizándolo—. Y un día llega un imbécil con el que llevas ocho puñeteros meses, del que no parabas de quejarte y a quien decías no soportar, y no solo te lías con él, sino que le abres tu corazón. ¡Tu corazón, Úrsula! —remarcó—. ¿Sabes lo que me ha costado a mí hacerme un hueco en tu vida y ganarme tu confianza? —Las palabras fueron elevándose de continuo hasta acabar en gritos.

—Scott...

—¡Años, joder, años! —se apresuró en contestar, cortándome, con los dientes apretados.

—Qué quieres que te diga, no lo recuerdo, no sé por qué actué así, de verdad —declaré a voz alzada, e intentando calmarme añadí—: Pero sé que tú eres una persona muy importante en mi vida, y no solo lo he recordado: lo siento en mi interior —aseguré llevándome la mano al pecho—. Siento que eres imprescindible para mí, Scott.

—Las palabras se las lleva el viento, lo que cuentan son los actos, Úrsula. Y esos han dejado muy claro cuál es mi lugar en tu vida.

—¡Dios, no lo retuerzas todo! —repliqué molesta.

—No me llames retorcido a mí, ni se te ocurra. —Sonó a amenaza.

—Cuando quieres tú también sabes ser muy impertinente —declaré a la defensiva.

—Sí, cierto, aunque no suelo ser tan incisivo como tú. —Se levantó del sofá y se encaminó a la puerta.

—Scott, no te vayas —le rogué.

—¿Y por qué no? —Se giró para mirarme—. ¿Para qué me quieres cerca de ti si no significo nada en tu vida? Piénsalo. —Abrió y se marchó dando un portazo.

—Tú lo significas todo, Scott, todo —dije sabiendo que ya no estaba allí para oírme—. No te vayas, quédate conmigo, te amo, Scott. Te amo. Eres al único hombre que amo y amaré.

Grité. Chillé llena de rabia, de impotencia, furiosa... Hasta me estiré del cabello como una demente. Sin embargo, prefería parecer una persona falta de razón antes de que volviera a poseerme el llanto. Esta vez no iba a permitir que las lágrimas se alojaran en mis ojos, las mantendría a raya a las muy condenadas para que ni siquiera fueran capaces de humedecerlos. No podía pasarme todos los días llorando, no debía consentírmelo. Lo controlé. Por fin lo controlé. Pero después de unos segundos me vi golpeando el sofá con saña, intentando descargar la ira que me carcomía por dentro. Lo convertí en mi saco de boxeo, mis puños lo machacaban sin piedad una y otra vez. Paré, agotada, aunque sin encontrar calma. Podía haberme pasado días enteros descargando de esa manera la ira y, aun así, estaba convencida, no habría hallado paz; el sosiego que tanto requería, tan necesario como el oxígeno para respirar. Estampé mi cuerpo en el magullado sofá, víctima de mi cólera, y busque posición para intentar descansar los tensos músculos. Pero ¿cómo podía relajar el cuerpo sabiendo lo molesto que se había marchado Scott, más bien herido? Ardua tarea difícil de alcanzar.

Después de darme una ducha con la que intenté desprenderme de los restos de ira, entretanto me secaba frente al espejo de la mampara, observé la cicatriz que tenía bajo la clavícula y la acaricié con suavidad. Era la señal que me había quedado por interponerme en el camino de una bala dirigida a Scott, lo recordé mientras me enjabonaba y retiraba la espuma de ella. Llevábamos poco tiempo siendo compañeros, menos de un año, y durante ese tiempo aprendí mucho de él, que era un gran detective. Aunque Scott se restaba méritos, decía que todo se debía a mi buen hacer policial, a tener un estupendo instinto de sabueso. Fuera por lo que fuera, por su instrucción o por mis ganas de mejorar, mi maduración profesional era un hecho a ojos de todos, y ante todo a los míos.

Andábamos tras los pasos de un empresario al que los indicios apuntaban como posible asesino de su socio. Cuando el ADN hallado y analizado transformó los indicios en una prueba, nos marchamos apresurados a detenerlo. No había tiempo que perder, sospechábamos que el tipo podía darse a la fuga, y comprendimos que no nos equivocábamos al llegar a su lujosa vivienda de la Avenida Madison y encontrarnos con su vehículo cargado de maletas. La puerta estaba abierta y Scott y yo, pistola en mano y con los cinco sentidos en alerta, entramos en su morada. El recibimiento fue imprevisto y muy hostil, nos saludó con un par de disparos, por fortuna no certeros gracias a nuestros reflejos. El desgraciado penetró en la vivienda y corrimos tras él, pero dejamos de verlo y la tensión se incrementó; estábamos encerrados con un hombre armado y dispuesto a hacer uso de sus balas. Nos dividimos para buscarlo, recorrimos el espacio de arriba abajo, registramos los armarios y no dejamos ni un solo hueco donde mirar, pero, por muy increíble que parezca, no dimos con él. Pensamos que igual aquella casa escondía una secreta puerta por la que había huido, era la única idea razonable que podía justificar su desaparición.

Sin descender la guardia ni nuestras armas, regresamos al mismo punto de partida. Scott, cabeceando molesto, sacó el móvil con la mano que le quedaba libre para hablar con el capitán. En ese despiste de poco más de un par de segundos, el tiempo de mirar a la pantalla para pulsar la llamada, el hombre salió de la nada y disparó. Yo lo vi emerger con el arma, apuntar y apretar el gatillo. Esos meros segundos los empleé para retirar a Scott de la línea de fuego, pero una parte de mi cuerpo quedó expuesta y recibió el balazo. Sentí el impacto, un fuerte golpe sin dolor. Luego un fuego abrasador fue el telonero de un dolor infernal que me hizo caer al suelo. Scott disparó dos veces seguidas, y el hombre se desplomó. Inmediatamente, mi compañero llamó a una ambulancia exigiendo rapidez, gritando fuera de sí que había una agente herida. Se sentó a mi lado y me levantó la cabeza para colocarla sobre su muslo, que hizo de almohada. De un brusco tirón, partió su camiseta, se

despojó de ella, quedándose solo con la interior, y, usando la prenda, hizo presión en la herida, que sangraba de forma copiosa. Notaba su calor recorriéndome el pecho, humedeciéndomelo poco a poco. Scott repetía que estuviera tranquila, que todo iba a ir bien, pero a pesar de la calma que intentó transmitirme, percibía su zozobra.

Cuando el equipo médico llegó al lugar y empezaron a tratarme, vi cómo las mejillas de Scott se poblaban de lágrimas. Me trasladaron con rapidez al hospital, me intervinieron y estuve unos cuantos días ingresada. Al regresar al departamento, tan solo de visita porque aún estaba de baja, todos me recibieron con un gran aplauso y besos. Scott se acercó a mí y me abrazó con cuidado de no hacerme daño, luego me miró a los ojos y me dijo: «Grechi, te debo la vida. Nunca lo olvidaré». Recibí una medalla por ello, por haber expuesto mi vida para salvar la de un compañero. Sin embargo, parecía que a Scott ya se le había olvidado aquello, ahora estaba enfadado conmigo y me reprochaba lo poco que significaba para mí. ¿Acaso no le entregué el mayor acto de amor actuando de la forma que lo hice? Aunque sopesado en frío sabía que Scott tenía razón, no podía obviarlo. Llevaba años junto a él, fui a la psicóloga gracias a él, y a él, precisamente, no le había contado que acudía al psiquiatra; a Cook, en cambio, sí. A un compañero con el que tan solo llevaba ocho meses. A un hombre con el que mantenía una relación desde hacía cuatro. A una persona que jamás podría significar para mí lo que suponía Scott. A él sí le había contado mi gran secreto, pero no al hombre que siempre me había ayudado y apoyado, al que yo amaba. Debía admitir que, de ponerme en el lado contrario, no solo estaría molesta, sino furiosa. A Scott le sobraban motivos para haberse ido de la forma que lo había hecho: dolido.

\*\*\*

Mi padre llegó sobre las cinco y media de la tarde. Me saludó con un beso y nada más entrar contempló las fotografías que había mantenido ocultas y que volvían a llenar mi pequeño apartamento. La vez anterior que estuvo, con todas las revelaciones y las lágrimas que acudieron a él, ni siquiera se había percatado de ellas. No dijo nada al respecto, solo me observó y me sonrió tanto con la boca como con los ojos. Sobraban las palabras para saber que le alegraba el hecho de que las hubiera liberado de su cautiverio. A continuación se fijó en la bolsa que Scott había dejado sobre la mesa, las hamburguesas que ninguno habíamos tocado.

—¿Y esto? —preguntó.

—Lo trajo Scott a mediodía.

—¿Y no os lo habéis comido? —Ojeó la bolsa por dentro.

—Como ves, no —respondí, y me senté en el sofá.

—¿Por qué? —interpeló.

—Porque hemos terminado discutiendo y se ha marchado molesto.

—¿Por qué habéis discutido? —inquirió inquieto.

—Verás, papá, estoy recordando muchas cosas, muchas —recalqué—. Me asaltan en cualquier momento y lugar, mi vida está volviendo a mí a bocajarro.

—Pero eso es bueno, hija —expresó contento.

—Sí y no. Vuelven pero sin orden ninguno —respondí con cierta furia—. Y entonces me cuesta concretar qué fue antes o después; no vienen con fecha ¿sabes? —enuncié de forma sarcástica.

—¿Y?

—Pues que he empezado a contarle algunas cosas a Scott y él me ha ayudado a situarlas, pero descubrir algunos aspectos le han terminado molestando. Cree que he confiado en otras personas antes que en él porque significa poco en mi vida. Y no es cierto, papá, no lo es —gimoteé, aunque rápido me contuve. «No más llanto», me dije.

—Vale, Úrsula, no vayas a llorar, cariño. —Se sentó a mi lado.

—Tranquilo, no pienso hacerlo, me lo he prohibido —le revelé.

—Tampoco digo que llegues a ese extremismo, solo que no abuses para que no se convierta en un hábito.

—Eso es lo que intento. —De forma irremediable se me quebró la voz.

—A ver, hija, ¿quieres contármelo a mí?

—Sí, papá. —Asentí.

—Pues empieza, soy todo oídos. —Se acomodó en el sofá, expectante.

Todos los recuerdos, los secretos que contenían, el hueco que sentía en mi corazón, los hombres con los que había compartido cama, mis noches de alcohol, el vacío que trataba de llenar, la vida que había llevado hasta donde yo recordaba... Lo vomité todo. Lo saqué de mí para hacérselo saber a él, mi progenitor, la única persona de mi familia que me quedaba, lo más importante para mí, así lo sentía. El pobre no se asombró de nada, ni un solo aspecto de mi confesión lo cogió por sorpresa; parecía que a la única que le causa conmoción la historia era a mí. Tenía la impresión de que la Úrsula actual era del todo distinta a la Úrsula de antes del ataque. Y ya que me estaba desahogando con él, ¿por qué omitirle mi amor por Scott? A propósito del tema, y habiéndole sacado a colación, también le conté las tonterías que hice en busca de su atención, la mayor y más descerebrada: casarme con Gordon. Eso sí le sorprendió; tanto, que lo dejó boquiabierto y al fin lo comprendió. Mi padre entendió que muchas de las cosas que había realizado fueron por despecho. Si bien, que lo comprendiera no quería decir que lo aprobara, y me lo hizo saber a través de un rapapolvo. Aunque fue uno liviano que no pretendía reprender, sino abrirme los ojos para que aceptara mi errónea actuación, para que entendiera que era injusto jugar con los sentimientos de los demás. Asimismo, para concluir añadió algo que me dejó confusa, dijo que jugar con los míos a no darles una oportunidad había sido nocivo.

—¿A qué te refieres? —le pregunté.

—Lo sabes, hija —contestó reposando su mirada en mí—. Haber callado tus sentimientos hacia Scott ha sido pernicioso para ti.

—Papá, para ti es muy fácil decirlo porque no estabas dentro de mí y no sentías el miedo que me invadía.

—¿Miedo de qué?

—De iniciar algo, de que me rechazara, de no saber amarlo, de herirlo, de dañarnos... —Suspiré—. Mi vida es compleja y hay días que no me soporto a mí misma.

—Úrsula, Scott ha sido participe durante años de tu vida y te ha soportado, aunque solo haya sido a través de la amistad y la camaradería de vuestra profesión.

—No es lo mismo —advertí.

—Vale, de acuerdo. —Asintió—. Pero ahora puedes poner remedio, eras más consciente que nunca de lo que has hecho mal, reconoces en lo que has errado. Hija, no repitas los fallos, en tu mano está cambiar tu vida en todos los aspectos, además de poner tus sentimientos en orden y sobre la mesa, a la vista.

Lo observé en silencio durante un breve lapso de tiempo, sus ojos me invitaban a disponer del valor para dar el paso.

—Seguramente lleves razón, papá —afirmé—, pero este no es el mejor momento para hacerlo. A pesar de que lo amo con todas mis fuerzas, más de lo que puedas imaginarte, ahora solo quiero y necesito una cosa: encontrarme a mí misma.

Me tumbé, apoyando la cabeza en sus piernas, encogida, y él comenzó a acariciarme la cabeza. Con la relajación que las manos de mi padre esparcían por mi cuero cabelludo, le pedí que me hablara de nosotros, de nuestra familia. Un haz de silencio imperó en mi diminuto apartamento, tan solo el suspiro atribulado que se le escapó por los labios lo fracturó. Pero instantes después, y pese a que le costó arrancar, empezó a hablar. Comenzó por los días más importantes y felices de su vida: nuestros nacimientos.

Dejé de escucharle para visionarlo, me zambullí de lleno en nuevos recuerdos. Excursiones juntos, vacaciones en la playa de Florida, el olor del asado del Día de Acción de Gracias, la decoración de Navidad, los fuegos artificiales del Cuatro de Julio... Mi padre leyéndonos cuentos, interpretándolos a veces junto a mi madre. Mi madre, cuánto la echaba de menos. Me asaltó el amor que sentía por ella y lo mucho que disfrutaba a su lado. Las galletas que hacíamos mientras compartíamos risas, las mañanas de tortitas con sirope de arce, los sándwiches de mantequilla de cacahuete que me preparaba junto a un rato de charla. Y la música. El ritmo y la armonía; la melodía, esa que siempre iba asociada a las remembranzas. La música de ópera que nos hacía escuchar mi padre, sobre todo a Verdi y *La traviata*, porque era su favorita. Los dibujos que me regalaba Romeo, sus ganas por estar a mi lado cuando era pequeño, el cascabel de su risa, su voz que no paraba de repetir mi nombre con musicalidad: Lula, Lula, Lula. El amor que se respiraba en nuestro hogar, cuánto se amaban nuestros padres y cuánto cariño regalaban a sus hijos. Había sido una infancia tan bonita y feliz... Pero crecimos. Crecimos y todo cambió al llegar la adolescencia, cuando Robert Wilson entró en mi vida, cuando cambiaron las

amistades en la de Romeo. La vida de todos se trastocó a partir de esa época. Mi hermano tenía quince años cuando comenzó a juntarse con compañías no deseadas. Empezó a llegar tarde a casa, a desobedecer, a beber, a fumar; y lo peor, a drogarse. Mis padres no lo entendían, nos habían educado del mismo modo a los dos, ¿por qué él se había vuelto tan rebelde? Yo tenía mi propia teoría, creía que era por hacerse el importante delante de aquellos amigos de pacotilla, pues todos, a excepción de dos, eran mayores que él, alguno hasta de más edad que yo. Los indeseables no daban explicaciones en su casa, hacían lo que les venía en gana y se creían muy importantes por esa actitud. Eran machos, y a ellos no se les ponía horario ni normas, no se les discutía; y él quería emularlos.

Un día seguí a mi hermano hasta el lugar donde se juntaba con la panda de machotes que se creían a vuelta de todo, aunque no fui sola, llevé conmigo a mi amiga la arrogancia. Era una zona a orillas del East River, debajo del puente de Brooklyn, alejada de miradas no deseadas y también de la policía. Oculta, les vi beber alcohol a palo seco y fumar marihuana sin parar. Pero cuando empezaron a esnifar cocaína, no pude más y salí en su busca. Pensaba traérmelo conmigo de una oreja, a rastras si era necesario. Sin embargo, Romeo se envalentonó como nunca, debía dejar patente su coraje ante ellos; y ellos no solo lo abrigaron, sino que lo alentaron a atacarme. Además de mi propio hermano, los que más se encararon conmigo fueron los dos más pequeños, de unos trece años, y lo hicieron como adultos. Ignorándolos, le reproché a Romeo que no iba por buen camino y empecé a sermonearlo. Me sorprendió su prepotencia, que no solo cortó mis palabras a voz en grito, también me escupió a bocajarro que a mí no me importaba su vida, que no era su madre, y esnifó la raya en mis propias narices. La misma que le preparó uno de esos mocosos, que ya había aspirado la suya. Lo sentenció con la más dura de mis miradas, podría haberlo matado con ella. Luego la desvié con rabia hasta el canijo que las preparó y lo observé pasándose el dedo por la nariz, limpiándose los restos de polvo blanco.

—Eres un crío, aún ni te has desarrollado, y estás metiéndote mierda —anuncié con tanta furia como altanería.

—¡Que no me he desarrollado, dice la tía! —soltó dirigiéndose a los demás, que rieron.

—¡Vamos, Panocha, dile algo! —le animó uno, y, sin tardanza, el resto le incitó a atacarme de forma verbal.

—¿Quieres comprobar lo desarrollada que tengo la polla, italiana? Porque puedo echarte un buen polvo.

Las risas no se hicieron esperar, incluida la de mi propio hermano, que iba ciego de lo colocado que estaba.

—¡Oh, qué lástima! —exclamé con ironía, poniendo morritos—. Se me ha olvidado traerme una lupa de aumento para poder ver tu diminuto pene.

De nuevo todos se carcajearon y el que parecía el líder lo animó a seguir. No podía quedar como un gallina, a un tío no lo achantaba una mujer; eso le dijo.

Escuchar ese machismo me cabreó más.

—¿Sabes por qué me llaman Panocha, italiana?

—Seguro que porque estás lleno de granos —respondí, contemplando el acné de su cara.

—¡Joder, Panocha, te está machacando! —exclamó otro entre risas, los demás no podían ni hablar de tanto carcajearse.

—Eres muy graciosa pero te has equivocado, me llaman así por mi mazorca. —Se llevó la mano a los genitales. Las risas no paraban.

—Madre mía, la de gilipollecas que tengo que escuchar a lo largo del día. ¡Qué aburrimiento! —exclamé con apatía.

—¿Sabes?, me encantan las tías chulas como tú.

—Pues a mí me gustan los hombres que mean de pie, no los que aún usan pañales. Así que sigue soñando, *bambino*.

Una vez más, la risotada abarrotó el ambiente, aunque el canijo no se rio. Empezaba a enfurecerse y se enfundó en una actitud agresiva.

—Yo prefiero a las chulas como tú por una razón, ¿la adivinas?

—Me importan una mierda tus razones y tu existencia, así que no me hagas perder el tiempo, mocososo.

—Porque cuando me las follo disfruto el doble por hacerles tragar sus palabras —anunció igualmente.

—Dudo que tú hayas hecho algo semejante, eres un maldito crío —escupí.

—¡Hostia, Panocha, con esta tía no puedes! —gritó otro sin parar reír.

—¡Calla, estúpido! —profirió él, y de nuevo se dirigió a mí—: Y tú no dudes, italiana. Hace tiempo que me follé a la primera y cualquier día de estos te follaré a ti —avisó muy crecido.

—Lo dicho, sigue soñando, enano gilipollas.

—No disimules, italiana, sé que ahora mismo te estás preguntando cómo la tengo y ansias verla, así que voy a saciar tus deseos. —Empezó a bajarse la cremallera del pantalón.

—¡Eh, basta! —chilló Romeo—. Oye, tío, tampoco te pases, que es mi hermana.

—A tu hermana le hace falta un buen polvo, ¿a que sí, italiana?

—¡Ya, joder! —exclamó mi hermano.

Aquel chaval pelirrojo y lleno de granos tuvo la osadía de guiñarme el ojo y hacerme un gesto obsceno con la lengua. Le fulminé con la mirada. Y no solo a él, también al resto, incluido mi hermano, y me marché de allí encolerizada. ¡Valiente panda de cretinos!

Semanas después volví a hacerle otra visita a mi hermano, pues la situación estaba tomando unos derroteros muy graves. Había llegado a mis oídos que dentro de ese grupo se hacía apología de la violencia, del racismo y la homofobia. Los había que traficaban con droga, incluso algunos de esos amigotes eran delincuentes; ladrones de medio pelo, pero ladrones al fin y al cabo. De hecho, uno de ellos ya

había pasado por la cárcel por atracar en un 7-Eleven. Debía convencer a mi hermano de que se alejara de ellos. Debía hacerlo como fuera. Debía poner todo mi empeño para lograrlo. La furia me acercó hasta a ellos con celeridad; estaban reunidos en manada, como lobos. Me recibió el mocoso arrogante, que, ni corto ni perezoso, volvió a las andadas conmigo. Me buscó y me encontró. En esta ocasión dejé explayarse a mi maldad, ese lado dañino e hiriente que todos poseemos, y le di unos cortes tan aplastantes que palpé la vergüenza que se desprendió de él. Por primera vez le dejé sin réplica, mudo, algo que le ocasionó una tremenda carcajada a Romeo. Según se extinguió su risa, mi hermano comunicó a todos que la falta de argumentos de defensa de Panocha se debía a que yo le gustaba, a que estaba colado por mí. Panocha tartamudeó al pronunciar las primeras palabras de su alegato de negación, lo que ocasionó que la pandilla dejara de alentarlos para mofarse de él. Serían una manada de lobos, pero no lobos de la misma camada, una situación que en ese instante a mí me benefició. Durante minutos acribillaron a Panocha a burlas, y yo me alegré, hasta me reí con ellos a pesar de odiarlos; se lo merecía por gilipollas. Panocha, no sabía cómo se llamaba y tampoco me importaba, terminó marchándose cabreado, taladrándolos con la mirada y diciendo que iban a arrepentirse por reírse de él. Sonó muy vengativo. Yo, para mi desgracia, regresé de nuevo a casa sin Romeo, y desde ese día no volví a buscarlo más. Tan solo le echaba un sermón a solas, cuando creía que ya estaba lúcido para entender cuanto le decía. Pero no le hice entrar en razón y siguió en sus trece, juntándose con la panda de delincuentes en ciernes que terminaría siendo su perdición.

Abrí los ojos despacio y sentí una fuerte punzada en la cabeza que me hizo cerrarlos de forma instantánea. Todavía seguía sufriendo dolores, y los condenados eran persistentes, aun habiendo transcurrido más de dos semanas del asalto. Quién habría querido quitarme de en medio y por qué, era una pregunta que me avasallaba con frecuencia. Sin embargo ahora, cada vez que lo hacía, ocupaba mi mente la imagen del sargento Peterson con un cartel colgado del cuello en el que se podía leerse: «culpable». Era muy probable que Peterson fuera mi atacante, su odio lo llevó a querer liquidarme. Teniendo claro el «quién», de forma inminente, el «por qué» inició un nuevo interrogatorio. ¿Por qué me odiaba hasta ese nivel? ¿Cuánto odio hacía falta para desear matar a alguien? ¿Tanto acumulaba en su interior? Tumbada en la cama, reflexioné sobre el tema durante un largo espacio de tiempo.

El manido asunto me estaba machacando y, aun a sabiendas de que no lo olvidaría, corrí un tupido velo con la intención de no rayar en la paranoia. Lo aparqué, que no era lo mismo que acallararlo, pero al menos mi mente me concedía una momentánea tregua ante ese respecto. Lo logré a base de rebobinar en los recuerdos que había conseguido recuperar y que iban encajándose poco a poco, como un rompecabezas. El puzle de mi vida ya llevaba bastantes piezas ensambladas y parecía que la salida del laberinto estaba próxima. Porque con tantos conflictos con los que batallaba, en eso se habían convertido mis reminiscencias, en un laberinto del que luchaba por salir para ver dónde me hallaba.

De nuevo, el recuerdo de la misteriosa llave se clavó en mi cerebro y los nervios bucearon por mi columna vertebral de arriba abajo. No dejaba de pensar de dónde era y por qué obraba en mi poder. Hasta llegué a preguntarle a mi padre si yo había vivido en otro apartamento con anterioridad, y por lo tanto esa llave era mía.

—No. Desde que te independizaste has vivido aquí —me contestó—. ¿A qué viene esa pregunta?

—Entre las fotos y objetos familiares que guardaba he encontrado una llave y no sé de dónde puede ser, por eso te lo he preguntado.

—Pues yo tampoco tengo idea de dónde puede ser esa llave, pero desde luego que de otro apartamento en el que hayas vivido, no. —Se quedó pensativo, y me preguntó—: ¿No será del piso de Gordon?

—No, he recordado que se la devolví —respondí—. Da igual, papá, no tiene importancia —mentí. En realidad, sí despertaba mi curiosidad saber por qué tenía la llave 441 de los apartamentos Murray Hill.

Tras sacudirme ese recuerdo, pensé en mi barrio. Yo vivía en el 78 de la Calle Delancey, que era de las principales calles del Lower East Side, una zona que se ubicaba a orillas del East River, desde el puente Manhattan hasta la Calle 14. Sus

bajas rentas hicieron que fuera el principal destino de los inmigrantes que llegaban a Nueva York, aunque hacía muchos años que eso había cambiado. Lo que más me atrajo del barrio, y lo que me hizo decantarme por él, fue su multiculturalidad; el Lower East Side se había convertido en un zona ecléctica.

A diferencia de mi apartamento, que no le gustaba a mi nuevo «yo», el barrio seguía fascinándome. Pero, pese a gustarme la zona, estar encerrada en mi agobiante vivienda no ayudaba mucho a templar mis inmoderados pensamientos. Día a día, la sensación de asfixia se iba apoderando de mí, me estrangulaba. Recordé que Scott y yo solíamos correr por Central Park, y que lo hacía para mantenerme en forma y cargarme de oxígeno con el que vigorizar la mente. El recuerdo fue tan vivo que sentí hasta el aire en la cara, el olor de las flores, los rayos del sol... Añoré como nunca la libertad que daba la calle. Necesitaba salir, respirar aire fresco, ventilar las funestas ideas... Sin embargo, y a pesar de entenderlo, el capitán Parker me prohibió hacerlo sola, y mi padre se convirtió en mi fiel acompañante. Cada tarde, cuando finalizaba su trabajo de vigilante en una joyería en Garment District, en la Calle 34, venía a por mí y salíamos a dar una vuelta por la ciudad. Cada día paseábamos por un lugar diferente, Greenwich Village, el SoHo, Chelsea, la avenida Madison por la parte del puente... En una ocasión llegamos a la plaza Greeley, fue una larga caminata. Por eso lo primero que hicimos al llegar, y con la excusa de beber algo, fue tomar asiento en un Gregorys Coffee, aunque en realidad buscábamos descansar los pies.

Una vez acomodados en la coqueta cafetería, decidimos llenar el estómago con la repostería tan apetecible que exhibía el mostrador. Mientras degustaba una deliciosa torta de banana y mi padre me contaba algo acerca de unos clientes de la joyería, rememoré cómo se quedó sin el trabajo de sus sueños. Trabajó durante años en la Biblioteca Pública de Nueva York, el lugar donde conoció a mi madre, pero perdió el puesto de guarda de seguridad gracias al abandono personal que paulatinamente le originó la pérdida de su hijo y esposa. También evoqué cuánto me enojaba verlo de esa forma, me consumía por dentro, se estaba dejando morir poco a poco, año tras año. ¿Acaso yo no estaba afectada? ¿Acaso yo no sufría la misma pérdida pero luchaba por sobrevivir? Un día me enfadé tanto con él que le solté algo que ni pensé, le dije que para vivir de esa manera mejor que hubiera muerto él en lugar de mi madre. Me mandó al infierno y me marché tan furiosa que golpeé todo cuanto se cruzó a mi paso. Me arrepentí de esas palabras profundamente, en cuanto llegué a mi casa y fui consciente de lo hirientes que eran. Al día siguiente recibí un disparo intentando salvar a Scott, y mientras estaba tumbada en el suelo, notando cómo la sangre se escapaba de mi cuerpo, solo pensaba en mi padre, en lo mal que le había hablado, en esas últimas palabras que le había dicho, y me sentí miserable. Me emocioné hasta el extremo al verlo aparecer en el hospital, lacrimógeno, deshecho. Se acercó a la cama y me abrazó, yo sentí cuánto lo quería, de una forma inconmensurable. A partir de ahí mi padre cambió, reaccionó y volvió a la vida. Gracias a un buen amigo, y aún con la oposición de su edad, pues ya peinaba unas

avanzadas canas, consiguió que le contrataran en ese negocio familiar en el que ahora tanto lo apreciaban.

\*\*\*

Cinco días. Ese era el tiempo que había transcurrido desde que Scott se marchó de mi casa, ofendido. Cinco días sin saber nada de él y sin que él tuviera idea de mis salidas por la ciudad en compañía de mi padre. Cinco días que aproveché para mandarle un par de *whatsapp* pidiéndole disculpas, a los que no obtuve respuesta alguna. Cinco largos días en los que Cook, por el contrario, sí vino a visitarme, sí se mostró cariñoso, diría que enamorado. Y si no podía acudir a verme, me llamaba por teléfono y charlábamos por un largo rato. Un tiempo en el que siempre resurgían sus sentimientos hacia mí y en el que no olvidaba recordarme que ansiaba retomar lo nuestro. Pobre, parecía quererme tanto. Y yo sabía que no lo amaba, que mi corazón era de otro, de Scott. Un hombre que ahora mismo no quería saber de mí. Yo no iba a insistir más, aunque su silencio me estuviera consumiendo. Lo mejor sería darle tiempo para ver si eso lograba suavizarle el dolor. Me armé de paciencia para no desesperar por saber de él.

Cada día que pisaba la calle veía a la patrulla que de incognito me vigilaba, aunque ni siquiera los saludaba por petición del capitán Parker, por miedo a que ese mero gesto hiciera sospechar a alguien de su cometido. Parker, al igual que Cook, también se preocupaba por mí a diario, lo hacía con una llamada o con un mensaje, pero nunca lo olvidaba. Asimismo, uno de esos cinco días recibí la llamada del doctor Clark. Quería saber cómo me encontraba y, al finalizar nuestra conversación, me dio una nueva cita. Debía seguir controlándome como paciente, y yo sabía que lo necesitaba.

Cuando colgué me acometió con ímpetu la primera vez que fui a su consulta. Era un hombre próximo a los cincuenta años, con un pelo canoso que retrocedía veloz en la zona de la frente, gafas de montura al aire, ojos color miel que psicoanalizaban solo con mirarte un segundo, una cuidada perilla, un cuerpo algo más descuidado y un aspecto de intelectual que desbordaba. Todos los nervios que acumulaba se desvanecieron por la confianza que me transmitió, me sentí cómoda a los pocos minutos de hablar con él. Empecé a acudir a su consulta dos veces al mes, al finalizar la cuarta sesión me comunicó su diagnóstico: neurosis.

—¿Neurosis? ¿Soy neurótica? —pregunté alterada.

—Sí. Padece una neurosis asociada a la ansiedad. Pero esté tranquila, con el tratamiento adecuado la controlaremos —aseguró—. Por lo que me ha contado, es algo reciente, la padece desde hace unos meses. Esto es algo independiente al dolor que soporta por la muerte de su hermano y madre. Hasta que apareció este trastorno usted había buscado fórmulas para llenar su vacío. Durante años, el alcohol y el sexo le han ido funcionando, ¿correcto?

—Sí. —Asentí.

—Pero de forma inesperada acudieron los ataques de ansiedad, la angustia, el miedo y el consiguiente bloqueo que viene refiriendo; ahí se desencadenó la neurosis. ¿Sucedió algo diferente en ese tiempo que no me haya contado hasta ahora?

Claro que había sucedido algo, lo sabía. Sabía qué había desencadenado aquel empeoramiento: Bart Holmes. Bart y todo lo que le permití que me contara sobre mi hermano. Lo que escuché logró que algo implosionara en mi corazón y el mundo se derrumbó encima de mí. La culpabilidad. Eso fue lo que me arrasó de lleno, más que nunca. La culpabilidad que intenté amansar durante años, consiguiéndolo en ocasiones, nivelándola en otras hasta alcanzar el punto justo en el que apretaba pero no lograba asfixiarme. Sin embargo, las palabras de Bart la hicieron reventar igual que a una olla a presión, y eso desató mi primera crisis de ansiedad. Nunca olvidaré ese instante, que jamás había vivido con anterioridad: la falta de aire, la sensación de ahogo, la fuerte opresión en el pecho, los desbocados latidos, la sangre palpitándome en las sienes, el pánico envolviéndome... Y a partir de ese momento todo fue de mal en peor, hasta el día que me quedé paralizada y sin saber reaccionar, observando a aquel bebé hundiéndose en el East River, el mismo río que se tragó a mi hermano y lo escupió muerto. Pero Scott fue lo bastante valiente para hablarme claro y darme el toque de atención que precisaba, requería de ayuda profesional. También recordé que después de unas cuantas citas con el doctor Clark, y gracias a la complicidad que comenzó a enmarañarse entre nosotros, empezamos a tutearnos. Por un momento me pareció sentir que la relación médico-paciente se extralimitaba en las formas, pero con referencia a eso no aparecía nada más en mi memoria.

Repasando las memoraciones que atesoraba de nuevo, de pronto evoqué el día que acudí por primera vez a la consulta de la doctora Claire Williams. Se encontraba en la Avenida Madison esquina con la Calle 27, en un bello entorno muy cerca del Madison Square Park, un trocito de naturaleza rodeado de edificios y rascacielos. Scott casi me llevó de la mano hasta la misma puerta, quería asegurarse de que no faltase a la cita. Yo no pensaba rehuirla, gracias a él era más consciente que nunca de necesitar ayuda. Durante catorce años la había eludido, y durante todo ese tiempo, la pérdida de mi hermano y mi madre, que aparentaba tener superada, me fue carcomiendo más y más hasta sobrepasarme, hasta reventar y salir a luz de golpe. Estaba rebasada, y por supuesto que precisaba de auxilio para salir del pozo en el que de forma gradual me había metido yo sola.

Al entrar me encontré con una mujer afroamericana vestida con un traje chaqueta granate y perlas alrededor de su esbelto cuello. De melena lisa a la altura de los hombros, ojos rasgados, sonrisa agradable, grácil y muy atractiva. No creía que hubiera cumplido los cuarenta, ni mucho menos, sin embargo dimanaba tanta seguridad que desde el primer minuto me hizo confiar en su experiencia.

Nuestras primeras citas me parecieron un monólogo, pues todo el tiempo hablé yo, la doctora Williams tan solo intervenía en breves ocasiones para demandarme ser

más explícita con lo que contaba. Con diez sesiones ya había desnudado mi alma al completo: Robert, mi embarazo, el aborto, la pérdida de Romeo, el suicidio de mi madre, el escalonado abandono de mi padre, mi entrada en la academia de policía, mi ascenso a detective... Hablé largo y tendido de mi profesión. Mi amada profesión. Ella se convirtió en una tabla de salvación para mí, aunque no en mi salvavidas. También hablé de mis numerosas relaciones con hombres, mi costumbre de beber para olvidar, mi oculto amor por Scott, mi matrimonio con Gordon, mis cambios de ánimo, la angustia que me invadía, la sensación de vacío, la falta de aire... Todo enterrado entre capas de culpabilidad. Un sentimiento de culpabilidad aplastante que intentaba que no me demoliera pese a que mi vida estaba infestada de ella. Todo lo derramé durante esas horas, y la doctora me escuchó con suma atención y terminó dándome pautas y consejos para encauzar mis pensamientos. El que más utilicé fue llevar en la muñeca una goma elástica, que tendría la función de enmendar mi dañino comportamiento. Cada vez que me viniera un pensamiento doloroso o la culpabilidad me atacara, debía estirar de ella y soltarla para que me golpeará la carne. Era una especie de castigo con la intención de subsanar mi enviciamiento autodestructivo; y debía hacerlo repetidas veces, no tenía que parar hasta alejar a los nocivos sentimientos que me afligían y desolaban.

Iba progresando adecuadamente, me notaba mejor. No bebía gracias a una gran fuerza de voluntad, y solo mantenía algún que otro encuentro con el capitán Parker. Durante esos ratos con él me sentía bastante bien, era un hombre alejado por completo al del departamento. Nikolas era el *alter ego* del capitán Parker. Fuera del trabajo, en la cama, no solo se desprendía de la autoridad, sino que era atento, cariñoso y muy entregado. Tanto, que se convirtió en un amante tan complaciente como obediente, siempre a mis órdenes. Todo parecía avanzar, aunque la angustia regresaba y últimamente traía con ella a la ansiedad, no se desprendían de mí así como así, y debido a eso conciliar el sueño era en ocasiones imposible. La doctora Williams me propuso algo más para ayudarme, quería que acudiera a un psiquiatra; según ella, precisaba de medicación para mejorar el progreso. No me hizo gracia, pero no sé cómo terminó convenciéndome y me derivó al doctor Clark, un buen amigo suyo y mejor colega. Decía que su cooperación me ayudaría mucho, y entre los dos lograrían que mi mente y mi alma recuperaran la calma. Acudí a la consulta del doctor Clark, pero dejé de ir a la de la doctora Williams, creo que molesta por mandarme a otro especialista. Aunque daba igual la razón, lo importante era que dejé de verla; sin embargo, ahora quería reunirme con ella. El pensamiento se hizo fijo y constante, debía ponerme en contacto con la doctora Williams. Quería saber qué podía aportarme, si ella era la aguja capaz de enhebrar e hilvanar los hilos sueltos de mis recuerdos para poder tejer de una vez mi vida.

Me levanté apresuradamente y cogí el móvil, uno nuevo que me había comprado, pues me parecía absurdo reparar el cristal cuando en breve tendría que cambiarlo por obsoleto. La tecnología era así, el último modelo de hoy, en unos meses quedaría

anticuado. A punto de conectarme a internet en busca del número de teléfono de su consulta, entró un *whatsapp* de Parker.

Úrsula, Scott pasará a por ti en una hora, quiero que nos reunamos los cuatro. ¿Ok?  
9:12

Ok, Nikolas.  
9:13

Después de contestar a Parker y preguntándome si habría descubierto algo sobre el sargento Peterson y por eso quería llevar a cabo la reunión, para comunicarlo, entré en internet y busqué la consulta de la doctora Claire Williams. En menos de dos minutos ya tenía el número anotado. Me senté en la cama, observando el móvil y debatiéndome entre llamarla o no; los nervios ante la duda hacían de mí su presa. No obstante, debía hacerlo. Debía hablar con ella para descubrir más cosas sobre mí, aspectos con los que los demás no podrían ayudarme, pero ella sí. Haciendo acopio de coraje, marqué y esperé. Una voz muy aguda contestó al otro lado, anunciando que era la consulta de la doctora Williams, debía de ser la recepcionista. Me presenté, pregunté por la doctora e insistí en mi necesidad de hablar con ella. La mujer no paraba de repetirme que solicitara una cita, y yo le suplicaba por un minuto con la psicóloga en cuestión. A punto de colgarme el teléfono, tuvo que darle pena el quejido que se me escapó y consintió en preguntar a la doctora si quería hablar conmigo un momento. La espera se me hizo interminable.

—¿Úrsula Grechi? —preguntó una cálida voz que reconocí nada más escuchar; era la doctora Claire Williams.

—Sí, doctora, soy yo.

—¡Qué alegría volver a saber de ti! —exclamó—. Llevo meses sin tener una sola noticia tuya. Te llamé un par de veces, pero nunca contestaste ni me respondiste con otra llamada. Aunque sé que seguías yendo a la consulta del doctor Clark.

—Pues ahora quiero verla, lo necesito, doctora —casi imploré.

—Bien. Entonces acércate a mi consulta —respondió—. Espera que veo mi agenda. —Calló unos segundos—. Mira, tengo un hueco hoy a las tres, a última hora, han anulado una cita. ¿Te viene bien?

—Vale —contesté dubitativa. Los nervios por la prontitud con la que íbamos a vernos me atraparon de nuevo.

—Pues te espero, Úrsula. Hasta luego.

—Adiós. —Colgué y suspiré profundo, meditando. Scott, mi enfadado compañero, el mismo que llevaba cinco días sin aparecer por mi vida, que no me había llamado y ni tan siquiera había respondido a mis *whatsapp*, iba a venir a por mí en menos de cuarenta y cinco minutos. Debía arreglarme, todavía estaba en pijama, pero sobre todo debía aprovechar ese tiempo para pensar en la forma de hacer las paces con él.



Con intención deliberada, me puse un jersey asalmonado que, recordaba, había sido un regalo de Scott, pero ni aun así él hizo un comentario al respecto cuando llegó. Me dirigió las palabras justas, las necesarias y estrictas, un «buenos días» y un «vámonos». Con el propósito de romper el muro que se había interpuesto entre los dos, incluso le revelé que me acordaba del perfume que usaba, *Aqua de Gió* de Armani, y de cuánto me gustaba ese aroma, tanto como a él. No conseguí los resultados que esperaba, y mis buenas intenciones obtuvieron el mismo éxito nulo que había conseguido con el jersey. Tras un nada enfático «ah, bien», el silencio entre nosotros regresó y perduró durante el trayecto. Uno áspero y cortante, para qué engañarnos, que me hacía desear llegar cuanto antes por lo incómoda que me sentía siendo víctima de la apática actitud de Scott.

Por fin entramos al departamento, aunque compartiendo el mismo mutismo, que a esas alturas ya hacía eco en mis oídos por lo sonoro que era. Fuimos directos al despacho del capitán Parker. Cook ya estaba allí con él, ambos nos aguardaban, y nada más saludarnos nos sentamos. Observé un segundo la situación: Cook no paraba de sonreírme con cara de enamorado, Scott evitaba mirarnos tanto como hablar y Parker mostraba una cara que oscilaba entre la decepción y la tristeza. Sentada ante los tres, pensé que había congregado a mi pareja, a mi amante y a mi amor. Tres hombres que formaban parte de mi vida, y yo solo quería al único con el que no me había ido a la cama ni tenía nada más allá del compañerismo. Al único con el que no era capaz de dar un paso adelante.

—Os he mandado venir porque debo explicaros algo y prefiero hacerlo estando todos presentes —comunicó el capitán Parker—. Sé que esto va a cogeros desprevenidos, porque solo la detective Grechi lo sabe. De hecho, ha sido ella la que me ha llevado a realizar algunas pesquisas. Le pedí que guardara silencio por respeto a la persona que iba a investigar, un compañero.

—¿Cómo? —preguntaron al unísono Scott y Cook, tan asombrados como perplejos.

—Lo que habéis oído —confirmó Parker—. Como sabéis, pues no es ningún secreto, la detective Grechi y el sargento Peterson no se tienen ninguna simpatía, por decirlo de manera suave. El otro día tuvieron un enfrentamiento con el que él dejó patente el odio que le suscita su persona. Peterson le dijo: «Aún sigues aquí, maldita zorra». Aunque no lo hizo en alto, la detective le leyó los labios, y yo, gracias a la grabación de las cámaras, he comprobado que es cierto.

—¡Será cabrón! —profirió Cook. Scott sopló con muy mal genio. Yo permanecí callada.

—También he comprobado que el día que fue asaltada la detective Grechi él no

tuvo servicio, disfrutaba de su día libre, y eso me inquietó más.

—¿Ha sido el desgraciado de Peterson? —preguntó Cook, levantándose indignado.

—No, no ha sido él —contestó Parker muy serio—. Siéntate —le ordenó, y Cook obedeció al instante.

—¿No ha sido él? ¿Está seguro, capitán? —interpelé veloz.

—Sí, lo estoy —aseveró—. Le he interrogado y me ha contado dónde estuvo toda la noche y con quién, y lo he comprobado. Tiene una coartada firme, irrefutable, avalada por más de una persona.

—¿Dónde estuvo? —inquirí.

—Eso no hace falta que lo sepas —respondió—. He comprobado que dice la verdad y, a pesar de odiarte, no ha sido él.

—Tengo derecho a saberlo. ¡Dígamelo! —le exigí.

—Y yo te he dicho que lo he comprobado y...

—¡Que me lo digas! —le interrumpí gritando, perdiendo las formas y saltándome el respeto que le debía guardar; en el departamento era mi capitán.

Parker calló durante unos segundos y aprovechó para traspasarme de forma agresiva con la mirada. Pero ni sus ojos censuradores hicieron decaer a mi actitud demandante y rigurosa.

—En un club de ambiente —reveló con acritud—. ¿Satisfecha? ¿Te satisface saber que once personas estuvieron con él hasta altas horas de la madrugada? —Levantó la voz desafiante, dejándome sin palabras—. Pues ya lo sabes, Grechi, digamos que tiene once coartadas, el sargento Peterson no te atacó.

—¿Un club de ambiente? ¿Es homosexual? —preguntó Cook.

—Y si lo es, ¿qué pasa? —Por primera vez Scott intervenía en la conversación.

—Eso mismo digo yo, ¿qué coño pasa? —soltó el capitán con aspereza.

—No pasa nada, tan solo me ha sorprendido —se defendió Cook.

—Pues eso, no pasa nada —añadió Parker molesto—. Su vida sexual es suya, no nuestra, ¿entendido? —De nuevo elevó el tono.

—Por supuesto, capitán —contestó Cook.

—¿Y ahora qué? —demandé angustiada.

Parker posó la mirada en Scott.

—¿Tenemos algo?

—No —respondió tajante.

—Pues ahora volvemos a estar en punto muerto, no tenemos un solo hilo del que tirar. ¡Joder! —El capitán soltó un puñetazo en la mesa, sulfurado.

—Gordon Foster también tiene coartada para esa noche. Estaba en una cena-reunión con amigos y todos ellos lo han corroborado —declaró Scott.

—¿Gordon? —pregunté sorprendida—. ¿Habéis investigado a mi exmarido? —Me quedé boquiabierta ante la inesperada e impensable noticia.

—Había que tenerlo en cuenta —respondió Parker.

—¿Por qué? —clamé llena de incompreensión.

—Porque no acabasteis bien. Porque no os hablabais desde vuestro divorcio. Porque de pronto se presenta en el hospital como si no hubiera ocurrido nada entre vosotros. ¿Te parecen pocos porqués, Grechi? —realzó su voz de mando—. Pues a mí los suficientes para parecerme extraño. Por eso le pedí a Scott que lo investigara con mucho disimulo y sin que nadie se enterara.

—Si me lo hubierais comentado os habrías ahorrado ese tiempo, jamás sospecharía de Gordon —aclaré, intercediendo sobre su persona.

—Y yo nunca habría sospechado de Peterson —añadió Scott en un tono tan cortante como el filo de una navaja.

—¡Eh, vale! —avisó el capitán dando un manotazo en la mesa—. No debemos meter la mano en el fuego por nadie, ¿entendido? —gritó.

—Entendido, señor —contestamos los tres.

—Debemos ampliar la búsqueda en las detenciones que ha llevado a cabo Grechi —anunció Scott—. Nos estábamos centrando en las de los últimos meses, pero habrá que indagar más atrás. Es lo único que tenemos y todos sabemos que es fácil que alguno de ellos esté en libertad y con sed de venganza.

—Muy cierto. —Asintió Parker—. Hay que ampliar esa búsqueda, aunque eso nos lleve tiempo —explicó, un poco abatido—. Desde luego, no me extrañaría que uno de esos hijos de puta fuera tu atacante. —Se dirigió a mí.

—No, ahora yo tampoco lo descarto —coincidí con él.

—Y el doctor Clark, ¿por qué no lo investigamos?

—Pero ¿qué demonios dices, Cook? Es mi psiquiatra y solo trata de ayudarme a recordar —le reproché.

—No insistas por ahí, ya lo hemos hablado antes, Cook —le dijo el capitán.

—Pero la llamó ese día cinco veces, señor —avisó molesto.

—Y él me ha contado que lo hizo porque estaba preocupado por la detective Grechi. Se fue cabreada de la consulta porque él le propuso una nueva terapia y ella no la aceptó.

—¿Ya ha hablado con el doctor Clark? —le pregunté al capitán.

—Sí, y me ha dicho lo mismo que me contaste tú —me respondió.

—¿Qué pasa, Cook, algo te hace sospechar que su psiquiatra quisiera matarla? ¿Es porque no le pagó la factura o porque no acudió a una cita? ¿Ese es su móvil? —La ironía regurgitó por boca de Scott, que incómodo se removía en el asiento, siendo espectador del conocimiento de Cook sobre mi vida.

—Eres muy gracioso, Scott —siseó burlándose.

—Yo no; tú eres el gracioso —dijo Scott con deje desdeñoso—. Porque por esa regla de tres, la lista de investigados se puede ampliar mucho, compañero. Hace poco que Grechi cambió de dentista, igual debemos investigar a su odontólogo, puede que haber sido sustituido por otro sea su móvil.

—¡Vale! —exclamó Parker, resignado.

—No, no, capitán, permítame hacer una aclaración —le solicitó Scott. Parker terminó asintiendo—. Quizá debamos ir más lejos y ampliar la lista de búsqueda. ¿Por qué no indagar entre las aventuras de Grechi? Quién sabe, también puede haber un amante despechado, ¿no es así, Cook? —El sarcasmo volvía a derramarse por su boca.

—Podría haber alguien obsesionado con ella, listo —respondió hostil—. Y no sería algo de extrañar siendo una mujer tan atractiva. Todos sabemos que hay mucho loco suelto y que se comenten bastantes crímenes pasionales. De hecho, el amor y el dinero son dos de las principales causas de asesinato. Aunque, por suerte, tú estás aquí, cariño. —Me cogió la mano y la besó. Yo estaba tan impactada escuchándolos discutir tales estupideces que de nuevo me había quedado muda.

—Pues ya está todo dicho, ampliemos la lista —regurgitó Scott cargado de mordacidad.

—Es una buena idea.

—Sí, claro. Es una idea genial, Cook —declaró con cinismo.

—¡¡¡Ya!!! —chilló el capitán, volviendo a dar un golpe sobre la mesa, usando su mano del mismo modo que un juez utiliza el mazo de madera para apelar al orden—. ¿Qué coño os pasa? ¿Estáis escuchando la ristra de gilipolleces que decís? ¿Habéis perdido la cabeza o qué? —Los fulminó con una mirada cargada de soberbia—. ¿Podemos volver a hablar con coherencia o preferís que os retire del caso a los dos? Porque ahora mismo os lo estáis ganando a pulso.

—Disculpe, capitán —dijo Scott un poco avergonzado.

—Lo siento, señor —se disculpó Cook, descendiendo la cabeza.

—Pues aclarado que el doctor Clark no tiene ningún móvil que nos haga sospechar de él, y que nadie más del entorno cercano de la detective Grechi nos hace creer que lo tenga, así que seguiremos la investigación por la línea que llevamos. Como ha dicho el detective Scott, indagaremos en detenciones anteriores. Nos remontaremos hasta tres años atrás, a ver si descubrimos algo. ¿De acuerdo? —Una vez más, voceó.

—Sí, capitán —contestaron al unísono Scott y Cook.

—Espero que esta absurda «pelea de gallos» no vuelva a repetirse. Ya hemos acabado —concluyó Parker.

Nos levantamos en silencio y abandonamos el despacho. El primero en salir fue Scott, luego yo y detrás Cook, quien me dijo que iba un momento al servicio y a la vuelta me llevaría a casa. Sin tardanza, corrí a alcanzar a Scott, que caminaba por el largo pasillo en dirección al ascensor. Debía hablar con él, no soportaba más su silencio.

—¡Scott, para! —le pedí, reteniéndolo por el brazo—. No sigas enfadado conmigo, por favor.

Fijó la vista en mí y dejó escapar un leve suspiro.

—No estoy enfadado, sino dolido; no es lo mismo —aclaró.

—Te pido perdón una vez más. No te conté lo del doctor Clark porque no quería que nadie conociera mi problema.

—Yo te ayudé a ir a la doctora Williams, yo sabía que estabas mal, yo conocía mejor que nadie tus problemas... Pero a mí no me lo contaste, sino a Cook. —Volvió a reprochármelo.

—No sé por qué lo hice, no recuerdo en qué momento se lo conté o por qué.

—Quizá porque te acuestas con él, ¿no? —La frase estaba preñada de resentimiento.

—Scott, yo...

—¡Vaya, vaya, vaya! Mira a quién tenemos aquí —dijo el sargento Peterson en tono sarcástico, apareciendo de repente frente a nosotros—. Voy a ahorrarme decir lo que en realidad pienso, pero usted misma sabe que es muy mala persona. —Se dirigió a mí.

—¡Eh, relaje sus modales, sargento! —La voz de Scott se alzó en armas.

—Cállese porque esto no va con usted, así que cierre la boca —le amenazó, aniquilándolo con la mirada.

—Sí va conmigo porque le ha faltado el respeto a mi compañera. —Scott se encaró con él.

—Solo le he dicho de forma sutil lo que pienso de ella.

—Sí, que es una maldita zorra, ¿verdad? Eso la llamó el otro día.

—Mire, Scott...

—Lo siento, sargento Peterson —dije en alto, interrumpiéndolo, para el asombro de ambos que, sin dejar de mirarme, callaron.

—¿Cómo ha dicho? —me preguntó el sargento.

—Que lo siento, señor.

Peterson se quedó patidifuso con mi petición de perdón, seguro que nunca me había escuchado decir algo así. Scott ya me había comentado que mi orgullo me impedía pedir perdón a nadie, aunque eso le ocurría a mi antiguo yo, no a mí. Pero el sargento pronto se deshizo del asombro y se enfundó en la coraza de la soberbia.

—¿Qué siente, detective Grechi? ¿Acusarme de ser quién la atacó? ¿Hacer que me investiguen? ¿Ponerme bajo sospecha? —siseó—. Nuestra enemistad en un hecho a ojos de todos, que no la soporto es un secreto a voces. Pero de ahí a querer matarla, a convertirme en un asesino, hay un abismo de por medio. ¿Lo entiende? —Sonó autoritario.

—Sí, lo entiendo, señor —contesté.

—Gracias a Dios que tengo coartada para esa noche, porque de lo contrario su sospecha me habría metido en serios apuros —explicó—. Como ya sabrá, estuve tomando unas copas en un lugar al que suelo acudir con frecuencia. Sí, soy homosexual, pero no un asesino. Espero que le quede claro.

—Vuelvo a pedirle disculpas, sargento Peterson. —Sentí correr la vergüenza por mis venas, invadiéndome cada recoveco del cuerpo hasta conquistarlo entero. Él, en

cambio, se creció y me miró con desdén, altivo.

—Ya es tarde para lamentaciones, Grechi. Demasiado tarde. —Desvió la vista y la clavó en Scott de manera intimidatoria. Luego se marchó.

—¡Joder! —Me cubrí el rostro con las manos y las subí hasta apretarme las sienes con las palmas—. La he cagado bien, ¿verdad? —le pregunté a Scott.

—No sé qué decirte. —Arrugó los labios—. Como tampoco me has contado nada de esto, ni de que te llamó maldita zorra, ni nada de nada... —Volvía el reproche.

—Scott, ya has oído al capitán, él me ordenó no contároslo. Del mismo modo que tú, por petición suya, has investigado a Gordon y no me lo has dicho —me defendí.

—Pues ya está, no me des más explicaciones. Ahora me tengo que ir. —Y se marchó, dejándome hecha polvo.

\*\*\*

Avisé a Cook de mi cita con la doctora Williams y eso le hizo cambiar los planes de trabajo para poder acompañarme y posteriormente llevarme a casa. Como aún quedaban un par de horas, decidió coger algo para comerlo en mi apartamento y después acercarme a la consulta. Se decantó por comida china, según él, la elegíamos con frecuencia y a mí me gustaba. Mientras comíamos le noté tenso, pensativo y sobre todo callado, con lo parlanchín que solía ser, y me preocupé.

—Cook, ¿te ocurre algo? —le pregunté.

—Me lo has notado, ¿verdad? Siempre me lo notas, a ti no puedo engañarte. —Esbozó una media sonrisa.

—Te noto callado y pensativo y eso me inquieta.

Dejó de comer, soltó un golpe de aliento y posó con firmeza su mirada en mí.

—Verás, no sé si contarte algo o actuar por mi cuenta y no decir nada a nadie, ni siquiera a ti.

—¿Actuar en qué?

—Con tu caso —contestó.

—Si me concierne a mí, debes contármelo.

Calló unos segundos en los que se dedicó a arrugar los labios y ladearlos.

—Vale, te lo diré. —Asintió, haciendo otra pausa—. Voy a investigar al doctor Clark —me reveló.

—Pero ¿aún sigues con esas? —pregunté pasmada.

—Úrsula, hay cosas que aún no has recordado. Y yo tenía la esperanza de que lo hicieras para no tener que contártelas.

—¿Qué cosas? —inquirí a renglón seguido.

Cook vaciló unos breves segundos antes de contestar.

—Tuviste un escarceo amoroso con el doctor Clark, tú misma me lo contaste.

—¿Qué? —Lo miré sorprendida.

—Me dijiste que al principio te pareció un gran profesional que solo trataba de

ayudar a su paciente. Luego te diste cuenta de que aquello iba más lejos de lo normal, teníais mucha confianza, complicidad y...

—¿Y qué? —demandé ansiosa.

—Y un día acabasteis en la cama —respondió.

—¿También me he acostado con mi psiquiatra? —pregunté escandalizada.

—Me comentaste que solo ocurrió una vez, pero que él quería más y empezó a agobiarte, creías que estaba obsesionado contigo. Yo solo te digo lo que me contaste, aunque sí puedo confirmarte algo: el otro día pude comprobar que le gustas, y le gustas mucho. Como hombre que soy, sé leer en los ojos de los de mi sexo cuando una mujer los atrae.

—Pero entonces, ¿por qué seguía viéndolo? —interpelé extrañada.

—Eso mismo te pregunté yo —respondió asintiendo—. Según me dijiste, porque temías que pasara un informe a tu superior contándole que no eras apta para el servicio. Alguna vez te lo había insinuado cuando te veía poco receptiva.

—¿Y el secreto profesional?

—El secreto profesional te ampara hasta un límite, Úrsula. Si él te considera un peligro está en la obligación moral de hacerlo saber. Eres policía, llevas un arma... Ya sabes.

—¿Y por qué no lo has dicho dentro del despacho de Parker? —le reprobé, confusa.

—Porque nadie más que yo sabe que te acostaste con él, y no sé hasta qué punto hacérselo saber al capitán puede perjudicarte. He insistido en investigarlo, incluso se lo he comentado a Parker antes de que llegarais vosotros, aunque sin dar más datos ni razonamientos por miedo a menoscabar tu reputación. Sin embargo, él no lo cree oportuno, alegó que tan solo es tu psiquiatra y que no hay un móvil que lo sitúe en el punto de mira. Y, en base a su desconocimiento, lleva razón. Pero yo conozco otros detalles y para mí sí lo hay; te acostaste con él, quería más de ti y tú te negabas a dárselo. Yo creo que es un buen móvil y por eso mismo quiero investigarlo. Lo haré por mi cuenta y riesgo. Y no solo quiero hacerlo, lo necesito porque te lo debo, me siento en esa obligación, cariño. Yo te dejé sola esa noche y no puedo quitarme de encima el sentimiento de culpabilidad —explicó compungido.

*Culpabilidad.* Esa era una palabra muy familiar para mí, que llevaba conviviendo conmigo quince años, desde que mi hermano se ahogara en el río. Me era imposible desprenderme de ella y sabía lo tóxica y nociva que podía llegar a ser, cómo corroía el alma. Cook se sentía culpable y yo no quería que cargara con la misma losa que yo.

—No debes sentirte culpable, Cook.

—¿Cómo que no? Podía haberte perdido y si eso hubiera ocurrido yo... —Se le quebró la voz y rápido sorbió la mucosidad de un incipiente llanto.

—¡Eh, Cook, cálmate, por favor! Estoy aquí, contigo.

—Estás, cariño, estás... Gracias a Dios que estás. Pero ni siquiera recuerdas lo bien que nos lo pasábamos juntos, cuánto te amo, cuánto nos amamos. —Exhaló otro

suspiro—. Se me parte el corazón cada vez que pienso que quizá no lo recuerdes y yo te pierda.

—No, tranquilo. —Me levanté y lo abracé. Me dio pena, mucha. Sentado, él se entrelazó a mi cintura con ganas, reposando la cabeza en mi torso—. Solo dame tiempo para recordar. Estoy en ello, cada día regresan más datos a mi cabeza y ocupan su lugar correspondiente.

—Entonces déjame que lo investigue, necesito resarcirte, mi amor. Actuaré solo y sin que nadie se entere.

—Está bien —transigí—, pero con dos condiciones.

—¿Cuáles? —Alzó la cabeza para mirarme, expectante.

—La primera, que yo intentaré sonsacarle algo sobre lo nuestro. Tengo una cita con él pasado mañana y necesito ver su reacción.

—Pero debes ser sutil para evitar que descubra nuestras sospechas —me aconsejó.

—Lo seré, tranquilo —afirmé.

—¿Y la segunda? —preguntó.

—Que en cuanto tengamos algo sólido de lo que tirar se lo comunicaremos a Scott y al capitán.

—Trato hecho, Úrsula. —Sonrió.

Mientras Cook conducía para llevarme a la consulta de la que tiempo atrás fue mi psicóloga, no paraba de pensar. Las dudas anidaban en mi cerebro y me machacaban impiadosas. ¿De verdad podía estar la mano del doctor Clark detrás de todo? ¿Habría sido él quien intentó matarme? Me costaba creerlo y, a la vez, de forma contradictoria, con las palabras de Cook retumbando en mi cabeza como el eco en la montaña, pensaba que igual podía ser cierto. De ahí que las dudas se abrieran hueco en mí hasta quedar instaladas, tomando posesión de mi raciocinio. Pero no podía apuntar de nuevo a alguien sin pruebas, no después del grave error cometido con el sargento Peterson. Los indicios me habían demostrado que no siempre eran fiables, y sin pruebas sólidas era desacertado sacar una conclusión, menos aún dar algo por sentado. Lo único fidedigno era que, de seguir así, con tanta sospecha y sin tener nada claro, iba a volverme loca.

La sala de espera de la consulta de la doctora Williams permanecía igual que en mi última visita, la recordé nada más verla. Era amplia, con las paredes malvas, cuadros con paisajes relajantes y sillones y mesa de centro en color blanco. Me senté a esperar que me llamaran, solo yo ocupaba en ese instante la sala. Observando un cuadro que mostraba una preciosa arboleda, Scott se presentó en mi cabeza. Desde los ventanales de su *loft* me vi contemplando las hojas de los árboles que empezaban a adquirir el tono dorado característico de la llegada del otoño, del mes de septiembre. Scott se acercó, me ofreció un refresco y me felicitó por llevar tres meses sin probar ni una sola gota de alcohol y por estar muy centrada de nuevo; el mismo tiempo que llevaba acudiendo a la doctora Williams. Ilusionado, me dijo que volvía a ser la detective que siempre había sido, la persona que recordaba, no la de meses atrás. Últimamente había cambiado tomar unas cervezas con las que evadirme por emborracharme; no tener pelos en la lengua, por ser grotesca; tener un temperamento fuerte, por ser irascible... Pero todo estaba cambiando, y no solo yo lo percibía, Scott también lo captaba y me lo estaba haciendo saber. Me sentí feliz con sus palabras, mucho. Aunque más feliz me hizo escucharle concluir con un «estoy muy orgulloso de ti». Eso me colmó de alegría, y le regalé una mirada de agradecimiento.

Después, en silencio, Scott clavó su mirada en mis ojos, me retiró un mechón de cabello del rostro y me acarició la mejilla con el dorso de la mano. Acabó abrazándome, si bien sus ojos ya llevaban un rato haciéndolo, acunándome en su pecho. Me dio un gran abrazo con el que una vez más sentí nacer la atracción sexual; acomodarse entre nosotros se estaba convirtiendo en un hábito. Nos separamos despacio, casi sin ganas de hacerlo, pero al final distanciamos los cuerpos. En ese momento deseé hablar, confesarle de golpe mis sentimientos. Sin embargo, y para no variar, las palabras se volvieron escurridizas, patinaban en las cuerdas vocales y no

lograban salir al exterior. Una vez más, el miedo las amedrentaba y las empujaba hasta el último rincón de mi alma.

Scott también permaneció callado, parecía que esperando a que yo dijera algo. El silencio se volvió denso e incómodo y pensé que había que romperlo como fuera. Sin venir a cuento, y con un extremo nerviosismo agujoneándome las vísceras, le pregunté de qué conocía a la doctora Williams. Primero se quedó un poco sorprendido, pero luego sonrió de forma tímida y, acto seguido, me reveló que sabía de ella a través de su hermana pequeña, que también era paciente suya. Acudía a su consulta para superar su claustrofobia, una situación que le condicionaba la vida. Viviendo en la ciudad de los rascacielos no podía permitirse ser incapaz de montarse en un ascensor.

—Señorita Grechi, ya puede pasar a la consulta —me anunció la recepcionista, devolviéndome a la realidad.

La sonrisa de bienvenida con la que me obsequió la doctora Williams me relajó por completo. Hacía seis meses que no nos veíamos, pero la confianza que me transmitía fluyó en unos meros segundos. Tomando asiento, me preguntó cómo me encontraba y qué tal me iba todo. Tras responderle a las preguntas de cortesía, con premura le hablé de la agresión y de la pérdida de memoria. Charlamos un rato de ello, sobre la investigación que se hallaba estancada, sobre la vigilancia que me mantenía custodiada, sobre mi falta de recuerdos de esa noche, que todavía permanecía en blanco en mi memoria, con lo necesaria que era para esclarecer los hechos. Después de esos minutos iniciales de charla y de ponerle al tanto de lo poco que había recordado, no sabía de qué forma continuar para tratar lo que realmente me interesaba. La doctora pareció intuirlo y, sin más preámbulos, enfocó la conversación en el tema que yo requería.

—Úrsula, ¿para qué has venido en realidad? —preguntó con curiosidad.

—¡Vaya! Es evidente que hay un porqué para mi regreso —contesté haciendo gala de mi sinceridad.

—Desde luego, lo he tenido claro desde que me llamaste —aseveró—. Aunque ahora, después de escucharte, no considero que sea porque te encuentres peor, hay otra causa.

—Sí, la hay —afirmé.

—Pues no perdamos el tiempo con rodeos, dímela.

—Necesito que me ayude a enlazar mis recuerdos. A usted le habré contado cosas que de seguro no he tratado con las personas de mi alrededor.

—Está bien, pregúntame lo que precise. —Asintió conforme.

—¿Cuándo empecé a acudir a su consulta, en qué fecha?

—Déjame que mire un momento —dijo buscando en el ordenador—. A mediados de mayo del año pasado, y, por si te interesa, dejaste de hacerlo a últimos de septiembre —recalcó.

—Cuénteme por qué empecé a venir.

—Porque te habías convertido en una esclava de tu dolor. El sentimiento de culpabilidad te estaba boicoteando la vida.

—Es difícil deshacerse de él, sí —aseguré.

—Has tenido una vida compleja en algunos aspectos, eso es obvio, pero tú no has tenido la culpa de nada, han sido los caprichos del destino. Un embarazo a edad prematura, el hombre al que amabas te dio la espalda, y tus padres, pensando en tu bienestar, te convencieron de abortar. Todo eso ya era demasiado duro y necesitaba de un proceso de asimilación y aceptación para poder superarlo. En cambio tú no tuviste ese periodo porque te encontraste con la inesperada muerte de tu hermano y todo giró y cambió. Giró en torno a esa muerte que cambió la vida de la familia. Tu madre no pudo soportarlo y terminó apartándose del mundo de forma voluntaria, y tú tuviste la desafortunada suerte de encontrar su cuerpo inerte. —Hizo una pausa—. Sin duda son causas muy traumatizantes, y la mente no siempre sabe batallar con ellas, o no de la manera correcta. En tu caso entraste en una espiral destructiva de culpabilidad que te ha ido carcomiendo día a día. Pero insisto, tú no eres culpable de nada, si me apuras diré que eres una víctima de la circunstancias —aseguró con aplomo.

—Pudiera ser, igual soy una víctima —coincidí con ella.

—Tampoco quiero que cambies la culpabilidad por la compasión, Úrsula. No se trata de que te compadezcas, sino de que avances dejando todo eso atrás —explicó sin apartar su pupila de la mía—. En mi opinión, deberías haber acudido antes en busca de ayuda profesional, dejaste pasar muchos años, alimentaste a tu mente de forma equivocada y la enviciaste.

—Yo intentaba mantenerla a raya, pero no siempre lo conseguía.

—No puedes mantener a raya algo que no curas, menos aún si lo tientes con frecuencia; eso lo convierte en abrasivo y lo ulcera. Todas las experiencias traumáticas que sufrimos, si no las tratamos como a cualquier otra herida, tarde o temprano nos pasarán factura en el alma y en la mente. Eso es lo que te ocurrió; la infección de tu herida ya era muy extensa y explotaste. —Vaciló antes de proseguir—. Te hice comprender que superar la pérdida de tus seres queridos no significaba traicionarlos ni olvidarlos, en ese sentido te ayudé a aliviar tu alma. Pero acumulabas tanto que supuse que había podido desembocar en algo más, que igual tu mente requería de otro tipo de ayuda, por eso te derivé al doctor Clark, un gran psiquiatra. Mi idea era que ambos te tratáramos, pero no sé por qué razón tú dejaste de acudir a mi consulta.

—Yo tampoco lo tengo claro del todo. —Zarandeé la cabeza.

—Bueno, el pasado, pasado es —resolvió—. Lo que importa es que ahora estamos aquí y que si tú quieres podemos retomar las citas. Me gustaría seguir viéndote y tratándote, Úrsula. —Esperó mi respuesta expectante.

—Sí, por qué no. —Asentí.

—Muy bien, me alegra volver a ser tu psicóloga —enunció contenta.

—Yo también creo que me alegro. —Sonreí de forma comedida.

—Y ya que hemos reanudado nuestra relación, ¿por qué no aprovechamos esta sesión? Me gustaría ponerme al día de tu situación actual.

—Claro —afirmé.

—Te haré algunas preguntas.

—Vale. Otra cuestión es que yo pueda responderle, recuerde mi estado amnésico.

—¡Es cierto, qué tonta! —espetó—. Tengo tantas ganas de ponerme a trabajar contigo que lo he olvidado.

—Tranquila y pregúnteme; por suerte, voy almacenando algunos datos.

—Entonces seré directa: ¿recuerdas si has vuelto a beber o a buscar sexo ocasional desde que estás en tratamiento?

—Creo que no volví a beber hasta unos días antes de atacarme. Aunque ese día en particular parece ser que iba bastante perjudicada, al menos eso me han contado.

—¿Borracha?

—Sí —afirmé con cierta vergüenza.

—¿Por qué bebiste tanto ese día?

—No lo sé, eso no lo he recordado. —Negué con la cabeza e, intentando cambiar la conversación con presteza, añadí—: En cuanto al sexo, ahora tengo una relación con un compañero. Según él, llevamos cuatro meses, aunque tampoco lo recuerdo con claridad.

—¿Al fin con Scott? —preguntó.

—No, no es él. Sé que me gusta Scott, pero no es él —contesté en tono apagado.

—No solo te gusta, llevas años enamorada de Connor Scott. Me lo revelaste en más de una ocasión, al igual que me confesaste que no eras capaz de decírselo a él. —Tamborileó los dedos sobre la mesa, esperando mi reacción.

—Es cierto, yo también lo he recordado. —Suspiré apenada—. Sé que lo amo, pero no puedo hacérselo saber. Me aterra el mero hecho de pensarlo y no sé por qué razón me da tanto pánico.

—Todo tiene una causa, Úrsula, y estábamos empezando a trabajarla cuando dejaste de venir. —Sonó a reproche.

—Y podría darme una pista de esa causa —le solicité.

—Por supuesto —aseveró—. Y no solo voy a darte una pista, te lo explicaré. Verás, para ti es fácil enfrentarse al sexo, ahí solo expones tu cuerpo, nada más. En cambio, enfrentarte al amor no es tan sencillo, con él expones sentimientos y, de forma inconsciente, tu mente retrocede a la etapa con Robert y asocia el amor con el dolor. Por eso tu cerebro te asedia, se fortifica para impedir el paso a nadie y para que tú no des ninguno en esa dirección. Eso se llama bloqueo emocional, y debes superarlo.

—¿Cómo?

—Concediéndote la licencia de volver a confiar.

—¿Y de qué forma lo logro? —interpelé confusa.

—Trabajando la confianza —respondió—. Y da igual todas las pautas que yo te

dé, eso solo tú puedes conseguirlo, solo está en tu mano. Debes comprender que confiar de nuevo no significa que vayan a volver a traicionarte, eso es lo que debes trabajar para retirar tu coraza protectora y abrirte. Ábrete a la vida. Canaliza tus sentimientos y derriba ese bloqueo si quieres sentir, vivir. ¡Vive, Úrsula! —exclamó.

—Eso quiero y eso intento, vivir.

—Pues hazlo, continúa por ese camino. Trabaja tus miedos e inseguridades para dominarlos, no les permitas que te sometan. Aunque cueste, se puede hacer, debes hacerlo —me aconsejó.

—Vale, lo haré —aseguré.

—Muy bien. —Sonrió—. Nuestra actitud es la responsable de hacernos alcanzar el objetivo marcado, y ahora mismo la tuya es la correcta. No pierdas esa actitud, Úrsula.

—Intentaré no perderla.

—Intentar no, conseguir —recalcó.

—Entonces conseguiré no perderla —concluí, y ella asintió satisfecha.

Cook me llevó de vuelta a mi casa. Durante el trayecto no dejaba de preguntarme por qué mantenía una relación con él cuando amaba a Scott, cuando nada de él me atraía, o al menos no a la actual Úrsula. Lo miré y me devolvió una mirada tan cómplice y cariñosa que me remordió la culpabilidad. Daba la impresión de que me amaba mucho y, sin embargo, yo no sentía nada por él.

Una vez en mi apartamento, Cook paseó con suavidad la mano por mi mejilla hasta posarla en mis labios.

—Hecho tanto de menos tus besos, Úrsula. Tus aceleradas ganas de mí cuando llegábamos aquí, a tu casa. Nos quitábamos la ropa el uno al otro con urgencia, entre besos, cayendo al sofá, el lugar que más solíamos usar por las ansias de estampar nuestra pasión. Aunque hemos utilizado todos los sitios de este apartamento para hacer el amor, el deseo nos consumía. Era fantástico, cariño. Eres una mujer tan fogosa.

—Sí, una fiera en la cama —repetí las palabras que ya me comentó.

—Correcto. —Sonrió, y añadió—: Te quiero, Úrsula.

Me quedé impactada tras escucharle. De buenas a primeras, Cook me soltaba que me quería y se quedaba tan ancho. Suspiré, observándolo, yo no sabía si le había querido alguna vez, pero desde luego ahora no lo amaba. *Amar* era una palabra grande, con un significado muy serio, y yo comprendía que amaba a Scott, a nadie más. Tampoco recordaba qué tipo de sentimientos le habría manifestado o demostrado a Cook, si para mí resultaba otro peón con el que jugar para llamar la atención de Scott, tal y como hice con Gordon, o si tan solo era un pasatiempo con el que divertirme. Pero fuera como fuera, yo tenía algo muy claro, cristalino y nítido: no lo amaba. En medio de mi meditación, Cook, despacio, aproximó su cara a mis labios, esperando una respuesta de mi boca.

—Por favor, Cook —susurré, descendiendo el rostro con sutilidad.

—Es cierto, necesitas tiempo —enunció alicaído—. Ya me lo has dicho.

Asentí y, con un escueto adiós, me despedí de él y cerré la puerta, envuelta en un desagradable estado de desasosiego que me provocaba estar engañándolo. Le pedía tiempo, pero sabía con certeza que mis sentimientos no iban a cambiar el dictamen de mi corazón, el que llevaba años demandándome. Ahora era otra mujer, una que había decidido que no quería más hombres en su vida salvo a Scott. Los remordimientos salieron a flote con la misma rapidez que un corcho sumergido en el agua, quedando de pleno a mi vista, arañándome el alma. Debía ser sincera con Cook, no podía hacerle albergar esperanzas que no iban a darse, por mucho empeño que pusiera. Ya no quería mentir más, ni mentirme a mí misma. Deseaba retomar las riendas de mi vida, las mismas que dejé abandonadas cuando Robert repudió mi amor y las desgracias se cebaron con mi familia. No sabía cómo ni cuándo, pero debía expresarle mis verdaderos sentimientos a Cook.

La cabeza comenzó a dolerme de nuevo y me sentí muy cansada, aunque más de forma mental que física. Me acerqué a la cocina a por un vaso de agua y me tomé un par de ansiolíticos, necesitaba relajarme y descansar.

\*\*\*

Scott se encontraba en mi apartamento bebiéndose una cerveza muy fría. Hacía calor. Mucho calor. Calor en exceso. Retiró de su cuerpo la ceñida camiseta que vestía, dejó su arma encima de la mesa y se acercó a mí. Yo lo observaba embelesada, en silencio, disfrutando de la hermosa vista que me ofrecían sus trabajados pectorales, su torso cincelado por los dioses. Tomó mis manos con delicadeza y las paseó por su fibroso pecho, tan definido. Luego las hizo ascender sin prisa y terminó dejándolas en su cuello. Las entrelacé en él sin perder de vista sus ojos verde pardo, que en ese momento hablaban con los míos. Me gritaban lo mucho que me deseaba, las ganas que tenía de hacerme el amor. Halagada por su deseo, me despojé de la camiseta de tirantes y mi torso desnudo le invitó a amarme. Scott se lanzó a mis labios, nuestras bocas estaban sedientas de pasión. Sus brazos me elevaron y, rauda, entrelacé las piernas a sus caderas, atrapándolo en mi vehemente cuerpo. Su boca buscó otro destino distinto y colonizó mis pechos. El satinado roce de su lengua en mis turgentes pezones me hizo jadear; era un contacto tan soñado como anhelado, imposible que fuera más deleitoso. Debido al minúsculo tamaño de mi apartamento, en tan solo dos zancadas llegamos al sofá, y Scott, con cuidado, dejó caer nuestros cuerpos sobre él. Las bocas perdieron la cordura y toda la decencia, nuestras lenguas pasaron a flagelarse con una insistencia devoradora que nos consumía, que nos apremiaba con ímpetu para que consumáramos nuestra pasión. Retiramos la poca ropa que aún nos vestía y, en medio de los fogosos azotes de nuestros órganos bucales, por fin sentí a Scott en mi interior, poseyéndome, siendo mío. Quería verle el rostro, contemplar la misma felicidad que a mí me embargaba, admirar lo mucho que

gozaba haciendo suyo mi cuerpo. Aparté mi boca de la suya, abrí los ojos y... ¡Era Cook! ¡Cook, no Scott! ¡Cook y yo haciendo el amor! ¡No! ¡No! ¡No! Desperté aturdida, sobresaltada, con angustia y empapada en sudor. De inmediato supe que no era un recuerdo, como en otras ocasiones, sino un sueño. Uno que no me había gustado nada. Nunca me había acostado con Scott, lo tuve claro en ese momento, por si habitaba en mí cualquier resquicio de duda. Tan solo nos habíamos besado en una ocasión, un beso largo y dulce que me paró el corazón, y ahora, cada vez que lo recordaba, me encogía las entrañas hasta comprimírmelas en un ovillo. Mi sueño era amar a Scott, pero con quien compartía fluidos era con Cook. Scott era mi fantasía; Cook, la realidad. Una que no deseaba ni quería, pero la única que existía de verdad.

Le había pedido a mi padre que esa tarde no viniera a buscarme, alegando que Samantha Morre, mi compañera, iba a hacerme una visita; toda una mentira. La realidad era que no me apetecía salir y sabía que ese pretexto no le disuadiría de venir a por mí, y yo necesitaba estar sola para ordenar mis recuerdos, pensamientos y sentimientos.

El móvil sonó mientras el microondas cocinaba unos espaguetis a la carbonara. Mi relación con la cocina era nula, se limitaba a tener comida precocinada que un horno generador de ondas electromagnéticas de alta frecuencia preparaba en unos minutos, nada más. Al leer en la pantalla el nombre Scott, el corazón se me aceleró, casi se desbocó. Desconocer si esa llamada sería para firmar la paz o para avivar la guerra que habíamos iniciado, me puso los nervios de punta.

—Hola, Scott —le saludé de forma afable.

—Hola, Lula —contestó. Oír la modulación de su voz y la forma de nombrarme me destensó—. ¿Qué tal estás?

—Bien. Mejor ahora que te escucho normal... Digamos tranquilo —puntualicé.

—Sí, estoy calmado, y sobre todo arrepentido. Por eso lo primero que quiero hacer es pedirte disculpas.

—No pasa nada, te entiendo —expuse—. Comprendo que de alguna forma te hayas sentido ofendido, yo en tu lugar también me habría molestado. Somos amigos y te he omitido algo importante.

—Vaya, pues te agradezco que al menos me entiendas —agregó contento.

—Lo he hecho, Scott, créeme.

—Tus comprensivas palabras me reconfortan mucho, de verdad.

—Me alegro, y quiero que sepas que las digo de corazón.

—Lo sé, Lula. —Hizo una pausa—. Y aclarado el asunto, cambiemos de tema.

—Espera un momento, voy a sacar mi cena del microondas si no quiero que se consuma.

—Veo que sigues siendo una gran cocinera —dijo de forma irónica.

—Sí, todo un chef del microondas —bromeé mientras sacaba los espaguetis, rememorando que yo me denominaba así.

—¡Eh! También veo que esa parte de tu vida la has recordado.

—Sí, lo acabo de hacer —dije entre risas.

—Me alegro.

—Y qué querías decirme, mis dotes culinarias te han interrumpido —volví a bromear.

—¿Cuándo vuelves a verte con tu psiquiatra? —preguntó.

—Mañana. Tengo una cita con el doctor Clark a las doce.

—¿Me permites que te lleve yo? —sonó a ruego.

—Por supuesto —respondí—. Es más, creo que te lo debo.

—Vale —enunció feliz—. Entonces mañana paso a por ti sobre las once, ¿ok?

—Ok, Scott. Y me gustaría añadir algo.

—Pues dilo —me invitó.

—No quiero que haya más secretos entre tú y yo, así que necesito que lo sepas. Hoy he ido a ver a la doctora Williams —le revelé.

—¿Y eso? —preguntó intrigado.

—Preciso de su ayuda, a ver si de ese modo soy capaz de recordar más cosas. Igual que necesito de la ayuda del doctor Clark.

—Me parece muy bien.

—Y aún debo confesarte algo más.

—Dime —formuló solícito.

—La doctora no me dio el alta, yo dejé de acudir a su consulta por cuenta propia.

—¿Por qué hiciste eso? —demandó en tono reprobatorio.

—Porque no quería que me trataran tantos médicos, me hacía sentir una loca —hablé casi con angustia.

—Lula, no estás loca ni mucho menos, tan solo tienes problemas emocionales.

—Ahora lo veo de otra forma, Scott, de veras, pero entonces... —soplé conturbada—. Por eso voy a seguir yendo a la consulta de la doctora Williams, ya tengo cita para la próxima semana.

—Me parece una idea estupenda —aseguró—. Y ya que hemos abierto la tanda de confesiones, yo también quiero decirte algo.

—Te escucho.

—He estado hablando con Cook. Mi comportamiento de ayer no estuvo bien, fui incisivo con él.

—Un poquito, sí —afirmé.

—Por eso le he pedido disculpas, pero yo quería hacerte saber otra cosa. Verás, con la conversación que hemos mantenido me he dado cuenta de lo enamorado que está de ti, le brillan los ojos cuando te menciona. Está sufriendo mucho por lo que te ha ocurrido, ya sabes que no para de sentirse culpable por no acompañarte esa noche. Aunque ahora veo que se debe a una pura cuestión de amor, no de compañerismo. Y después de este breve contexto, y sin ánimo de molestarte, eso que vaya por delante, quería preguntarte por tus sentimientos hacia él. Úrsula, ¿lo quieres?

Permanecí apenas sin respirar tras escucharle. Scott me estaba preguntando si quería a Cook, cuando yo lo amaba a él; el alma se me estrechó. De forma agresiva, el cerebro me chilló que le confesara mi amor de una vez por todas y, con su altanero don de mando se lo ordenó a las cuerdas vocales, pero estas se sublevaron y se negaron a obedecer.

—Lula, responde, ¿lo quieres? —insistió.

—Yo... yo... —Respiré hondo y busqué la templanza que necesitaba para aclarar

su duda—. Scott, y con la sinceridad por delante, no sé si lo he querido, aún no he recordado lo que sentía por él —confesé pausada.

—¿Entonces?

—Entonces solo puedo decirte que ahora no me nace nada por Cook, no te voy a mentir.

—Pues espero que reorganices lo antes posible tus sentimientos y recuerdos, él está ansioso porque vuelvas a ser la de antes y retomar la relación. Debes tomar una decisión para intentar no hacerle daño, u ocasionarle el menor posible.

—Sé que debo tomar una decisión sin más demora, pero gracias por el consejo, Scott.

—Ya sabes que siempre estoy a tu disposición.

—Lo sé, gracias de nuevo —contesté, pensando que ojalá su corazón también lo estuviera. Con ese pensamiento, me asaltó una duda—. Scott, ¿sigues con Melanie?

—¿Melanie?

—Sí, Melanie. La modelo despampanante que bebía los vientos por ti —le expliqué con un ápice mordaz.

—Recuerdo perfectamente quién es Melanie. La falta de memoria es tuya, no mía —bromeó, y le escuché reír—. Aunque ya veo que la has recordado.

—Sí, lo hice hace unos días.

—Pues siento decirte que ya no estamos juntos —contestó—. Melanie es agua pasada, rompí con ella de forma definitiva al acabar el verano. Tú llevabas razón, una relación no puede sostenerse solo con sexo, y eso era lo único que había entre nosotros.

«Siento decirte que ya no estamos juntos», qué noticia más sosegadora, qué frase tan preciosa; me sonó a música celestial, me supo a gloria, a la mejor ambrosía... La felicidad se expandió por mi cuerpo, pero, controlándola para que no fuera evidente, dije:

—Bueno, al menos tú te diste cuenta a tiempo y no cometiste la torpeza de casarte para comprobarlo.

—En eso llevas razón —admitió entre risas.

—Y ahora, ¿sales con alguien? —pregunté, con la esperanza de recibir una negativa.

—No, con nadie en particular —respondió.

—Y con todas en general —acabé la frase por él. De repente me llegó a la cabeza, era algo con lo que bromeaba mucho.

—¡Vaya, también lo has recordado! —exclamó feliz.

—Sí, ahora mismo. —Me reí, sintiendo a mis células dar saltos de alegría de todo tipo, carpados, tirabuzones, mortales... Scott no estaba con nadie, y eso me hacía albergar una posibilidad con él. Y de pronto pensé en mi larga cantidad de aventuras y las palabras se escaparon por mi boca—: También parece que yo cumplía con ese lema, he tenido bastantes aventuras, algunas con compañeros del departamento.

Samantha me lo comentó y las he recordado. Según ella, levanto pasiones —maticé con sorna.

—¡Oye, no te lo tomes a broma porque es cierto! —replicó—. Para que un hombre no se fije en ti debe estar ciego, detective Grechi.

¿Y por qué tú no te fijas en mí? ¿Acaso estás ciego? ¿No percibes lo que siento por ti? ¿No estarías dispuesto a empezar algo conmigo? Todo eso quería preguntarle, pero no podía pronunciarlo. De nuevo los vocablos se escurrieron hasta el fondo de mi estómago, una pesada bola de temor los alojó en él y no fui capaz de articular palabra, como siempre.

—No sé qué decirte. —Esa fue la tonta frase que acerté a responder. Claro que sabía lo que debía decirle, otro asunto era que no me atreviera porque me faltaba una tonelada de valor.

—No hace falta que digas nada, la realidad es la que es. Y como estás tan reveladora, me siento en la obligación de contarte algo más de mí.

—¿El qué?

—Por ejemplo, que yo también me he enrollado con alguna que otra compañera. O que también me he acostado con la primera que se me ha cruzado en el bar, a quien, después de unas copas y un rato de charla, le ha parecido bien pasar por mi cama —manifestó—. Úrsula, somos humanos y tenemos necesidades, y a eso hay que sumarle nuestro trabajo, que nos resta tiempo y nos lo pone difícil a la hora de compaginarlo con una relación. ¿Por qué crees que muchos compañeros acaban juntos? Porque solo otro poli sabe comprender esta profesión. Uno es policía las veinticuatro horas, es difícil desconectar.

—También por eso mismo hay muchos solteros.

—Cierto —coincidió conmigo—. Y tú y yo seremos de esos, ninguno queremos ni buscamos compromisos, los dos somos espíritus libres.

—Solterones, ¡qué bien! —anunció mi sarcasmo.

—Tú ya has estado casada. Por un corto espacio de tiempo, pero ya sabes lo que es un matrimonio. Nada envidiable, ¿a que no?

—La verdad es que no. —Reí.

—Pues solterones, ¡adjudicado! —exclamó jocoso—. Además, míralo por el lado positivo, así, siendo unos solterones, siempre estaremos juntos. Podremos seguir yendo al Manhattan Club a quitarnos el estrés y a donde nos plazca; nunca tendremos que dar explicaciones a nadie.

—Pero compartir la vida con alguien a quien ames también debe de ser bonito, ¿no crees?

—No lo sé, no lo he vivido.

—Yo tampoco, aunque haya estado casada. Mi matrimonio no es un buen ejemplo —aseguré—. Pero cuando pienso en el de mis padres y recuerdo el amor tan fuerte que se profesaban... Eso sí es precioso.

—Entonces será mejor que yo no recuerde el de los míos, fue de todo menos

bonito —siseó—. Se divorciaron cuando yo tenía doce años y aún los escucho discutir.

—¿Es por eso que nunca has pensado en compartir tu vida con alguien?

—Podría ser.

—¿Te da miedo el compromiso?

—También podría ser.

—¡Joder, me aclaras poco! —espeté.

—¿Qué quieres que te diga si yo tampoco lo tengo muy claro? Puede ser que no se me den bien las relaciones, o que este estilo de vida que llevo resulte incompatible con ellas, no sé.

—Me alegra ver que mi mente no es la única confusa —bromeé.

—¡Claro que no! La mía en ocasiones es un hervidero de preguntas sin respuestas —arguyó—. Y eso que yo no he recibido ningún golpe en la cabeza —trató de seguir la broma.

—Yo espero que este golpe no me vuelva loca antes de recuperar todos mis recuerdos. A veces mi falta de memoria, y por lo tanto de comprensión ante mi propia vida, me hace rozar la paranoia.

—Claro que recuperarás la memoria; de hecho, lo estás haciendo. Date un poco más de tiempo y todo volverá a la normalidad. Y espero que lo próximo que recuerdes sea la maldita noche que te atacaron. Quiero coger al hijo de puta que lo hizo y hacerle pagar por ello —habló enfurecido.

—Yo también lo deseo con ganas, Scott, pero se resiste. —Pensé en Cook, en la investigación que iba a llevar a cabo sobre el doctor Clark, algo que de nuevo le omitía a mi compañero. Pero no podía contárselo, o mejor dicho, no debía: le prometí a Cook guardar silencio y lo iba a cumplir—. ¿Sabes? Es gracioso recordar lo que te gustaría olvidar para siempre y, por el contrario, que lo que necesitas saber no quiera llegar a tu memoria.

—Más que gracioso yo diría que es una putada.

—Muy cierto —convine con él. Y de pronto, y sin saber por qué, su beso penetró en mi mente y deseé preguntarle algo más. Haciendo un extraordinario acopio de coraje, esta vez las palabras sí se atrevieron a salir de mi boca—. Scott, hemos hablado un poco de nuestras relaciones con los compañeros y me gustaría saber si entre tú...

—¿Si entre tú y yo ha habido algo? —atajó en decir.

—¡Caray! —espeté—. ¿Me has leído los pensamientos? —pregunté sorprendida.

—No, tan solo esperaba esta pregunta en cualquier momento.

—¿Y cuál es la respuesta? —El corazón me palpitó a doble velocidad. Estaba segura de que entre nosotros solo había habido un frustrado deseo. Estaba convencida. ¿Lo estaba?

—Que sí. —Se me cortó la respiración—. Que no. —La recuperé, aunque entonces me falló el corazón—. Vamos, que la tensión sexual convivía con nosotros

de vez en cuando —respondió, y el motor de mi cuerpo retomó su ritmo.

—Así que nunca la hemos resuelto.

—No —contestó tajante—. ¿Para qué perdernos como compañeros por un calentón? Para desfogarnos ya tenemos a otras personas, Lula.

—Claro, llevas razón. Un calentón y luego qué —dije, notando a mi alma desgarrarse.

—Exacto. Porque aunque no lo hayas recordado, te lo digo yo: tú no buscabas nada más con un hombre.

—Y tú tampoco con una mujer, ¿verdad? —pregunté de inmediato.

—No —respondió categórico—. Como te he dicho, ambos pensamos igual, somos espíritus libres, y sobre todo amigos. Que la atracción estaba era un hecho, pero mezclar el sexo no habría traído nada bueno, y los dos lo sabíamos.

Pensé que Scott no sabía nada, no conocía mis sentimientos, no sabía que yo nunca lo vi como a los demás hombres... Desconocía que estaba enamorada de él hasta los tuétanos, pero el miedo a ser un rato de cama sin más me impidió avanzar. El temor a su rechazo me amordazó. Pensar en entregar de nuevo mi corazón y que fuera vapuleado me llenaba de pavor y me atenazaba entera. Por eso llevaba años callando. Por eso mismo él ignoraba mi verdadero sentir.

—Llevas toda la razón, acostarnos no hubiera traído nada bueno —concluí.

—Desde luego que no —aseveró—. En fin, después de esta dilatada y reveladora conversación, me despido de ti. Una vez más te pido que olvides mi comportamiento, eres muy importante para mí y no quiero que nuestra amistad se vea dañada nunca, Lula.

—No te preocupes, ya lo he olvidado. Aunque espero que sea lo único que no recuerde —bromeé yo también, y reímos.

—Que pases buena noche, mañana nos vemos.

—Igualmente. ¡Ciao!

Al colgar respiré profundo y sentí un intenso escozor recorriendo mi ser, aunque de manera más severa en el corazón. Las palabras de Scott lo habían hecho arder, quemarse a lo bonzo, y me estaba abrasando por dentro. Él no buscaba una pareja ni la quería, ni tan siquiera anhelaba llegar conmigo a la cama por mera satisfacción física. Aunque era evidente que yo tampoco lo buscaba, yo lo amaba y deseaba compartir mi alma con él, no solo nuestros fluidos. Pero en vista de su actitud, más me valía arrancármelo de las entrañas si no quería acabar sufriendo, al menos más de lo necesario. Scott había dejado muy claro lo que era: un espíritu libre. Entonces recordé por qué no llevaba puesta la pulsera que me regaló, por qué la había desterrado de mi muñeca y escondido con los demás recuerdos familiares: por el dolor que me producía verla. Me la quité la noche que, sin querer, le vi haciendo el amor con Melanie, lo que supuso su vuelta con ella. Esa imagen me quemaba la retina y cada vez que miraba la pulsera me la recordaba, por eso me desprendí de ella entonces, y por eso mismo la volvía a apartar de mi mano ahora. Sí, de nuevo me la

quité. Si bien en esta ocasión la guardé en mi joyero, no la escondí bajo tierra. No podía seguir con ella; por desgracia, me dolía volver a llevarla y leer su inscripción: «Compañeros para siempre». Eso era a lo único que podía aspirar con él, a ser su compañera, no su pareja. Leerlo a diario resultaba tan doloroso como echar sal en una herida.

Estábamos en el Manhattan Club tomando unas cervezas, como de costumbre; acudíamos al menos tres días por semana. El lugar se había convertido en nuestro refugio, un sitio donde charlar, bromear, tomar unas cervezas, jugar un poco al billar... Se convirtió en otra vía de escape más. Samantha llevaba un rato contándome chistes y yo no paraba de reír, hasta las lágrimas saltaron de mis ojos con tanta carcajada. Scott, mi antiguo compañero al que cada día añoraba más, y Cook, mi nuevo acompañante un poco verde en términos policiales, entraron en el bar. Ambos nos saludaron y se marcharon a charlar y beber con Morgan y Cooper, que estaban al otro lado de la barra. Después de unas cervezas, Cook se encaminó a mí.

—¡Oh, ya vuelve a la carga! —exclamó Samantha—. Es incansable el pobre, o masoquista, vete tú a saber. Así que me voy, lo que viene a continuación me lo sé de memoria. —Se levantó, se acercó a mi oído y me susurró—: Para mí que tu humillación le pone cachondo. —Nos echamos a reír.

—¡Eh!, ¿qué le has dicho? —preguntó Cook a Samantha mientras esta se acercaba al billar.

—Que te eche un polvo, a ver si así te callas de una vez, cansino.

—Buena propuesta, Morre, la secundo —dijo él sonriendo. Samantha levantó el pulgar hacia arriba y continuó a lo suyo—. ¿Por qué no haces caso a tu amiga? —Cook se dirigió a mí.

—Porque yo no hago caso a nadie, con mi vida hago lo que me viene en gana —contesté, mirándolo al bies.

—¿Y no te viene en gana pasar un buen rato conmigo?

—Dudo que estar en la cama contigo logre hacerme pasar un buen rato. En mi opinión, creo que aún tienes mucho que aprender en todo.

—¿Y cómo lo sabes si no lo has probado? —me preguntó.

—Porque lo percibo, lo capto, lo paladeo. ¿Te ha quedado claro?

—¿Acaso sabes con cuántas mujeres me he acostado para conocer mi grado de experiencia?

—No vayas de fantasma, Cook; no me gustan los tíos así —respondí.

—En cambio a mí me encantan las que me lo ponen difícil. Y te aseguro que te sorprendería descubrir lo disoluto que soy y el placer que sé dar a una mujer.

—¿De verdad sabes qué hacer con una mujer en la cama? —interpelé de forma sarcástica.

—Te repito que te sorprendería lo que un chico bueno como yo sabe hacer.

—Yo no he dicho que seas bueno, sino que tienes pintas de inexperto. Lo olfateo —añadió mi arrogancia.

—Pues tu olfato anda muy perdido.

—No, el que anda perdido eres tú conmigo. Yo te sorprendería. No estarías a la altura de lo que busco.

—Insisto, si no me pruebas, no puedes saberlo. ¿Quién sabe? A lo mejor después de pasar una noche conmigo vienes suplicándome más. —Arqueó las cejas.

—Sigue soñando, *bambino*.

—Quizás ya lo he hecho. —Paseó uno de sus dedos por mi brazo.

—Pues entonces continua, porque es en el único lugar donde me tendrás, Cook. —Aparté su mano de un manotazo—. Y ten cuidado, se ve pero no se toca, a ver si voy a tener que cortarte tu larga mano.

—Esto seguiré, Grechi, eres mi reto, recuérdalo.

—Más bien una prueba inalcanzable, porque nunca lograrás superarla. Soy mucha mujer para ti, chaval. —Chasquéé los labios.

Observé a nuestro alrededor, a los compañeros y clientes del bar que no apartaban sus ojos de nosotros. Algunos comenzaron a reír y Cook los sentenció con la mirada. Luego la dirigió a mí de forma áspera y se marchó como alma llevada por el diablo.

De pronto el escenario cambió, ya no me encontraba en el Manhattan Club, sino en mi casa, desnuda, practicando una afanosa danza, rítmica y placentera. Los jadeos bailaban al mismo son que yo, creando una armonía trémula, ascendente y descendente, tan sensual como deleitosa. Estaba a horcajadas sobre Cook, lo tenía atrapado, lo estaba poseyendo. Bajé la vista para contemplarlo, ya no era él, sino Parker. El capitán y yo frente a un espejo, él tomándome desde detrás, observándome desenchajado por el placer. Tenía una fijación especial por vernos reflejados, se defendió alegando que le fascinaba admirar mi precioso cuerpo mientras hacíamos el amor. Su cara desapareció y se transformó en Gordon. Gordon asiéndose a mis caderas, dejándome atrapada entre su cuerpo y la pared del servicio público donde nos encontrábamos practicando sexo. Mientras recibía sus maravillosas embestidas, su rostro cambió al del doctor Clark. Arthur Clark encima de mí, acometiéndome deseoso y con mucha habilidad. Seguí moviendo mis caderas encima de Cook. Parker aceleró el impulso. Gordon y sus empujones cobraban velocidad. Clark y yo estábamos a las puertas del orgasmo. Cook, Parker, Gordon, Clark... Los rostros se sucedían de continuo, a la vez que la cadencia se elevaba en busca de la culminación. Cook, Parker, Gordon, Clark... «Oh, nena, eres una fiera», dijo, y vibró. Palpitó en mi interior y me hizo temblar. Cuando los espasmos se detuvieron admiré su cara; era Cook. Había alcanzado el clímax conmigo. ¡¿Cook?! ¡¿Parker?! ¡¿Gordon?! ¡¿Clark?! Desperté despavorida, me levanté con urgencia y abrí la ventana de par en par para respirar, inhalando el aire por la nariz y expulsándolo con suavidad por la boca, una y otra vez, una y otra vez... ¡Me estaba volviendo loca! Estaba haciendo el amor pero la imagen cada vez me ofrecía un rostro distinto, un lugar diferente. ¿Por qué tenía que soñar con mis recuerdos? ¿Por qué se estaban mezclando los unos con los otros? ¿Qué me ocurría? La angustia se acrecentaba y la sensación de asfixia me mantenía atrapada. Me faltaba el oxígeno, aunque, de seguir así, también iba a dejar

de asistirme la cordura.

Scott me recogió para acercarme a la consulta del doctor Clark. Había pasado una noche horrible, mis ojeras lo denotaban, y así lo comprendió mi compañero, que nada más verme me preguntó si había dormido. No. No pude plegar el ojo en toda la noche. Y no lo conseguí primero por el horrible sueño que tuve, y después por mis pensamientos. Me pasé las horas en blanco, meditando de qué forma abordar con el doctor Clark lo que precisaba saber, la pregunta del millón: ¿Qué había entre nosotros? Que nos habíamos acostado quedó patente tras el angustioso sueño, el cual no era más que otro de mis recuerdos, que avalaba las palabras de Cook. Pero debía conocer hasta qué punto habíamos llegado, qué versión de la historia me ofrecía él.

Durante el trayecto hasta el barrio de Chelsea, en el lado oeste de Manhattan, un coche se cruzó en nuestro camino de muy mala manera, obligando a Scott a dar un brusco frenazo con el que me llevé un considerable susto. Aunque, como se suele decir, no hay mal que por bien no venga, y esa situación trajo a mi memoria otro recuerdo más: el día que comprendí que estaba enamorada de Scott. Connor Scott me atrajo desde el primer segundo que lo conocí, era un hombre muy guapo que no pasaba desapercibido para el género femenino. Desde ese día fantaseé con él en más de una ocasión, siendo sincera en muchas. Me era inevitable imaginarme con él, encajada bajo su cuerpo, atrapada entre sus musculados brazos y los hermosos ojos de color verde pardo que tanto me seducían. Pero Scott no solo era un tipo guapo y un musculitos, con el tiempo descubrí que además era un cerebritito, y eso me fascinó más. Es cierto que lo primero que entra por los ojos es el físico, aunque a mí terminaba conquistándome el intelecto; los hombres inteligentes me seducían con mayor rapidez. Para pasar un buen rato en la cama cualquier guaperas bastaba, pero más allá del sexo no todos valían, muchos no tenían conversación una vez subidos los pantalones. Sin embargo Scott era un tipo muy interesante, la mezcla perfecta de hombre físicamente atractivo y con una destacada inteligencia. Uno de esos hombres al que no te cansabas de escuchar porque cuanto decía resultaba de interés, cada una de sus palabras te ganaba. De esa forma, trabajando codo con codo y conociéndonos a diario, Scott escaló puestos en el *ranking* de los hombres que me atraían, hasta alcanzar el primer puesto. Sin darme cuenta, se convirtió en el protagonista de mi corazón y terminó llevándose la Palma de Oro. Si bien yo no fui consciente de haberle otorgado tal galardón hasta cuatro años después de ser su compañera. Entonces comprendí el nivel que había alcanzado mi atracción, cómo se había elevado a una categoría superior, a un rango más grande y amplio. Aquello solo podía clasificarse con una palabra: *Amor*. Amaba a Scott. Lo amaba y no tenía remedio. Lo supe nada más recibir la llamada del capitán Parker anunciándome que Scott había sufrido un accidente con el coche y lo estaban interviniendo a vida o muerte. En ese

conciso instante me atrapó el pánico. El súbito pavor me recorrió las entrañas y los nervios actuaron como culebras serpenteando por mi cuerpo, se enroscaron a mi alma, la retorcieron y acabaron arrancándome el corazón de cuajo. Al colgar grité rota de dolor, como una loca, sin atender a razones. Mi mente entró en bucle y, por un periodo de tiempo incalculable, con insistencia, repitió la misma frase: «No quiero perder a Scott; es mi amor, mi hombre».

Durante aquellas largas y tortuosas horas creí volverme loca debido al impiadoso dolor que sin cesar manaba de mí. Imaginar que podía perder a Scott actuó como un arpón de tres puntas; una me traspasaba, agujereándome, y las otras dos me desgarraban sin compasión. La idea de no volver a ver al hombre que mi corazón gritaba que amaba me despedazaba. Mi desconsuelo era tan abismal que dejó cautivas a las lágrimas, las cuales no fueron capaces de asomar por mis ojos hasta dos días después, cuando por fin pude verlo. Aunque no lloré hasta finalizar los veinte minutos que me dejaron estar a su lado. En aquel instante ver mi llanto o el de cualquier otro habría dañado a Scott, precisaba de ánimos, de fuerza, de energía... Lo vi tan vulnerable que sentí una terrible punzada de dolor en el pecho, me lo oprimió hasta rozar la asfixia.

Los médicos nos contaron que lo habían operado por un hemorragia interna que le costó el bazo. El accidente lo originó un conductor que se durmió al volante y se precipitó contra Scott sin darle tiempo a nada. El choque fue muy violento, tenía suerte de no haber perdido más que un órgano y una importante cantidad de sangre. Según ellos, que hubiera salvado la vida era un milagro. Fue entonces cuando me desmoroné. Me derrumbé tras salir de la habitación, tras entender lo cerca que había estado de la muerte y lo ignorantes que éramos del destino. Scott y yo nos habíamos despedido como siempre, después de tomar unas cervezas en el Manhattan Club. Se marchaba un par de días a Nueva Jersey a ver a su hermana mayor, como en otras ocasiones había hecho. Nada podía hacernos presagiar que igual no regresaba nunca, que esas cervezas podían ser las últimas que nos tomáramos, las últimas risas que compartiéramos, nuestra última conversación, nuestro último abrazado de despedida... Lloré como una niña pequeña, desvalida, a la que nadie socorre ni mitiga su desamparo. Pero, paradójicamente, cuando los compañeros intentaron asistir mi dolor, consolarme, me rebelé contra ellos. No quería su protección, no quería su pena, no quería sus ánimos; quería a Scott. Lo quería a él a mi lado, no a ninguno de ellos. Dejándolos a todos aturridos con mis gritos, quejas y desgarrador llanto, abandoné el hospital corriendo. Sabía que amaba a Scott, que lo quería con todas mis fuerzas, aunque él lo ignorase y quizá nunca tuviera el valor de revelárselo.

—Ya hemos llegado —me avisó Scott, parando el auto y retornándome a la realidad.

Lo observé con cariño, con la ternura que el recuerdo me había suscitado y con la felicidad de tenerlo a mi lado.

—¿Por qué me miras así? —preguntó.

—Por nada en especial. —Me encogí de hombros, disimulando la falsedad de mis palabras.

Scott hizo ademán de bajarse del vehículo.

—Si no te importa, espérame aquí —le sugerí, reteniéndolo por el brazo. Él me miró confuso, pero terminó asintiendo.

—Como quieras. Que te vaya bien.

—Gracias —dije, y le di un beso en la mejilla antes de apearme del vehículo y dirigirme a la clínica.

El doctor Clark se encontraba en recepción cuando entré. Me obsequió con una sonrisa antes de acercarme a él y de darnos los buenos días. Mientras caminamos hacia su consulta, no dejaba de preguntarme si él me habría atacado de verdad, me costaba creerlo teniéndolo a mi lado, sintiendo su afectuosa manera de tratarme. Pero también era obvio que las formas que empleaba conmigo se alejaban de lo profesional y, por consecuencia, me generaban muchas dudas. Con todo eso bulléndome por la mente, tomamos asiento.

—¿Qué tal estás, Úrsula?

—Bien. Voy recordando más cosas, aunque todas no son de mi agrado, doctor Clark.

—Arthur, por favor. Te he dicho más de una vez que me llames Arthur —insistió.

—¿Por qué? —pregunté a la defensiva.

—Porque tenemos confianza —contestó con su característica calma.

—¿Y por qué la tenemos?

Los labios del doctor vacilaron unos segundos antes de responder.

—Porque es bueno para nuestra relación.

—¿Qué relación? ¿Esa en la que nos acostamos? —solté sin más rodeos, aprovechando la coyuntura, me lo había servido en bandeja.

El doctor Clark se quedó lívido y apoyó la espalda en su sillón, meditabundo, frotándose la perilla blanquecina. Después suspiró despacio, dejando caer sus manos en el regazo y con la mirada perdida en la nada. Me dieron ganas de levantarme y zarandearlo para sacarlo de dónde quisiera que se encontrara en ese instante, pero al fin reaccionó y me miró.

—Lo has recordado —declaró casi en un susurro.

—Sí, he recordado que nos acostamos.

—¿Y qué más? —interpeló de inmediato.

—De momento nada más, por eso quiero que me lo cuentes, Arthur —pronuncié su nombre con retintín—. Ahora ya conozco el porqué de nuestra íntima confianza —expresó mi sarcasmo.

—Úrsula, solo ocurrió una vez y fue un error. Un grave error por mi parte —habló acelerado.

—¿Solo una vez?

—Solo, lo juro.

—¿Cuándo? —pregunté a renglón seguido.

—Hará poco más de un mes.

—¿Cómo? ¿Estaba con Cook cuando me acosté contigo? —demandé perpleja.

—¿Con Cook? —preguntó confuso, arrugando el entrecejo.

—Sí, con Cook, mi compañero. Tenemos una relación.

—Pues es la primera noticia que tengo, a mí no me lo has contado. —Lanzó un suspiro pincelado de desaprobación.

—Llevo cuatro meses con Cook, te lo digo ahora.

—¿Y qué pasa con Scott?

—¿Qué sabes tú de Scott? —demandé molesta.

—Yo conocía tu enamoramiento por Scott, no por Cook. —Sonó a reproche.

—¡Dios, qué coño hacía con mi vida! —alcé la voz embozándome el rostro, desorientada por mis actuaciones.

—No te mortifiques, Úrsula, por favor —me aconsejó—. A pesar de que no me contarás tu relación con Cook, puedo asegurarte que no era alguien importante para ti, sé que no lo querías.

—¿Y a ti? —inquirí veloz.

—Tampoco. —Negó con la cabeza—. Insisto, sé que tu corazón es de Scott.

—Y tú, ¿me querías a mí?

La huidiza mirada del doctor Clark fue acorde al largo silencio que se hizo.

—Te he hecho una pregunta, ¿me querías? —insistí.

—Mejor hablemos en presente —respondió por fin—. Me siento muy atraído por ti y te tengo cariño, no lo voy a negar.

—¿Y eso qué significa?

—Ni más ni menos que lo que has oído —respondió—. Por eso en aquel momento mis sentimientos no pudieron evitar la tentación y me acosté contigo. Pero fue uno de mis mayores errores, rompí mi código ético, soy tu psiquiatra.

—¿No mantenemos una relación?

—No —fue rotundo.

—Pero ¿tú querías tenerla?

—No —vaciló—. Bueno, quizá dándose otras circunstancias —matizó.

—¿Cuáles? —pregunté de inmediato.

—Que tú sintieras algo por mí y quisieras algo más serio conmigo. Además de que te tratara otro psiquiatra, no yo.

—¿Eso es lo que querías, mandarme a otro médico y deshacerte de mí? —De nuevo elevé la voz.

—Yo no quería deshacerme de ti, pero insisto, no era nada ético por mi parte seguir con nuestra relación médico-paciente después de traspasar la línea moral.

—¿Y por qué no lo pensaste antes de acostarte conmigo?

Sopló y entrecerró los ojos un segundo.

—Debería haberlo hecho, desde luego, pero me dejé llevar por lo que sentía —

contestó, mirándome fijo.

Me levanté un momento de la silla, estaba nerviosa, quería recordar, me estaba contando muchas cosas, pero nada me venía a la cabeza... Resoplé enojada y comencé a dar vueltas por la habitación. El doctor Clark terminó levantándose, se acercó a mí, me cortó el paso y me tomó por los brazos.

—Úrsula, compréndeme, por favor —imploró—. No da buena prensa que un médico se acueste con su paciente. Seguro que de cara a los demás, lo que ocurrió una vez puntual en toda mi carrera pasaría a ser algo asiduo en mí, y créeme, solo ha sucedido contigo y solo una vez. Si alguien se enteraba de los nuestro podrían inhabilitarme. Por eso quería derivarte a otro psiquiatra, para evitar la tentación —explicó—. Pero tú no querías, te pusiste hecha una furia cuando te lo comenté. Me dijiste lo mismo que ahora, que quería deshacerme de ti, y eso no es verdad.

—¿Esa era la nueva terapia de la que me hablaste en mi casa? —interpelé sarcástica.

—Sí. —Asistió—. ¿Qué querías que te dijera? Habías perdido la memoria, no recordabas nada. ¿Querías que te soltara de golpe que nos habíamos acostado y que quería mandarte a otro psiquiatra? No. No podía, aún no, pero iba a contártelo.

—Tú deberías respetar mi decisión de seguir contigo, ¿no?

—Yo entiendo que tú no quisieras acudir a otro médico ni volver a relatar cuanto ya habías contado a la doctora Williams y posteriormente a mí, por eso una parte de mí intentó olvidarlo y seguir tratándote. Pero seguías atrayéndome y no me lo ponías fácil, en ocasiones parecía que querías volver a tener otro encuentro, y yo no me lo podía permitir.

—¿Estabas obsesionándote conmigo? —pregunté, con las palabras de Cook retumbando en mi cerebro.

—¡No, claro que no! —replicó, casi aturdido—. Solo me sentía muy seducido por ti y debía romper nuestro vínculo profesional.

—¿Por qué me mandaste ese mensaje en el que me pedías disculpas? Lo he visto en mi móvil, y además fue la misma noche que me atacaron.

—¿Y? ¿No pensarás que yo te atacué? —El semblante se le desfiguró.

—¿Te has dado por aludido?

—Claro que no; yo no fui —respondió empalideciendo.

—Espero que no lo hicieras.

—¡Por el amor de Dios! —espetó en grito—. ¿Estás loca?

—No, según tú soy neurótica, no una enajenada —contesté mordaz.

—Claro que no estás loca, es una frase hecha, pero ni se te ocurra pensar semejante disparate. —Soltó un chorro de aliento interminable a la vez que se embozaba el rostro con las manos. Pude ver cómo le temblaban, estaba nervioso. Las apartó para despejar su rostro, posó su mirada en mí y me dijo—: Ese día, el mismo que te atacaron, tuvimos una cita, Úrsula. Te dije que ya había hablado con otro colega para que siguiera tratándote y tú te cabreaste, me insultaste, incluso llegaste a

golpearme, fuera de sí. Intenté calmarte, pero te fuiste encolerizada. Te llamé varias veces e ignoraste mis llamadas. Por eso te mandé el mensaje por la noche, no dejaba de pensar en lo afectada que te habías ido. Y como no viniste a la consulta ni te localizaba, me presenté en tu casa, aunque no sea lo habitual. Debíamos hablar del tema y pensé que era mejor hacerlo en persona, había que zanjarlo. ¿Satisfecha? —preguntó, un tanto a la defensiva.

Sopesé con rapidez sus palabras, cuanto acababa de explicarme, y la rabia hizo arder a mi sangre.

—¡Mierda, mierda, mierda! —exclamé airada—. ¿Por qué tengo una vida tan complicada? ¿Por qué inicio una relación con mi compañero y me acuesto contigo? ¿Por qué? —chillé, pensando que no comprendía a lo que jugaba.

—Porque igual buscabas una excusa para romper con Cook y ese fui yo. Pudiera ser, ¿no?

—No tengo ni idea, Arthur, no tengo ni idea —repetí, y la garganta se me anudó.

—Date un poco más de tiempo —me aconsejó—. Aunque es fácil que no recuerdes todo, o igual lo de esa noche nunca lo hagas. A veces la mente es sabia y no recupera situaciones traumáticas.

—Pues precisamente esa noche es la que más necesito recordar. Necesito saber quién me atacó y por qué. —La voz me tembló, pero me esforcé para no derrumbarme—. Tú no puedes imaginarte lo que es esto. Hay momentos en que me come la incertidumbre, pienso que podría ser cualquiera, incluso alguien de mi alrededor.

—No pienses tanto y cálmate, por favor —me solicitó, dándome una suave friega en el brazo—. Seguro que tus compañeros dan con él, ya lo verás.

—Eso espero. —Asentí repetidas veces y me separé de él.

Sin mediar palabra, abandoné la consulta. Por el camino fui haciendo un sobreesfuerzo por contener el llanto que empezaba a cargar mi lagrimal. De forma inexorable, iba camino de desbordarse.

\*\*\*

Scott me escudriñó con los ojos al verme entrar en el vehículo.

—¿Qué te ocurre? ¿No ha ido bien? Traes mala cara.

—Scott, necesito que atrapéis al malnacido que me atacó, por favor —gimoteé—. Nunca os lo digo e intento no obsesionarme, pero tengo miedo. No podéis pasaros la vida entera vigilándome, y yo no sé si hay alguien esperando a que esto se calme para volver a por mí. Un amante insatisfecho, un compañero cabreado, un detenido con ganas de venganza... o cualquiera. —Rompí a llorar, fue ineludible. La impuesta calma que había protegido a mis emociones hasta ese instante se hizo añicos.

—¡Eh, calma, calma! —me rogó abrazándome, intentando sosegar a mi turbación y aplacar el llanto. Al cabo de un rato, cuando mi lagrimal comenzó a aflojar, me dijo

—: Tranquila, por favor, daremos con él. Yo no dejaré de protegerte hasta que lo hagamos, de verdad. ¿Confías en mí? —me preguntó.

Me separé de sus brazos, despacio, y lo miré a los ojos.

—Por supuesto, nunca lo dudes —le respondí con sinceridad.

—Pues entonces estate tranquila porque lo cogemos, te lo juro una vez más. Detendré a ese bastardo aunque sea lo último que haga en esta vida, Lula —aseguró, enjugándose los restos de llanto.

Nada más marcharse Scott de mi apartamento dejé el bolso encima del sofá y pensé en tomar una ducha, mi habitual remedio para la agitación. No era más que agua, un líquido transparente, incoloro, inodoro e insípido; nada especial o curativo. No obstante, notar su temperatura templada, su apaciguadora calma resbalando por mi piel durante largo rato, me sosegaba. Esa simple agua tenía la fuerza de arrastrar toda la tensión que acumulaba hasta desprenderla de mi cuerpo y serenarme. Dando el primer paso para dirigirme al cuarto de baño, el teléfono emitió un zumbido. Frené en seco, lo saqué del bolso y lo observé, era un *whatsapp* de mi padre.

Hola, hija. ¿Qué tal estás?  
¿Cómo ha ido la cita con el psiquiatra?  
14:43

Pensé que si supiera cómo había ido en realidad y que Cook sospechaba de él se caería de espaldas. Pero no pensaba decirle nada de eso, no iba a preocuparlo.

Hola, papá. Todo ha ido bien, gracias.  
¿Nos vemos luego?  
14:44

Por supuesto. Hoy vamos a pasear por Little Italy, por el barrio Mulberry Street. Hace tiempo me recomendaron un restaurante italiano y vamos a ir a cenar allí. ¿Va bene?  
14:45

Molto bene, papá.  
14:45

De manera inevitable sonreí al recordar cómo nos enseñó a Romeo y a mí desde pequeños a hablar italiano. Y pese a perder la memoria, y aunque me resultara incomprensible, ese idioma no se había desprendido de mí, no lo había olvidado. Cuando dejé el móvil encima de la mesa y me encaminé al baño, escuché la música de *La traviata*; alguien me estaba llamando. Por segunda vez, y de forma momentánea, tuve que abortar la misión de ir a la ducha para coger el teléfono.

—Hola, Cook, ¿qué tal? —le pregunté nada más descolgar.

—Eso debo preguntártelo yo a ti, cariño. ¿Cómo te ha ido la cita con el doctor Clark? —Utilizó su usual tono afectuoso.

—Pues he conseguido que me confiese que nos acostamos, aunque solo ocurrió una vez y dice que se arrepiente mucho.

No sabía si contarle que ese encuentro sucedió cuando ya estaba con él o callar y esperar, la duda me angustió.

—Te está mintiendo, Úrsula —dijo—. Él no era quién se arrepentía, sino tú. Tú eras la que no querías continuar; si no, habrían sido muchos más encuentros.

Callé un instante, desconcertada, meditando lo que uno y otro contaban, que era del todo contradictorio.

—Pero él ha insistido en su arrepentimiento.

—¡Será mentiroso! ¡Valiente cabrón! —siseó airado—. ¿Y qué más te ha dicho ese embustero? —inquirió de nuevo.

—Que se siente atraído por mí y por eso mismo iba a derivarme a otro psiquiatra, para evitar la tentación.

—¡Hijo de puta! —escupió entremedias de una irónica risa—. Eso es lo tú querías, que te liberara de él —soltó malhumorado, tornando por completo su actitud—. Úrsula, no le creas, te está contando patrañas. ¡Maldito desgraciado! —habló henchido de agresividad—. Estaba obsesionado contigo, y la que querías dejar de verlo eras tú, pero te tenía amenazada. La única verdad a medias que te ha contado es que se siente atraído por ti, porque la verdad va más lejos de la atracción.

—Pero lo ha dicho muy seguro, ha sido tajante con las respuestas, Cook —manifesté confundida.

—Cariño, te habló hasta de vivir juntos, por eso tú decidiste cortar por lo sano.

—¿Cómo?

—Lo que oyes —respondió.

—¿Por qué no me contaste todo esto el otro día? —pregunté molesta.

—Porque no quería hacerlo, creí que podría evitarlo y que tú lo recordarías. Es demasiada información y me asustaba dártela. Pero aquí lo que importa es que te está mintiendo.

—¡Joder!... parecía tan sincero.

—¿Qué pensabas, que iba a decirte la verdad? ¿Acaso los delincuentes y asesinos confiesan que han sido ellos o lo niegan hasta la saciedad? Algunos interpretan un papel de Oscar delante de un jurado, con lágrimas incluidas para reafirmar su inocencia. ¿No lo ves? ¡Te está manipulando la mente! —Levantó la voz, furioso—. Es fácil lograrlo en tu estado amnésico y él lo sabe. Claro que sabe manipularte el muy desgraciado. ¡Coño, Úrsula, que te agredió! El muy hijo de puta te agredió. ¿Por qué crees que sospecho de él?

—¿Que me agredió? —Durante unos segundos me quedé privada, sin sentido, la noticia me sobrecogió—. Eso, eso no, no... Tampoco me lo has contado —tartamudeé.

—Por lo mismo que te acabo de decir, porque no me parece bien soltártelo todo a bocajarro. Pero llegados a este punto, y viendo que tu memoria no lo recuerda, no puedo callar más —explicó, e hizo una breve pausa—. Te juro que al principio no quise sospechar de él por la violencia empleada en tu ataque. No podía imaginarme a tu psiquiatra torturándote, por lo poco que me contaste sobre él, no creo que tuviera la sangre fría de hacerlo. Aunque sí podía imaginármelo disparando; un revólver es capaz de utilizarlo casi todo el mundo. Sin embargo, a ti no te dispararon, te magullaron a golpes, te desnudaron, te hicieron sufrir antes de intentar acabar con tu

vida. Cuando descubrí la información de tu móvil, sus insistentes llamadas, su mensaje pidiéndote perdón a unas horas en las que ya podías haber sido atacada, me olió mal y apunté en su dirección. Tuve la sensación de que con ese mensaje, de alguna forma, trataba de cubrirse las espaldas. En mi opinión el doctor Clark apesta.

—¿De verdad lo crees? —pregunté, envuelta en una maraña de dudas.

—Por supuesto, y cada vez estoy más convencido.

—También hemos hablado del día que me atacaron, tuve una cita con él esa mañana.

—Lo sé, cariño. ¿Y habéis hablado algo sobre esa cita?

—Sí —afirmé—. Me ha dicho que ese día me informó de que me derivaba a otro psiquiatra, yo no estaba de acuerdo y discutí con él, le grité, incluso le pegué. Trató de calmarme, pero me marché. Por eso me llamó tantas veces, por eso me mandó aquel mensaje pidiéndome disculpas.

—Claro, qué considerado —declaró con cinismo—. Pues permíteme que te diga que el cuento que te ha contado fue al revés. Tú eras la que ibas a dejar su consulta para acudir a otro psiquiatra, y él fue el que se enfadó y te hizo enfadar con su tono intimidador. Es cierto que tú perdiste las formas y le soltaste un par de golpes, pero ha omitido decirte que para calmarte te dio un brusco empujón que te tiró al suelo. Al igual que se le ha olvidado contarte que le dijiste que ibas a denunciarlo por agresión y él te amenazó con mandar un informe a tus superiores. Uno con el cual, te aseguré, te retirarían del servicio de por vida. Por supuesto que te fuiste de su consulta hecha una furia, no era para menos. Me llamaste, estabas hecha polvo, deshecha, y acudí a tu casa. Entonces me lo contaste todo y me llené de ira. Iba a ir a por él para darle una soberana paliza, pero me detuviste, me lo prohibiste, temías su reacción. Me enfadé contigo y me amenazaste con dejarme si actuaba. ¿Recuerdas que te dije que tú ese día estabas molesta conmigo?

—Sí, lo recuerdo.

—Pues siento decirte que te mentí respecto al fondo de tu malestar. Te conté que fue porque yo te insinué ir más allá en nuestra relación, pero en realidad te cabreaste porque discutimos como consecuencia de no dejarme ir a partirle la crisma a semejante cabrón. Ahora ya lo sabes todo, cariño, absolutamente todo.

Mi mente aún procesaba cuanto me acababa de revelar y guardé unos segundos de silencio por pura obligación, asimilando.

—Si es cierto lo que me estás contando, debemos hacérselo saber al capitán y a Scott. Arthur Clark es sin duda un firme sospechoso.

—¡Claro que es verdad, cariño, me lo dijiste tú misma! —profirió molesto—. Joder, la duda ofende.

—Lo siento, Cook, no era mi intención —me disculpé—. Por supuesto que te creo, por ti sé que él y yo nos hemos acostado.

—Una cosa es que te haya ocultado información por miedo al impacto que pudiera ocasionarte, pero nunca te mentaría, Úrsula, jamás lo dudes —me rogó—. Yo

solo esperaba y deseaba que tú lo recordaras para poder actuar. Y ahora que las cartas están sobre la mesa, y viendo que el doctor Clark es un mentiroso de gran calibre, quiero pedirte un favor.

—¿Cuál?

—Que aún no le digamos nada a nadie, que me dejes investigarlo a mí solo. Esto se ha convertido en un asunto personal.

—¿Por qué? ¿Por qué te sientes culpable? Yo no te considero culpable, Cook, yo te impedí acompañarme y, por lo visto, soy una cabezota de mucho cuidado. Despréndete de ese sentimiento —le supliqué.

Un inesperado silencio se estableció entre nosotros.

—Te acostaste con él estando conmigo, Úrsula, por eso es personal —sentenció.

Me quedé impresionada tras escucharle porque sabía que lo había engañado con el doctor Clark. Me sentí una traidora y eso me cortó el aliento y me invadió de pena, de una extraña melancolía.

—Entonces, ¿lo sabes? —pregunté de forma absurda.

—Sí, tú también me lo contaste —respondió casi en un susurro; se apreciaba su dolor—. Me revelaste todo ese día, me dijiste que te sentías acosada por él. Por eso quiero cogerlo yo y patearle los huevos al muy cabrón. —Sentí su rabia.

—De verdad que lo siento Cook, no recuerdo nada, no sé por qué lo hice. —Un nuevo sentimiento de culpabilidad arraigó en mí.

—La carne es débil, pero el amor es fuerte, y tú no lo querías a él. Eso es lo único que me importa, cariño.

De forma inevitable pensé que tampoco lo amaba a él, al menos no ahora, y empezaba a estar convencida de que nunca lo había hecho. Por qué mantenía una relación con Cook aún era una incógnita que despejar en mi mente, otro recuerdo que todavía se hacía el remolón y no llegaba.

—¿Y qué hacemos? —le pregunté.

—Tú solo debes estar tranquila, déjalo en mis manos. Ese desgraciado va a enterarse de quién es Sian Cook. Estoy tratando de saber qué hizo ese día en cuestión, en cuanto sepa algo te lo cuento. ¿Vale?

—De acuerdo, Cook —respondí.

—Y si me aceptas un consejo, yo no volvería a su consulta. No quiero que juegue con tu mente, y menos que se sienta acorralado si sospecha que sabes la verdad, podría resultar peligroso.

—De acuerdo, no iré a su consulta ni le cogeré el teléfono si me llama.

—Gracias, cariño. Lo vamos a atrapar.

—No, gracias a ti, Cook.

—Mañana nos vemos.

—Vale, adiós.

—¡Ciao! —se despidió.

Me metí en la ducha muy turbada. Tanta información de golpe, tanto desconcierto

me machacaba. Una zozobra atroz me devastaba y, más que nunca, necesitaba que el agua y su acción sosegadora me relajaran. Había estado acudiendo a un psiquiatra, a un profesional en quien deposité mi confianza para que él jugara conmigo, me chantajeara emocionalmente, me agrediera y ahora siguiera manipulándome la mente. La actuación del doctor Clark era retorcida, pero parecía que cierta, e intentar digerir eso resultaba muy difícil por lo doloroso que era. Pero por suerte no callé lo que me ocurrió con él, al menos se lo conté a Cook. Gracias a eso, ahora su ayuda iba a encargarse de poner orden en mi vida.

Mientras los transparentes y cálidos hilos me recorrían la piel, comenzaron a llegarme imágenes sueltas. Yo discutiendo con el doctor Clark acaloradamente. Yo gritándole y él clamando mi sosiego. Yo cogiendo una carpeta de su mesa y estampándosela en la cabeza. Yo golpeándole con los puños en el pecho. Yo en el suelo. Intentó levantarme, no le dejé. Se disculpó, me fui airada. Nada tenía consecución, no estaba entrelazado, faltaban cosas entremedias. ¿Por qué me caí al suelo? ¿Me empujó como me había contado Cook? ¿Me desequilibré a causa de mi furia? ¿Qué había pasado en ese trascurso de tiempo? De nuevo preguntas y más preguntas, pero ninguna respuesta a ellas. Ninguna solución a mis dudas, ninguna imagen de aquella noche, nada de nada. De inmediato me cuestioné algo más, si yo gritaba y pegaba al doctor Clark, ¿por qué me pedía disculpas él a mí? ¿Por qué me mandó un mensaje esa noche con el que volvía a disculparse? ¿Por qué acudió a mi casa buscándome? Parecía que Cook estaba en lo cierto y que el doctor Clark disfrazaba sus palabras, ocultaba la verdad. Y entonces lo vi. La imagen que no había aparecido con anterioridad penetró en mi mente con nitidez y vi por qué caí al suelo: Arthur Clark me empujó con saña.

Con el colgante de mi hermano en la mano, mirándolo embobada, absorta, me llegó otro recuerdo más. Esta vez uno tétrico que desearía no haber vuelto a evocar nunca: el día de su funeral. Muchos fueron los que se acercaron al cementerio a acompañarnos en ese duro momento. Incluso el desgraciado de Robert Wilson se atrevió a ir, arropado por más compañeros del instituto. Lo odié. Me nació un sentimiento de odio mucho más poderoso que el amor que le tuve. Lo hizo de inmediato, de manera instantánea. Tuvo la osadía de posar sus ojos en mí y le lancé una fulminadora mirada que debió de abrasarle la retina, pues retiró la vista con la misma velocidad que actuamos cuando una llama nos quema la piel. No volvió a levantar la cabeza, ya no tuvo el atrevimiento de hacerlo durante la duración del funeral.

Mi madre estaba tan afectada que tuvieron que sedarla para poder acudir al cementerio. Pero cómo podía estar una madre que había perdido a su hijo de dieciséis años. Cómo iba a sentirse sabiendo que nunca más volvería a verlo, ni a hablar con él, ni a abrazarlo, regañarlo, besarlo... Cómo queríamos que se encontrara si yo me sentía destrozada y no era madre, sino hermana. Por supuesto que hubo que sedarla para calmar su histeria de dolor. Le inyectaron algo tan potente que ahora parecía un zombi. No hablaba, solo respiraba y miraba con insistencia a la sepultura, pero sin mostrar ningún sentimiento, ninguna emoción, igual que un vegetal.

Mi padre tenía los ojos tan hinchados a causa del llanto que apenas podía abrirlos. Tampoco abría la boca. Lo único que hacía, y casi de forma automática, era dar un abrazo a mi madre y volver a su posición frente al ataúd; así una y otra vez. Yo no sabía explicar cómo me sentía, pero me notaba fuera de mi cuerpo. Mi alma flotaba alrededor de todos los presentes y absorbía tanto el dolor ajeno como el propio, logrando cargarme de algo tan horrible como despedazador.

Todo era sombrío ese día. Todos vestíamos de riguroso negro, tanto por fuera como por dentro. Hasta el sol de primeros de julio decidió desaparecer tras unas grandes y negras nubes que amenazaban tormenta. Cuando Romeo quedó enterrado, mi padre volvió a abrazar a mi madre, aunque esta vez por largo rato. Pero ella no se movió, no se inmutó, no hizo nada. Para abandonar el sagrado lugar mi padre tuvo que tirarle con insistencia del brazo; de ese modo, ella arrancó a andar. Lloré; no pude evitarlo. Lloré de pena, de dolor, de rabia, de impotencia... Lloré por cuantas causas se podía llorar. Pero mi llanto se cortó de raíz cuando percibí la intención de Robert de acercarse a mí. Llena de un iracundo malestar, me di la vuelta como una exhalación; no iba a permitirle acercarse a mí, y mucho menos dirigirme la palabra. El vacío que originó en mí la visita a la clínica gracias a su desentendimiento era imperdonable, además de muy reciente, si bien no era tan profundo como el que me

había ocasionado la pérdida de mi hermano. Caminé sin parar de maldecirlo, de reprocharme, de desearle lo peor, de castigarme por mi sentimiento de culpabilidad... Entonces alcé la vista borrosa y vi al fondo a otros que no deseaba cerca de mí, aquella panda de cretinos con los que se juntaba Romeo. ¿Cómo habían tenido la desvergüenza de acudir a su funeral? Ellos eran los responsables del cambio de mi hermano. Ellos lo habían llevado por el mal camino. Ellos lo habían convertido en un rebelde y ahora tenían el atrevimiento de venir a presentar sus condolencias. Me ardió la sangre, y la furia movió con ímpetu a mis pies, encaminándome en su dirección.

—¡Valiente hatajo de malnacidos! —espeté airada—. ¿Cómo se os ocurre venir a este santo lugar? ¿Cómo tenéis la insensibilidad de acercaros a nosotros después de todo el daño que nos habéis ocasionado? —pregunté encolerizada.

—Nosotros también lo sentimos mucho, de verdad —contestó uno de ellos.

—Vosotros sois un saco de mierda cada uno. No se os ocurra hablarme de sentimientos, vosotros no habéis perdido a un hermano ni a un hijo, desgraciados —escupí furibunda.

—Pero sí a un amigo —resaltó Panocha, aquel enano con la cara llena de granos al que odiaba profundamente—. Hemos perdido a un amigo al que no pudimos salvar y nos sentimos muy mal.

—No lo compares, asquerosa sabandija. *¡Maledetto nano indemoniato!* —exclamé, maldiciéndolo.

—¡Oye, a mí háblame en mi idioma, italiana! —se quejó a la defensiva.

—Que eres un maldito enano del demonio, ¿te ha quedado claro? —grité—. Tú y todos sois escoria, *¡siete feccia!*, y te lo digo en los idiomas que haga falta. Y ahora largaos de aquí. ¡¡¡Fuera!!! —chillé como una loca.

—Nos vamos, pero que sepas que tu hermano era alguien muy importante para nosotros. —Panocha también levantó la voz.

—Pues haber muerto tú en su lugar, maldito cabrón. Ojalá lo hubieras hecho —remarqué con un enfático odio, aniquilando a todos con la mirada. Nadie volvió a replicar.

Cabizbajos, la maldita panda abandonó el cementerio sin emitir ni una sola palabra más. En ese momento no sabría decir si ellos habían pagado el dolor que me había supuesto su presencia o el que ya acumulaba y me carcomía desde que descubriera a Robert allí, como si no hubiera pasado nada, como si no me hubiera abandonado a mi suerte, como si mi vida no hubiera dado un vuelco con su vandálico acto de renuncia y desamparo. Volví a girar sobre mis tobillos y caminé arrastrando los pies; el dolor pesaba tanto que me impedía andar con normalidad. Llegué al automóvil y, junto a mis padres, pusimos rumbo a casa, de vuelta a nuestra fracturada vida.

Al funeral de mi madre, que tuvo lugar casi un año después, no pude acudir. Lo intenté, pero no conseguí mover mi cuerpo. Estaba demasiado hundida para volver a pasar por el trance de ver cómo la tierra se tragaba a otro de mis seres queridos. Aún

conservaba fresca en la memoria la imagen del féretro de mi hermano ahondando en ella, en la hambrienta tierra del sagrado campo. No podía volver a sentir ese dolor tan descuartizador. No podía. ¡No! No era justo hacerme pasar de nuevo por aquel impiadoso sentimiento de oquedad abismal que me abrasaba. No podía y no me moví. Permanecí en la cama, tapada con la sábana, cabeza incluida, llorando sin parar, con unas sacudidas tan fuertes como inclementes que me provocaron agujetas. Así me pasé días enteros, no pude pasarlos de otra forma.

Inevitablemente, cuando volví a la realidad estaba empapada en llanto. Lloraba y besaba sin parar el colgante de Romeo, mi querido hermano, y la sortija de mi amada madre; era cuanto tenía de ellos. Eran los regalos que cada uno me había hecho; Romeo, su colgante, que tanto me gustaba, ese fue su detalle por mi decimosexto cumpleaños; y mi madre, su sortija, el día que visité la clínica y lo perdimos a él. Por supuesto que frenar el llanto era una tarea imposible, los recuerdos eran tan hermosos como hirientes y las lágrimas tan necesarias como el agua para sofocar el fuego.

El timbre de la puerta sonó justo cuando había acabado de secar mi húmedo rostro e intentaba recomponerme. Miré el reloj; eran cerca de las cinco de la tarde, la habitual hora de llegada de mi padre.

\*\*\*

La Bella Napoli, así se llamaba el restaurante al que mi padre me había traído. Era muy bonito, acogedor, y estaba ambientado como si estuviera en Italia, en especial en Nápoles, la ciudad de mi progenitor y de mi familia paterna. Observé con detenimiento las diferentes fotografías que vestían sus paredes. Mi padre percibió la curiosidad que se desprendía de mi retina y, rápido, comenzó a hacer de guía y a comentarme los distintos lugares que mostraban las imágenes. En una de ellas, un gran mural, se mostraba el golfo de Nápoles visto desde Posillipo. Mi padre decía que las vistas desde esa posición eran una maravilla. Al este del golfo se encontraba la ciudad de Pompeya; al norte, Nápoles, y al sur, cerrando el golfo, la ciudad de Sorrento. En otras fotografías de tamaño más reducido se veía el Vesubio, el puerto de Nápoles exhibiendo su poderío, históricos castillos y palacios y, cómo no, la abundante arquitectura religiosa. Palpé la emoción en su voz mientras me hablaba de sus raíces. Añadió que, a pesar de haber abandonado su ciudad con solo diez años, siempre había llevado a Nápoles en el corazón y en la mente. Los recuerdos de esa época quedaron grabados en él de forma indeleble.

Un amable camarero con acento italiano nos condujo a nuestra mesa. Esa parte del comedor también estaba decorada con fotografías, pero ahí exhibían la gastronomía típica de Nápoles. Unos recuerdos llegaron a mi mente de súbito, esta vez asociados a lo culinario, a los olores y sabores. La pasta era un plato que siempre preparaba mi padre. Ese día le decía a mi madre que le tocaba librar de la cocina, y le servía una copa de vino que ella bebía mientras observaba cómo cocinaba. Me inundó

el aroma de la albahaca, tan utilizada en la cocina napolitana. El vapor de los espaguetis al colarlos, algo en lo que yo ayudaba a mi padre. Las *pizzas* que amasaba y estiraba alternando la mano y el rodillo y que después rellenaba con los ingredientes. La salsa pomodoro, que tan deliciosa le salía y que Romeo y yo no parábamos de probar a petición suya. Decía que era muy importante cocinarlo a fuego lento, restar la acidez del tomate y dejarlo en su justo punto de sal; ahí estaba el secreto. Todos ocupábamos la cocina en esos momentos, se había convertido en un lazo de unión importante y en un divertido rato, pues las risas brotaban de continuo. Yo me reía sobre todo de ver a mi padre con el delantal blanco y con puntillas de mi madre, y Romeo lo hacía por oírme reír a mí. Y mientras la comida se cocinaba, mis progenitores solían bailar al son de alguna pieza de ópera que mi padre en ocasiones canturreaba y en otras tarareaba, algo que nos hacía reír más por su mala entonación. Al final nos pedía a Romeo y a mí que cantáramos, y los cuatro terminábamos con Verdi en la garganta.

Con esos recuerdos mezclados entre un poco de conversación, mi padre y yo llegamos a los postres. De nuevo me asaltó otra remembranza, y no solo a mi mente, esta vez también llegó a mis papilas gustativas. En cuanto leí en la carta «*Pastiera napoletana*», fue igual que saborearla. Degusté el sabor del recuerdo a bizcocho elaborado con queso ricotta y naranja. Incluso vi a mi padre trayéndonoslos con frecuencia, porque a Romeo y a mí nos encantaban. No pude evitar el encharcamiento de mis ojos por pura emoción. Estar comiendo en este restaurante me había transportado a mi casa, a mi familia, a muchos años atrás.

Mi dilatado silencio y mi gesto enternecido le hicieron comprender a mi padre que algo me ocurría.

—¿Qué sucede, hija?

—Recuerdos, papá. —Suspiré—. Esta comida, el olor y el entorno me han hecho retroceder en el tiempo y recordar cuando tú cocinabas, lo rica que estaba tu comida, lo felices qué éramos. —Callé unos segundos—. Me ha atrapado la nostalgia.

—Fueron buenos tiempos, sí, muy felices para todos —afirmó.

—Lo sé, lo he sentido. —Asentí.

—¿Quieres un *caffé al cioccolato* para terminar? —preguntó, variando la conversación—. Es tú favorito.

—No —contesté tajante—. No puedo más, el *zitti* al horno me ha llenado mucho. Creo que voy a reventar. —Me reí.

—Está bien. Entonces no tomaremos nada más, yo también estoy muy lleno. —Aseguró, acariciándose la barriga en círculos.

—¿Sabes? No sé de qué, pero este lugar me suena —dije, dando una vez más un repaso visual al restaurante.

—Claro que te suena, hija, porque tú ya has estado aquí —respondió.

—¿De veras?

—Sí. —Asintió—. De hecho, tú me hablaste de él y me lo recomendaste. Me

dijiste que habías venido a comer un par de veces aquí: una con Scott y otra con Cook.

—Vaya, no lo recuerdo. Aunque sí he sentido que lo conocía. —Suspiré, contemplándolo de nuevo para ver si me despertaba alguna remembranza más, pero no fue así—. Y hablando de Cook, tengo que contarte una cosa, papá.

—¡Uy!, ese tono no parece presagiar algo bueno.

Guardé silencio un instante y luego anuncié:

—Cook y yo mantenemos una relación desde hace cuatro meses. Él mismo me lo ha contado y yo he recordado algo, lo justo para comprender que es cierto.

—¿Cook? —preguntó con una mezcla de sorpresa y circunspección.

—¿Tú tampoco puedes creértelo?

—No es que no me lo crea, es que tú amas a Scott y no te comprendo. —Frunció el ceño.

—Yo tampoco, papá, ¿qué quieres que te diga? —Me encogí de hombros.

—La verdad. ¿Lo quieres? —preguntó de inmediato.

—No lo sé, eso no lo he recordado.

—Úrsula, ¿lo quieres? —insistió—. No me digas que no lo recuerdas, eso se siente. Se siente del mismo modo que te ha ocurrido con este restaurante. —Sonó a reprimenda, su tono estaba alterado. Hizo una pausa y, más calmado dijo—: Por favor, contéstame.

—No. —Negué con la cabeza, descendiendo la mirada, fijándola por unos segundos en el mantel de cuadros rojiblancos. Luego la ascendí y añadí—: No siento nada por él, aunque sigo sin saber qué sentía antes.

Mi padre soltó un golpe de aliento y se frotó la barbilla, meditabundo.

—Mira, Cook me gusta, se le ve buena persona —advirtió—. Alguna vez me has comentado que es un poco pesado e inmaduro, pero nada de eso me importaría si tú lo amaras. Sin embargo, no lo quieres a él, lo sabes, estás reconociéndote muchas de tus acciones erróneas y esta es una más, hija. —Posó su mano sobre la mía, apretándola—. Subsánala antes de ocasionar más daño, Lula.

Medité sus sabias palabras sin dejar de observar el color de su mirada, en ese momento suplicándome sincerarme con Cook.

—Lo haré, papá. Se lo diré lo antes posible.

—Eso está muy bien, hija. —Sonrió, contemplándome ilusionado.

—Y cambiando de conversación, ¿sabes qué me gustaría hacer algún día?

—¿El qué?

—Visitar Nápoles. Ir a esa ciudad y conocer en persona mis raíces paternas. —Por enésima vez evoqué las fotografías de la entrada y mi mente se recreó con ellas. Desde que las había visto, mi cerebro no había querido desprenderse de ellas, olvidarlas. Mostraban un lugar tan bello que habían quedado grabadas en mi retentiva de forma profunda.

—Eso lo has dicho muchas veces, ¿no lo has recordado?

—No, pero lo siento, como bien has dicho antes —le contesté, y ambos sonreímos felices.

\*\*\*

A punto de meterme en la cama escuché el peculiar sonido que indicaba la entrada de un *whatsapp*. Cogí el móvil y me sorprendió ver que era de Gordon, mi exmarido. No había vuelto a saber de él desde su última llamada, y no contaba con que volviera a ponerse en contacto conmigo. Después de recordar cómo acabamos, me pareció bastante considerado por su parte haber acudido al hospital y realizar una llamada de cortesía con posterioridad. No esperaba nada más de él; a mi entender, había hecho más de lo que le correspondía.

Buenas noches, Úrsula, ¿cómo te encuentras, cómo va tu memoria? Y la investigación, ¿hay avances?  
22:12

Era un mensaje para saber de mí, parecía preocuparse por mi persona. Me recomió el arrepentimiento. No estuvo nada bien jugar con sus sentimientos, haberlo utilizado con el único propósito de llamar la atención de Scott. Quería poner celoso al hombre de mi vida, intentar que se fijara en mí si me creía inaccesible. A veces esas cosas funcionaban, el ser humano solía querer lo que no podía tener o le resultaba difícil conseguir.

Hola, Gordon. Estoy bien, mi memoria va recuperando datos, pero la investigación está algo estancada. Y tú, ¿cómo te encuentras? Aprovecho para decirte que siento el daño que te hice, espero que me perdones.  
22:14

El sonido del móvil cambió por el de *Libiano ne'lieti calici*, la pieza de *La traviata* que había escogido para indicar la entrada de una llamada. En lugar de responder a mi mensaje, Gordon me estaba llamando.

—Hola —le saludé.

—Tenía que comprobar que eras tú la que estaba respondiendo a mi mensaje, Úrsula. Me has dicho que lo sientes y me has pedido perdón —dijo haciendo equilibrios entre la sorpresa y la extrañeza.

—Sí, te lo he escrito y ahora te lo digo de viva voz: lo siento y espero que me perdones. He recordado lo nuestro y sé que no me porté muy bien contigo.

—¡Santo Dios! —Silbó—. Te estoy escuchando y aún me está costando creerlo. Pensaba que en tu vocabulario ciertas palabras no existían.

—No eres el primero que me lo ha recordado durante estos días, ya me han dicho que no soy de pedir perdón. Pero como has comprobado, esas palabras sí están en mi vocabulario y considero justo decírtelas ahora. Perdóname el daño que te haya podido hacer, Gordon.

—Ya lo hice, Úrsula. Lo hice hace tiempo, pese a que tú no me lo pidieras —explicó—. Y si hablamos de ser justos, yo también debo pedirte perdón a ti. Fui un auténtico bocazas, nunca tuve que hablar a nadie de nuestras intimidades.

—Muy cierto, fuiste un bocazas, no te lo voy a negar, pero igualmente acepto tus disculpas y agradezco tu perdón. También quiero añadir que a lo largo de esos meses disfruté mucho de tu compañía.

—Pero nunca me llegaste a amar —avisó, aunque sin tono de reproche, solo afirmando una obviedad.

—No, nunca lo hice, lo siento —confesé en un susurro.

—¿Sabes cuándo me di cuenta de que estabas enamorada de Scott y no de mí?

—No —contesté, doliéndome cada una de sus palabras.

—Cuando acudí a por ti al Manhattan Club y tú te posicionaste más a favor de él que de mí. Y no era porque en ese momento estuvieras enfadada conmigo, vi de qué forma lo mirabas, jamás había percibido en tus ojos algo parecido hacia mí.

—De veras que lo siento, Gordon. Sé que nos hicimos daño mutuamente, pero también sé que yo te laceré más. Mi falta de amor te hirió mucho.

—Sí, no te lo voy a discutir —respondió, callando un instante—. Pero bueno, todo eso pasó, ya está olvidado. Agradezco mucho tus palabras, de corazón, y creo que estamos en paz los dos.

—Sí, yo también lo creo —coincidí con él.

—Si precisas de cualquier cosa, tanto a nivel profesional como personal, ya sabes que puedes contar conmigo.

—Gracias, Gordon, lo tendré en cuenta. Que pases buena noche.

—Igualmente, Úrsula. —Colgó.

Me sentí bien después de la charla con Gordon. Habíamos entablado una conversación en la que, gracias al tiempo, que todo lo posa, nos habíamos sincerado y perdonado los errores. Nuestras almas acababan de quedar en paz la una con la otra. Pero a pesar de haber concluido de forma satisfactoria ese capítulo de mi vida, aún tenía muchos otros coleando, pendientes de solucionar, que me creaban desasosiego. El doctor Clark podía ser mi atacante, mi propio psiquiatra podía ser la persona que intentó arrebatarme la vida; mi memoria aún me regateaba muchos recuerdos, los que más requería; Cook era mi amante y se le veía muy enamorado de mí, pero yo no lo amaba; y Scott era el hombre de mi vida y, sin embargo, no era capaz de decírselo. Demasiados temas que afrontar y todos necesitados de hallar resolución. Con el hervidero de pensamientos parecía que mi mente no estaba por la labor de relajarse para invocar al sueño. De nuevo no me quedó otra opción que acudir a las «milagrosas» pastillas para que me ayudaran a dormir.

Como me temía, una vez más la noche iba a ser horrible debido a la cantidad de recuerdos con los que quería agasajarme. Mi sueño era intranquilo y discontinuo, transcurría a trompicones entre imágenes mudas ya revividas con anterioridad, cuanto mi memoria había recopilado, alternándolo sin orden, repitiéndolo una vez tras otra como en una moviola. Para colmo, penetró en ellos el doctor Clark y las sospechas que había despertado no solo en Cook, también en mí. Me había mentido, y eso no albergaba nada bueno, más bien lo contrario.

Después de machacarme con lo mismo durante horas, enlazándolo sueño a sueño, mi adormecida mente dio un giro de ciento ochenta grados y me arrastró hasta el departamento de policía. Me vi trabajando, sentada ante mi mesa, frente al ordenador, creo que redactando un informe. De pronto irrumpieron unas voces, unos agentes traían arrestados a unos jóvenes por ir borrachos, colocados y alterar el orden público. Uno de ellos, el agente Higgins, se acercó a mí.

—Detective Grechi, acabamos de detener a una cuadrilla de delincuentes en ciernes, y hay uno, con solo dieciséis años, que se apellida como usted. Igual lo conoce —me dijo.

Desvié la vista del ordenador y barrí con ella al agente de arriba abajo.

—¿Acaso mi apellido es único, Higgins? —demandé incisiva.

—No, claro —contestó.

—¿Debo conocer a todos los Grechi que vivan en Nueva York?

—Desde luego que no, detective.

—Porque por esa deducción yo podría preguntarle si por un casual es usted pariente de la famosa escritora Mary Higgins Clark. Se apellidan igual, ¡qué coincidencia!, ¿no? —preguntó mi usual ironía.

—Por supuesto que no somos parientes —respondió—. No pretendía decir eso, solo...

—¿Solo qué? —le corté con acritud—. ¿Está tonto o qué le pasa? —Le clavé los dientes con la frase.

El agente Higgins se quedó turbado, sin palabras. Aunque fui yo la que hizo un extraordinario ejercicio de contención para reprimirme, para no escupirle a gritos si creía que todos los italianos éramos familia. ¡Valiente estúpido!, clamó mi conciencia. Sin embargo, algo en mí, llamémoslo curiosidad, me impulsó a acercarme hasta el joven. Mi sorpresa fue mayúscula al descubrir su rostro. Tanta, que se me paró el corazón por unos segundos, mientras analizaba sus facciones. Se parecía muchísimo a Romeo, a mi hermano, tan solo los diferenciaba el color de ojos. Romeo y yo los teníamos verdes como mi madre, y aquel muchacho, de color castaño. Algo en mi interior me gritó que el acusado parecido evidenciaba que sí podíamos ser

familia. La familia que no conocía, la misma que repudió a mi padre por casarse con mi madre. Le solicité a Higgins dejarme unos minutos a solas con él. Intentó protestar, pero mi intimidadora mirada logró que cerrara la boca antes de emitir una sola sílaba, y se marchó. Me acerqué a la casi réplica de Romeo y me senté encima de la mesa de medio lado, con una firme actitud. No obstante, estando frente a él, la añoranza me asaltó y, como consecuencia, la voz me osciló entre los labios antes de acertar a pronunciar mi pregunta.

—¿Cómo te llamas?

—Marco —contestó mirándome con desgana.

—¿Marco Grechi?

—Si ya lo sabe, ¿para qué me lo pregunta? —exclamó con chulería.

—¡Oye, no te pases de listo! ¿Entendido?

—Lo que usted diga, agente.

—Detective —le corregí. Él asintió con desdén. Por un momento, con su disposición arrogante, me pareció verme a mí misma.

—¿Cómo se llama tu padre?

—Creo que el nombre de mi viejo no le importa.

—Mira, chaval, eres un menor, a mi entender un mocoso, y tú también lo sabes, ¿verdad? —Traté de infundirle temor desde mi posición de superioridad—. Así que, como menor que eres, estás obligado a contestarme. Se nota que es tu primera detención, ¿a que no me equivoco? —Marco sacudió la cabeza y musitó una respuesta con la que me dio la razón—. No me hagas perder el tiempo, dímelo ya —le exigí.

Enmudeció por unos instantes. Esperando su respuesta, el corazón me empezó a latir a galope tendido.

—Vincenzo. Vincenzo Grechi —reveló.

Se me cortó la respiración al escuchar el nombre. El nombre del hermano menor de mi padre, mi tío. El joven que tenía frente a mí, al que habían detenido, era mi primo. Marco Grechi era mi primo. Por unos instantes dejé de ver a Marco para ver a Romeo. Mi hermano habría acabado igual que él, detenido en más de una ocasión. Detenido por mis compañeros, o peor, por mí misma, su hermana. No sé si lo que surgió en mí iba dirigido a él o a mi hermano, pero las preguntas resbalaron por mi boca sin pensarlas.

—¿Por qué bebes y te drogas? ¿Por qué desperdicias tu vida? ¿Por qué la tiras a la basura de esta forma?

—Mire, no me eche el sermón, ya lo harán mis padres cuando llegue a casa —contestó con impertinencia.

Me levanté de la mesa e hice una señal a Higgins para que se acercara y realizara su trabajo con él. Tan solo le pedí que me avisara cuando el padre viniera a recogerlo, y regresé a lo mío. Pero después de conocer esa noticia no logré centrarme en nada, solo desenterraba más y más recuerdos tan hirientes como dolorosos. Horas después,

y de forma obediente, mi compañero me avisó.

Vincenzo Grechi también compartía un importante parecido con mi padre, no podía negar que eran hermanos por mucho que insistiera. Me quedé impactada observándolo, viéndole hablar con su hijo, más bien regañándolo. Desde luego que no cabía lugar para la duda, tanto los nombres como los aspectos físicos coincidían; eran de mi familia. Me sacudí la turbación inicial y arranqué a andar en su dirección, estaba a punto de abandonar el departamento.

—Señor Grechi, ¿podemos hablar un segundo?

—Claro, agente —respondió. Vi a Marco entornar los ojos y suspirar con desagrado.

—Detective —le corregí, al igual que a su hijo.

—Discúlpeme, detective —me dijo—. Usted dirá.

—Solo quiero darle un consejo: aleje a su hijo de las malas compañías si no quiere perderlo.

—¡Oiga, no le coma la oreja a mi padre!, ¿vale? —Marco se puso a la defensiva—. ¿Qué se cree, que porque sea italiana y comparta nuestro apellido eso le da derecho a confraternizar con nosotros?

—¿Has dicho que se apellida como nosotros? —le preguntó su progenitor con cierta perturbación.

—Sí, acabo de enterarme de que se apellida Grechi.

—Sí, soy Úrsula Grechi. Hija de Giuseppe Grechi —le confesé. Su semblante se desencajó al escucharme.

El silencio protagonizó una incómoda escena cargada de tensión. No hizo falta añadir más para entender que éramos familia, una que ni siquiera se conocía. Vincenzo, o mi tío, terminó llevándose las manos a la cabeza, sorprendido, impactado, mirándome de hito en hito.

—¿Que es parienta nuestra de verdad? ¡No jodas! —espetó Marco, deduciendo nuestra unión consanguínea, molesto.

—Cállate —le pidió su padre—. Cállate y espérame fuera, en el coche.

—¡De eso nada! —replicó.

—¡Hazme caso! —le exigió, alzando la voz—. Si no lo haces, no podrás volver a llamarme cuando estés en apuros.

Maldiciendo en italiano, algo que entendí sin ningún problema, Marco se marchó.

—De modo que es la hija de Giuseppe —me dijo al quedarnos a solas.

—Sí —afirmé—, pero solo estoy actuando como policía y persona que sabe de lo que habla, por eso le aconsejo que cuide de su hijo si no quiere perderlo. Yo perdí a mi hermano por culpa de las drogas, el alcohol y las amistades.

Los ojos de mi tío no se apartaban de mi rostro.

—Mire, siento lo de su hermano. De verdad que me pareció una gran desgracia —me confesó.

—¿Lo sabía? —pregunté asombrada.

—Sí —respondió asintiendo a la vez—. Giuseppe, su padre, nos mandó una carta contándonoslo. Al igual que con anterioridad recibimos otras para informarnos de los nacimientos de sus hijos. Pero Giuseppe ya no es nada en nuestra vida, y aunque nunca le he deseado nada malo, en realidad no me importa lo que le ocurra. Él eligió apartarse de nosotros; pues allá él, su conciencia y su familia. Por eso no voy a consentir que ahora usted venga aconsejándome cómo cuidar de mi hijo cuando ni siquiera nos conocemos.

Habló de manera tan fría que sus palabras congelaron el ambiente. No podía entender lo que estaba escuchando, hasta qué punto eran cerrados de mente.

—Insisto, solo le doy un consejo avalado por mi profesión, y por desgracia por propia experiencia. Marco lleva el mismo mal camino que escogió mi hermano, las compañías son muy influyentes a esas edades, y las corrompidas lo echarán a perder. Está a tiempo de evitarlo.

—Y yo vuelvo a repetirle que usted no es nada mío para darme consejos. Usted no es una Grechi, y yo solo le permito a mi familia que me dé su opinión o parecer —habló furioso. Parecía que tratar ese tema aún le levantaba ampollas.

—Por mucho que le cueste creerlo, solo lo digo por su bien —expliqué.

—Y yo solo espero no volver a toparme con usted, detective. Buenas tardes. —Salió malhumorado.

Me quedé hecha polvo, para qué mentir. Comprobar en mis propias carnes hasta qué cotas llegaba la indiferencia de mi familia era aterrador. Mi padre había sido mucho más sutil y benévolo contándome la historia; tanto, que parecía que su familia y él tenían versiones distintas. Él me dijo que le habían dado la espalda por casarse con mi madre, pero yo noté en mi tío algo más allá de eso: odio.

Mi mente no paró de comparar a Romeo con Marco, alguien que en breve, de seguir así, se convertiría en un ladrón de mala muerte. Estaba harta de verlo a diario, el tema de las drogas era lo que conllevaba, era un mundo sórdido que los convertía en delincuentes. Empecé a sentirme muy mal, una imperiosa tristeza me poseyó hasta el infinito. Conocer a mi tío y a mi primo me había removido tanto que esa noche, y por primera vez en meses, volví a beber. Para tomarme unas cervezas me marché a otro bar, acudir al Manhattan Club supondría que Scott me viera y me echara la bronca, y no soportaría un añadido más. Ese familiar y casual encuentro me había aplastado, y ya me encontraba lo bastante vulnerable debido a la proximidad del cumpleaños de Romeo. El 27 de marzo era una fecha difícil para mí, siempre me cargaba con más pesar del que ya soportaba. Quedaban dos semanas, pero las fortuitas circunstancias habían acelerado sus demoledores efectos.

Entonces me vi en la orilla del East River, llorando, bebiendo una lata de cerveza, sumando más alcohol a mi cuerpo, que ya iba bastante cargado. Esperaba a que dieran las doce de la noche para felicitar a mi hermano en su trigésimo primer cumpleaños; para maldecir al río que me lo arrebató; para insultar a voz en grito, un año más, a aquella panda de cretinos que lo corrompió; al desgraciado de Robert,

causante de mi embarazo y responsable de mi abandono, y, cómo no, para culpabilizarme por quincuagésima vez de haber dejado solo a Romeo aquel día, cuando escapó de casa para no regresar jamás. Mientras esperaba la llegada de la hora, sollozando, envolviendo mi cuerpo con los brazos y sin dejar de ahogar a las condenadas penas en alcohol, escuché un ruido y volteé la cabeza hacia atrás.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunté alterada—. Eres la última persona con la que deseo encontrarme. ¡Márchate! ¡Déjame en paz! ¡No quiero verte! —exclamé a voces.

La visión comenzó a emborronarse y el recuerdo se interrumpió, se perdió. Una vez más, la angustia me despertó, en esta ocasión empapada en una ansiedad que rozaba las puertas del amanecer. Aunque a la vez, y de forma contradictoria, sentí una extraña calma. Me hallaba en un duelo de emociones, pues, a pesar de la agitación, me reconfortaba el adelanto de mis memorias. Por primera vez había recordado algo de la noche que me atacaron, por primera vez lo había conseguido. Y pese a lo poco que era, y aunque no había visto la cara de mi asaltante, ahora sabía a ciencia cierta que lo conocía.

El café estaba humeante; la taza, en mi mano, y yo, perdida en su negrura, víctima de un cansancio extenuante por haber pasado una noche durmiendo poco y de manera intranquila. No hacía más que repetirme la misma pregunta mil veces: «¿Quién era la persona que se acercó hasta allí, a la orilla del East River, junto a mí y mi embriaguez?» Me apreté las sienes con la mano libre y rebobiné en el recuerdo una y otra vez, forzándolo en busca de resultados, pero siempre se desvanecía en el mismo punto, antes de descubrir su rostro.

Desistí en el empeño, de sobra sabía que mis recuerdos no venían cuando yo quería, sino cuando a ellos les venía en gana. Corrí un tupido velo y empecé a pensar en otras cosas, en otras cuestiones. Pensando y pensando, mis compañeros penetraron en mi cerebro, al menos los más asiduos en mi vida según mi desmemoriada facultad de recordar. Meditando con respecto a ellos, llegué a una conclusión, o quizá la conclusión llegó a mí. Fuera como fuese, lo importante de mi reflexión fue que me hizo entender. Comprendí que beber unas cervezas de vez en cuando no hacía daño a nadie, como si tomabas un par a diario. Otra cuestión era beber hasta terminar tan perjudicada que al día siguiente la concentración en tu trabajo fuera inexistente; eso sí era dañino. Por desgracia, esa fue mi actitud durante unos meses, cambié mi habitual costumbre de beber para relajarme por beber hasta olvidarme de mi nombre. Al día siguiente intentaba aliviar mi resaca con una buena ducha fría, analgésicos y un remedio familiar cuya eficacia podía ser cuestionada y debatida. Acudía al departamento aparentando que no sucedía nada, pero, eso sí, con la cabeza a punto de detonar y corta de reflejos, prácticamente sin ninguno. ¿Y qué hicieron mis compañeros viéndome así? Me encubrieron. Encubrieron mis puntuales excesos con el alcohol, que terminaron alargándose durante meses. Estaba convencida de que no lo hicieron solo por considerarme una buena detective pasando una mala racha, había otras causas subyacentes que ahora veía con claridad. Samantha, Morgan y Cooper lo habían hecho porque simpatizaban conmigo y me apreciaban, y el afecto es lo que tiene, a veces te hace tapar cosas que a ojos de cualquiera serían más que cuestionables. Peterson, a pesar de odiarme, nunca se había puesto en mi contra por una razón: para que Parker no se lanzara a su yugular. La amenaza de exponer al comisario una queja sobre mi comportamiento siempre quedaba en eso, en una intimidación sin frutos por miedo a enojar al capitán. El sargento sabía de las influencias de Parker, que, además de ser íntimo amigo del alcalde de Nueva York, empezaba a adentrar los pies en el mundo de la política. Peterson no era tonto y sabía que sería mejor tenerlo a su favor que enfurecerlo. El capitán Parker me cubría las espaldas por puro y duro interés, para no perder nuestros fogosos encuentros, las relaciones pasionales que se sucedían frente a un espejo y que eran un fetiche para él;

no en vano su alcoba estaba prácticamente forrada de ellos, techo incluido. Nadie en el departamento podría sospechar esa fijación, y mucho menos suponer cómo era Nikolas Parker de verdad. Nadie podría pensar que siendo un hombre inflexible y disciplinado, como mostraba ser, en realidad fuera tan ardiente y complaciente en la cama. Nunca lo imaginarían, jamás se figurarían la abismal diferencia entre el implacable capitán Parker y el impetuoso Nikolas amante. Y por último estaba Scott, aunque por otra razón muy distinta a la de todos los demás. Él me encubrió más que ninguno, y no solo por el cariño que me tenía debido a nuestros años juntos, como compañeros, sino por haberle salvado la vida. Haber hecho de mi cuerpo el escudo que paró la bala que le tocaba recibir a él, le hizo sentirse en deuda conmigo. Todos y cada uno de ellos, por unos u otros motivos, taparon mi falta de profesionalidad cuando algún día llegué en malas condiciones a mi trabajo, no apta para servicio.

Me sobresaltó la música de *La traviata*, alguien me llamaba al móvil. Dejé la taza de café y me levanté perezosa, arrastrando los pies. El nombre de Samantha ocupaba la pantalla.

—Hola —dije al descolgar.

—Hola, Grechi, ¿me abres la puerta? Vengo a hacerte una visita.

—Ahora mismo. —Colgué.

Me encaminé a la puerta intentando desprenderme del agotamiento y de los pensamientos que me avasallaban. Abrí, y Samantha me obsequió con una de sus sonrisas, esas que siempre estaban tintadas de ironía. De inmediato, guardó los auriculares y el iPod en su bolsillo, venía escuchando música. A pesar de la ilusión que me hizo su inesperada visita, a duras penas pude estirar los labios para responderle.

—¡Hija mía, qué mala cara tienes! Da pena verte, Grechi. —Ese fue su saludo.

—Gracias por tu sinceridad —respondió mi cinismo, y la invité a pasar.

—Parece que te pillo en un mal día, ¿no?

—¡Caray, eres muy sagaz! No me extraña que seas policía.

—¡Oye, paz! —clamó—. Te noto muy tensa.

—Perdona, no era mi intención, Samantha. La verdad es que no tengo un buen día, pero te agradezco que hayas venido.

—Me apetecía verte. La última vez que pasaste por el departamento te olvidaste de mí.

—Cierto, pero no me lo tengas en cuenta, por favor.

—¡Uf, un «por favor» y todo! —Silbó—. Grechi, estás irreconocible. —Chasqueó los labios, típica costumbre en ella.

—Eso ya me lo han dicho antes. —Con la afirmación torcí los labios—. ¿Te apetece un café?

—Pues claro, pero no aquí, no seas sosa. Anda, cámbiate y salgamos a tomárnoslo afuera, Manhattan está llena de cafeterías.

Medité unos segundos mientras la miraba, venía vestida de absoluto negro,

pantalón, jersey y cazadora de cuero. Recordé que solía vestir así, era su color favorito. Decía que hacía juego con su humor.

—¿Vamos a un Starbucks o a un Think? —le pregunté.

—A menos de una manzana de aquí hay una cafetería muy acogedora; además, también sirven unos *bruch* deliciosos, doy fe. Es un negocio familiar cuya segunda generación acaba de tomar el relevo. Vayamos a ella y dejemos de dar de comer siempre a las franquicias, ¿no te parece?

—Está bien, por qué no —contesté.

—Pues no pierdas tiempo. ¡Ale, ale! —me indicó con la mano.

Me acerqué al armario, lo abrí y miré qué escoger para ponerme. Samantha se aproximó a mí y, a mi espalda, observó la ropa. Me decanté por un *jeans* ajustado, un jersey azul Klein de cuello alto, un chaleco negro ligeramente acolchado y unas botas de tacón ancho.

—Buen gusto, como siempre —dijo ella. Sonreí y me marché al baño a cambiarme, ese era el único lugar dotado de privacidad en mi enano apartamento.

En poco más de veinte minutos ya estábamos sentadas en una cafetería que irradiaba una calidez acogedora, tal y como me había comentado mi compañera, y aguardábamos nuestro pedido. Samantha me escudriñó con la mirada y por su boca resbaló una sonrisa cargada de perspicacia.

—¿Qué? —le pregunté, su gesto indicaba que buscaba una respuesta a algo.

—¿Es cierto lo que se oye por el departamento?

—¿Y qué se oye? —interpelé.

—Que le pediste disculpas al capullo de Peterson.

—¡Joder, las noticias vuelan!

—Así que es cierto. —Arrugó los labios, y de inmediato añadió—: ¿Por qué? ¿Por qué le has pedido disculpas a semejante cabrón?

—¿No conoces la razón?

—No exactamente y me come la curiosidad —respondió—. Sé que fue el día que me preguntaste por él y su relación contigo. Me han dicho que te faltó al respeto y que hiciste que el capitán le echara la bronca, por eso no me encaja lo de tus disculpas. De modo que dímelo, Grechi. —Me observó expectante.

En ese momento un joven y sonriente camarero, de aspecto latino, nos dejó las tazas de café sobre la mesa y se retiró. Cogí el mío, le eché azúcar y empecé a darle vueltas con la cucharilla.

—Vamos, cuéntamelo —insistió.

Aparté mi café a un lado y, cruzando los brazos, los apoyé en la mesa, fijé la mirada en sus ojos y dije:

—Resumiendo, sus palabras contenían más que una falta de respeto y me generaron muchas dudas sobre él. Le apunté como posible sospechoso de mi ataque. Móvil: su odio.

—Pero ¿qué coño dices? —Levantó la voz, quedándose boquiabierto.

—Lo que oyes. Me odia, es un buen móvil —aseguré—. El capitán investigó...

—Un momento —me interrumpió—. ¿El capitán apoyó tu sospecha? —preguntó escandalizada.

—Sí. Y si me dejas terminar te lo cuento; si no, me callo —le advertí.

—Vale, vale, sigue —me pidió.

—El capitán lo investigó porque ese día no tuvo servicio, pero tiene una firme coartada para esa noche. Así que me colé y por eso le pedí disculpas. ¿Satisfecha tu curiosidad?

—¿Cómo has podido pensar que Peterson fuera tu atacante? —inquirió casi malhumorada.

—Ya te lo he dicho, porque me odia —me defendí.

—Os odiáis, Grechi —puntualizó—. Y dudo que tú quieras matarlo por la animadversión que le tienes. No discuto que le darías dos buenas hostias y una patada en los huevos, al igual que haría yo, pero no creo que llegaras a más. ¿O sí? —inquirió.

Reflexioné sus palabras sin apartar la vista de ella.

—Visto así llevas razón —aseveré. De nuevo acerqué el café a mí, cogí la taza y bebí un trago.

—Desde luego que la llevo. —Alzó la barbilla—. No me extraña que le pidieras disculpas, no era para menos.

—Sí, se las pedí. Y lo hice tres veces en lugar de una, aunque a cada segundo me siento más estúpida por haber dudado de él. El miedo es lo que tiene, te hace ver fantasmas en todos los sitios, ¿no?

—¿Tienes miedo?

—¿Tú qué crees? —Levanté la voz—. No sé quién demonios intentó matarme ni dónde se encuentra, podría estar cerca de mí, ser cualquiera, hasta uno de mis conocidos. ¿Cómo no voy a estar asustada?

—¿Hay más sospechosos?

—No tenemos a nadie en particular, y a todos los que he arrestado en general, ¿cómo lo ves? —le pregunté, omitiendo que el doctor Clark era un firme candidato.

—¡Buf! —Resopló—. El tema está muy jodido.

—¿Ahora me entiendes?

—Desde luego, tú también llevas razón. —Asintió, poniendo una de sus manos encima de la mía—. Pero lo cogerán, Grechi. Ya verás que en breve habrán detenido al cabronazo que te atacó.

—Ojalá sea así. —Pensé en mi último recuerdo, indicador de que yo conocía a mi asaltante; la piel se me encrespó—. Por qué no cambiamos de conversación, por favor —le solicité.

—¡Guau, otro «por favor»! —Sonrió—. De acuerdo, cuéntame algo más divertido.

Volví a dar un sorbo al café, meditando en cuanto había recordado, sintiendo la

necesidad de vaciar mi alma. Samantha estaba conmigo y me pareció la persona apropiada para llevar a cabo tal impulso.

—¿De qué quieres que te hable? —le pregunté.

—Por ejemplo de algo que hayas recordado. Porque vas recordando, ¿no?

—Sí, poco a poco, pero voy haciéndolo. —Soplé con una singular mezcla de desánimo, decepción y malhumor.

—¡Caramba!, que diría mi abuela para no usar un taco. Ese incalificable resoplido más bien indica que no te hace muy feliz recordar.

—En realidad no mucho, no voy a mentirte, Samantha. Estoy descubriendo cosas de mi vida que no me gustan y otras que no entiendo. ¿Y sabes qué? No me gusta la mujer que soy, o mejor dicho la que era —le revelé.

—¿Por qué? —preguntó extrañada—. Para mí eres una tía genial.

—¿Puedo sincerarme contigo?

—¡Pues claro! —exclamó—. Cuéntame lo que quieras, de mí no va a salir nada, Grechi.

—Como sabes, me he acostado con algunos compañeros, tú misma me ayudaste a recordarlo, pero hay más cosas que no sabes. O mejor dicho —hice una pausa—, hay personas con las que me he metido en la cama y que tú ignoras y ni imaginas.

—¡Uf!, esto se pone interesante. —Se frotó las palmas de las manos—. ¡Vamos, desembucha! —Desplegó los labios.

—Me he estado acostando con el capitán Parker durante meses.

—¿¿¿Qué??? —Su voz se alzó dos tonos como mínimo—. ¿Puedes repetírmelo, por favor?

—Que Parker y yo nos veíamos de vez en cuando y nos acostábamos, sin más.

—¡Joder qué cabrón! —Silbó—. ¿Y cómo es en la cama? —preguntó de inmediato.

—¡Samantha! —le amonesté con la voz y con la mirada.

—¿Qué? Es simple curiosidad. —Se encogió de hombros.

—Como comprenderás, no pienso contarte los detalles de mis intimidades.

—Eso es cierto, nunca lo has hecho. —De nuevo chasqueó los labios.

—Pero eso no es todo, hay algo más.

—No me digas que al final te has tirado a Cook —habló entre risas.

—¿Lo sabes? —interpelé sorprendida.

—¿Lo has hecho?

—Sí —afirmé.

—¡Lo sabía! —espetó, dando una palmada—. Sabía que al final le echarías un polvo por pesado y con tal de que se callara de una vez. Yo en tu lugar habría hecho lo mismo. —Se carcajeó.

—Parece que le he echado más de uno —puntalicé.

—¡Guau! —De nuevo silbó, abriendo los ojos como platos—. Nena, eres una caja de sorpresas. Cook debe de ser bueno en la cama.

—¡Samantha! —le volví a reprender.

—Mujer, además de la memoria has perdido el sentido del humor —me reprochó—. ¿Qué he dicho de malo? Si has repetido, por algo será.

—Sí, porque tenemos una relación —contesté—. Llevamos viéndonos en secreto cuatro meses.

—¿Cómo? ¿Una relación? —preguntó pasmada.

—Eso he dicho.

—Pero, Grechi, si tú abogas por el sexo libre y sin sentimientos. Lo has hecho siempre, pero con mayor hincapié desde el final de tu fugaz matrimonio. Cuando firmaste el divorcio con Foster juraste que jamás volverías a tener una relación con nadie. Ese cabrón se portó como un cerdo y te lo hizo pasar mal.

—También he recordado mi matrimonio con Gordon, cuanto pasó entre nosotros, y sé que fue contando nuestras intimidades por ahí. Estabas al tanto de ello, ¿verdad?

—Sí. —Asintió despacio—. Aunque me enteré un mes después de que te divorciaras de él.

—¿Quién te lo contó?

—Tú —contestó—. Es cierto que siempre has sido muy celosa de tu intimidad, pero el asunto ya no era un tema reservado, sino un secreto a voces, y tú necesitabas desahogarte. Nos pasamos meses poniéndolo a parir, hablar mal de Foster se convirtió en nuestro deporte favorito.

—Qué venganza más tonta e infantil —manifesté.

—Más que venganza era una terapia para ti. Librarse de los restos de un tío así no es fácil —aclaró—. Foster no solo es un chulo, yo sabía que tenía una mirada sucia, de las que ocultan unos viciados gustos, y no me equivoqué. Por eso cuando me contaste lo que fue largando no me cogió de susto, menos aún después de haberos sorprendido como lo hice.

—¿Cómo nos sorprendiste? —pregunté intrigada.

—Veo que esa parte no la has recordado.

—Si no te explicas mejor, no sé de lo que estás hablando.

—Os sorprendí en archivos y en el almacén de pruebas metiéndoos mano, yo todavía no he podido olvidarlo. Estoy convencida de que si hubiera tardado cinco minutos más os encuentro las dos veces haciéndolo.

—¿Me pillaste en esos lugares con Gordon, no fue con Cook? —interpelé sorprendida. En mis recuerdos era Cook el que estaba conmigo en ambos sitios.

—¡No, qué dices! —exclamó frunciendo el gesto—. Cook no sería capaz de echarle tantos huevos. Nuestro joven detective siempre te entra después de beberse unas cervezas que lo dotan de valor y nunca es tan descarado. Sin embargo, a Foster y su endiosada persona no se le pone nada por delante. En aquel momento no le hubiera importado hacérselo contigo teniéndome a mí de espectadora. Es más, sé que lo deseaba, su mirada me lo gritó. Él es la antítesis de Cook. En ese sentido, Foster es la desvergüenza y Cook la inocencia.

—Qué raro. Yo he recordado esas escenas pero con Cook —expliqué aturdida.

—Pues yo solo te he pillado con Foster; estoy del todo segura, ya te he dicho que no lo he olvidado. —Chasqueó la lengua, ya llevaba rato sin hacerlo—. Así que o te ha pillado otra persona con Cook, cosa que me cuesta creer dado su carácter, o tus recuerdos te están jugando una mala pasada y andan mezclándose, Grechi.

Sí, era cierto, mis recuerdos se entremezclaban de vez en cuando. Lo supe la noche que recordé a Cook, Parker, Gordon y el doctor Clark haciendo el amor conmigo. Esas escenas lograron que el desconcierto reinara en mí, durante el acto sus caras y el lugar cambiaban una y otra vez, una y otra vez... hasta finalizar. De repente, me avasalló el recuerdo. Vi a Gordon con una mano dentro de mi pantalón y su boca perdida en mi escote. Estábamos en el almacén de pruebas, había venido a hacer una visita a su reciente esposa y el deseo nos llevó a besarnos, a acariciarnos, a excitarnos. Escuché un carraspeo de garganta, era Samantha, y me retiré de Gordon con rapidez. «Os espero fuera», es lo único que dijo, y se marchó. Gordon se rio, pero yo me quedé cortada, nos habían descubierto y no me hizo gracia. «Seguro que la hemos puesto cachonda y le habría encantado mirar», susurró él. Yo añadí que se callara, que me estaba haciendo perder la cabeza y que era un desvergonzado. Calló mi protesta con un ardiente beso y la promesa de acabar lo empezado al llegar a casa. No puede pensar en otra cosa a lo largo del día.

—¡Eh, regresa! —Samantha chasqueó los dedos delante de mi cara.

—Lo siento, estaba pensando.

—Yo también —aseguró—. Pensaba que al contrario del capitán Parker, con quien no esperaba que te metieras en la cama, que te acuestes con Cook no me coge desprevenida.

—¿De verdad?

—Sí, me lo esperaba tarde o temprano —respondió—. Aunque lo de mantener una relación cuando juraste no volver a involucrarte sentimentalmente sí que me ha dejado impactada. Insisto, el chico debe de ser muy buen amante, si no, no lo entiendo.

—No sé cómo será, he recordado cosas pero no tan precisas. Pero, sea como sea, el caso es que estamos juntos.

Samantha me observó con cara de polígrafo, sus ojos indagaban en busca de veracidad. Sabía que esa mirada quería sonsacarme más información de la que le había dado.

—¿Qué? Dilo —le exigí.

—¿Y con Scott? —preguntó.

—Con Scott, ¿qué?

—Ya sabes —contestó arqueando de seguido las cejas—. ¿También te has acostado con él? Y sé sincera —me pidió.

—No, con él no. —Negué con la cabeza, seria.

—¡Qué lástima! —Puso morritos—. Con lo bueno que está y lo bien que debe de

empotrar el tío. ¿Estás segura o no lo recuerdas? —insistió.

—Estoy segura —respondí con firmeza—. Entre Scott y yo solo ha habido cierta tensión sexual.

—Mucha tensión sexual —aclaró—. Grechi, yo la he mascado en más de una ocasión, y algún que otro compañero también. Es más, hubiera apostado antes por Scott que por Parker. Que Scott pasara por tu cama para mí era predecible; Parker, impensable.

—Scott... Scott —dije indecisa.

—Scott, ¿qué? ¡Habla, mujer!

—Scott me gusta.

—¡Toma, y a mí! —Se echó a reír.

—Me gusta de verdad, Samantha. Yo... yo...

—¿Tú qué?

—Yo lo amo —confesé en un susurro.

—¿Estás enamorada de Scott? —preguntó casi en un grito.

—Sí. —Asentí, enmudecida por unos segundos—. Lo amo desde hace años. —Me atreví a confesar.

—¿Años? —Sonó inquieta. Supe lo que estaba pensando y, ya que me había abierto, era absurdo guardar más silencio.

—Sí, años —confirmé—. Ya lo amaba cuando me casé con Gordon, fue una estupidez contraer matrimonio con él.

—¿Y Scott lo sabe?

—No —respondí categórica—. Jamás se lo he dicho. —Descendí la cabeza. Haberle contado algo tan íntimo me hizo sentir desnuda y por lo tanto avergonzada.

—¡Pero, Grechi! —replicó inquieta—. ¡Oh, nena, debes hacerlo! —me rogó, alzándome la barbilla para que la viera—. ¿A qué estás jugando? Me acabas de abrir tu corazón, me estás contando que amas a Scott desde hace años y él lo ignora. Y cómo no va a hacerlo si tú no se lo dices y él te ve desfilar con unos y con otros. Dudo que de esa forma pueda hacerse una idea de que lo amas —explicó sin dejar de mirarme a los ojos—. Yo nunca lo habría supuesto, sé que entre vosotros hay atracción, pero pensé que para daros un revolcón y poco más, no que lo amaras. Hablamos de amor, Grechi, y eso son palabras mayores.

—Lo sé, Samantha —respondí, apretando los labios para que no me temblaran—. Pero no puedo decírselo, me da pánico su rechazo, él es un hombre libre que no busca una relación, y yo no quiero un mero encuentro sexual y luego adiós. Con él no. —Ahogué un suspiro cargado de congoja.

—Joder, pues yo me apunto a ese encuentro sin pensarlo, mejor un polvo con él que nada.

—No me entiendes. —La voz se me quebró.

—Claro que te comprendo, ¿cómo no? Tan solo trato de bromear, el tema se ha puesto demasiado tenso. —Otro chasquido de labios.

Mi móvil sonó en el conciso instante en que los ojos se me enturbiaban y la nariz comenzaba a picarme, se avecinaba el llanto. Al leer en la pantalla el nombre de Scott aspiré con fuerza, hasta repletar a mis pulmones, y descolgué. Mi pulso estaba acelerado, aunque al escuchar su bonita voz osciló y se volvió renqueante, latía a trompicones. Scott dijo que quería verme para hablar de mi caso, tenía algo nuevo. Le comenté que me encontraba tomando un café con Samantha, me preguntó dónde y, tras decírselo, me comunicó que en diez minutos estaba aquí. Colgué y observé que Samantha me contemplaba absorta.

—Era Scott —le avisé.

—Lo sé, te he escuchado pronunciar su nombre. —Vaciló un instante—. ¿Sabes que te ha cambiado la cara cuando has empezado a hablar con él? Desde luego que estás cambiada, porque nunca has mostrado lo que muestra ahora tu mirada, que lo amas —aseguró asintiendo—. Viene para aquí, ¿no?

—Sí, dice que tiene algo nuevo sobre mi caso y quiere contármelo.

—Tú también deberías tratar con él lo que me has contado, Grechi.

—Y tú, por favor, no cuentes a nadie cuanto he hablado contigo. Nada de nada —le advertí.

—¡Guau! Como te has salido por la tangente. —Silbó—. Y si me lo pides por favor, el tercero del día, no puedo negarme. Pero te diré algo, si precisas de ayuda para envalentonarte, puedo dártela. —Torció una sonrisa—. Aunque no lo creas, y yo negaré habértelo dicho, fui animadora en el instituto y se me daba muy bien alentar y crear confianza. ¡Grechi, Grechi, Grechi! —bromeó sin parar de mover los brazos en alto.

Sonreí con sutileza imaginándome a Samantha vestida de animadora, con faldita, coleta y pompones. No le pegaba para nada ese papel, se alejaba por completo de su personalidad.

—¿De verdad fuiste animadora?

—Todos tenemos un pasado, y yo no voy a ser la excepción, pero mis labios ya están sellados, Grechi. —Un nuevo chasquido de lengua, no pude evitar sonreír.

Samantha y yo terminamos de tomar el café virando el tema de conversación por completo. De pronto, sacó el iPod de su bolsillo, desenrolló el cable de los auriculares y se los colgó al cuello.

—Bueno, me voy a ir preparando para marcharme dando un paseo hasta mi casa.

—¿Dónde vives? —interpelé con curiosidad.

—En un bloque de apartamentos de la calle Hudson esquina con Grove. Rodeada de un pequeño parque, un galería de arte y cientos de restaurantes: chino, brasileño, británico, alemán, francés, cubano, danés, griego, japonés... y por supuesto un *diner* americano. Ah, y lo mejor, estoy al lado de una escuela de música.

—Parece que te gusta mucho la música.

—La adoro —subrayó.

—¿Y siempre la vas escuchando? —Señalé con la mirada al iPod.

—Casi siempre, como buena melómana.

—¿Y todavía sigues con el Bruno Mars ese?

—No. —Negó con la cabeza—. Ahora estoy escuchando a Michael Bublé, dicen por ahí que es el heredero del grandioso Sinatra —respondió llena de orgullo—. Igual es una exageración, pero me encanta la música de Bublé, su voz de barítono, la pasión que pone en cada canción, su dominio en el escenario... Y además, para qué engañarnos, está muy pero que muy bueno. —Se mordió el labio inferior a la par que arqueaba la cejas y los ojos se le abrían como platos—. ¡Qué polvo tiene el tío, qué polvo! —Soltó un chorro de aliento con cierta musicalidad.

—Vaya, por el entusiasmo que has empleado en tu última frase parece que lo escuchas más por lo que te suscita físicamente que por su música.

—A ver, Grechi, amo su música, que te quede claro, por eso la oigo sin parar; a Bublé le escucho más veces que a cualquier otro cantante. Pero no te negaré que me encantaría disponer del *pack* completo, ya me entiendes. —Volvió a arquear las cejas, esta vez repetidas veces.

—Sí, te gustaría tenerlo en cuerpo y alma, ¿verdad?

—Con el cuerpo me vale, tampoco voy a ser tan egoísta. —Chasqueó los labios, y terminamos riendo.

En cuanto llegó Scott, Samantha se colocó un solo auricular en el oído, su habitual costumbre, y anunció que se marchaba, alegando que ya tenía canguro para llevarme de vuelta a casa. Dándome un beso, guiñándole el ojo a Scott y añadiendo un «adiós, tortolitos», se despidió. Antes de abandonar la cafetería, y aprovechando que Scott se encontraba de espaldas a ella, levantó los brazos simulando agitar unos pompones, solicitándome con la mirada que hablara con él.

Mi compañero se pidió un café y yo me sumé a una segunda taza. Después de las

preguntas de rigor, «¿cómo estás?», «¿qué tal has dormido?» y poco más, me comentó que tenía a un sospechoso en el centro de su atención: Alan Sharkey.

Alan era más conocido por el sobrenombre del camaleón, así lo denominábamos entre nosotros por su habilidad para transformarse en quien no era y hacerse pasar por distintos hombres. Buscando un nombre y apellido distinguido como carta de presentación, se colaba en fiestas de clase alta; y como hombre atractivo que era, seducía a las viudas o solteras bien posicionadas. Al cabo de unos días, cuando conseguía entrar en sus alcobas, les limpiaba la caja fuerte, todo el dinero y las joyas. Fue difícil dar con él por la cantidad de veces que cambiaba su aspecto físico, teníamos más de diez retratos robot diferentes. Tanto nosotros como las señoras y señoritas adineradas andábamos alerta por la cantidad de veces que había actuado. Debido a ello, la suspicacia se acentuó, y un día recibimos la llamada de una anfitriona contándonos que en su fiesta había un hombre refinado y sospechoso. Le pedimos que actuara con normalidad para no ahuyentarlo, porque en breve estaríamos allí. Scott y yo nos vestimos para la ocasión: él con un traje chaqueta negro con el que estaba guapísimo y yo con un vestido color marfil hasta los pies. Nos presentamos como una pareja de invitados más, y entre cóctel y cóctel observamos cómo el sujeto en cuestión cortejaba a una viuda, una ricachona de algo más de cincuenta años. La mujer parecía encantada con él, que le reía todas las gracias. Cuando se marchó, lo seguimos con sigilo y dimos con su lugar de residencia, lo que nos sirvió para saber quién era: Alan Sharkey. Avisamos a la viuda de con quién había estado coqueteando y le pedimos ser nuestro cebo para cogerlo; la mujer accedió sin problemas.

Colocamos micrófonos y cámaras por la espaciosa vivienda del Upper East Side, una de las zonas más elitistas de Nueva York, y esperamos a que ella lanzara la caña para pescarlo. Al quinto día, cuando nos dijo que esa noche la pasaría en su casa, montamos el operativo. El *modus operandi* de Sharkey consistía en dormir a sus víctimas echándoles somníferos en el vino. Cuando llegaban a la cama, ya no había lugar para el sexo, Morfeo había hecho acto de presencia, y él se hacía con el botín de forma tranquila y sin ninguna violencia. Luego se marchaba por donde había venido y volvía a cambiar de aspecto para el siguiente golpe. Cuando esa noche lo pillamos in fraganti y se vio acorralado, no se rindió sin más. Intentó huir y yo me vi obligada a dispararle, apunté lejos de los órganos vitales y le acerté en una pierna. No paró de maldecirme mientras se retorció, a la par que lo esposaba, e incluso llegó a decir que iba a denunciarme por haber intentado matarlo. ¿Podía tener más desfachatez?

Contrató un buen abogado que creó una duda razonable con el resto de delitos y al final solo se le pudo imputar ese. Era obvio que no se podía negar lo innegable, lo habíamos cogido, como se suele decir, con las manos en la masa. El jurado lo declaró culpable y lo condenaron a cinco años de cárcel. En ese momento, tras oír la sentencia y delante del mismísimo fiscal, me juró que en cuanto saliera me quitaría de en medio. Y había salido. Según me explicaba Scott, el malnacido, gracias a su gran

abogado, había conseguido una reducción de la pena por buen comportamiento. Ya había cumplido tres años, más de la mitad de la condena, y lo habían dejado en libertad supervisada. Pisó la calle cuatro días antes de que yo fuera atacada.

—Mucha casualidad, ¿no crees? —me preguntó Scott.

—La verdad es que sí, no lo voy a negar —afirmé.

—Y aún hay más —añadió—. He estado en el Departamento de Probatoria y he hablado con el oficial que lo supervisa. Ese día, el mismo que te atacaron, Sharkey le comentó que acudiría a la fiesta de cumpleaños de su madre. Al agente le pareció bien y tan solo le preguntó por el sitio y la hora de ida y regreso. Sharkey le dijo que se iría a las ocho y, como muy tarde, estaría de regreso a las doce; a ti te atacaron entre las diez y las doce. El lugar al que acudió está a tan solo dos manzanas de donde te encontramos. ¿Casualidad de nuevo?

—Demasiada —contesté.

Pensé una vez más en el único recuerdo que me había llegado de esa noche. Yo conocía a mi agresor, y conocía a Alan Sharkey. Nunca olvidaré sus ojos azules, casi transparentes, y mucho menos su mirar intenso, penetrante, intimidatorio. Podía ser él, claro que podía serlo. ¿Y el doctor Clark?, me pregunté de pronto. Cook sospechaba de él y era cierto que mentía porque ocultaba haberme agredido, ya había llegado a mi memoria el empujón que me dio tirándome al suelo. Claro que yo también lo estaba golpeando sin parar, pero eso no justificaba su agresión. ¿Y la mía? Tampoco nada podía justificar que yo le estuviera pegando puñetazos en el pecho. ¿Quién me había atacado aquella noche, Clark o Sharkey? ¿Cuál de los dos? Tanto Cook como Scott parecían convencidos de estar a punto de coger al hombre que intentó matarme, cada uno de ellos creía tener a mi agresor. Sin embargo, yo me sentía confundida y no veía nada claro. Las dudas, esas acérrimas tejedoras de vacilaciones, me estaban haciendo pedazos.

—¿En qué piensas? —demandó Scott ante mi silencio.

—En pruebas —contesté—. Fuera de indicios o casualidades, ¿tienes alguna prueba que lo incrimine? —le pregunté.

—Le he pedido al oficial que indague en la familia para saber hasta qué hora estuvo en la fiesta. Prefiero que lo haga él, siendo su agente de la supervisada, lo verán normal. Si lo hago yo puedo poner a Sharkey en alerta e igual intenta darse a la fuga. Mañana me llamará para contármelo.

—Pues entonces no adelantemos acontecimientos y esperemos hasta mañana.

—Esperaré ansioso a detenerlo. Voy a hacer que ese maldito cabrón se pudra en la cárcel, Lula. —Posó su mano sobre la mía con cariño.

—Ojalá sea así —contesté, deseosa de poner fin a la angustiada historia y recuperar mi nueva vida.

—Y, cambiando de tema, ¿ya has hablado con Cook de lo vuestro?

—No, aún no. —Sacudí la cabeza—. Estoy demasiado preocupada con que se encuentre a mi atacante. Pero en cuanto lo hayáis cogido hablaré con él y terminará

nuestra relación.

—Vale —respondió, contemplando mi muñeca—. Veo que has vuelto a quitarte la pulsera que te regalé.

—Ah, ¿te habías fijado en que la llevaba puesta? —pregunté sorprendida.

—Sí, lo hice.

—Como no me has dicho nada.

—Yo aún estoy esperando a que me expliques el motivo que te llevó a quitártela hace más de un año, cuando pareció gustarte tanto. —Sonó a reproche.

—No lo recuerdo —mentí.

—¿Y ahora tampoco recuerdas la causa de volvértela a quitar?

—Por nada en especial. —Me encogí de hombros—. Me la quité anoche y no me he dado cuenta de volver a ponérmela —puse de excusa—. Ha sido casualidad que me veas sin ella.

—¿Sabes? No creo en las casualidades, Lula. Todo en esta vida tiene un porqué, aun cuando no sepamos dárselo, o no nos atrevamos a hacerlo.

Tragué saliva, nerviosa, desviando la vista, masticando el incómodo silencio que se dilató por tiempo indefinido. Scott se bebió su café mientras yo dudaba si hablar, si mirarlo y si confesar por qué no llevaba puesta su pulsera. La razón era simple: por el dolor que me provocaba saber que solo sería mi compañero, nada más. Pero, para no variar, callé. Callé y me atraganté con las palabras que se amontonaban en mi garganta, colapsándola. En ese instante Samantha se coló en mi mente alentándome a hablar con Scott, a vaciar mi sentir, a expresar de una vez mi amor. Iba vestida de animadora, agitaba los pompones y de manera infantil cantaba: «Dame un a, dame una eme, dame una o y dame una erre. ¡¡¡AMOR!!! Grechi ama a Scott. ¡Vamos chicos, un beso! ¡Venga! ¡Uuuuuuu!»». Y aún con todo ese aliento y empuje emergiendo de mi conciencia, callé, como siempre.

Scott dejó sobre la mesa la taza de café vacía y me miró entristecido, arrojando un suspiro de resignación. De inmediato se levantó y me invitó con su mirada a hacer lo mismo, debía regresar al trabajo, pero antes tenía que llevarme a mi casa. Con el mismo silencio que nos había abordado minutos antes, abandonamos la cafetería, y de idéntica forma, regresé a mi hogar. Tan solo al cerrar la puerta y quedarme sola fui capaz de fracturar el mutismo y hablar. Lo hice para maldecirme cien mil veces por ser tan pusilánime.

\*\*\*

En unas horas habría sido el cumpleaños de Romeo, habría cumplido treinta y un años, de seguir con vida. Todos los días, durante quince años, lo había echado de menos, al igual que a mi buena y querida madre. Pero el día de sus cumpleaños lo hacía por partida doble, o triple: sus muertes se realzaban de manera imperiosa en mi cerebro. Y hoy era uno de esos días, uno que estaba próximo a expirar para dar

entrada al 27 de marzo. Una fecha marcada en rojo en el calendario de mi memoria, demasiado complicada para mí. Me acerqué al Manhattan Club a tomarme unas cervezas o un barril entero; necesitaba, más que ahogar, anegar a las penas. Llevaba varios días visitando otro bar, escondiéndome para que mis compañeros no vieran que había vuelto a beber. Pero hoy no. Hoy me daba todo igual. Hoy no pensaba irme a otro lugar para embriagar a mi alma. Y si a Scott se le ocurría reprenderme, sería víctima de la ira que me reconcomía.

Samantha no me acompañaba, era su día libre y tenía una cita con un tipo que había conocido meses atrás por Facebook, así que acudí sola. Decidí cambiar la compañía de la barra por una mesa y me senté junto a mi cerveza. Cuando empezaba a beberme la segunda, llegaron Cook y el morenito de Morgan. Me saludaron, pidieron su bebida y se acercaron a hacerme compañía. Con la mesa llena de botellas vacías y la cuarta cerveza en la mano, apareció Scott. Nos saludó, me sentenció con la mirada y se marchó a la barra. Agradecí que no abriera la boca para más, aunque su censuradora mirada ya había dicho bastante. Minutos después, Cook y Morgan se levantaron para jugar una partida de billar; entonces, y tan veloz como un rayo, Scott se acercó a la mesa.

—Lo sabía —siseó—. Sabía que habías vuelto a beber —soltó molesto.

—¡Ah, sí! —canturreé burlona.

—Claro que sí. —Me traspasó con su iris, cabreado—. Llevas un par de semanas distinta, todo me indicaba que habías regresado a las andadas.

—Mira que eres listo. No, mejor aún, eres adivino. —Eché un trago.

—No seas sarcástica conmigo y deja de beber ya —me exigió—. Creí que habías comprendido que la bebida no te ayuda. —Apartó la cerveza de mi mano y yo se la arranqué de un tirón, recuperándola.

—Lo haré cuándo tú dejes de comportarte como mi padre de una puta vez —le escupí con soberbia.

—Odio que me digas eso. —La mandíbula se le tensó.

—Y yo odio que me controles —hablé airada.

—¿Que te controlo? ¡Por favor! —exclamó furioso—. ¿Eres tonta o simplemente te lo haces? —alzó la voz.

—Aquí el único gilipollas que no se entera de nada eres tú. —Lo agredí con la mirada.

—¿Crees que no me entero? ¿Crees que no sé por qué estás así? ¿Crees que no sé cuál es la fecha de mañana?

—Pues entonces déjame en paz y lárgate —regurgitó mi agresividad.

—Yo solo me preocupo por ti, no quiero que te hagas esto, Lula. —Su tono cambió, sonó a ruego.

—¡No me llames así! —grité frenética—. Vete y déjame que viva mi vida como me venga en gana, ¿vale?

Los ojos de Scott me horadaron sin clemencia.

—Por mí puedes hacer lo que te salga del... —dejó la frase inconclusa.

—Dilo, ten huevos, *coño* es la palabra que has omitido. Y sí, voy a hacer lo que me salga del coño —pronuncié con énfasis.

—Vete a la mierda y bebe cuanto quieras, hasta reventar, Grechi.

—Lo haré a tu salud, capullo metomentodo —remarqué cada sílaba del insulto.

—¿¿¿Metomentodo??? —gritó descolocado.

—Sí, un maldito entrometido que estoy deseando se vaya a tomar por culo de una vez —repliqué de forma mayestática.

Scott me aniquiló con la mirada y se marchó echando espuma por la boca. Según lo hizo, me sentí fatal por atacarlo de esa forma, al fin y al cabo, él solo buscaba mi bien, como siempre. Solo quería ahuyentarme de mi peor enemigo: la ira. La furia que se escondía debajo de la culpabilidad. Una bola de odio que me rellenaba el vacío corazón y que avanzaba por mi interior a dentelladas.

Nada más acabar la partida de billar, Morgan también abandonó el Manhattan Club. Cook regresó a la mesa conmigo y durante largo rato estuvimos charlando del trabajo y continuamos bebiendo. Mejor dicho, yo lo hice. No dejé de beber hasta que decidí irme. Entonces Cook se levantó y se empeñó en acompañarme a casa. Alegó que debía hacerlo por dos causas: porque no me veía bien de ánimo y, sobre todo, por haber bebido más de la cuenta. Le dije que me dejara en paz, pero siguió sermoneándome, y como no desistía en su propósito, al final lo insulté y lo mandé bien lejos. Le prohibí acercarse a mí si no quería que le pateara el culo, y no era una frase amenazadora, mi rabia estaba dispuesta a hacerlo. Me sujetó por el antebrazo con la intención de disuadirme y, furiosa, me revolví hasta zafarme. Me sentó tan mal que ejerciera esa superioridad conmigo que le solté un bofetón y le grité que lo iba a denunciar por acoso. Aunque esas palabras, en realidad, solo llevaban la idea de intimidarlo. Y lo conseguí. Cook me miró turbado por mi reacción y, con resignación, dejó que me marchara del Manhattan Club. Antes de salir por la puerta giré la cabeza y lo vi sentado a la mesa, cabizbajo. Él se quedó allí y yo abandoné el bar algo borracha, esa era la verdad; si bien no lo suficiente para aplacar mi dolor.

Me subí al coche y, antes de llegar al puente de Manhattan, paré en un 7-Eleven a comprar unas latas de cervezas. Luego volví a poner rumbo al East River, a la misma zona donde encontraron el cuerpo de mi hermano, unos cuatrocientos metros más abajo del puente. Aparqué el auto, cogí el paquete de cervezas y caminé hasta el lugar bebiéndome una lata. Observé el río, el movimiento del agua, las enormes piedras que delimitaban su orilla, que lo separaban del suelo firme, del camino polvoriento. La misma tierra que estaba bajo mis pies, que establecía una distancia entre el asfalto y esa maldita agua que se llevó un pedazo de mi ser. Lancé la lata vacía al East River antes de sentarme y abrir otra, mientras lo seguía contemplando, notando la familiar punzada de la culpa royéndome, haciendo tan grande mi oquedad que me abría en canal. ¿Cómo podían ser tan dolorosos esos días, los días de sus cumpleaños? ¿Cómo podía haber pasado tanto tiempo, tantos años, y tener su recuerdo tan fresco y tan

poco superado? ¿Cómo podía echar tanto en falta a mi madre y hermano? La gran cuestión que puso de relieve la doctora Williams fue si el dolor me tenía atrapada a mí o yo lo mantenía atrapado a él. Una pregunta con la que trató de hacerme reflexionar, con la que apoyaba su frase favorita, la que trató de inculcarme: «Superar su pérdida no significa traicionarlos ni olvidarlos, Úrsula». Durante meses viví creyendo que lo estaba superando, pero parecía que todo había sido un espejismo, pues mi alma ardía de dolor. Y llegué a una conclusión con respecto a la pregunta de la doctora Williams, ambos nos teníamos atrapados: yo a él y él a mí.

De nuevo me levanté para lanzar otra lata vacía al río, y me abrí una más. Miré el reloj, faltaba menos de una hora para dar las doce, para entrar en el día 27 de marzo, y sollocé a la vez que bebía un trago de cerveza. De pronto escuché un ruido y voltee la cabeza hacia atrás.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunté alterada—. Eres la última persona con la que deseo encontrarme. ¡Márchate! ¡Déjame en paz! ¡No quiero verte! —exclamé a voces.

\*\*\*

Abrí los ojos de golpe. De nuevo el recuerdo se había esfumado, me había vuelto a dejar en el mismo punto, demostrando que conocía a mi asaltante pero sin permitirme ver su rostro. Me quedé quieta en la cama, esta vez no me sentí angustiada ni me faltó el aire, tan solo las ganas de moverme. Permanecí tumbada, meditando las feas palabras que dediqué a Scott y a Cook esa noche. Y no solo pensé en los insultos o en mi agresividad al decirlos, la reflexión se adentró en algo más profundo, en lo que realmente me importaba y afectaba. A pesar de que Cook había sido presa de mi furia y víctima de un bofetón, debía reconocer que la peor parte se la llevó Scott. A él le vomité palabras henchidas de odio, palabras que podían haber sido las últimas que dirigía al hombre que amaba, al que solo se preocupaba por mi bienestar. Bonito recuerdo para Scott, digno de olvido o preciso de él, me reproché. Digerir mi inadecuado comportamiento no solo era difícil, también conllevaba un fuego provisto de arrepentimiento y vergüenza que hacía escocer a mi alma y me afectaba sobremanera.

De esa forma, sintiéndome miserable, el amanecer tomó Manhattan y los rayos del sol entraron por la ventana, acariciándome el entristecido semblante. Decidí que era un buen momento para llamarlo, a esa hora estaría levantado de sobra. No podía posponer la conversación, debía hablar con él de aquella desagradable discusión que había recordado y que tanto me había removido.

—Hola, Scott, buenos días —le saludé en cuanto descolgó.

—¡Vaya! —exclamó—. Parece que hemos tenido telepatía, iba a llamarte ahora mismo.

—¿Y eso?

—Acabo de hablar con el agente de la supervisada de Alan Sharkey y lo va a llevar al departamento, quiero hacerle unas preguntas. Me gustaría que te acercaras, necesito ver su reacción al verte.

—Vale. Me visto y voy para allá.

—Le diré a Cook que pase a recogerte. Lo haría yo mismo pero no quiero perder tiempo, salgo para el departamento ya.

—De acuerdo, tranquilo. —Vacilé un segundo—. Scott, ¿de verdad crees que me atacó Alan Sharkey?

—Cada vez estoy más convencido, Úrsula —aseguró—. Su familia ha dicho que se marchó de la fiesta de cumpleaños antes de las once, su agente de la supervisada le solicitó que lo llamara cuando estuviera de regreso, y lo hizo a las doce menos cinco, cuando él acababa de llegar. Hay casi una hora de diferencia y, siendo generosos, con quince minutos le bastaba para llegar a su casa, ¿dónde estuvo? Creo que tú y yo sabemos responder a esa pregunta.

—Desde luego que hay bastante tiempo de diferencia, sí —enuncié.

—Exacto, mucho. Por eso voy a interrogarlo, aunque él aún no sabe a lo que viene. Le pedí a su agente discreción e inventarse algo para traerlo, cuando esté aquí se lo diré, no antes.

—Muy bien, entonces no te entretengo más. Además, yo debo ducharme y cambiarme.

—Espera, ¿qué querías tú, para qué me llamabas?

Callé unos segundos, debatiéndome entre decírselo o no. Sabía que necesitaba hablarlo con él, pero quizá, por las circunstancias que apremiaban, este ya no era el mejor momento para mencionarlo.

—Nada —contesté.

—Hombre, por algo me llamarías, es evidente.

—Es cierto —aseveré, guardando un segundo de silencio—. Verás, he recordado un poco de la noche que me atacaron, no quién me asaltó, pero sí lo que sucedió en el Manhattan Club.

—¿Y?

—Esa noche te traté muy mal, Scott, y lo siento —explicó mi arrepentimiento—. Me avergüenza cuanto te dije, me avergüenza mucho, de verdad. ¿Por qué no me lo has contado?

Le escuché emitir un suspiro conturbado antes de contestar.

—Porque esa noche no eras tú, Úrsula, y yo ya lo he olvidado —contestó, y añadió—: Y tú también deberías olvidar esa parte.

—Sé que cuanto has hecho ha sido buscando mi bien, como un gran compañero que eres, no queriendo ejercer el papel de padre que te he reprochado en más de una ocasión. También lo he recordado.

—Me alegra mucho saber que por fin comprendes mis actos como lo que en verdad son: los gestos de un compañero que te aprecia mucho y quiere verte bien.

—Te pido perdón. Siento haberte atacado cuando tú solo querías ayudarme, como siempre.

—Y yo acepto tus disculpas con mucho agrado.

—Muchas gracias, Scott.

—Muchas de nada, Lula. Nos vemos en unos minutos. —Colgó.

\*\*\*

Cook se presentó en mi apartamento en poco más de media hora. Yo estaba deseosa de verlo para hablar con él, habíamos pasado de no tener sospechosos a contar con dos: Sharkey y el doctor Clark. Cada uno de mis compañeros estaba convencido de haber dado con mi atacante, y mi mente seguía sin querer darme una pista del rostro que vi esa noche, el de mi verdadero agresor. Cook me saludó con un efusivo abrazo al que se sumó un beso en la mejilla.

—Hola, buenos días —le saludé—. Parece que estás muy contento.

—¿Ves lo bien que me conoces? Porque estoy muy feliz.

—Y eso se debe a... —esperé su respuesta.

—A estar estrechando el círculo, a estar muy cerca de coger al desgraciado que intentó matarte.

—¿Tú también crees que es Alan Sharkey?

—¿Qué dices? ¡Claro que no! —replicó extrañado—. Eso lo cree Scott, pero tu asaltante es Arthur Clark, cariño. Ya se dará cuenta de lo equivocado que está cuando yo lo demuestre y él se pegue la hostia contra el suelo —enunció de manera arrogante.

—Pero ¿qué es esto? —demandé boquiabierta, confundida—. ¿Estás haciendo una competición para ver quién coge al verdadero culpable? ¿Estás jugando a ver quién lleva más razón o solo quieres medirme con Scott para ver quién la tiene más larga? —interpelé molesta.

—Úrsula, ¿qué leches dices? —Me observó con la misma perplejidad que manaba de mí—. Esto no es una competición, y por supuesto que no me estoy midiendo con Scott, solo te digo que él va por el camino incorrecto y yo por el adecuado. El doctor Clark pudo estar esa noche allí, las cámaras grabaron su coche cruzando el puente de Manhattan, en dirección a la zona del East River, donde te

encontraron. ¿Casualidad? —preguntó enarcando las cejas.

—No, las casualidades no existen —contesté, rememorando las palabras que me había dicho Scott el día anterior.

—Claro que no —coincidió conmigo—. Fue él, no Sharkey, y lo voy a probar. Porque, contéstame a esta cuestión: si él vive en la zona de Murray Hill, ¿qué coño hacía precisamente ese día y a esas tardías horas cruzando el puente de Manhattan? —Volvió a arquear las cejas.

La respiración se me cortó al escuchar la zona donde vivía el doctor Clark, en Murray Hill. La llave que había encontrado escondida entre los recuerdos familiares penetró en mi mente con urgencia, era de los apartamentos Murray Hill, del número 441. ¿De nuevo casualidad? Demasiada para mi gusto. Aquello no era casual, el doctor Clark vivía en esa zona y, con todos los barrios que había en Manhattan, casualmente, yo tenía una llave de un lugar de allí. ¿Sería suya esa llave? ¿Me la habría dado él? ¿Y por qué? ¿O para qué? Eran demasiadas coincidencias y mi instinto olfateaba que eso sí podía resultar el presagio de un hallazgo. Hasta ahora le había dado a la llave una relativa importancia, más curiosidad de por qué obraba en mi poder que otra cosa, pero la noticia de Cook logró que mi interés se ampliara hasta alcanzar la mayor envergadura. Por un segundo tuve la intención de mencionarle la llave, pero no sé por qué razón decidí mantenerlo en secreto. Quizá mi silencio tan solo se debió a una causa, porque, visto lo visto, la porfiada rivalidad que prevalecía entre mis compañeros, quería investigarlo yo sola.

—¿Qué te pasa? Te has quedado pálida y muda —dijo Cook—. ¿Acaso no te alegras de que estemos más cerca de cogerlo? ¿O has recordado algo?

—No, no he recordado nada —contesté rápido—. Y claro que me alegro, pero estoy desconcertada.

—¿Por qué?

—Porque hemos pasado de no tener ningún sospechoso a tener dos.

—Úrsula, solo hay uno, cariño —aclaró—. Y verás que pronto se pondrá de manifiesto.

—Entonces, si queda demostrado que Sharkey no es mi atacante, debemos comunicarle a Scott y al capitán nuestras sospechas sobre el doctor Clark, y de inmediato —le avisé.

—Claro que sí —confirmó—. Pero dame un día, por favor —me solicitó—. Tan solo dame veinticuatro horas, voy a revisar las cámaras próximas al lugar, a ver si puedo estrechar más el radio de acercamiento a ti. De ese modo Clark no podrá negar la evidencia.

—Vale, veinticuatro horas, ni un minuto más —respondí, pensando que durante ese compás de espera debía ingeniármelas para acudir a los apartamentos.

—Tienes mi palabra. —Asintió—. Y ahora vamos al departamento, anda —dijo, tomándose la licencia de contemplarme de arriba abajo.

—Sí, mejor vámonos o llegaremos tarde.

—¿Sabes que hoy estás más guapa de lo habitual? El rojo de tu jersey te sienta muy bien. —Sonrió, volviendo a darme el mismo repaso visual.  
—Gracias por el cumplido, Cook. —Le devolví la sonrisa y nos marchamos.

Cuando llegamos vi a Scott junto a otro hombre y a Alan Sharkey. Pese a haber cambiado su mata de pelo castaño por una cabeza rapada, y su semblante taimado por una expresión circunspecta que le añadía a su edad como poco diez años, lo habría reconocido siempre. Sus ojos azules, casi transparentes, no habían variado su forma de mirar, penetraban tanto que se volvían intimidantes. Me tensé teniéndolo cerca de mí, a unos veinte pasos, y mis pies se detuvieron. A él le ocurrió lo mismo al mirar de frente y encontrarme, se quedó clavado al suelo. Saliendo del inicial impacto, susurró algo a Scott y a su agente de la supervisada. Se miraron entre ellos, y Scott varió la vista y me observó ceñudo. Sharkey volvió a decirle algo y él se friccionó la barbilla, inquieto. Luego terminó asintiendo, aunque con un gesto teñido de dudas, y se encaminó a nosotros.

—Buenos días —nos saludó un poco apagado—. Úrsula, lamento mucho decirte que me he equivocado con Sharkey —me comunicó entristecido. Escuché una instantánea y liviana risa por parte de Cook que interrumpió las palabras de mi compañero. Los ojos de Scott lo vapulearon durante unos segundos, hasta hacerle retornar a la seriedad. Una vez logrado, volvió a mirarme y explicó—: Tiene una coartada y la hemos comprobado, él no fue quien te atacó. Siento haber germinado en ti falsas esperanzas. Mis ganas por coger a tu atacante me han hecho darlo por hecho antes de lo que debía.

—Te dije que no era él. Te avisé de estar perdiendo el tiempo —le reprochó Cook, sin dejarme abrir la boca.

—Tú eres muy listo, ¿verdad? —Scott le atravesó con la mirada.

—Era demasiado obvio, nada más —contestó chulesco, pavoneándose.

—Me estás hartando, niñato, empiezas a tocarme los cojones. —Scott habló malhumorado.

—¡Por favor, vale ya! —exclamé sorprendida, tanto por mi nula participación como por percibir la tensión que acumulaban ambos—. La primera regla de un policía es que nada se da por hecho hasta ser investigado, Scott ha hecho lo que debía.

Scott se estiró ante Cook, sacó pecho animado por mis palabras que actuaron en su defensa, y esperó a oír que decía este.

—Vale, es cierto —admitió, arrugando los labios.

La mirada de Scott se apartó de él y se posó en mí, mostrándome un halo de súplica.

—Úrsula, tengo que pedirte un favor. Bueno, en realidad es Sharkey quien te lo pide. Mejor dicho, me lo ha rogado.

—¿El qué? —inquirí intrigada.

—Quiere hablar contigo unos minutos. Necesita pedirte disculpas.

—¿Disculpas? —pregunté confusa.

—¡Oh, eso sí que no! —protestó Cook—. Úrsula no tiene por qué hablar con ese tío, tú no la puedes obligar —avisó bravucón, lanzándole un imaginario guante para batirse en duelo.

—Oye, no la estoy obligando, le estoy preguntando. —De nuevo Scott lo acribilló con la mirada y recogió el guante—. ¿Tan estúpido eres que no ves la diferencia?

—No sé quién de los dos será más estúpido y no pienso discutirlo ahora. Tan solo te digo que Úrsula no va a hablar con él.

—Eso lo decidiré yo, no tú —enuncié molesta, enfadada. No me gustó que Cook hablara por mí.

—Eso mismo digo yo, tendrá que decidirlo ella —agregó Scott creciéndose ante él, imponiéndose en el desafío.

—Cariño, yo solo lo digo pensando en ti. —Cook me acarició el brazo.

—Tu novia es mayorcita para tomar sus decisiones, ¿no crees?

Escuchar la palabra *novia* por boca de Scott me repateó las tripas. Yo no me consideraba la novia de Cook, y Scott sabía que no sentía nada por él, ¿a qué había venido decir eso?

—No estoy decidiendo por ella, ¿vale? Solo trato de que no se sienta presionada por ti ni por nadie —se defendió Cook.

—¡Callaos los dos de una vez! —Turné la mirada entre ambos, reprobando su comportamiento. Luego la fijé en Scott y añadí—: Está bien, hablaré con él.

—Pero, cariño...

—He dicho que hablaré con él —concluí, interrumpiendo a Cook con aspereza.

—Pues vamos a la sala de reuniones. —Scott miró a Cook de forma triunfal y arrancamos a andar—. Tú no —le avisó, deteniéndolo—, estaremos solo los cuatro.

Cook clavó una gélida mirada a Scott, lo ensartó con ella y se marchó sin añadir una sola palabra, ni siquiera a mí. Observé cómo se alejaba; iba cabreado, cada dura zancada que daba destilaba enojo. Luego vi escapar una sonrisilla a los labios de Scott, se percibía con nitidez su alegría por haber cabreado a Cook. Desde luego que sí parecía que entre ellos hubiera una competición por llevar la razón, por quedar el uno encima del otro, por querer colgarse los honores, en exclusividad, cogiendo a mi atacante. ¿A qué jugaban? No lo entendía ni podría hacerlo nunca. Con esa incomprensión habitando en mi interior, nos sumamos a Sharkey y a su agente de la supervisada, y los cuatro nos encaminamos a la sala de reuniones.

Durante el breve trayecto no levanté la cabeza ni pensé en qué querría decirme Alan Sharkey, ni en la pelea de gallos que acababa de presenciar entre Scott y Cook. A lo largo de ese corto tiempo solo medité una cuestión: la forma de ir a los apartamentos Murray Hill. La idea de que esa llave conducía a algo se había convertido en un pensamiento recurrente.

Entramos en la sala y cada uno tomamos asiento. Sharkey se sentó frente a mí y

reposó la mirada en mi rostro. Mi coraza protectora rápido me armó el cuerpo.

—Detective Grechi, siento mucho lo que le dije en el juicio —habló solícito.

—¿El qué? ¿Tú amenaza de muerte? —le pregunté trepando en mi orgullo.

—Exacto, mis desacertadas e injustas palabras —afirmó con un halo de bochorno—. Tenga en cuenta que aquella amenaza era fruto de la rabia, pero no soy ningún asesino, tan solo un estafador y ladrón.

—Sí, uno con mucha cara que solo pagó por uno de sus delitos y se libró de todos los demás.

Sharkey emitió un suspiro fuerte y desalentado mientras se frotaba los nudillos con persistencia.

—He cambiado. Le juro que he cambiado. Estos años que he pasado en la cárcel han servido para cambiarme —hizo hincapié—. Durante este tiempo he conocido la palabra de Dios y soy otra persona. La biblia me ha mostrado mi errado comportamiento, el dolor que provoqué en los míos, el daño que hice a otras personas. —Realizó una pausa con la que aproveché para analizarlo antes de que retomara la palabra. Su orgullo estaba derrotado, emanaba vergüenza y la vulnerabilidad se había proclamado la dueña de su alma. Si bien no había que confundir ser vulnerable con ser débil, recordé que esa frase me la había dictado muchas veces la doctora Williams, y sabía que era cierta—. Me arrepiento de cuanto cometí —prosiguió—, y ahora mismo soy una persona del todo distinta de la que usted detuvo hace unos años. Necesito que me crea, detective.

—¿Por qué?

—No lo sé —contestó cabizbajo—. Quizá sea por la necesidad de reparar el mal que hice para sentirme en paz conmigo mismo. —Tomó una bocanada de aire y alzó el rostro, mirándome—. Insisto, he cambiado. La gente cambia, detective, la vida nos cambia. Usted cree que las personas pueden cambiar, ¿verdad?

Pensé unos segundos antes de responder.

—Puede que cambien, sí.

—No lo dude, yo lo he comprobado en mis propias carnes. A mí me ha cambiado la fe. La fe cristiana, el Señor Dios Todopoderoso —aseguró mostrando un semblante relajado, acariciando la cruz que llevaba colgada al cuello—. ¿Usted cree en Dios? —me preguntó.

Otra frase acudió a mi memoria a la velocidad de la luz, un recuerdo más a colación de esa pregunta. «Hace años que dejé de creer en Dios», confesé en más de una ocasión y a distintas personas. Algo en mi interior se clavó con fuerza, hondo y sin piedad. ¿Qué culpa tenía Dios de lo que había ocurrido en mi vida? Ninguna. Por lo tanto no era justo pagarlo con él como había venido haciéndolo.

—¿No contesta, detective? —insistió Alan Sharkey.

—¿Te ocurre algo, Grechi? —preguntó Scott de seguido.

—Creo en la vida, Alan, en la vida —repetí—. Y me alegro de que hayas cambiado, de veras. Ahora, si me disculpan, me voy —dije levantándome, y salí de

allí.

Mis pies anduvieron hacia el despacho del capitán mientras mi mente no dejaba de pensar en Sharkey, en Cook, en Scott, en el doctor Clark, en la dichosa llave, en cómo despistar la vigilancia de mis compañeros, en aprovechar el *impasse* de tiempo... Pero antes de llegar al despacho de Parker, Peterson se cruzó en mi camino, cortándome de forma radical el paso y los pensamientos.

—Buenos días, sargento Peterson —le saludé de forma correcta.

—Eso es más normal, ¿no cree, detective Grechi?

—¿De qué habla, señor? —interpelé desorientada.

—Hablo de Alan Sharkey. Sospechar de un delincuente es más normal que hacerlo de mí —respondió ensoberbecido, junto a una mirada torva.

—Lo siento, ¿vale? ¿Cuántas veces quiere que se lo repita, mil? —le pregunté sin ningún tipo de acritud, más bien con la voz cargada de arrepentimiento—. Pues siento haber sospechado de usted, siento haberle tratado mal, siento cuanto le haya dicho y hecho y espero que pueda perdonarme. Pero, por favor, no vuelva a echarme en cara que sospeché de usted, ya le he pedido disculpas por ello y no voy a hacerlo a diario —concluí muy digna.

La expresión del sargento Peterson basculó de la rabia a la sorpresa, se quedó inmóvil y sin palabras. Esquivé su paralizado cuerpo y de nuevo me encaminé al despacho del capitán. Por fin entré en él.

—Hola, Úrsula, buenos días. —De inmediato, Parker se levantó del sillón y se acercó a mí—. ¿Cómo te encuentras?

—No lo sé, Nikolas. Tengo un jaleo mental importante —bufé.

—Ya sabes que Alan Sharkey no te asaltó, ¿verdad?

—Sí, lo acabo de saber. —Resoplé.

—Tiene coartada. Abandonó la fiesta familiar antes para ir a hablar con su asesor espiritual, su sacerdote. Él mismo nos lo ha verificado, acaba de marcharse de mi despacho hace unos minutos.

—Sí, parece que su vida ha cambiado gracias a la fe cristiana. O eso dice.

—Siento que hayas albergado esperanzas. —Expulsó un fuerte chorro de hálito—. Pero bueno, volveremos al principio, seguiremos buscando entre tus detenciones.

—No te preocupes, Nikolas, sé que daréis con él —afirmé, pensando en el doctor Clark. A cada minuto estaba más convencida de su culpabilidad, ahora sí. Sabía que en horas comunicaríamos las sospechas de Cook junto a alguna prueba hallada por él, y procederían a su arresto.

—Por supuesto que daremos con él, Úrsula —aseveró con plomiza seguridad.

—En fin, ahora mejor me marchó a casa.

—¿Me permites acercarte? Necesito salir de aquí y tomar un poco de aire —explicó apoyándose en una mirada elocuente, dejando nacer una tímida sonrisa.

—De acuerdo. —Asentí.

Al salir del despacho vi a Scott despidiéndose de Sharkey y del agente de la

supervisada, ninguno de ellos me vio. Paseé la vista en busca de Cook, pero no había rastro de él por allí. Sin embargo, el estirado del sargento Peterson sí andaba por el lugar y volvía a acercarse.

—Detective Grechi...

—¿Qué quiere ahora? —pregunté sin dejarle acabar.

—Solo decirle que acepto sus disculpas —contestó.

No podía creer lo que estaba escuchando.

—Gracias, sargento —acerté a decir.

—Y, egoístamente, me gusta más amnésica, parece otra persona —añadió.

No abrí la boca, asentí y seguí andando a paso ligero. El capitán Parker, que no había dicho ni una sola palabra, venía detrás de mí, pisándome los talones. Alargó sus zancadas para ponerse a mi altura y lo escuché silbar.

—¡Joder, si no lo veo no lo creo! —exclamó perplejo—. Peterson y tú habéis hecho las paces. —Otro silbido—. Desde luego que sí eres otra persona, Úrsula.

Sonreí y no dije nada, aunque sí pensé que tanto el sargento como el capitán llevaban razón, yo me sentía otra persona. Como había dicho Sharkey, la gente cambiaba, las circunstancias lo causaban, a mí me había ocurrido. Para lograrlo me costó perder la memoria, con ello conseguí desprenderme de los dañinos sentimientos que ocasionaron metástasis en mi ser. Eliminar los datos anteriores habilitó un nuevo sistema operativo que me reinició sacándome del bucle en el que andaba metida. *Resetear* mis neuronas logró un análisis pormenorizado de los recuerdos, un filtrado de la base de datos y una petición de cambios que estaba dispuesta a realizar; de hecho, ya me encontraba en ese proceso. No había duda de que era otra persona distinta a la Úrsula de los últimos quince años, una que sopesaba, meditaba y quería avanzar, vivir a toda costa. Pero vivir libre, despojada de las cadenas de la culpabilidad. Ahora entendía que lo sucedido no fue mi culpa ni la de otros, cada uno elegimos un camino, y son nuestras decisiones las que constituyen nuestra vida. Mi hermano quería ser miembro de una panda de delincuentes y eso lo llevó a perder la vida, mi madre decidió abandonar este mundo por no soportar la ausencia de su hijo. Yo no tomé sus decisiones, pero tampoco podía haberles hecho cambiar de opinión. La actual Úrsula era una mujer que razonaba con la ira antes de actuar, que sentía estrecharse el hueco de su alma, que notaba cómo se liberaba de la culpabilidad, de qué forma ya andaba con medio cuerpo fuera del suyo, abandonándola. La nueva Úrsula Grechi solo quería vivir, no sobrevivir subyugada a la responsabilidad de haber causado un daño. Ni siquiera ella era la culpable de su propio sino, y mucho menos del de los demás.

Al llegar al Lower East Side, a la calle Delancey, Parker aparcó cerca de mi apartamento y me pidió que lo invitara a un café. Subimos a mi casa, preparé un par de tazas y nos sentamos en el sofá a tomárnoslas. Los ojos azules de Nikolas no paraban de pasearse por los míos, indecisos. Movía los labios con la intención de hablar, pero al instante los apretaba, enmudeciéndolos. Quería contarme algo aunque parecía que no sabía cómo dar el paso. Tras un par de soplidos con los que intentó enfriar el café antes de dar un sorbo, finalmente se lanzó.

—Úrsula, necesito preguntarte algo —dijo, dejando la taza sobre la mesa.

—Lo he notado por tu forma de mirar y tus gestos. Dímelo —le solicité.

—Sé que igual no es el mejor momento para hablar de esto, que tienes dos importantes frentes abiertos: recuperar tus recuerdos y que detengamos a quien intentó matarte. Pero aún con todo eso, yo preciso saberlo.

—Pues dímelo —le insistí, intuyendo lo que quería tratar.

—¿Dónde queda ahora lo nuestro? Me refiero a si vas a seguir con Cook o si cabe la posibilidad de que en algún momento nos volvamos a ver tú y yo.

Medité durante un tenso e incómodo silencio en el que no perdí de vista su rostro, sus ojos expectantes, su fino y blanco bigote, sus inquietos labios, el movimiento de su picuda nuez tragando saliva, evidenciando nervios. Debía ser sincera con él, igual que tenía que serlo con Cook. No podía seguir negando lo indiscutible.

—Nikolas, estoy enamorada —respondí—, aunque no de Cook —me apresuré en aclarar—. Amo a Scott. Lo amo y no quiero a ningún otro hombre en mi vida —revelé—. Llevo años haciéndolo y callando, negándomelo, pero ya no más. Por eso voy a romper con Cook, ni siquiera sé por qué comencé a mantener una relación con él. Aunque tampoco comprendo muchas otras actuaciones que he realizado con anterioridad.

Parker suspiró cerrando los ojos, llevándose los dedos hasta ellos y frotándose los párpados con suavidad. Después los abrió y de nuevo fijó la mirada en mí.

—Sabía que tú sentías algo profundo por Scott, lo intuí. No me preguntes cómo pero lo percibía. —Asintió resignado.

—Como te he dicho, amo a Scott desde hace mucho tiempo, a pesar de que él lo ignore. Y no solo lo he recordado, lo siento aquí. —Posé mi mano en el corazón.

Una vez más, Parker suspiró, fatalista y a la vez cómplice.

—De modo que no volveremos a tener un encuentro.

—No, Nikolas. —Negué con la cabeza—. En el corazón no se manda, imagino que lo sabes.

—Sí, lo sé —confirmó—. Yo también me enamoré hace muchos años, aunque la historia no acabó bien y sufrí bastante —me reveló—. Sé lo que es el amor y que

contra él no se puede luchar. Y por eso mismo sé que esto es un adiós definitivo a nuestros ratos de alcoba.

—Sí —corroboré.

Otro suspiro, en esta ocasión más hondo.

—¿Me permites darte un beso de despedida?

¿Cómo podía negarme? Nikolas había sido una persona importante en mi vida. Aunque no lo amara, me había hecho sentir bien en los ratos que compartimos juntos.

—Por supuesto —dije acercándome a su rostro, ofreciéndole mi boca.

Nos dimos un beso dulce y delicado, casi aterciopelado. Nuestros labios se rozaron y se apretaron con ternura y suavidad. Apartamos las bocas y apoyamos nuestras frentes, entrecerrando los ojos, pensando. No habíamos invertido sentimientos pero aquellos encuentros, aparte de bonitos, nos habían aportado mucho a ambos; con ellos supimos lamernos las heridas mutuamente. Terminamos fundiéndonos en un largo y cálido abrazo.

—Quiero que sepas que puedes contar conmigo para cuanto te sea necesario. Siempre serás una mujer muy especial para mí, Úrsula —me dijo, y se levantó.

Parker caminó hacia la puerta y, al llegar a ella, giró la cabeza y volvió a mirarme. Me levanté en ese momento, observándolo, y, alzando la mano, le despedí. Él me devolvió el gesto y, añadiendo una leve sonrisa, se marchó. Me dejé caer a plomo en el sofá. Tras unos reflexivos minutos, de nuevo pensé en la dichosa llave de los apartamentos Murray Hill. ¿Qué iba a hacer? ¿Qué haría la anterior Úrsula?, me pregunté. ¡Qué demonios decía!, me regañé de inmediato. Qué más daba la forma de actuar que tuviera antes del ataque, lo que importaba en este instante era lo que decidiera mi nuevo yo, la actual mujer que era. Y decidí que iba a ir a esos apartamentos, debía comprobar quién vivía en el 441. Debía ir e iría al caer la noche.

Con un cúmulo de ideas agolpándose en mi cabeza, mandé un *whatsapp* a mi padre, poniéndole otra excusa para que no pasara a recogerme. Me contestó al instante, se tragó mi patraña sin problemas y quedamos en vernos al día siguiente. Terminé tumbándome y pensé durante largo rato en la forma de abandonar mi apartamento.

\*\*\*

Era primordial pasar inadvertida a los ojos de los compañeros que me vigilaban, de modo que fragüé la manera de vestirme de forma adecuada para conseguirlo. Unos *jeans* un poco anchos, una larguísima camiseta de rapero que en su día me regalo Morgan, una cazadora con capucha y mis masculinas botas militares. Me hice una coleta y recogí mi melena morena bajo una gorra. Me contemplé en el espejo, vestida de esa manera, y con el rostro medio tapado entre la gorra y la capucha podía pasar por un hombre. Hinché mis pulmones y me armé de valor antes de abandonar mi apartamento. Aun así, salí inquieta, para qué negarlo, y al poner el pie en la acera de

la calle Delancey el nerviosismo se disparó. La tensión que sentía era nueva en mi vida, y por lo tanto, indescriptible. Me fue imposible controlarla al ver el coche patrulla a unos pocos metros de mí, y a uno de mis compañeros observando por la ventanilla a los viandantes, escudriñándolos. Además, debido a la fuerte iluminación de la calle, nadie escapaba a su mirada examinadora. Por el rabillo del ojo vi que abría la puerta del automóvil, y en ese instante el corazón se me desbocó y el oxígeno dejó de asistirme. Pensé que me había pillado, y mis pies tuvieron la intención de echar a correr, de huir. Pero por suerte la sangre fría acudió a socorrerme y me frenó; actuar así empeoraría todo, y en milésimas de segundo mi cerebro me sopló un plan. Saqué el móvil y fingí hablar por él, que se encargó de cubrirme más el rostro. Temblando interiormente, aunque aparentando calma, caminé los dos escasos metros que me separaban del Starbucks sin retirarme el aparato de la cara, rogando a Dios por que no escuchara una voz dándome el alto, pues esas palabras, debido al miedo que me invadía, ya andaban retumbando en mi cabeza; y por fin entré en el café. Decir que mi corazón estaba muy acelerado sería quedarse escaso, creía que iba a salirse de mi pecho o incluso reventar. Las manos me sudaban, mis carnes no paraban de sacudirse y la boca se me había secado por completo, me costaba tragar mi propia saliva. Sabía que burlar mi vigilancia no estaba bien, que Parker enfurecería de saberlo, que Scott me echaría un buen rapapolvo si llegaba a enterarse y que a Cook tampoco le agradaría. Ni siquiera a mí me gustaba lo que estaba haciendo, me hacía sentir como un delincuente, aunque sin duda con muchos más remordimientos por saltarme la ley, pero debía hacerlo. A hurtadillas y con el corazón galopante, observé a través del cristal de la cafetería para ver qué hacía mi compañero, mientras le suplicaba a mi cuerpo una tregua para que no me diera un ataque; en ese momento creía que estaba cerca de ello. Respiré aliviada cuando comprobé que el policía tan solo estaba estirando sus articulaciones, por eso había salido del vehículo, no porque me hubiera visto. No tenía nada que temer, mi aspecto no había levantado sospechas, mis compañeros no me habían reconocido. Tomando una profunda inhalación de aire, al fin me relajé. Minutos después, cuando lo vi entrar de nuevo en el auto, y aprovechando la salida de un grupo de jóvenes, abandoné el Starbucks. Me escabullí con sutileza y me marché del lugar despacio, mis prisas por perder de vista a mis compañeros no debían llamar su atención. Sin girar la cabeza, caminé hasta el final de la manzana y cogí un taxi. Con las entrañas volviendo a tensarse, formando una madeja de inquietud, me dirigí a los apartamentos Murray Hill.

Un gris y alto bloque de apartamentos se erguía imponente en la esquina de la Calle 40 con la Segunda Avenida, cerca de Park Avenue; había llegado a mi destino. Durante el camino mi cuerpo había sido un manojo de nervios, pero al apearme del taxi y pisar el pavimento, el nerviosismo se transformó en acerbo y violento. De nuevo mi cuerpo era pasto de él y de nuevo las carnes me temblaban sin parar. Me retiré la capucha y a continuación me quité la gorra y la guardé en un bolsillo. Observando el elevado edificio, cogí una honda bocanada de aire, debía templarme. Pero ¿cómo lograrlo si no sabía qué me esperaba en ese apartamento? Meditabunda en mis pensamientos, me acerqué a la puerta. El portero me abrió, me dio las buenas noches y muy amablemente me preguntó a qué piso iba. Le mostré la llave y sonrió, indicándome con la mano el camino a los ascensores.

Al llegar a la planta cuarta y salir del ascensor, los nervios mutaron a temor. Miedo por sentirme indefensa, desprotegida. No iba armada, ni siquiera llevaba algo con lo que defenderme, y lo peor, no había contado a nadie dónde me encontraba. Recordé que ese era el fallo más asiduo de muchas víctimas de desapariciones: no haber dicho dónde iban o con quién iban a verse. De sucederme algo, de desaparecer, ¿cómo enlazarían los apartamentos Murray Hill conmigo si nadie sabía que había venido? Me atrapó el pánico. Durante unos segundos pensé en marcharme, pero después hice acopio de coraje; ya estaba aquí, tenía que descubrir quién se hallaba tras esa puerta y por qué yo tenía esa llave. Decidí llamar a Cook y contárselo antes de continuar. Al menos de esa forma alguien sabría en qué lugar me encontraba.

—Hola, cariño —me saludó al descolgar—. Perdóname por lo de esta mañana y también por no haberte llamado antes, he estado muy liado. Acabo de terminar el visionado de las cámaras que te comenté.

—Cook, estoy en los apartamentos Murray Hill, en la Calle 40, esquina con la Segunda Avenida —dije, haciendo caso omiso a sus palabras.

—¿Qué haces ahí? ¿Con quién has ido? —preguntó alterado.

—Mira, no puedo explicarte todo eso ahora. Solo quería que lo supieras porque estoy sola y nadie sabe que me encuentro aquí.

—Pero ¿qué leches haces ahí? —Levantó la voz.

—Encontré una llave en mi casa de estos apartamentos, del 441.

—¡Úrsula, vete de ahí, ya! —me exigió en un grito—. Ahí vive el doctor Clark. ¿Por qué tienes una llave de su apartamento?

—¿Estás seguro de que él vive aquí? —le pregunté, ignorando su demanda, puesto que no tenía respuesta a ella.

—Sí, claro que lo estoy —contestó veloz—. Y voy a...

Colgué al escuchar un ruido, dejando a Cook con la palabra en la boca. El

ascensor bajaba, eso era lo que había escuchado, y, llevándome la mano al pecho, respiré. Temerosa, anduve por el largo pasillo en busca de la puerta 441. Una vez frente a ella la observé, equilibrando al miedo y a la indecisión, debatiéndome entre llamar o abrir directamente, pese a ser un allanamiento de morada. Pegué la oreja en ella y agucé el oído; no se oía nada, ni el menor ruido. Con el corazón a punto de derramarse por mi boca, metí la llave en la cerradura, despacio, con cuidado, y, de idéntica forma, la giré. La puerta se abrió y el aliento se me cortó, al tiempo que el musculoso motor de mi cuerpo se me disparaba con violencia. Notaba sus agresivos latidos en la garganta, en los oídos, en la sien... Desplacé la hoja de madera con lentitud y asomé la cabeza. No se veía a nadie, aunque sí había una tenue luz al fondo. A un lado descubrí un maletín; era del doctor Clark. Desde luego que vivía aquí, esta era su casa. De nuevo me asaltaron las dudas: continuar o marcharme, pero algo me impulsó a seguir y entré con sigilo. Crucé el pasillo y el alterado corazón me retumbaba a cada paso de puntillas que daba. Llegué al salón. A hurtadillas, lo barrí con la mirada, a conciencia: no había nadie, aunque la luz estaba encendida. Giré la cabeza a la izquierda. Al fondo se hallaba otra puerta que estaba entornada y también emanaba luz. Me acerqué hasta ella, la abrí de forma lenta y descubrí que era su alcoba. Dentro había una puerta más, y escuché el correr del agua; debía de ser el cuarto de baño y Clark estaba en su interior. Contemplé la cama con insistencia, escarbando en mi mente, clamando por un recuerdo. De forma fugaz, unas imágenes empezaron a acudir a mi cabeza y me vi haciendo el amor con él.

Con la falta de aire que me ocasionaban mis recuerdos, regresé al salón. Intentando coordinar la respiración, pensé que debía marcharme; mi cometido había finalizado. Ya había comprobado con mis propios ojos quién era el propietario de la llave que obraba en mi poder: el doctor Clark. Él vivía en el apartamento 441. Pero por qué tenía yo esa llave todavía continuaba siendo una incógnita para mí. Cuando di el primer paso para irme, a mi mente llegó otro recuerdo. Me poseyó con tanta fuerza que me hizo detenerme. Volví a verme en la orilla del East River, esa noche.

\*\*\*

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunté alterada—. Eres la última persona con la que deseo encontrarme. ¡Márchate! ¡Déjame en paz! ¡No quiero verte! —exclamé a voces.

—Úrsula, tenemos que hablar, lo sabes. Esto no puede seguir así —me dijo Arthur Clark, presentándose ante mí sin esperarlo.

—No quiero saber más de ti, me has amenazado, maldito bastardo. ¡Lárgate, joder! —le grité.

—Ha sido una estupidez, lo siento. He dicho lo primero que me ha venido a la cabeza, pero no pienso mandar ese informe a tus superiores, de verdad. Estabas fuera de sí, me has golpeado, y solo porque te he sujetado has dicho que ibas a

denunciarme por agresión.

—No solo me has sujetado, no mientas —volví a gritar—. Me has soltado bruscamente y he caído al suelo. Me has empujado; eso es una agresión en toda regla.

—¡Me estás volviendo loco, Úrsula! —chilló él también—. Tan pronto quieres dejar de verme como que siga siendo tu psiquiatra. Yo ya no puedo seguir así —habló con los dientes apretados.

—¡Oh, no seas cínico! —escupí rabiosa, notando falta de equilibrio gracias al alcohol—. Tú eres quien me tiene atrapada a mí, joder. Por un lado parece que quieres deshacerte de mí y cuando te tomo la palabra me siento amenazada y obligada a seguir viéndote.

—Yo no te amenazo. —Me clavó la mirada con ímpetu.

—Sí lo haces, Arthur, me tienes amenazada en todos los aspectos —le rebatí—. Reconoce de una vez que estás obsesionado conmigo: me llamas a diario, debo acudir una vez a la semana a tu consulta, hasta creo que me sigues.

—¿Que te sigo? —preguntó escandalizado—. ¿Estás perdiendo la cabeza?

—No, según tú no estoy loca. Aunque últimamente me has dado a entender que te resultaría muy fácil falsear un informe. ¿Eso no es una amenaza?

—Son estupideces que se dicen, nada más —respondió rabioso—. Nunca emitiría un informe falso, mi moral me lo impediría, además es un delito. ¿Acaso me crees capaz de ello?

—Por supuesto, de ti ya me creo cualquier cosa, Arthur. ¿Y sabes qué? Empiezo a pensar que aquí el loco eres tú, por eso me sigues.

—Yo no te sigo, no vuelvas a decir eso. —La mirada intimidatoria regresó a sus ojos.

—Y si no me sigues, ¿cómo demonios sabías que estaba aquí? —inquirí frenética.

—Solo lo he supuesto —respondió—. En unas horas será el cumpleaños de tu hermano, sé que todos los años vienes aquí porque tú me lo has contado, y sé que hoy estás tan mal por eso.

—¿Y quieres que te crea? ¡Ja! ¡Y una mierda! —Le hice un corte de mangas con el que me desestabilicé un poco; él me sujetó—. ¡No me toques! —le grité, dando un paso atrás—. Tú quieres algo conmigo que nunca va a suceder. Yo no me voy a enamorar de ti: no te quiero, no te quiero, no te quiero. ¡En qué maldita hora me acosté contigo! No sé cómo voy a librarme de ti, pero lo haré. Lo haré, Arthur, claro que lo haré. —Volví a desestabilizarme debido a la furia de mis palabras, pero me enderecé.

—Estás bebida —escupió airado.

—¿Y qué? Los borrachos dicen la verdad y yo te la estoy diciendo. No quiero volver a verte, no voy a ir más a tu consulta y no quiero que me llames ni que te acerques a mí. ¿Lo has entendido? —vociferé embravecida—. Y si se te ocurre actuar contra mí, si mandas un informe a mis superiores diciendo que estoy loca, acudiré a la prensa y le contaré que te acostabas conmigo y con muchas más pacientes. Yo

también sé mentir y mentiré. Mentiré en el mismo grado que lo hagas tú, o a lo mejor antes de que tú des el primer paso.

—Si haces eso lo pagarás caro, lo juro. Si cuentas una sola mentira de mí y logras que me inhabiliten, te arrepentirás. No juegues conmigo, Úrsula —me amenazó, cogiéndome de los brazos con fuerza, cabreado.

—¡Suéltame, cabrón! —Me zafé de él. La ira me poseyó y lo golpeé entretanto le gritaba que iba a joderle la vida. Me soltó un rudo bofetón con el que caí al suelo. Noté el calor de la sangre deslizándose por la comisura del labio hasta el mentón—. ¡Eres un hijo de puta! —chillé enrabiada—. Me has pegado y esto lo vas a pagar.

—Lo siento, lo siento; he perdido la cabeza, Úrsula —intentó levantarme.

—Ni se te ocurra tocarme, malnacido. ¡Vete, vete, vete! —voceé, y él comenzó a andar para marcharse—. Descansa esta noche porque a partir de mañana no vas a poder hacerlo nunca más. ¡Te voy a hundir! —sentencié, junto a la más dura de mis miradas.

Arthur se dio la vuelta y regresó de nuevo a mí con la mirada encendida, rabioso...

\*\*\*

—¿Qué haces aquí? —preguntó el doctor Clark sorprendido, devolviéndome a la realidad, a su apartamento, dejando inconcluso mi recuerdo.

—Tú sabrás —le respondí furibunda, el recuerdo me había crispado—. Tengo la llave de tu apartamento, igual es porque me la diste. A lo mejor pretendías que volviera de vez en cuando para acostarme contigo.

—Eso no es cierto, pero ¿qué dices? —Levantó la voz—. Nos acostamos una sola vez, una única vez —recalcó—. Fue una insensatez y no ocurrió aquí, sucedió en el sofá de mi despacho. Jamás has estado aquí y no sé cómo tienes la llave de mi casa, pero esto se llama allanamiento de morada.

—No trates de confundirme, no manipules más mi mente —chillé—. Esto será un allanamiento pero dime tú cómo llamamos a lo que tú estabas haciendo conmigo, ¿eh? Me chantajeabas para que siguiera acudiendo a tu consulta, me tenías coaccionada, querías que creyera que te necesitaba, querías que me enamorara de ti. ¡Oh, Dios! —Me llevé las manos a la cabeza, aturdida por la comprensión de hechos.

—Úrsula, yo...

—Tú me mentiste cuando fuiste a mi casa —le corté a voces—. Tú te aprovechaste de mi pérdida de memoria para contarme mentiras sobre nuestra relación. Al principio no le conté a nadie que acudía al psiquiatra por miedo, y luego tú avivaste ese miedo para tenerme amenazada. —El doctor Clark no paraba de sacudir la cabeza, negando—. No me lo niegues, desgraciado, lo he recordado, lo estoy recordando —recalqué—. A mí no me importaba que me mandarás a otro psiquiatra, como has tratado de convencerme, yo deseaba dejar de verte desde que

nos acostamos. Pero tú no querías y me controlabas para seguir acudiendo a ti. Accedía por miedo a perder mi trabajo e iba a tu consulta con la esperanza de que mi hostilidad te hiciera comprender que jamás volvería a acostarme contigo. Yo no te seducía, como trataste de hacerme creer, eras tú el que no paraba de intentarlo.

—Tú acudías porque querías, Úrsula, yo no te ponía una pistola en la sien —soltó muy digno—. A lo mejor lo hacías porque también te sentías atraída, medítalo.

—¡Mientes! —hablé llena de rabia, con la mandíbula en tensión—. Tú me tenías amenazada y yo buscaba la manera de deshacerme de ti.

—¿Estás segura de lo que dices?

—Por supuesto, ahora sí —bramé, e intenté instar a la calma para no deshacerme las cuerdas vocales—. Igual que estoy segura de que el día de nuestra última cita, el mismo que fui atacada, te pusiste violento y me diste un fuerte empujón con el que me tiraste al suelo.

—Yo no te empujé, estaba reteniéndote los brazos para que dejaras de golpearme, y al soltarte, tu impulso te hizo caer.

—Claro, es cierto —anuncié de forma cínica—. Y tampoco me soltaste un bofetón esa noche, ¿verdad? Tampoco me partiste el labio y me caí al suelo, ¿a que no?

—No quise hacerlo, no sé qué me paso. —Expulsó un chorro de aire a la par que se llevaba las manos a la cabeza—. Me dijiste barbaridades, me golpeabas y me jurabas que ibas a joderme la vida...

—Y por eso mandaste el mensaje, ¿no? Igual podía servirte de coartada. ¡Oh, el pobre psiquiatra que se preocupa en extremo por su paciente! —emulé una aguda voz, con tono burlón.

—Te pedía disculpas por haberte pegado. No sé por qué actué así.

—Dirás por haberme atacado, por intentar matarme.

—Eso no es cierto, yo no te atacué —se puso a la defensiva, elevando el tono.

—¿Por qué te presentaste en mi casa, a rematarme?

—No vayas por ese camino, Úrsula, no te lo consiento. —Sonó amenazador.

—¿Que no me lo consientes? —Lo observé asombrada—. ¿Y qué vas a hacer? ¿Piensas atacarme de nuevo? Hazlo, porque ahora no vas a librarte, mis compañeros te tienen en el punto de mira y saben que estoy aquí.

Me encaminé con celeridad a la puerta, estaba deseosa de salir de allí, de escapar de él. Escuché sus pisadas detrás de mí y aceleré el paso. Abrí la puerta, pero su mano la cerró de un brusco portazo.

—No puedes destrozarme la vida así, yo no te atacué. Es cierto que te pegué y sé que no tiene excusa, es indefendible, pero fue un impulso en un acto de defensa. —El peso de su cuerpo continuaba volcado en su mano para bloquear la puerta.

—¿No te das cuenta de lo mucho que mientes, Arthur? Si de verdad no tienes nada que ocultar, ¿por qué no dijiste desde un primer momento que esa noche estuviste allí, conmigo?

—Claro, ¿y en qué lugar me dejaría eso a mí? Yo fui la última persona que te vio antes del ataque, y además estuve en el lugar donde ocurrió. Todos me habrían apuntado como culpable, igual que tú lo estás haciendo ahora. Pero yo no fui. Tienes que creerme, tienes que hacerlo. —Me sujetó por los brazos, furioso, igual que aquella noche.

—¡Suéltame, joder! —grité revolviéndome, aunque no fui capaz de librarme de sus manos, que me retenían con fiereza contra la puerta.

—Te soltaré cuando te hayas convencido de que yo no soy tu atacante.

—Claro que fuiste tú. Eres violento, estabas allí, querías callarme e intentaste matarme. No me vas a convencer de otra cosa, maldito cabrón.

El doctor Clark levantó la mano con la intención de soltarme otro bofetón, aunque dudó.

—Pégame, mátame si quieres, termina tu trabajo si así lo deseas, pero estás atrapado. —Sonreí con desvergüenza, a pesar del miedo que me trepaba por las entrañas.

Bajó la mano lentamente, con la mirada perdida, y caminó un par de pasos hacia atrás, apartándose de mí. El timbre de la puerta sonó en ese conciso momento con insistencia, haciéndome botar del susto.

—Policía de Nueva York, abra la puerta —avisó de forma autoritaria la voz de Cook.

Respiré aliviada y abrí con urgencia. Cook venía junto con otros dos agentes y me lancé a sus brazos, temblorosa. Unas incipientes sacudidas anunciaron la proximidad del llanto.

—Fue él, fue él —repetí de seguido, gimoteando.

—Lo sé, cariño, pero ya estás a salvo. —Me besó en la frente y se dirigió al doctor—: Arthur Clark, queda detenido por el intento de asesinato de la detective Úrsula Grechi.

Los dos agentes se acercaron a él, uno sacó las esposas y se las puso, y el otro comenzó a leerle sus derechos. El doctor Clark continuaba perdido, parecía estar en estado de *shock*. Cuando el agente tiró de su brazo para que arrancara a andar, volvió a la realidad. Condujo la mirada hacia nosotros y nos observó con los ojos a punto de salirse de las cuencas.

—Están locos, se equivocan, yo no lo hice —chilló.

—¿También nos equivocamos si decimos que usted estuvo esa misma noche en el East River con Úrsula Grechi a la hora en que fue asaltada?

—No, eso es verdad, pero yo la dejé viva —declaró.

—Cierto, la dejó malherida pero viva. Gracias a eso hoy está aquí con nosotros —aclaró Cook—. Llévenselo, agentes —le pidió a los compañeros.

—Yo no fui, Úrsula, tienes que creerme, soy inocente —prosiguió gritando mientras se lo llevaban.

—Claro, eso dicen todos —matizó Cook—. Difícil negarlo con la grabación de

las cámaras situándolo allí a esa hora.

—Yo también sé que estuvo, he recordado algo —añadí—. Me pegó un bofetón con el que me partió el labio, estaba muy violento, es violento, ha tratado de agredirme de nuevo aquí.

—¿Has recordado tu agresión? —preguntó con curiosidad.

—No, solo hasta esa parte —contesté—. Luego le dije que se marchara y empezó a hacerlo, aunque regresó sulfurado y ya no he recordado más.

—Pues ya sabes lo que ocurrió después, cariño. —Me abrazó—. Si no recuerdas esa parte en concreto, casi mejor.

—Muchas gracias, Cook. Gracias por sospechar de él y detenerlo.

—De nada, es mi trabajo. Pero que sepas que estoy enfadado contigo; no deberías haber venido tú sola aquí, ha sido una gran insensatez —me reprobó—. Menos mal que se te ha ocurrido llamarme. —Suspiró aliviado.

Me separé de él y lo miré a los ojos, los tenía chispeantes, se le notaba muy feliz. Le di un beso en la mejilla y le sonreí. Permanecimos contemplándonos unos segundos, luego su boca se fue acercando a mis labios y yo terminé pegándome a ella. Nos besamos. Nos dimos un beso casto y cariñoso.

—Te quiero, Úrsula —dijo, dejándome igual de impactada que la primera vez que se lo oí.

Me quería. Era la segunda vez que se lo escuchaba decir. Cook había dicho que me quería, pero mi amor no era recíproco. Callé. No dije nada. Tan solo emití una media sonrisa con la que las tripas se me encogieron por sentirme traidora. Debía hablar con él, tenía que contarle mis verdaderos sentimientos; aunque no sabía cuándo y, desde luego, este no era el momento adecuado. Un repentino acceso de compasión me acercó a su cuerpo y Cook tendió su brazo sobre mis hombros, arropándome con él. De esa forma, más bien abrazados, abandonamos el 441 de los apartamentos Murray Hill.

Cook se empeñó en llevarme a su casa a pasar la noche, decía que de esa forma se quedaba más tranquilo, así que terminé aceptando. Una vez acomodada en su apartamento de West Village, un barrio principalmente residencial, dijo que debía marcharse al departamento para interrogar al doctor Clark. De nuevo se acercó con cautela a mis labios y me dio otro beso, luego sonrió y se marchó.

Medité una vez más la forma de expresarle mis sentimientos sin dañarlo mucho, estaba enamorado de mí, pero yo no de él. En medio de mis reflexiones, fisgoneé su apartamento. No era tan grande como recordaba el *loft* de Scott, pero se alejaba bastante del ridículo tamaño de mi vivienda. Estaba bien, un poco desnudo, faltó de muebles, aunque con lo básico. Contaba con un espacioso salón y amplia cocina, una habitación grande y otra más pequeña. En esta última tenía una mesa con el ordenador e infinidad de papeles, más unas estanterías con unos cuantos libros, entre los que predominaban los de psicología y la novela negra. También había algunos CD de grupos de *rock*: Metallica, Nirvana, AD/DC, Red Hot Chili Peppers, Bon Jovi... No obstante, lo que más destacaba en la habitación eran los elementos relacionados con el deporte. Por cuanto acumulaba Cook en ese cuarto —gorras, bates, pelotas, carteles, camisetas y banderines— se notaba que era un forofo del béisbol y un hincha de los NY Yankees. Por último visité el cuarto de baño, de considerable tamaño también, y no solo por curiosidad, sino por necesidad. Después decidí tenderme en la cama; las agujas del reloj apenas rozaban las doce, así que tenía toda la noche por delante. Me quité la ropa, a excepción de la camiseta extra larga que casi me llegaba a las rodillas. Intentaría dormir con ella, o al menos descansaría tumbada en la cama de Cook.

No podía dejar de pensar en el doctor Clark y en aquel largo mes desde que me acostara con él. Ese tiempo se convirtió en una tortura para mí y casi desemboca en mi asesinato. Nunca tuve que permitir que ocurriera, yo venía observando que Arthur, como lo llamaba, empezaba a extralimitarse en sus funciones, que la confianza quería ir un paso más allá, que se sentía atraído por mí; mucho. Me hacía la tonta con sus insinuaciones, en realidad me lo tomé como un coqueteo y no me di cuenta de que estaba jugando con fuego y que podía quemarme. Durante unos meses alimenté sus ganas halagada por el deseo que percibía en él, y lo que comenzó siendo insinuante se transformó en provocador. Sobre todo un par de semanas antes de acabar en la cama, o mejor dicho, en el sofá de su despacho. Allí hicimos el amor casi siete meses después de empezar a acudir a su consulta. Arthur parecía frustrado por mi nula respuesta, no daba signos de avance más lejos de aquel tonto que había iniciado, y su ansia por conseguirme crecía a diario. A consecuencia de ello, emprendió otra táctica, y durante esas dos citas antes de acostarnos, una por semana, solo quiso

hablar de lo mismo, de mis distintas relaciones con los hombres. Según él porque era un importante tema a tratar del que debíamos encontrar la causa para poder actuar. Según mi opinión, o mi certeza, deseaba abordarlo porque ese camino podía abrirle las puertas de lo que quería conseguir: a mí. De seguro que por eso prefirió alejarse de las aventuras que había mantenido con compañeros y solo se centró en los encuentros que practicaba con desconocidos, los tipos que me encontraba en cualquier bar y de los que no quería saber ni su nombre. Me demandó el cómo, el porqué, el cuándo y el dónde de esos encuentros; siguiéndole el juego, fui explícita, aunque siempre en términos correctos. Cuando acabamos esa primera cita tan distinta a las demás, la temperatura de la consulta había ascendido varios grados, y supe que estaba excitado. De forma incomprensible, sentir su exaltación terminó alterándome a mí. Al marcharme de su despacho, el exceso de deseo era tan denso que se podía cortar con cuchillo y servir como ración. Estaba sofocada, muy acalorada, tanto como lo noté a él.

En la siguiente cita, el doctor Clark, o Arthur el seductor, puesto que así se había ataviado para la ocasión, se sentó en el sofá conmigo. Volvió a sacar el mismo tema, volvimos a machacarlo, volvió el alto voltaje sexual entre nosotros, el calor, el sofoco... Yo llevaba una blusa mostaza y me desabroché un botón. Y otro. Y uno más. Hasta dejar a la vista el sujetador negro de encaje. Los ojos de Arthur se clavaron en él; era fácil comprender que estaba fantaseando con quitármelo. Lo leí en su mirada color miel teñida de lujuria en ese momento; y lo deseé.

—¿Te gusta lo que ves? —le pregunté con descaro, posando la palma de mi mano en la mejilla, y el codo en el respaldo del sofá, mirándolo de frente, permitiendo con esa postura que la blusa se ahuecara más para ofrecerle una mejor vista.

—¿Así seduces a los desconocidos con los que te acuestas? —interpeló en tono bronco. La lascivia se derramaba a borbotones por sus ojos y su boca.

—No medito cómo seducir a un hombre, lo hago sobre la marcha —contesté—. Pero y tú, ¿tienes una táctica? Seguro que sí. Según me has contado has tenido bastantes relaciones. ¿Cómo seduces a una mujer, Arthur? O mejor dicho, ¿cómo responderías a una invitación así por parte de una desconocida? —Mi voz sonó incitadora.

—Pues lo primero que pensaría es que...

—No hables —le corté—, procede del mismo modo que actuarías —le propuse.

Arthur sonrió de forma leve y paseó su lengua por los labios, relamiéndose, la boca se le estaba haciendo agua solo por contemplarme. Apartó la blusa de mi hombro con su mano derecha, de forma delicada. Después la penetró por el tirante del sujetador y, con lentitud, la deslizó hasta alcanzarme el pecho y empezó a acariciarlo con suma habilidad. Ese simple inicio de contacto me fascinó, tanto por su delicadeza como por su destreza, y un sutil jadeo escapó de mis labios. Alentado por mi respuesta, Arthur acercó su boca a mi oído y susurró que me deseaba, que le gustaba mucho y quería hacerme gozar, que anhelaba hacerme el amor. No le respondí, lo

besé con ganas. Nuestras lenguas se enzarzaron en un ardoroso ciclón de deseo. De inmediato, se levantó y cerró la puerta con llave. A continuación se acercó al interfono de su mesa y le dijo a la recepcionista que bajo ningún concepto nadie lo molestara durante una hora. Mientras se acercaba a mí, se quitó la corbata y se desabrochó la camisa. Yo ya estaba desnuda de cintura para arriba y lo esperaba tumbada en el sofá.

—¡Oh, eres preciosa! —exclamó admirándome con arrob—o—. No puedes imaginar las ganas que tengo de ti —dijo arrodillándose, quedando frente a mi cara. Tire de su camisa y lo volví a besar ansiosa—. Despacio, Úrsula, no tengas prisa. Déjame saborearte, por favor.

Su boca se deslizó por mi cuello y, con calma, descendió a los pechos. Sabía que estaba deseoso de besarlos y lo hizo con devoción. Entretanto se recreaba de forma maestra con mis senos, sus manos iniciaron una conquista por mi cuerpo hasta hacerme vibrar. Fue un generoso y espléndido lapso de tiempo de lo más deleitoso, unos dilatados preliminares con los que me degustó hasta saciarse. Tras ellos, Arthur me poseyó, me regaló un desbordante placer en el cual destacaba su pericia. Sus cuatro fallidos matrimonios y sus múltiples relaciones le habían dotado de amplia práctica.

Sin embargo, y por muy placentero que resultó, hacer el amor con él fue un grave error. Me di cuenta nada más acabar, cuando, al finalizar sus sacudidas, me dijo lo mucho que me deseaba. Aquel acto no había calmado su apetito, todo lo contrario, le causó más hambre. Abandoné la consulta arrepentida, pero ya era tarde. Me llamó al día siguiente, eufórico, no había dejado de pensar en ese momento; al revés que yo, que solo trataba de olvidarlo. Días después volvió a llamarme para reclamarme otro encuentro, yo le pedí calma. Pero ¿cómo frenar al hambriento teniendo un buen plato de comida al lado? Cuando regresé a su consulta y de nuevo lo tuve frente a mí, fui consciente de que estaba enamorado; y lo peor, pensaba que yo podía corresponderle. A partir de ahí empezó mi calvario con él. Esos días fueron una continua lucha por desprenderme de Arthur Clark, por convencerle de que no quería nada más, por intentar romper nuestra relación médico-paciente. Aunque jamás pensé que llegaría tan lejos al verse rechazado y cuando le exigí mi libertad. Nunca imaginé que fuera capaz de amenazarme, agredirme y, mucho menos que intentara matarme.

El sonido de *La traviata* en mi móvil me despertó. Me había terminado durmiendo después de un largo rato de meditación, de preguntas, en un vano intento por saber por qué tenía la llave del apartamento del doctor Clark. Según él, no me la había dado y yo todavía no recordaba nada al respecto. Aunque, con tantas mentiras como había contado, no era de extrañar que esa fuera una más que añadir a la lista. Me levanté y cogí el teléfono, Scott me estaba llamando y no eran ni las siete de la mañana.

—Buenos y madrugadores días, Scott.

—¿Es cierto que tu asaltante es el doctor Clark, tu psiquiatra? —me preguntó sin ni siquiera saludarme.

—Sí, lo es —contesté—. Estuvo aquella noche allí conmigo, se puso violento y me pegó. No he recordado más, pero creo que con eso es suficiente.

—¡Jo... der! —enfaticó la palabra y silbó fuerte, impactado—. Cuando me ha llamado Cook y me lo ha contado no podía creerlo; por eso, en cuanto he colgado te he llamado a ti.

—Pues créetelo porque es cierto, él me atacó esa noche.

—Pero ¿por qué? —interpeló de inmediato.

—¿No te lo ha contado Cook?

—Ha sido bastante escueto, la verdad. Me ha dicho que se había pasado la noche interrogándolo y que estaba muy cansado.

—Pues parece ser que el doctor Clark estaba enamorado de mí y yo cometí la torpeza de acostarme con él.

—¿Te acostaste con tu psiquiatra? —preguntó sorprendido.

—Sí, te lo acabo de decir —respondí algo apesadumbrada—. Fue un grave error porque eso le dio alas, empezó a obsesionarse conmigo, quería más, y yo solo pretendía apartarme de él.

—¡Joder con tu psiquiatra! —Silbó otra vez—. ¡Menuda joyita! —ironizó—. No solo se ha pasado por las pelotas el código ético que conlleva su profesión, sino que ha tenido la sangre fría de intentar liquidarte.

—Sí, un gran profesional —convino con él mi cinismo—. No puedes imaginar cuánto me arrepiento de haber sucumbido a sus seductoras intenciones, lo hice en el mismo instante que abandoné su consulta ese día. Pero ya era tarde, y no puedo retroceder en el tiempo; si pudiera, cambiaría muchas cosas de mi vida, no solo esa, Scott.

—De modo que no sospechamos de él y él actuó llevado por la pasión, un móvil que, por desgracia, estamos acostumbrados a ver. ¡Mierda! —espetó molesto.

—Sí, así es —afirmé—. Y aunque trate de negarlo, no puede.

Independientemente de lo poco que yo he recordado, y que confirma que él estaba conmigo y su actitud era violenta, las cámaras de vigilancia sitúan su vehículo muy cerca del lugar a la hora que me asaltaron.

—¿Cámaras de vigilancia? —interpeló extrañado.

—Sí, las cámaras. ¿Tampoco te lo ha dicho Cook?

—No, esa y otras partes las ha omitido —habló molesto, y vaciló—. ¡Oh, ya lo entiendo! ¡Claro! ¡Qué estúpido! —exclamó furioso—. Cook lo estaba investigando y tú lo sabías, ¿a que sí?

—Yo...

—Desde luego que sí lo sabías —me cortó cabreado—. Lo sabías, pero ambos lo habéis callado. ¿Por qué? —me gritó.

—Lo siento, Scott, de verdad —contesté consumida por el arrepentimiento.

—De poco vale lamentarse, Úrsula, ¿o no lo ves? Se trataba de remar juntos en la misma dirección para dar cuanto antes con tu atacante.

—Cook me suplicó dejarle que lo investigara, él sospechaba de él, vosotros lo sabéis, lo dijo cuando nos reunimos con Parker.

—No teníamos ningún móvil para sospechar de él, tú misma lo dijiste, a menos que estuvieras ocultándonos información.

—No, yo no lo sabía en ese momento, Scott, créeme, Cook me lo contó después —me apresuré en aclarar—. Por lo visto, yo le revelé que me había acostado con el doctor Clark y que me sentía amenazada por él desde entonces.

—¿Y por qué no lo dijo en el despacho de Parker, eh? Insistía en investigarlo, pero sin darnos los argumentos necesarios para sospechar de él, ¿por qué razón? —alzó la voz.

—Por mí, por protegerme —contesté.

—Protegerte, ¿cómo? ¿Ocultando datos imprescindibles? —Su tono seguía igual de elevado y algo enfurecido.

—Temía la repercusión que tuviera para mí, que me perjudicara de cara al capitán, a mi profesión, y por eso no le parecía bien soltarlo así, sin más. Además, él no me lo quería contar, confiaba en que yo lo recordara y fuera quien lo apuntara como posible sospechoso. Cook sabía que el doctor Clark me agredió en nuestra última cita, y eso lo llevó a pensar que podía tener un móvil, y no se equivocó.

—Claro, disponiendo de información privilegiada es más fácil investigar, ¿cómo no? Y, para no variar, Cook ya era sabedor de ella. —Sonó a reproche.

—Por favor, no empecemos de nuevo con lo mismo, Scott. No he recordado por qué razón se lo conté a él, aunque puede que lo hiciera por haberle engañado con el doctor Clark.

—¿Ya estabas con Cook cuando te acostaste con tu psiquiatra? —preguntó asombrado.

—Sí, acostarme con Clark sucedió unas semanas antes del ataque. Cook no estaba molesto por mi engaño, me dijo que la carne era débil, pero no cesaba de sentirse

culpable por no acompañarme esa noche a casa. Me rogó una y otra vez que le dejara investigarlo, quería resarcirme dando con mi asaltante.

—Lo que ese niñato quiere es colgarse todas las medallitas él solo —siseó airado.

—¡Maldita sea!, ¿qué coño os pasa? Estáis compitiendo como críos. —Alcé la voz.

—Yo no compito con nadie, que te quede claro —soltó cabreado—. Me jode que no me cuenten las cosas; peor aún, que me las oculten. Nada más.

—¿Nada más, estás seguro? —pregunté incisiva—. Porque ayer parecía que te jodía todo, que Cook salga en mi defensa, que él quiera resolver el caso, que sea mi novio... —La última palabra la pronuncié con retintín, aún me molestaba que él me hubiera designado novia de Cook.

—A mí solo me importa una cosa, que estés fuera de peligro. Quien se atribuya los honores de meter entre rejas a tu atacante es lo de menos, el caso es cogerlo, y ya se le ha detenido —explicó en tono moderado—. Y si tú eres feliz estando con Cook, con Parker o con quien quieras, yo seré feliz por ti. Creo que con esto te he respondido, ¿no?

—Desde luego —contesté entristecida, viendo lo poco que le interesaba como mujer, no como compañera.

—¿Quieres que pase a recogerte para ir al departamento? —desvió la conversación.

—No me encuentro en casa, estoy en la de Cook. He pasado la noche aquí —respondí.

—¡Ah! —Guardó unos segundos de silencio y luego añadió—: Ya sé que no es asunto mío, pero creí que ibas a romper con él.

—Y así será, Scott —le aseguré—. Entre Cook y yo no hay nada, no lo quiero. En cuanto regrese del departamento hablaré con él.

—Pues estará al llegar, cuando hemos hablado por teléfono me ha dicho que se iba a casa a descansar.

—Entonces le dejaré descansar y luego se lo haré saber.

—Intenta ser delicada —me sugirió—, se le ve muy enamorado de ti.

—Soy consciente de ello y trataré el tema de forma cuidadosa.

—También debes ir al departamento, lo sabes —insistió.

—Sí, lo sé —confirmé—. Sé que tengo que declarar lo que he recordado y conocer la declaración del doctor Clark.

—¿Paso a recogerte a media mañana?

—Mejor te llamo luego, ¿vale?

—De acuerdo, nos vemos. Y... suerte con Cook —susurró, y colgó.

Cook llegó unos minutos después de colgar con Scott, cuando yo, sentada en su cama, meditaba cómo romper con él de una manera que no resultara hiriente. Me daba lástima dejarlo sabiendo que me quería, la compasión me colmaba al comprender que lo dañaría después de lo bien que se había portado conmigo. Al fin y al cabo, gracias a su sospecha, a su obstinación, se había detenido al doctor Clark y resuelto mi caso. Gracias a él podía respirar tranquila y retomar mi vida. Era difícil ofrecerle mi agradecimiento premiándolo con el abandono, confesándole que no lo amaba y que no quería continuar con lo nuestro. Reflexiva, salí a su encuentro, tal y como estaba vestida, con aquella camiseta larga que más bien ejercía de vestido sobre mi cuerpo. Cook estiró los labios al verme y mostró una sonrisa de niño bueno, de esas que resaltan satisfechas. Me sorprendió el gran abrazo con el que me recibió.

—Por fin todo ha terminado, Úrsula —dijo.

Me miró a los ojos sin desprenderse del cautivador estiramiento de labios. Se le veía tan feliz que le acaricié su risueño rostro, aunque no pude añadir ni una sola palabra. Tal era mi conflicto interior sobre cómo acabar la relación que a duras penas recordaba, que las cuerdas vocales se me paralizaron. Durante unos segundos el silencio nos gobernó, aunque la mirada de Cook sí habló, sí me contó sus intenciones y deseos. Mi mudez le otorgó la aprobación que buscaba, así que aproximó su boca a la mía y terminamos besándonos. Sin embargo, a diferencia de los anteriores besos, este se alargó, se extralimitó y buscó mi lengua. En un acto irreflexivo, alentada por la conmiseración que me suscitaba la intención de apartarlo de mí, le di paso a mi cavidad bucal y nuestras salivas se acariciaron. Eso animó a Cook de una manera tan rauda que resultó temerosa. En un santiamén sus manos se abrieron camino por debajo de la camiseta, me invadieron y se adueñaron de mis intimidades.

—¡Oh, cariño, cuántas ganas tengo de ti! —musitó, y volvió a acometer mi boca.

Mientras me acariciaba las nalgas con extremo deseo, pensé en cómo frenarlo; no obstante, le estaba respondiendo. Mi lengua no paraba de danzar con la suya y mi cuerpo no lo rechazaba. Al igual que en el béisbol, un deporte del que él era forofó, superada la primera base se avanzaba hacia la segunda, y su boca pasó de mis labios al cuello, recorriéndolo con besos encendidos, lujuriosos. Yo proseguía con mi contienda mental para frenarlo, aunque sin mostrar la más mínima señal. Era el único jugador que podía detenerlo, pero, de forma contradictoria, lo dejaba avanzar en el campo, le permitía ganar más terreno. En medio de sus incipientes jadeos, que destilaban excitación, acercó la boca a mi oído y bisbiseó:

—Ahora vas a recordar lo que un niño bueno sabe hacer. —Hizo ademán de bajarme las braguitas.

Unas visiones llegaron a mi cabeza, penetraron veloces y fulgurantes, igual que

un rayo zigzaguea en la oscuridad cargándola de luz por un breve segundo. Eran secuencias de aquella noche, cuando me asaltaron. Forcejeaba con mi atacante de manera violenta, me revolvía para librarme de él, pero era imposible. Llevaba puesto un pasamontañas que solo dejaba a la vista sus azules ojos. ¡¡Azules!!! ¡Sus ojos eran azules! ¡No era el doctor Clark! Él tenía el iris color miel, no azul. Además, él no llevaba un pasamontañas. Arthur no me atacó. ¡No fue él! Con celeridad, me separé de Cook, temblando. Habíamos culpado a un inocente.

—¿Qué te ocurre? —preguntó confuso.

—Creo que nos hemos equivocado, Cook —le contesté agitada, colocándome la prenda interior—. Arthur Clark no me atacó.

—Pero ¿qué dices? —interpeló—. Claro que ha sido él, Úrsula. Están las grabaciones que lo demuestran, y él mismo lo ha confesado.

—No. —Zarandé la cabeza—. Él no tiene los ojos azules, y quien me atacó sí. Lo acabo de recordar.

—Úrsula, cariño, creo que tu memoria anda confusa —habló con sosiego.

—No —insistí—. No es él, Cook, ¿no lo entiendes? —pregunté alterada.

—Entiendo que estás muy nerviosa, ahora mismo hasta temblando. —Volvió a abrazarme—. Anda, deja de suponer cosas que no son ciertas, por favor.

—Pero es que...

—Pero nada —me cortó—. Lo que estás diciendo no tiene sentido alguno. Cálmate, Úrsula. Mira, por qué no vamos a la cocina, te hago una tila y hablamos.

—Vale —aseveré, pensando que si el doctor Clark había confesado, sin duda era yo la que estaba confundida. Sabía que en alguna ocasión mis recuerdos se habían entremezclado, mi memoria empezaba a desconcertarme.

Me marché con Cook a la cocina, entretanto la imagen no dejaba de sucederse. Un forcejeo encarnizado, los ojos de mi agresor aniquilándome, mis ganas de huir de él, los golpes, el miedo sacudiéndome... Me senté y él preparó una tila a la vez que me explicaba lo compleja que era la mente, el desorden en los recuerdos después de un estado de amnesia como el que yo estaba viviendo, lo fácil que resultaba distorsionarlos si estaba sometida a presión... Y según él, yo me presionaba para recordar esa noche y dar con mi asaltante. Pero mi atacante ya había confesado y muy pronto se encontraría entre rejas. Debía relajarme, me aconsejó. Dejándome la tila sobre la mesa, Cook se sentó frente a mí.

—Hazme caso, por favor, Úrsula —me solicitó—. Ya te conté que me atrae todo lo relacionado con la mente y la psicología; he leído bastante sobre el tema. Sé de lo que hablo, cariño.

—Lo intentaré, pero ahora mismo no puedo sacarme esos ojos azules del cerebro —avisé angustiada.

—Mira, por qué no hablamos de otra cosa a ver si así te calmas.

—De acuerdo. —Asentí. Él se quedó un instante pensando.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Sí, claro —contesté, y bebí un sorbo de la infusión, estaba caliente en exceso —. ¡Joder, me he quemado! —protesté.

—Deja que se enfríe. —La retiró hasta el centro de la mesa y me miró a los ojos —. ¿Siempre quisiste ser policía? O mejor dicho, ¿cuándo decidiste que esta era tu profesión? Vamos, si lo recuerdas —puntualizó.

—Lo supe desde pequeña, con unos doce años —contesté con seguridad, quedándome asombrada. Pero mi mente volcó todos esos datos en el momento.

—¡Vaya!, a qué temprana edad. —Silbó—. Y además lo has recordado sin problema.

—Sí, me ha sorprendido hasta a mí misma —revelé con una sutil sonrisa, y las remembranzas empezaron a llegar a borbotones—. Recuerdo que entraron a robar a mi casa y la dejaron patas arriba. ¡Dios, daba miedo entrar! Se me cayó el alma a los pies, pero aguanté de forma estoica para no llorar. Sin embargo, Romeo, mi pobre hermano, lloraba desconsolado. Se habían llevado veinte dólares que él tenía guardados en una cajita, en su habitación; eran sus ahorros. Sentí tanta rabia e impotencia que desde ese instante decidí que quería ser policía.

—Una triste historia que decidió tu vida profesional.

—Cierto.

—El nombre de tu hermano es muy peculiar, no es de los que se olvidan —añadió.

—No, la verdad es que no —coincidí con él—. ¿Y tú?

—Yo ¿qué? —preguntó.

—¿Cuándo decidiste ser policía? —le demandé.

—Oh, yo no lo tuve claro hasta muy mayor, y se podría decir que otros decidieron por mí —respondió—. Te confesaré que yo no tuve una infancia fácil, Úrsula. Mi padre era un alcohólico y mi madre una cualquiera, me crío una tía solterona y amargada a la que yo le importaba una mierda. Crecí en Brooklyn, allí conocí a unos amigos con los que me sentía bien y, de alguna forma, se convirtieron en mi familia.

—Lo siento mucho —hablé afligida.

—No lo sientas, yo fui feliz con ellos —aseveró—. Pero como la felicidad es efímera, un día todo cambió.

—¿Por qué? —pregunté intrigada.

—Bueno, digamos que la cuadrilla empezó a crecer, a unirse con otras pandas de chicos y de chicas y todos no nos caíamos bien.

—¿Y por qué no cambiaste de amigos?

—Porque yo ya tenía mi lugar allí y no iba a permitir que el último en llegar me lo arrebatara. En ese momento ellos eran cuanto tenía.

Se me encogió el estómago al escucharle decir eso. Desde luego que Cook no había tenido una vida fácil.

—¿Y qué pasó? Porque tengo la intuición de que quieres contarme algo más.

—Intuyes bien —afirmó, vacilando por un largo momento—. Verás... —de

nuevo otros segundos de silencio—, yo maté a uno de esos chicos —reveló por fin, dejándome boquiabierta y aturdida—. No lo premedité, de verdad, tan solo quería darle un escarmiento por burlarse de mí —habló de carrerilla e hizo una breve pausa tras la cual añadió—: Aunque, siendo sincero, tampoco me importó que muriera.

—¡Oh, Dios, eso suena monstruoso! —exclamé compungida.

—¿Me crees monstruoso?

—No he dicho eso —contesté—. Digo que tus palabras, la indiferencia que muestran, suena así.

—Contéstame con sinceridad, Úrsula, por favor —dijo escarbando en mi mirada de una manera tan profunda que noté cómo ahondaba hasta el fondo, capaz de hallar la respuesta a una pregunta que ni siquiera había realizado—. ¿Tú nunca has sido indiferente con alguien? ¿Nunca te ha importado tan poco una persona que su muerte, lejos de conmoverte, podría dejarte fría o incluso llegar a apaciguarte?

—Esa es una pregunta un tanto capciosa —repliqué.

—Puede serlo, dependiendo de tu respuesta. Respóndeme.

Sintiendo a sus ojos sondearme sin parar, reflexioné durante un rato, el tiempo que me llevó hurgar en mis recuerdos.

—No sé... —contesté dubitativa, sabiendo que mentía.

—Venga, no me engañes, por favor. —Su voz sonó a ruego—. Claro que lo sabes, y claro que ahora estás mintiendo; tus ojos lo evidencian. Cuéntame la verdad.

Tragué saliva para aclararme la garganta, los nervios me la estaban resecaando.

—Aunque no esté bien admitirlo, quizá sí que haya llegado a sentir eso —confesé en un susurro.

—Eso también suena monstruoso, ¿no? —me reprochó, yo seguí meditando unos segundos.

—Puede ser —contesté, aunque sin afirmarlo al cien por cien, sin reconocer en voz alta la realidad de mi inhumano anhelo. Pero en mi fuero interno sabía que mis sentimientos habían traspasado la linde del desafecto y la frialdad. Mi indiferencia hacia esa persona no fue tal, pues contuvo un ferviente deseo de muerte.

—¿Puedes decirme de quién se trata o trataba? ¿Quién era o es tan indiferente para ti que su muerte no te importaría?

Suspiré mientras revolvía de nuevo en las dolorosas remembranzas, que no paraban de mostrarme el odio que guardé durante años y años.

—Era alguien de la panda con la que iba mi hermano, ni siquiera sé su nombre, nunca me interesó saberlo.

—La panda de tu hermano... —Arrugó los labios, callando un instante—. Te voy a revelar un gran secreto, Úrsula.

—¿El qué? —pregunté intrigada.

—Yo ya te conocía antes de llegar al departamento —respondió asintiendo.

—¿Cómo? —La inquietud se apoderó de mí.

—Que ya te había visto antes —aclaró, y de inmediato agregó—: Y no solo a ti,

también conocí a tu hermano. Como ya te he dicho, su nombre es inolvidable.

—¿Que nos conocías? ¿De qué? —inquirí alterada.

—La panda de tu hermano se juntaba de vez en cuando con la mía. Tú te presentaste en un par de ocasiones a echar un rapapolvo al pobre Romeo delante de todos. —Se rio—. Éramos chicos descarriados y a ti no te gustábamos, tú no nos tolerabas a ninguno. Nos mirabas con indiferencia, con arrogancia, creyéndote superior a nosotros.

—¿Me has contado esto antes? —demandé turbada.

—No, nunca, es la primera vez que lo hablo contigo. Ya te he dicho que era un gran secreto.

—¿Y por qué lo haces ahora?

—Porque tú me has dicho que mis palabras sonaban monstruosas y yo quiero hacerte saber que tu desbordante altanería era mucho peor. Nos tratabas como apestados, todos y cada uno de nosotros te dábamos asco, una total repugnancia —manifestó sin apartar su reprobadora mirada de mis ojos—. Y no voy a romper una lanza a favor de tu hermano, por mucho que tú creyeras que era mejor que nosotros, porque no lo era. Estabas muy equivocada con respecto a él, Romeo tenía más madera de delincuente que ninguno.

—No lo menciones, te lo prohíbo —le exigí malhumorada.

—¿Y a quién quieres que mencione? A Bart, Anthony, Roy, Ángelo, Panocha... ¡Oh!, ¿me dejas que te hable de ese crío, de Panocha?

—No me interesa saber nada de ese desgraciado.

—Sí, era un pobre desgraciado y... y lo maté.

—¿Mataste a Panocha? —pregunté con los ojos como platos.

—Lo maté después de que él matara a otro de la panda.

—¿A quién?

—¿Sabes cómo se llamaba Panocha? —preguntó desatendiendo mi demanda.

—No —respondí.

—¿Nunca te has preguntado cuál sería su nombre?

—No. Jamás me interesó saber de él, ya te lo he dicho.

—¿Tan indiferente te resulta su persona?

—Del todo —revelé con sinceridad, y añadí—: Él era de quien te he hablado antes.

—¡Ah! ¿Era él?

—Sí —afirmé—. Y no quiero mencionarlo, el mero hecho de hacerlo me levanta mal humor y rabia.

—Y si tanto te enfurece recordarlo, ¿no sientes la curiosidad de conocer su verdadero nombre?

—¿Para qué? —interpelé extrañada por su reiteración.

—No sé, aunque solo sea para maldecirlo.

—No, no tengo ningún interés en saberlo, ¿cuántas veces tengo que repetírtelo?

No entiendo tu insistencia. —Lo observé confusa.

—Insisto porque yo sí considero que debes saber el nombre de ese desgraciado, de la persona que te resulta tan indiferente que su muerte no te importa. Yo en tu lugar querría saberlo.

—Pues yo no.

—Yo conozco su nombre, Úrsula.

—Te he dicho que me es indiferente —hablé molesta.

—Se llama Sian —reveló haciéndome caso omiso.

—Pues muy bien, se llama como tú. ¿Y?

—Sí, exactamente como yo —asintió—, porque se llama Sian Cook. Yo soy Panocha, Úrsula.

—¿¿¿Cómo??? —pregunté gritando, sin entender nada, con el corazón golpeando fuerte, lleno de desconcierto. Había dicho que mató a Panocha y ahora decía que Panocha era él. La confusión cobró mayor protagonismo en mi ser y la incompreensión dio un golpe de estado en mi raciocinio.

—Que yo, Sian Cook, soy Panocha —ratificó—. Aunque me deshice de él, o de ese absurdo apodo, la misma noche que maté a Romeo, tu hermano.

Su confesión lo giró todo, tanto interior como exteriormente. Todo me daba vueltas: las entrañas, el corazón, la cabeza, los muebles de la cocina, el habitáculo entero. Me faltó el aire, la sensación de asfixia se apoderó de mí. Romeo no había muerto por un estúpido accidente, lo habían matado. Panocha, aquel maldito mocoso al que yo odiaba y del que deseé su muerte, lo había matado. Aquella sabandija osada y obscena era Sian Cook. Sian Cook, mi compañero, el hombre con el que mantenía una relación, con el que acababa de besarme... Las ganas de vomitar me inundaron al pensar que había compartido mi cuerpo con el cabrón que mató a mi hermano. Sin embargo, de súbito, emergió de mi interior una rabia tan visceral como contagiosa que atrapó a cada una de mis células y me alzó con la intención de acabar con él. Debía quitarle la vida al asesino de Romeo, al embaucador que, ejerciendo de gran compañero y amante, tan bien me había engañado durante este tiempo. Cook me encañonó con su arma en cuanto la ira me puso en pie. No vaciló un segundo en prepararla, en dejarme oír el ruido del seguro que anunciaba que el tambor estaba dispuesto a disparar, a matarme. Me quedé paralizada, fue un puro acto reflejo.

—Quietecita, Úrsula Grechi, ¿dónde crees que vas? —Sonrió de forma déspota—. ¡Siéntate, joder, aún no he acabado mi historia! —Lo miré quieta y encolerizada. Mis ojos actuaron como cien mil cuchillas y lo atravesaron sin ningún tipo de piedad—. ¡Que te sientes, coño! —gritó.

Terminé tomando asiento, aunque sin perder un ápice de la imperante rabia que me gobernaba. Cook sacó sus esposas y, sin dejar de asestarme con el arma, me las lanzó.

—Espóstate a la pata de la mesa, por favor, italiana.

Le sentenció con una mirada dura tan agresiva y cruel que seguía siendo cortante

e hiriente. Cerré una esposa en mi muñeca izquierda y la otra a la pata de mesa, en la zona que él señaló para que esta quedara anclada y no pudiera moverse. En ese instante, a la vez que me esposaba y con la palabra «italiana» retumbando en el cerebro, aquella noche se empezó a dibujar en mi mente. Por fin recordé lo que tan necesario era para mí: cómo fui atacada.

\*\*\*

Después del bofetón que el doctor Clark me propinó, y de mis amenazas mientras se marchaba, algo le hizo cambiar de idea y, cabreado, regresó a mí e intentó levantarme del suelo.

—Vamos, no voy a dejarte aquí tal y como estás, te acercaré a tu casa.

—¡No me toques, joder! —le grité.

—Úrsula, perdóname. No quería pegarte, te juro que no quería hacerlo, no sé qué me ha ocurrido. —La voz se le quebró y empezó a maldecirse. Estaba furioso con él, no conmigo.

Mientras yo me revolvía de sus manos, que solo intentaban ayudarme, al final logró alzarme y, medio a rastras, me acercó hasta mi coche; el suyo estaba aparcado detrás.

—Suéltame, no voy a irme contigo —dije zafándome de él, con el apoyo que mi vehículo me ofreció para no perder el equilibrio.

—No puedes quedarte aquí.

—Claro que no, me voy a mi casa.

—¡Ah, no! —chistó—. No vas a coger el coche, no estás en condiciones de conducir, estas borracha. ¿Acaso no lo ves?

—Lárgate y déjame en paz, puto maniático obsesivo.

—No —dijo tajante.

—Por supuesto que sí. —Saqué mi pistola y lo apunté. Él levantó las manos de inmediato, asustado—. Vete si no quieres que te vuele la tapa de los sesos. ¡Aléjate de mi vida, no quiero volver a verte más! —chillé.

Clark caminó con celeridad, casi corrió para llegar a su vehículo. Arrancó veloz y se fue tan rápido que las ruedas chirriaron en el asfalto. Enfundé el arma y soplé angustiada, meditando la grave estupidez que acababa de cometer: apuntarle con mi pistola, amenazar con matarlo. Resoplé metiendo los dedos por mi melena, tirándome del cabello hacia atrás, sopesando mis actos. Estaba perdiendo el norte, no podía seguir así, me estaba destrozando la vida.

Entré en el coche y, a punto de arrancar el motor, aparté la mano de la llave. Dejé caer mi cabeza hasta apoyarla en el volante y, sintiéndolo pegado a mi frente, pensé. Pensé en Romeo, en mi madre, en Scott, en el doctor Clark, en el capitán Parker... Me inundaron las ganas de llorar con tantos pensamientos. De pronto, unas luces iluminaron el interior de mi automóvil y alcé la cabeza. Intenté mirar por el

retrovisor, pero me deslumbró la fuerte luz y no pude ver nada. Segundos después, la puerta se abrió y un brazo tiró de mí para sacarme afuera. Forcejeé con aquel cuerpo, me revolví de continuo y, en uno de los zarandeos, pude alcanzar mi bolso y golpearlo con él. Pero no surtió efecto alguno, fue un inútil intento por liberarme de un inesperado, brusco e iracundo ataque. El contenido del bolso se desparramó en el interior y fuera del vehículo, y aquel violento desconocido terminó sacándome a rastras. Feroz, me cogió de la pechera, me impulsó para ponerme en pie y me soltó un puñetazo en la boca del estómago con el que me encogí y quedé sin aire. Me llevó hasta el capó, me estampó en él y empezó a apretarme el cuello. Mis pies dejaron de tocar el suelo, estaban en volandas. Detrás del pasamontañas negro, sus ojos azules me estrangulaban con más fuerza que su propia mano. Conseguí darle un rodillazo, aunque no acerté de lleno en la diana: los testículos, pero le dolió y enfureció igualmente.

—Maldita zorra italiana —escupió.

De nuevo me soltó otro puñetazo y, de un brusco tirón, me rompió el jersey y lo partió por la mitad, dejando el sujetador al aire. Con rudeza y agilidad, me bajó el pantalón hasta medio muslo y me arrancó la braguita. Yo no paraba de revolverme, pero quitármelo de encima resultaba imposible; era un animal a la caza de su presa y ya me tenía acorralada, sin salida. Me arrojó al suelo y me soltó un par de duras patadas con las que creí que me había roto por dentro. Mientras me retorció entremedias de unos quejumbrosos sonidos, tuvo la osadía de parar y encenderse un cigarrillo.

—Joder, estás muy buena, italiana. —Silbó, observando mi cuerpo casi desnudo, dando una larga calada—. Lástima que no me hayas permitido follarte antes, con lo bien que nos lo habríamos pasado. —De nuevo aspiró del cigarro y se entretuvo en expulsar el humo dibujando círculos con él—. ¿Y sabes qué? Ahora te veo sin bragas y esta no se me empina —dijo llevándose la mano a la entrepierna—, ya no me apetece echarte un polvo teniéndolo tan fácil. En este instante solo se me despierta una cosa: mi instinto asesino. Solo siento deseos de matarte. —Sonrió con descaro.

A pesar de haberme cogido desprevenida, de la rapidez del ataque y de encontrarme corta de reflejos, recordé que llevaba mi arma. Todo lo veloz que pude, y soportando el dolor que me invadía, eché la mano a ella. Pero no estaba, mi funda se encontraba vacía.

—¿Buscas esto, italiana? —Me la mostró en su otra mano, sin parar de estirar los labios. Aspiró una calada más y, con un golpe de su pulgar e índice, tiró el cigarrillo a lo lejos—. Joder, no me has dejado ni terminar de fumar tranquilo. ¡Ven aquí! —Me levantó, tirándome del pelo, y me empujó hasta hacer chocar mi espalda con la chapa del coche—. Pese a no poder ver mi cara, ¿aún no me has reconocido, italiana? ¿No recuerdas quién te llamaba así hace años? ¡Piensa, vamos! —me exigió.

Lo miré desenchajada, recordando el rostro lleno de granos de aquel maldito despreciable del cual no sabía más que su sobrenombre: Panocha. Aquel hombre

encapuchado que me estaba atacando era él, era Panocha. Proseguí, observándolo llena de incomprensión, horrorizada, y él leyó en mis ojos la confusión y el miedo que deambulaba por mí al comprender quién era.

—Sí, soy yo, veo que ya lo has deducido. Soy el mismo enano del demonio al que tú deseaste la muerte. Sin embargo, voy a ser yo quien te va a matar a ti, orgullosa de mierda.

—Vete a tomar por culo, maldito cabrón —dije, y le escupí con todas mis ganas, aunque mi saliva se quedó en el pasamontañas.

—¡Serás puta! —De nuevo su puño me golpeó con ímpetu unas cuantas veces en las costillas. Me invadieron las ganas de vomitar, además del atroz dolor. Una vez más, llevó su mano a mi cuello y, sujetándome, me encaró con el arma, mi propia Glock 37.

—Y ahora el golpe de gracia, igual esto sí consigue empalmarme —enunció sonriente.

Alzó el revólver con celeridad y, con un fuerte y violento impulso, empotró la rígida culata en mi cabeza. Me desplomé, y mi cráneo impactó contra el duro asfalto. Escuché un estrepitoso ruido interior, un angustioso retumbar, y todo se oscureció. Sentí que había muerto.

—¡Eh, espabila, italiana! —Cook chasqueó los dedos frente a mi cara—. No solo te has quedado muda, sino que no estás aquí. Y debes estarlo, quiero tu mente muy lúcida para proseguir con mi historia. Aún no te he contado nada. —Me lanzó un beso.

—¡Tú! ¡Fuiste tú! ¡Tú me atascaste, tú intentaste matarte! ¡Fuiste tú! —chillé, observándolo con una extraña mezcla de temor, rabia y frustración, sintiendo vértigo al adentrarme en sus ojos. En sus azules ojos. ¡Azules! Los mismos de mi atacante.

—¡Bingo! —exclamó jocoso—. ¿Ya lo has recordado, cariño? —preguntó burlándose.

—No me llames así, malnacido, cabrón, desgraciado...

—¡Oye, para! —me interrumpió a voz en alto—. Te vas a quedar seca de seguir así. Además, te confesaré que a mí tampoco me gusta llamarte de esa manera, prefiero llamarte «italiana». —Sonrió de esa manera tan desvergonzada que yo recordaba—. Bueno, bueno, bueno, tengo tantas cosas que contarte que no sé por dónde empezar. ¿Alguna sugerencia? —Sacó un paquete de tabaco de su pantalón y se encendió un cigarro, algo que nunca antes le había visto hacer.

—Vete a tomar por culo, ¡*maledetto nano indemoniato!*

—¡Oh, sí! Maldito enano del demonio, no se me ha olvidado tu frase. Ni la otra que usaste para desearme la muerte.

—Tú mataste a mi hermano y tuviste la desvergüenza de presentarte en su funeral, ¿qué clase de demente eres? —grité.

—Yo soy un demente y vosotros unos arrogantes de mierda que os reíais de mí. El asqueroso orgullo de los Grechi... Sois tan insoportables, joder —bufó. Dio una calada y me echó el humo en la cara—. Vosotros os creéis por encima de los demás. Tu hermano llegó con la intención de usurpar mi lugar en la panda y pensaba que yo iba a amedrentarme sin más. No tenía ni idea de quién era Sian Cook, por entonces Panocha para todos ellos. Como ya te he dicho, abandoné ese estúpido apodo la misma noche que maté a Romeo.

—¿Por qué lo hiciste, maldito hijo de puta? —pregunté gimoteando. Quería llorar, pero la cruel rabia que sentía no le permitía al llanto hacer acto de presencia.

—Pues verás, ya que lo preguntas te lo contaré, aunque pensaba hacerlo de todas formas. —Se echó a reír. Volvió a aspirar del cigarro y a escupir el humo sobre mi rostro. Luego se quedó muy serio, reflejando un mirar amenazante—. Tu hermano, gracias a tus visitas, en las que intentaste ridiculizarme, consiguió que fuera el hazmerreír de la panda. Debía pagar por sus mofas, debía darle un escarmiento ejemplar. Había sido el último en llegar y todos lo preferían a él; se reían con él, se burlaban de mí... —siseó airado, y volvió a fumar—. Esa noche regresábamos a

Brooklyn por el puente, y tu hermano, que llevaba un colocón de la hostia, empezó a bromear con tirarse al río y se subió a la barandilla del puente. Bart le dijo que no hiciera el tonto y se bajara. Ya sabes quién era Bart Holmes, el cabecilla de la panda, el mismo al que le costó un largo tiempo confiar en mí, pero que en solo unos meses convirtió a tu hermano en su mano derecha. Romeo me robó mi lugar —enunció rezumando ira—. El listo de tu hermano le contestó que lo tenía controlado, y Bart siguió andando, como los demás. Mientras caminaba por la barandilla del puente, una vez más, mofarse de mí fue la tónica preponderante de sus chascarrillos. «Eh, Panocha, admite de una vez que estás pillado por mi hermana. Úrsula te gusta, te gusta pero que mucho. En cuanto llegue se lo voy a contar, se va a desternillar de la risa».

—¡Cállate, no te burles de él! —le grité. No me gustó el tono satírico que utilizó para imitar la voz de mi hermano.

—No te equivoques, él era el que se burlaba de mí, italiana. Sí, lo hacía, y los demás se carcajaban dándole la razón, insistiendo en lo mismo. Mis negaciones les invitaban a reír más; y mi silencio, ídem de ídem. Hiciera lo que hiciera servía para alentar a Romeo a proseguir con su machaque burlón. «¡Venga, no lo niegues ni trates de ocultarlo, Panocha! —Siguió emulando la ridícula voz—. Todos sabemos que te pone mi hermana, alguien inalcanzable para ti porque te detesta. Pero como tú dices que te gustan las tías difíciles, seguro que sueñas con Úrsula, incluso te pajearás pensando en ella. En cuanto llegue a mi casa la despertaré para decirle lo pillado que estás, se va a partir de risa. Bueno, nos partiremos los dos».

—¡Qué te calles! —grité más fuerte.

—Eso es lo que yo quería, que tu hermano cerrara la puta boca, que los demás dejaran de reírle las gracias y de alentarlo, pero no fue así —chistó malhumorado, y dio otra calada—. Las mofas venían sucediéndose día a día, y mi aguante estaba saturado. ¡Estúpido de mierda! —soltó furibundo.

—No lo insultes, está muerto —escupí, envenenada.

—Claro que está muerto, italiana —confirmó con la mandíbula en tensión—. Y lo está porque me tenía tan harto que en cuanto nadie miró lo empujé con todas mis ganas y cayó al agua. Yo no decidí nada más, él tuvo la desgracia de que una corriente lo engullera y lo arrastrara. Ninguno lo veíamos y ninguno se atrevió a lanzarse al río por miedo a correr la misma suerte. Bart avisó a la policía, y cuando, casi una milla más lejos, lo localizaron muerto, tampoco lo sentí, un arrogante menos que soportar. —Se encogió de hombros y volvió a fumar.

—Tú... Tú no estás bien de la cabeza, estás enfermo. —Lo observé desencajada, con la seguridad de estar tratando con una persona falta de cordura, y por lo tanto, muy peligrosa—. ¿Cómo puedes ser tan vengativo? —la pregunta se deslizó de mis labios sin pensarla.

—¿Yo vengativo? —preguntó gritando, soplando furioso, ensanchando las aletas nasales—. ¿Y tú? —preguntó apuntándome con el arma, con la mirada tan llena de

cólera que creí que iba a disparar en ese instante—. Tú nos trataste comoapestados en el funeral de tu hermano. *¡Siete feccia!*, eso nos dijiste, sois escoria. Bonitas palabras que no expresaban ánimo de venganza, ¿verdad? Igual que tu mirada, que nos traspasó del mismo modo que una espada, matándonos en el momento. ¿Tienes la cara de llamarme vengativo cuando después de decirte que lo sentíamos me gritaste que ojalá me hubiera muerto yo? —De nuevo bajó el revólver y apagó el cigarro con rabia—. En ese instante deseé matarte. Justo ahí te sentencí.

—Estás loco, maldito cabrón. —Sentí el corazón a punto de reventar por la presión—. Has pasado quince años planeando esto. ¡Quince años! —exclamé aturdida.

—¡Oh, italiana, no seas tan arrogante! —Sacudió la cabeza—. ¿De verdad crees que he pasado todos estos años pensando en ti? ¡Por favor, qué vanidosa! —siseó—. Llegar a ti ha sido una de esas casualidades que te regala la vida y por la que te sientes muy agradecido. El destino quería que hiciera justicia contigo, solo eso. ¿Y a que no sabes quién me habló de ti?

Callé. Mi incomprensión era tan grande, tan fuerte, que se me hizo un nudo en la garganta y no podía seguir hablando.

—Te he hecho una pregunta, ¿contesta! —me exigió, apuntándome de nuevo.

—No, no lo sé. —Tragué saliva, muerta de miedo, pensando que en cualquier momento apretaría el gatillo.

—Bart Holmes. Sí, el líder de la panda. —Asintió—. El mismo que tú detuviste y que ahora es un simple camello y un proxeneta de mierda. No se puede caer más bajo, coño. ¡Qué asco me da! —espetó.

De nuevo guardé silencio, no podía creer cuanto estaba escuchando ni lo que estaba sucediendo, era una terrible pesadilla.

—¿No dices nada? Piiiiii —simuló el sonido de un timbre—, error. Debes contestar, algo tendrás que decir al respecto. ¡Responde! —La amenaza de dispararme aumentó con su reclamación.

—A mí me das mucho más asco tú, no puedes imaginar cuánto —manifestó mi ira.

—Disiento contigo. Debería darte más él por una mera razón, por ser el responsable de llevarme a ti. —De nuevo dejó de apuntarme—. Gracias a Bart solicité el Departamento de Policía de Nueva York, donde tú trabajabas. Pero para explicarte eso debo contarte otra historia más. Como verás, soy una caja de sorpresas, ¿a que sí, italiana?

—Vete a la mierda.

—No me apetece viajar en este momento, estoy muy a gusto aquí contigo. Además, tengo otros planes. —Me guiñó el ojo—. En fin, no me desvíes del tema o no te enterarás, Grechi. —Sonrió sarcástico—. Verás, yo dejé a esa panda de perdedores después del funeral de tu hermano y empecé a juntarme con otra gente, con la que sigo trabajando actualmente: la mafia. Ya sabes, una empresa en

condiciones. —Chasqueó los labios—. De cara a mi jefe solicité el departamento de Nueva York porque en él hay algunos tipos importantes para nosotros, personas a las que podemos poner a trabajar en ambos bandos, como hago yo. Pero personalmente ese departamento tenía un plus añadido para mí, yo sabía que tú estabas en él. Te garantizo que me hizo muy feliz dar contigo; tú tampoco puedes imaginar cuánto. —Me lanzó otro beso—. Antes de que me destinaran a tu departamento te estuve vigilando unos días y saqué unas fotos de ti y tus compañeros. ¿A que no sabes quién las vio?

No abrí la boca, no deseaba seguir con su juego ni alargar la espera del certero disparo que más pronto que tarde me arrebataría la vida. Una vez más, callé, jurándome no contestar aunque me lo exigiera.

—Veo que no lo sabes y que ni lo imaginarás —dijo sosegado, dejándome estupefacta por su inesperada reacción alejada de una reclamación de respuesta—. Las vio Carlo Costello, el sobrino de mi jefe. Alguien que te reconoció nada más verte, me dijo que se había acostado contigo.

Recordé a Carlo Costello, para mí un desconocido que encontré en un bar, y la noche que pasamos en la habitación de su hotel. También evoqué la bronca que me echó Scott por meterme en la cama con un mafioso, y su sorpresa al reconocerle que no sabía ni su nombre.

—Por tu cara deduzco que recuerdas a Carlo Costello. —Desplegó los labios—. Él desde luego que se acordaba de ti, y se asombró al saber que pertenecías a la policía de Nueva York, que eras detective. Pero ¿sabes qué me dijo? Sian, fóllatela. Esa tía es una fiera en la cama. ¿Te suena la frase? Sí, es la misma que yo te he dicho alguna vez. Aunque en realidad no sé cómo te desenvuelves en ese terreno, nunca nos hemos acostado, no tenemos ninguna relación.

—¿Cómo? ¿Qué no estamos juntos? —pregunté desconcertada.

—Eso acabo de revelarte, que entre tú y yo no hay nada de nada. Si bien debo aclarar que no hemos echado un polvo porque tú no has querido, yo estaba deseoso de entregarme a la causa. —Un nuevo guiño de ojo.

—Pero eso no puede ser. —Sacudí la cabeza presa de una gran desorientación—. Yo he recordado algunos encuentros entre nosotros —murmuré, sorprendida por mis propias palabras, que se me escaparon sin pensar.

Cook soltó una carcajada temerosa.

—¡Joder, italiana! ¿Has soñado conmigo? ¡Cómo me gusta! —prosiguió riendo—. Espero que despertaras sofocada y húmeda, que te hayas puesto muy cachonda con esos sueños. Porque eso han sido, sueños, no recuerdos. ¿Ves lo fácil que me ha resultado manipular tu mente? Ha sido un placer distorsionar tu realidad. —Hizo un gesto obsceno con la lengua, el mismo impúdico y desagradable con que me obsequió cuando lo conocí por primera vez quince años atrás, siendo Panocha.

—¡*Feccia!* —le insulté furibunda.

—Di lo que quieras pero admite que esta «escoria», como acabas de llamarme, te

ha hecho creer que teníamos una relación. ¡Y ha sido muy sencillo, joder! —Volvió a reír—. Me ha bastado un mensaje en el móvil y un poco de charlatanería embaucadora con la que hice germinar una semilla en tu vulnerable memoria. El resto lo has hecho tú, italiana. Tus ganas por recordar asociaron otros encuentros a mí y me has follado en tus sueños, por desgracia en ningún otro lugar.

—Pues no sabes cuánto me alegra esa noticia —exhalé un exagerado respiro de alivio—. No sabía de qué forma romper contigo, porque yo no te quiero, ni siquiera me gustas, y no he parado de preguntarme cómo podía tener una relación con alguien tan pesado y estúpido como tú. Entonces aún no sabía que también eres un despreciable loco.

—Sí, claro que soy un loco. Un loco por acabar con los orgullosos Grechi que se creen tan divinos —advirtió rabioso—. Me humillaste con trece años y, aunque no sabías quién era, lo seguiste haciendo desde que llegué al departamento. Tuve la gran suerte de que me pusieran contigo de compañero, algo que te escoció en el alma y te llevó a convertirme en la diana de tus mofas. Al igual que hizo tu hermano, te reías de mí delante de todos, si bien yo decidí seguirte el rollo a pesar de estar ardiendo de rabia por dentro. Entrarte para ver si me acostaba contigo se convirtió en un reto, debía hacerte tragar esas ínfulas endiosadas que me mostrabas solo a mí. Sin embargo, no hubo forma, siempre me rechazabas en medio de burlas y te acostabas con cualquiera excepto conmigo, ni borracha fuiste capaz de hacerlo.

Cook dejó el arma sobre la encimera, por desgracia muy lejos de mi alcance, se acercó a la nevera, sacó una cerveza y la abrió. Luego se echó un trago y se aproximó a mí.

—¡Bebe! —me ordenó, acercándome la botella a la boca.

—No —respondí tajante, apartándola con la mano que tenía libre.

—Claro que sí —dijo sujetándome con fuerza por la muñeca y derramándose el líquido, que cayó por todos lados excepto en el interior de mi boca—. ¡Oh, mira lo que has hecho! Te has empapado, italiana —anunció, paseando su mano por mi camiseta, tocándome los pechos con insistencia. Su contacto me hizo sentir repugnancia—. Tienes las tetas llenas de cerveza. ¡Mmm, qué ricas deben de estar! —Se relamió—. Me dan ganas de chupártelas.

—Ni se te ocurra, bastardo —le clavé los dientes con la frase.

—No me retes, no estás en condiciones de hacerlo. —Bruscamente, me soltó la mano y se apartó, regresando al lado de la pistola. La cogió y me la mostró—. ¿No lo ves? Aquí y ahora mando yo. —Volvió a dejarla sobre la encimera.

—Eres un puto degenerado y un psicópata —le escupí rabiosa.

—Y tú una arrogante, una golfa que se folla a cualquier tío y encima le da a la bebida. Puta y borracha; como ves, todos tenemos defectos —declaró con ironía.

—No soy ninguna de esas cosas —hablé estirando mi orgullo—. Mi cuerpo es mío y dispongo de él como quiero, y nunca he llegado a ser una alcohólica. De hecho, llevo meses sin beber.

—¿Perdona?! ¿Cómo puedes ser tan mentirosa? —preguntó casi ofendido—. Que yo recuerde, y a mí no me falla la memoria —puntualizó mordaz—, esa noche en particular ibas ebria. Y, que yo sepa, y el calendario no engaña, ni siquiera hace un mes de eso.

—He tenido problemas ocasionales con la bebida, pero llevaba sin beber muchos meses. Lo de esa noche fue algo puntual, aislado —aclaré.

—Sí, algo desencadenado por una causa, ¿a que sí? Una que yo conocía, al día siguiente era el cumpleaños de Romeo, ¿verdad?

—Sí —susurré, notando un repentino ahogo.

—¡Oh, pobrecita! Tenía que emborracharse para olvidar —dijo de forma cínica.

—¡Stronzo! —Volví a insultarle en italiano.

—Sí, ya sé que soy un cabrón, no me descubres nada nuevo —admitió jactándose—. Igual que es cierto que nunca te había visto beber desde que llegué al departamento, pero tus anteriores problemas con el alcohol también eran un hecho que yo conocía. Y como, según tú, además de cabrón soy un degenerado, quise aprovecharme de tu situación de embriaguez. Seguro que esas virtudes mías me llevaron a pensar que tu decaído estado de ánimo me ayudaría a acabar en la cama contigo. Por eso te di conversación y bebida por largo rato y te ofrecí mi hombro, quería echarte un polvo de una vez y creí que si estabas borracha lo conseguiría. Por eso mi insistencia en acompañarte a tu casa; sin embargo, tú me lo prohibiste. —Me traspasó con la mirada y se bebió de un trago lo poco que quedaba de cerveza. Después lanzó la botella al cubo de basura y, de nuevo, con agresividad, clavó sus azules ojos en mí—. ¿Y sabes qué hice?

—No me importa —contesté tajante.

—Claro que te importa, esta parte es la que más te concierne, cariño. —La mordacidad de su última palabra se lanzó a mi yugular—. Este cabrón degenerado te siguió con el coche hasta el East River y allí te vi seguir bebiendo. ¡Joder, tragabas como si no fuera a haber un mañana! —exclamó entre risas—. Até los últimos cabos para acabar contigo y, con paciencia, esperé a ver si regresabas a tu auto para pillarte desprevenida. Ya sabes, el factor sorpresa siempre es una ventaja. Pero de repente llegó otro vehículo. Por un instante pensé que mi plan se iba a ir al traste, aunque cuando descubrí que era el doctor Clark me sentí de lo más afortunado. ¡De verdad que no me lo podía creer! ¡Los astros se alineaban conmigo, el universo se ponía de mi parte! —exclamó, carcajeándose—. ¿Y sabes por qué su presencia allí me vino como anillo al dedo? Muy sencillo. Porque él era el candidato que había elegido para acusarlo de tu asesinato.

—¿¿¿Qué??? —la perplejidad se derramó por mi boca.

—No me interrumpas, italiana, aún no he acabado esa parte, luego te cuento la otra, ¿vale? —Se cruzó de brazos, desviando la mirada al arma—. De momento la dejaré descansar hasta terminar la historia, así estarás menos tensa que si estoy apuntándote todo el rato. —Me guiñó el ojo una vez más. Entre su gesto y sus

declaraciones, se me incrementaron las ganas de destriparlo—. Como te iba diciendo, Clark llegó, te pusiste hecha una fiera con él, empezaste a golpearlo y él terminó soltándote un bofetón con el que te estampó contra el suelo. Parecía que se iba, pero volvió a por ti y seguisteis discutiendo. Te acercó hasta tu coche casi arrastrándote y, de pronto, lo apuntaste con tu pistola. Se marchó acelerado, yo creo que se cagó en los pantalones. —Soltó una risotada—. ¿Y sabes qué? Que a mí ese acto tuyo me vino de perlas. Así supe que llevabas el arma encima y pude actuar en consecuencia.

—¿Por qué implicaste al doctor Clark en esto? —pregunté sin salir de mi asombro y con la ira haciendo arder a mi sangre.

—Muy fácil, debía contar con un plan, alguien a quién endosarle el muerto, nunca mejor dicho. —Volvió a reírse.

—Pero ¿por qué él? —grité colérica.

—Porque era perfecto, joder —contestó sonriendo—. Llevo meses entretejiendo esto, ocho para ser exactos, los mismos que llevo siendo tu compañero. Es obvio que para llevarlo a cabo necesitaba saber cosas acerca de tu vida; sin embargo, tú no me contabas ni una mierda, eras demasiado reservada conmigo, por eso te tenía vigilada. Así supe que ibas al psiquiatra, no por casualidad, claro. Entonces le pedí un favor a uno de mis chicos: poner cámaras y micrófonos en el despacho del doctor Arthur Clark. De esa forma me enteré de toda tu vida, de tus secretos, tus vicios... Lo que no imaginé es que tu loquero iba a estar coladito por ti y que tú ibas a acostarte con él. ¡Dios, qué burro me puse viéndoos follar!

—¡Hijo de puta! —proferí llena de odio.

—No te enfades, italiana —me solicitó con un espeluznante tono afable—. Piensa que veros surtió en mí el mismo efecto que cuando veo una peli porno, acabo empalmado, me es inevitable.

Bajé la cabeza y unas lágrimas me surcaron el semblante. Me encontraba llena de dolor, me abrasaba por dentro, me escocía. Dolor y vergüenza. Pero el bochorno no era por haberme acostado con el doctor Clark o porque el sinvergüenza de Cook lo hubiera visto, mi rubor procedía de haber desconfiado de Arthur y creído en Sian, el gran impostor.

—Pero no llores, por favor —me pidió, irónico—. Debes entender que necesitaba un culpable y un móvil, tu psiquiatra y el desamor que sufría por ti eran idóneos para tal fin. Y teniendo ambas cosas, me hice con un duplicado de la llave de su apartamento y la coloqué en tu escondida caja de recuerdos. Esa sería la prueba infalible, la que yo encontraría después de tu muerte y nos llevaría a él para inculparlo.

—Un momento —hablé turbada—. ¿Cómo sabías de la existencia de ese lugar debajo de mi armario? ¿Yo te hablé de él?

—Sí, lo hiciste, aunque no de forma directa —respondió—. Un día, durante el registro de la casa de un ladrón, te vi hurgando en el suelo del armario, golpeando las maderas en busca de un sonido hueco. Te pregunté qué hacías y me contestaste que a

veces se ocultan cosas en ese tipo de lugares. Bromeé sobre si tú escondías así tus tesoros y me dijiste que a mí me lo ibas a contar. Piiii —volvió a emular el sonido de un timbre—. De nuevo otro error, ya lo acababas de hacer. —Arqueó las cejas.

—Pero ¿cuándo demonios la pusiste ahí? —demandé inquieta, preguntándome si también tendría la llave de mi apartamento, si habría entrado en él cuando le hubiera apetecido.

—Muy fácil, italiana, a un chico listo como yo no se le pone nada por delante ni se le pasan los detalles. —Otro guiño de ojo—. Unos días antes de que intentara matarte, subí a tu casa a recogerte para ir al departamento. Llegué más pronto intencionadamente y tú aún no te habías duchado, y mientras lo hacías, yo aproveché para buscar ese hueco. Y ¡bingo!, lo encontré y dejé la llave. No contaba con que no murieras, y menos aún con que la encontraras después de perder la memoria. Sin embargo, supe que la habías hallado cuando vi las fotos de tu familia colocadas en tu apartamento, aunque tú me lo omitiste. A partir de ese momento, he ido improvisando sobre la marcha, pero afianzando el camino para culpar a Clark. De modo que, contestando a tu pregunta, te diré que tu psiquiatra tan solo ha sido un daño colateral en este caso. Fin de la historia —concluyó.

Una vez más guardé silencio, no podía salir del aturdimiento con tanta confesión, analizando el carácter tan retorcido que tenía Sian Cook, totalmente maquiavélico.

—Pero estás muy poco habladora, italiana, solo se me escucha a mí. ¿No tienes interés por saber qué voy a hacer contigo? —preguntó. Yo no separé los labios—. Que me preguntes qué voy a hacer contigo. —Cogió el revólver y me apuntó—. Me empiezas a cabrear con tu desánimo. ¡Vamos! —gritó.

—Ya imagino lo que vas a hacer conmigo. —Lo fulminé con la mirada.

—¡Que lo digas, joder! —voceó, y sentí la fría boca del arma en mi sien.

—¿Qué piensas hacer conmigo? —terminé preguntando, con el corazón disparado.

—Oh, me alegra que lo preguntes, de verdad. —Retiró la Glock 37 de mi cabeza para apoyar el cañón sobre sus labios, meditando—. No sé qué te parecerá a ti, pero te adelanto que no es debatible, lo siento. —Sonrió con cara de loco—. Vamos a irnos a la cama, vamos a hacer el amor y luego te suicidarás como tu madre. Bueno, tú te hartaras de pastillas y te quedarás dormida para siempre, será menos sangriento.

Deseé escupirle a la cara por el comentario, no podía ser más incisivo e hiriente. En realidad, llamarlo «monstruo» era un calificativo demasiado exiguo; Sian Cook era todo un engendro diabólico.

—No pienso tomármelas —solté, irguiendo mi orgullo otra vez—. Si quieres matarme tendrás que pegarme un tiro porque no pienso tomar una sola pastilla.

—Claro que lo vas a hacer, zorra, te he dicho que esto no era debatible —anunció apretando los dientes—. He traído conmigo suficientes benzodiazepinas para matar a un elefante, que mezcladas con alcohol actuaran más rápido, así que morirás pronto —explicó, y añadió—: Porque si lo que quieres es morir de un disparo, no te daré ese

placer —chistó—. Si te pones chula, si te asientas en tu habitual orgullo y me obligas a escoger el plan B, te llevaré a un lugar apartado y te haré sufrir mucho. Un disparo en una pierna, luego en otra, un brazo, el otro, y cuando ya estés retorciéndote, el último en el estómago, para que te desangres sin prisa, sufriendo de unos dolores insoportables. De modo que voy a ser generoso y voy a dejarte elegir: o pastillas junto a una nota en la que dirás que no puedes más y que prefieres abandonar este mundo, o una horrorosa, lenta y agonizante muerte. Y, elijas la forma que elijas, voy a echarte un polvo antes. De eso no te va a librar nadie, porque se ha convertido en una cuestión personal; has herido mi hombría. Lo entiendes, ¿verdad? —Me cogió la cara con la mano libre, hundiendo los dedos en mis mejillas—. Y vas a abrirte de piernas gustosa, no vas a resistirte porque, de hacerlo, seré extremadamente cruel. Te garantizo que no te gustaría saber cuánto daño puedo hacerte. —Paseó la boca del revólver por mis labios—. Piensa, italiana, creo que te ofrezco una muerte muy generosa, dulce, durmiéndote para siempre y sin sufrimiento de por medio.

Rompí a llorar con fuerza, ya no podía aguantar más. Lloré porque lo que estaba ocurriendo me parecía tan retorcido como irreal, pero para mi infortunio, era cierto. Me encontraba frente al asesino de mi hermano, un hombre lleno de odio y de rencor, sin escrúpulos, que disfrutaba del dolor ajeno y que deseaba vengarse de mí por sentirse humillado y por mi repetitivo rechazo. Estaba frente a mi verdugo y él quería que me sintiera agradecida por ofrecerme una muerte apacible. ¿Podía ser más perverso?

—Vamos, Grechi, contesta de una vez, el tiempo se acaba. Tic, tac, tic, tac, tic, tac... Piiiiii. —Una vez más la ridícula imitación del timbre—. Se acabó. ¡Habla! —me exigió, levantándose de la silla de un brusco tirón de pelo. Me dolió pero no protesté, ¿para qué hacerlo? Ese era el menor mal de cuantos me aguardaban.

—Vale, me tomaré las pastillas —sollocé.

—Has tomado la decisión correcta, cariño. —Sonrió sarcástico—. Ahora voy a quitar una de las esposas de la mesa para ponerla en tu otra mano. De esa forma, esposada, nos vamos a ir a mi habitación a pasar un agradable rato antes de beber y tragarte las pastillas.

Justo cuando empezaba a abrir una de las esposas para retirarla de la pata de la mesa, sonó el timbre de la puerta. Cook la cerró de inmediato y me encañonó de nuevo, pidiéndome silencio. Con un mutismo sobrecogedor, esperamos a ver qué ocurría. Tras unos segundos, volvió a escucharse el sonido del timbre y alguien aporreó la puerta con insistencia.

—Voy a ir a ver quién es —susurró—. Te recomiendo que no abras la boca ni hagas el menor ruido o mataré a la persona que esté detrás de esa puerta por haberla puesto en alerta. No soy de dejar cabos sueltos, ese es mi sello de distinción. Silencio, ¿de acuerdo?

Asentí con la cabeza, sin dejar de llorar. Mi llanto estaba desbordado, saltaba de mi lagrimal sin el menor esfuerzo y me recorría con velocidad el rostro. Cook se guardó la Glock 37 y, con sigilo salió de la cocina. Los golpes y el timbre sonaron a la par, de manera persistente. Barrí el entorno con la mirada, buscando cualquier cosa que pudiera ayudarme a librarme de él a su regreso, algo afilado, cortante, punzante... Nada. Fue una búsqueda infructuosa, no había nada que pudiera alcanzar, todo quedaba lejos de lo que podía cubrir mi mano libre.

Escuché el sonido de la puerta abriéndose y, acto seguido, el murmullo de unas voces. Agucé el oído y descubrí algo que me alteró más, si es que en mi cuerpo aún cabía una sola pizca de desasosiego. La modulación, el tono, el particular timbre... Era la voz de Scott. ¡Scott estaba aquí! Sentí miedo. Un pánico angustioso se enroscó a mi alma cual serpiente, me atrapó y comenzó a estrangularme. Rápido, ascendió a la categoría de pavor al pensar que Cook le hiciera daño al hombre que amaba. Los escalofríos me asaltaron, me pusieron el vello de punta y oprimieron más a mi corazón, que ya lo tenía en un puño. Sentí que me despedazaba por dentro, mi alma estaba hecha jirones. La laceración ocasionada por cuanto había escuchado y estaba sucediendo se agravó al suponer que la vida de Scott estuviera en peligro. Escuché a mi ser hacerse añicos mientras las voces se acercaban a la cocina y su conversación comenzaba a ser nítida.

—¿Estás seguro de lo que dices? —le preguntó Cook.

—Por supuesto, el doctor Clark no fue quien atacó a Grechi. Y ahora yo quiero saber a qué estás jugando, Cook.

—No te entiendo, no sé qué coño estás diciendo, Scott —pronunció desdeñoso.

—Que parece ser que quieres coger al atacante de Úrsula sea como sea, aunque para ello culpes a un inocente.

—¿Inocente?! —replicó—. Bromeas, ¿verdad?

—No, no estoy bromeando —aseguró.

—El doctor Clark es culpable, atacó a Úrsula; ella lo ha recordado todo. Mira, pasemos a la cocina y que te lo cuente ella misma, está aquí.

—Pues vamos.

—Tú primero, Scott, es al fondo.

Quería gritar, avisarle, pero temí que al hacerlo Cook fuera capaz de matarlo. Viendo su manera de actuar, sabía que no le temblaría la mano. Callé, sintiendo a los pedazos de mi corazón necrosarse, presintiendo o teniendo la certeza de que Scott iba a correr la misma suerte que yo, también iba a morir. El llanto, aunque mudo, creció como un río y pobló mis mejillas hasta anegarlas.

En cuanto Scott asomó por la cocina, vi a Cook encañonándolo. Él se quedó petrificado al notar el arma en su rapada nuca, lívido al contemplar la angustia que me empapaba el semblante.

—Levanta las manos muy despacito, compañero —le dijo Cook.

Scott lo hizo sin salir de su asombro, sin parar de observarme. Mis ojos, fijos en los suyos, no podían frenar a las lágrimas, que se pisoteaban unas a otras a la par que mi cuerpo temblaba como si fuera de gelatina.

—Úrsula —acertó a decir, desencajado.

Cook le quitó el revólver y le ordenó sentarse. Scott lo hizo sin apartar la mirada de mí, confuso, desorientado. Con un arma en cada mano y sonriendo con una mordacidad abrumadora, el engendro diabólico le solicitó a Scott extraer de forma muy lenta la pequeña 22 que escondía en el tobillo. Mi amado compañero sacó la pistola, sin salir aún de su asombro, y la depositó sobre la mesa. Cook la retiró de inmediato y la dejó a su lado, sobre la encimera, al igual que su revólver. Permaneció apuntándonos tan solo con el de Scott.

—Vaya, vaya, vaya —canturreó—. Esto se ha puesto más interesante de lo que podía imaginar. —Se echó a reír con su particular timbre sarcástico—. Y aunque me altere los planes, os prometo que me encanta. ¡Adoro la improvisación!

—Has sido tú, hijo de puta. ¡Fuiste tú! —Scott se levantó furioso, por fin reaccionaba y entendía lo que ocurría.

—Siéntate, desgraciado, o te reviento la puta cabeza a bocajarro. —El arma estaba a pocos centímetros de Scott y la mano de Cook deseosa de apretar el gatillo.

—Scott, siéntate, por favor —le rogué muy asustada.

—Haz caso a la italiana, compañero. —Scott, a desgana y furioso, se sentó—. Y

es cierto lo que has dicho, yo fui quien intentó matar a Grechi, no el doctor Clark.

—Él mató a mi hermano, lo empujó y lo tiró al río —revelé a Scott, ahogada en mis inacabables lágrimas.

—¿¿¿Qué??? —preguntó aturdido.

—Que él era uno de los de su panda...

—¡¡¡Ya!!! —gritó, interrumpiéndome—. Pero ¿qué modales son esos de estar de cháchara? ¿Creéis que esto es el patio del colegio? Pues os equivocáis. Aquí hablo yo y vosotros tan solo cuando se os pregunte o se os ordene. ¿Entendido? —preguntó adusto.

—Pedazo de cabrón —soltó Scott, mirándolo con aversión.

—Cuida tu lengua si no quieres recibir un disparo, por ejemplo en una rodilla. —Apuntó a ella—. Algo doloroso pero sin prisa, algo estimulante para mí. —Sonrió desvergonzado.

Prorrumpí en sollozos, altos y elevados, no podía contenerme. Tenía el convencimiento de que nos aguardaba un espantoso periodo de tiempo antes de llegar al final. Cook estaba disfrutando en exceso y parecía desear alargar nuestro suplicio.

—¡Oh, Grechi, no llores! —exclamó burlándose—. No te pongas así porque no os deje parlotear entre vosotros, debes entenderme. Pero no te preocupes, ya se lo resumo yo a Scott.

—¿Por qué me odias tanto? —pregunté iracunda.

—No me interrumpas, italiana. —Sonó amenazante.

—Deja de llamarme así —chillé.

—Guarda esos humos, ¿vale? Te llamaré como me dé la gana. Te repito que no estás en disposición de exigir —explicó, y calló unos segundos—. A ver, Scott, te voy a hacer un breve resumen de la situación para que tengas una visión más general. Primero, yo maté a su hermano, como bien te ha contado ella. El motivo: asuntos personales. El orgullo de los Grechi me resulta inaguantable. Segundo, intenté matar a la italiana, aunque, como ves, no lo conseguí, pero ese contratiempo lo voy a subsanar en breve. Tercero, todo apuntaría a Clark, el loquero que la trataba y que se la folló. ¡Qué falta de ética por ambas partes! —censuró.

—¿Falta de ética? ¿Tú me acusas a mí de falta de ética? —exploté, no pude callarme. De forma súbita, con su reconvenir, el llanto dejó de afluir y solo rebotó en mí una ira tan poderosa como dañina.

—¿Te he dicho que hablaras? —preguntó desafiante.

—Juegas en dos bandos y vas a cuestionarme a mí la falta de ética, ¿en serio?

—Guarda silencio, estúpida perra.

—Voy a hacer lo que me venga en gana. Total, voy a morir igual, ¿no?

—Cierra la puta boca —dijo sulfurado, soltándome un bofetón con el que me ladeó la cara. Scott volvió a levantarse y el cañón del arma se dirigió veloz a él, que regresó a su posición—. ¿Quieres hacerte el héroe y morir por ella? ¿No ves de lo que te hablo, la intolerante arrogancia que emana? —siseó desdeñoso.

—¿Estás bien, Úrsula? —me preguntó Scott.

—Sí, tranquilo —contesté, notando arder la mejilla palmeada de forma violenta.

—Claro que está bien, solo le he dado un cachete sin importancia. Debía callarse, no le había dado la palabra.

—Eres un jodido loco. —Con la frase, repunté de nuevo mi orgullo, lo que tanto le molestaba de mí.

—¿Lo ves, Scott? Ella siempre debe quedar por encima, como el aceite. Eso es lo que ha hecho a lo largo de estos meses que hemos sido compañeros, humillarme en mi trabajo y hasta en mi vida personal, insistiendo en mi inexperiencia como hombre aun desconociéndola. Pues te diré algo, italiana, la lista de tías a las que me he tirado es muy extensa. Muy pero que muy larga.

—Dime de qué presumes y te diré de qué careces. Sigues siendo el mismo fantasma que conocí hace quince años —aseguré con firmeza.

Sin titubear, Cook me soltó otro bofetón. En un acto reflejo, Scott volvió a levantarse de la silla.

—¡Que te sientes, joder! —gritó apuntándolo, pero al instante pegó el arma a mi cráneo—. ¿O prefieres que le pegue un tiro a ella?

—Vale, vale —dijo tomando asiento, solicitándole calma con las manos—. Ya está, te he obedecido, aparta el revólver, por favor.

—¡Oh, qué bonito es el amor! —declaró mordaz, observándonos—. ¿Habéis follado ya? —No respondimos ninguno de los dos, un mutismo sepulcral bañó la estancia—. ¿Qué si habéis follado? Ahora es cuando debéis hablar. ¡Respondedme! —exigió en grito, apretando con fuerza la boca de la pistola en mi cabeza.

—No —contestamos al unísono.

—¡¿No?! ¿Me tomáis por tonto?

—Es cierto, nunca nos hemos acostado —aclaró Scott.

—Pero te gustaría, ¿a que sí, compañero? —Arqueó las cejas—. Por supuesto que sí. Te he visto desnudarla con los ojos más de una vez, eso no me lo vas a negar.

—Vale, llevas razón, Cook.

—¡Oh!, no trates de darme la razón como a los locos ni pretendas ser condescendiente conmigo, Scott. Tan solo explícate mejor, joder. ¡Vamos! —exigió de nuevo, presionando el arma en mi sien, ladeándome la cabeza.

—¿Qué quieres que te diga? —demandó turbado.

—La verdad, lo mucho que te gusta Grechi, lo cachondo que te pone, cuándo te has restregado con ella... Ya sabes, todo ese tipo de detalles, tío.

Scott tomó un largo trago de aire antes de hablar.

—Está bien. —Asintió—. Úrsula es una mujer muy guapa que me seduce, sí, y bastante.

—¿Bastante o del todo? —preguntó de inmediato.

—Del todo —afirmó Scott casi en un susurro.

—¿Y qué más? ¡Venga, desembucha, compañero! A la italiana le va a dar

tortícolis por tener el cuello tan torcido —anunció sin dejar de apuntarme.

—Además es una gran persona, una mujer increíble y le tengo mucho cariño. Y ya está, no hay nada más. Te juro que nunca hemos llegado a más.

—Concreta, ¿le tienes cariño o la quieres?

Un brusco silencio se hizo entre nosotros.

—La amo —aseveró tras unos segundos.

Mi mirada se cruzó con la de Scott, y nuestros iris se quedaron imantados. La noticia me impactó, y no solo su verbal declaración de amor, sino la confesión de sus ojos verdes pardos corroborando lo que acaba de salir a la luz. En infinidad de ocasiones había soñado con escuchar esas palabras y leer en su mirada que me amaba. Sin embargo, ahora que las oía, las percibía y las sentía, llegaban tarde, cuando nuestras vidas estaban a punto de expirar, cuando era imposible iniciar nuestro amor. De forma irremediable, unas lágrimas me saltaron al rostro en medio de mi turbación y mudez.

—¡Madre mía! —espetó Cook—. Esto va a ser mucho mejor de lo que nunca hubiera soñado. Voy a liquidar a dos enamorados. —Se carcajeó—. Aunque debo confesarte algo, y espero que no te moleste, Scott. Como última voluntad, Úrsula ha pedido mis favores sexuales y no puedo negárselos, ya sabes que es una mujer muy ardiente. Bueno, parece ser que tú no lo sabes, ¡qué lástima! —exclamó, y vaciló antes de seguir—. Pero se me ocurre algo, puedes mirar y así lo compruebas, ¿qué me dices?

—Tócala y te mato —sentenció Scott.

—¿Matarme? ¡Uy, qué miedo! —se burló—. Aunque se te olvida un pequeño detalle, aquí el único que tiene un arma soy yo, de modo que no sé cómo lo vas hacer. —Volvió a reír.

—Yo tampoco, pero te advierto que para tocarla antes tendrás que pasar por encima de mi cadáver.

—¡Aclárate, tío! —replicó—. ¿Si la toco me vas a matar o para hacerlo yo voy a tener que matarte a ti? Me tienes acojonado, de verdad. —Simuló estar temblando de miedo.

—Eres un puto psicópata —regurgitó Scott con asco.

—Puede. Y un jodido psicópata con estos temblores tan cerca del gatillo es peligroso. —Se carcajeó una vez más, moviendo el revólver por mi cabeza.

—Pasa de él, Scott —le pedí, turnando mi vista con diligencia entre sus ojos y la taza de tila que continuaba encima de la mesa.

—No, deja que Scott siga, me lo estoy pasando increíblemente bien.

—No le des más juego, por favor. Deja que esto acabe de una vez, no puedo más. —Dirigí la mirada hacia la taza y luego hacia sus ojos, rogando a Dios que Scott comprendiera lo que trataba de indicarle.

—¿Tienes prisa, italiana? ¡Oh, la impaciencia es una mala virtud! Por suerte, yo soy una persona con mucha capacidad de aguante, y por eso vamos a seguir con este

jueguito un rato más. —Apartó la Glock 37 de mi cabeza y se echó unos pasos atrás—. Es más, voy a contar algo a Scott que va en relación con los juegos. Verás, compañero, yo no sabía en qué bando jugar, en la policía o en la mafia. Tenía mis pros y mis contras en referencia a las dos partes, porque ni los buenos son tan buenos ni los malos tan malos. Pero un día me ofrecieron la posibilidad de hacerlo en ambos lados, y me sentí un privilegiado. Los buenos me iban a mandar actuar contra los malos, aunque bajo esa aparente fachada yo les allanaba el camino a los más poderosos, es decir, a la mafia. ¡Joder, me fascina mi trabajo! —Soltó una risotada—. ¿Y sabes qué? Voy a deshacerme de vosotros sin ningún problema porque soy experto en este tipo de cosas.

—Dudo que la desaparición de los dos no levante sospechas —avisó Scott.

—Pues no dudes, Connor Scott —pronunció con una temible seguridad—. Ella va a suicidarse, algo nada descabellado según su estado de ánimo, Y tú vas a desaparecer, sin más; tu caso se convertirá en una incógnita para todos nosotros, tus compañeros. ¿Cómo lo voy a hacer? Muy sencillo, te arrojaré al río. No será la primera vez que hago algo así. —Me miró al bies—. Te envolveré con cadenas para que el peso te lleve hasta el fondo y no te encuentren nunca. ¡Anda! —dijo dirigiéndose a mí—, los dos hombres de tu vida van a tener el mismo final. ¡Qué tragedia, italiana! —se mofó, fraguando un gesto que supuraba teatralidad.

La ira me removió las vísceras con una fuerza inconmensurable. Actuó de revulsivo y, en forma de blasfemia, me hizo vomitar todo el veneno que guardaba.

—*Figlio di puttana, stronzo. Spero di vederti marcire, bastardo diabólico, creatura malefica* —le insulté en italiano. Mis palabras contenían tanta rabia como fuego encerraba la lava de un volcán.

—Bonitas palabras, *stupida orgogliosa*, y las he entendido todas. Trabajo para la mafia y, como deferencia a ellos, aprendí tu idioma, *troia schifosa*.

—*Zecca. Parassita. Sacco di merda. Sei la sanguisuga e spero tu possa bruncaire all'inferno* —le escupí con la cólera enraizada a mi ser.

—No, te equivocas. Tú serás la que arderá en el infierno junto a tu hermano, italiana.

En ese conciso instante, una música comenzó a sonar: provenía del móvil de Cook. De igual manera que la noche que me atacó, en la que tuvo la osadía de fumarse un cigarro después de haberme pateado y mientras yo me retorció en el suelo, lo sacó de su bolsillo y se puso a mirarlo. Su complejo de superioridad era un defecto peligroso que lo engrandecía hasta endiosarlo y le hacía olvidarse de algo importante: de los recursos que estaban al alcance del resto de los mortales durante esa omisión de vigilancia. Porque esos meros segundos durante los cuales bajó la guardia para mirar la pantalla fueron un regalo para Scott y para mí. Creerse por encima de nosotros le hizo descuidar la defensa y logró que todo se precipitara. Scott utilizó ese exiguo periodo de tiempo de forma tan ágil, que Cook apenas pude ver cómo le lanzaba a la cara el líquido de la taza y se arrojaba encima de él. Cayeron al

suelo con violencia y, mientras forcejeaban y empezaban a propinarse puñetazos, el revólver se le escapó a Cook de la mano. Con celeridad, me tiré al suelo con la intención de alcanzarlo, pero era imposible llegar por mucho que estirara mis pies. Tuve que intentar arrastrar la mesa, que era de hierro y pesaba una tonelada, pero resultaba demasiado arduo para llevarlo a cabo con la rapidez que requería la situación. La moví un poco y me lancé de nuevo al pavimento; quizás esos centímetros me permitieran alcanzar el arma. Y así fue, porque conseguí darle al revólver un preciso puntapié que lo acercó un poco a mí; con el segundo rozó mi mano libre. Vi a Cook abalanzarse sobre mí como una exhalación, así que tomé la Glock 37 y, en menos de un segundo, ese insignificante trascurso de tiempo que suponía la diferencia entre vivir o morir, le disparé. Aunque eso no lo frenó y calló encima de mí, mirándome furibundo.

—¿Qué has hecho, maldita zorra? —gritó arrancándome el arma de las manos—. Me has disparado en la pierna, ¡joder! —maldijo.

—Scott —le llamé a gritos. Percibir el silencio instaurado en el lado contrario de la cocina me hizo tener un mal presentimiento.

—Scott no va a contestarte, ha sufrido un fuerte golpe en la cabeza, seguro que ya no vuelve a hablar más.

—¡No, no, no! ¡Scott, dime algo! —chillé.

—Quieres callarte de una vez —voceó él también—. No ves que Scott es un fiambre como tu hermanito y no puede responderte ni ayudarte.

—¡No! ¡Scott! ¡Scott! —me desgañité a chillar.

—¡¡¡Cállate!!! —me exigió, apuntándome a la boca.

Las aceleradas pulsaciones y el desbordado bombeo de mi sangre lograron que el corazón me explotase. Reventó en mi pecho por todo el dolor que llevaba un buen rato soportando. Scott acababa de morir. Muerto, muerto, muerto... El escozor que me recorrió fue más que atroz, imposible de describir o calificar. Él había muerto y yo estaba a punto de hacerlo; y deseé morir. De repente, Cook apartó la pistola de mi cara, la posó en el suelo y la empujó para alejarla de nosotros. Me quedé tan desconcertada con su acto que el dolor se duplicó, quería morir ya.

—Mátame, por favor —le supliqué.

—Claro que voy a matarte, cariño. Voy a callarte para siempre, igual que he hecho con tu amado Scott, como hace años hice con Romeo. —Me echó las manos al cuello con agresividad—. Eres una zorra orgullosa que me ha jodido el plan. Tengo un gran dolor en la pierna gracias a tu disparo, y debido a ello se me han quitado las ganas de follarte, aunque se me han incrementado las de estrangularte. Por eso voy a darme el gustazo de matarte con mis propias manos, voy a apretarte el gástrico hasta robarte el último aliento y después te tiraré al río a ti también. Despídete de la vida, puta. —Siguió oprimiéndome el cuello, rabioso; y yo no opuse la menor resistencia.

Notando la falta de aire, sentí un extraño y húmedo calor recorriéndome el muslo. Debía de ser la sangre de Cook, que me empapaba la larga camiseta calándome hasta

la piel. Pero ni la pérdida de sangre que le provocaba mi disparo le restaba un ápice de odio; al revés, cada vez me apretaba el cuello con más saña. Mi vida pasó por delatante de mis ojos. Mi querida madre, mi adorado hermano, mi maravilloso padre... La familia unida, los cuatro riendo, pasando gratos momentos... Mi profesión, los compañeros, los buenos ratos juntos... Scott, el hombre que más había amado, el cántaro en el que reposaba mi corazón aun sin saberlo él... Me quedaba sin aire. Me asfixiaba. La luz comenzaba a esfumarse, se extinguía. Cerré los ojos, empezaba a morirme, y me dejé ir sin ningún miedo.

Asfixia.

Opacidad.

Asfixia.

Oscuridad.

Oscuridad.

Oscuridad...

Irrumpieron unos sonidos secos, cortantes y ruidosos que hicieron desaparecer de inmediato la presión en mi cuello, al son de los golpes. Antes de levantar los párpados, en un acto instintivo, cogí una desmesurada bocanada de aire con tanta fuerza que se escuchó una inhalación exagerada. Respiré. Inhalé, exhalé, inhalé, exhalé y tosí. Tosí una y otra vez, pero estaba respirando. Abrí los ojos y vi el cuerpo de Cook precipitándose sobre mí. Cayó encima de mi torso, en medio de mi golpe de tos, que en ese instante era tan violento que casi me producía arcadas. Lo aparté de prisa. Tenía los ojos abiertos y no se movía, no respiraba; estaba muerto. El movimiento convulsivo y sonoro de mi aparato respiratorio empezó a aplacarse, y, de forma apresurada, miré al frente para ver qué había ocurrido. Scott estaba allí, de pie, ¡vivo!, sujetando un arma en la mano, todavía apuntando. Advertí que le costaba sujetarla y el gran desequilibrio que imperaba en él, además de descubrir una brecha en su cabeza de la que manaba una importante cantidad de sangre; estaba malherido. Contemplándome, forzó una sutil sonrisa y, de súbito, se desplomó. Con celeridad, busqué la llave de las esposas en los bolsillos de Cook. Le había visto guardársela en uno de ellos y, ¡eureka!, ya la tenía en mi mano. Tan rápido como pude, abrí las esposas y por fin me liberé. Envuelta en un pánico insoportable, gateé veloz y me acerqué a Scott. Posé los dedos en su cuello: su pulso era lento y arrítmico, pero todavía estaba vivo. Con urgencia, cogí el teléfono y llamé a una ambulancia. A continuación di la voz de alarma en el departamento. Corrí al baño en busca de una toalla y la empapé de agua fría. Regresé con la misma velocidad y desesperación y envolví la cabeza de Scott con ella. Eso sí, lo hice con sumo cuidado; no debía moverlo, eso podría empeorar su situación. Acto seguido me tumbé a su lado y empecé a hablarle, aun sin saber si me escuchaba.

—Scott, aguanta, la ambulancia está en camino. No puedes dejarme, por favor. Sé que me quieres y yo te quiero a ti, no puedes irte, te lo suplico. Te amo, Scott. Te amo y quiero pasar el resto de mi vida contigo. No me abandones ahora, cuando por fin

soy capaz de decírtelo. Connor Scott, quédate conmigo, quédate conmigo, quédate, por favor... —La voz se me quebró por completo y las bruscas sacudidas me impidieron proseguir. El llanto brotó con la fuerza de un tsunami.

Permanecí abrazada a Scott hasta que, minutos después, el servicio de emergencias se presentó en el apartamento de Cook, quien yacía con un par de disparos en el corazón. Scott lo había matado para salvarme la vida. Estaba malherido, pero aun así sacó fuerzas para levantarse, tomar el arma y realizar dos certeros disparos que me libraron a mí de la muerte. Ahora estábamos en paz, cada uno había salvado al otro de una muerte segura. Sin embargo, aún debían salvarlo a él.

El equipo médico me desalojó de la cocina para trabajar sin espectadores. No sabía qué hacer salvo dar vueltas por el pasillo, llorar y rezar a Dios, a todos los dioses del universo. En medio de mis muchas plegarias, apareció el capitán Parker. Me arrojé a sus brazos de inmediato, temblando con tanta violencia que tuvo que sujetarme para no caer.

—¡Santo Dios! ¿Qué ha ocurrido, Úrsula? —me preguntó inquieto y preocupado.

—Es una larga historia, te la contaré luego. Ahora solo quiero que salven a Scott, Nikolas. Quiero que lo salven o me moriré. Me moriré, me moriré, sé que me moriré... —Perdí la vista y el sentido y desfallecí.

\*\*\*

Cuando desperté, tumbada en el sofá del salón del apartamento del maldito Cook, Parker estaba a mi lado con cara de circunstancia.

—¿Y Scott? ¿Cómo está? —pregunté alarmada, incorporándome.

—Tranquila, Úrsula, no te levantes de golpe. —Me frenó con la mano—. Lo acaban de trasladar al hospital.

—¿Qué me ha pasado? —interpelé confusa.

—Has sufrido un síncope. Según el médico, desfalleciste debido al estrés emocional sufrido. Mientras permanecías desmayada, te ha hecho un rápido reconocimiento. Ha dicho que, como mucho, en unos minutos recobrarías el sentido y despertarías de forma espontánea, pero que si era preciso llamara a una ambulancia. Se han marchado a toda prisa con Scott al hospital.

—¿Y cómo está? —inquirí impaciente.

—Magullado pero vivo. Ha recuperado la conciencia, eso es buena señal.

—Quiero ir con él, debo estar a su lado, Nikolas. Me ha salvado la vida, gracias a él estoy aquí. Gracias a él, Cook no ha conseguido matarme.

El capitán sopló con vigor, todavía víctima de una conmoción que lo había calado hasta los tuétanos, al igual que a todos.

—¿Te encuentras con fuerzas para ir? —me preguntó.

—Por supuesto —contesté, levantándome. Lo hice despacio, por miedo a marearme.

—¿Y también te encuentras con fuerzas para explicarme lo que ha ocurrido?

—Desde luego. Terminó de vestirme y nos vamos, te lo empiezo a contar camino del hospital.

—Entonces pongámonos en marcha.

\*\*\*

Scott evolucionaba bien; eso fue lo que nos aseguró el médico que lo trataba. Era cierto que había perdido mucha sangre y, como consecuencia, le habían hecho una transfusión, pero estaba fuera de peligro. Aunque lo tendrían ingresado unos días en observación por el fuerte traumatismo sufrido. Por lo visto, Cook le golpeó la cabeza contra uno de los muebles de la cocina y, valiéndose del aturdimiento ocasional que le produjo, cogió una sartén y siguió aporreándolo repetidas veces con ella. De ahí la gran brecha y la importante cantidad de sangre que manaba de su cabeza. Parecía que Cook disfrutaba más golpeando que disparando, pues teniendo dos armas a su alcance, sobre la encimera, había preferido usar la sartén. Visto lo visto, todo hacía suponer que le deleitaba más usar sus manos con agresividad que apretar un simple gatillo.

Horas más tarde, cuando por fin nos dejaron ver a Scott un momento, pude comprobar que, por fortuna, el golpe no le había afectado tanto como a mí. Detrás del imponente vendaje, sus recuerdos perduraban; él no había perdido la memoria. Incluso, para mi sorpresa, tampoco el oído mientras permaneció semiinconsciente, pues, según él, no podía moverse ni hablar, pero se enteró de cuanto ocurrió. Sin añadir más, sus ojos volvieron a confesarme sus sentimientos hacia mí. De nuevo callé, aunque esta vez por no ser el momento apropiado al no estar solos en la habitación.

Minutos después, una enfermera nos invitó a abandonar la unidad de cuidados intensivos. Parker se despidió de Scott con un apretón de manos y sus deseos de pronta recuperación, yo me acerqué a darle dos besos. Scott aprovechó ese instante para susurrarme al oído que debíamos hablar en cuanto le dieran el alta, a solas y en su casa. Asentí, confirmándole con mi mirada cuánto lo amaba.

Me marché con el capitán al departamento. Debía prestar declaración de lo ocurrido, exculpar al doctor Clark y de seguro que algún papeleo más. Durante el trayecto no dejé de pensar en la ironía de la muerte de Cook, puesto que fue el orgullo, ese que tanto le molestaba de mí, el que en realidad lo sentenció a muerte. De no ser tan arrogante, de no tener una estima tan elevada hacia sí mismo, nos habría matado sin más. Pero su necesidad de darme a conocer la historia con pelos y señales y de alargar el juego del que tanto disfrutaba le hizo crecerse tanto que ni creyó

apropiado esposar a Scott. Estaba tan seguro de sí mismo, del poder que disponía y que ya le hacía vernos muertos, que su jactancia quiso recrearse en la tortura. Su estúpido y preeminente orgullo lo llevó a morir y nos salvó las vidas. De lo que tanto me acusaba a mí lo mató a él.

Cuando llegamos a nuestra planta, el recibimiento llegó en forma de comitiva encabezada por quien menos podría yo imaginar: el sargento Peterson.

—Detective Grechi —me saludo—, ¿cómo se encuentra?

—Bien —respondí aturdida, observando las caras de mis compañeros, en especial la vidriosa mirada de Samantha—. Gracias, sargento.

—Al final sus acusaciones no iban mal encaminadas, su asaltante era alguien de dentro. Pero cómo imaginar que fuera Cook, ¿verdad? Parecía un hombre íntegro y modesto.

—Era un gran impostor que no engañó a todos.

—Cierto —convino conmigo, asintiendo—. Ahora lo importante es que usted y el detective Scott se encuentran bien y que ese malnacido está criando malvas. Me alegro de tenerla entre nosotros, detective Grechi.

—Yo también me alegro de estar aquí, junto a todos mis compañeros.

Samantha se lanzó a mis brazos sin decir ni una sola palabra, aunque la escuché un gimoteo silencioso. Si bien me lo negaría, porque ella era una mujer que nunca lloraba, me lo había dicho en más de una ocasión, también lo recordaba. En realidad, después de lo ocurrido, mis recuerdos habían regresado en su totalidad.

—¡Joder, Grechi, qué dura eres, tía, cómo esquivas a la muerte! —exclamó jocosa, con su particular sentido del humor.

—Todavía no puedo creérmelo, pero gracias a Dios estoy aquí. Los dos estamos aquí, aunque Scott aún se encuentre en el hospital.

—Menudo hijo de puta ha resultado ser Cook —escupió, fijando la mirada en mí—. Y eso que parecía un niño que no había roto un plato en su vida.

—Ya te contaré un día de estos todo con detalle, para que puedas hacerte una idea de quién era Sian Cook en realidad.

—Vale, cuando quieras. —Asintió.

De seguido, Morgan y Cooper apartaron a Samantha y, a la par, me abrazaron sin parar de decirme lo mucho que me apreciaban y que contara con ellos para lo que fuera. Asimismo, y poco a poco, el resto de compañeros me saludó, preguntó y animó. El último en llegar a mí me hizo romper a llorar y arrojarme a sus brazos casi con desesperación; era mi padre.

—Úrsula, cariño, ¿qué ha ocurrido? —preguntó inquieto.

—¿Qué haces aquí, papá?

—Yo le pedí que viniera —contestó el capitán Parker a mi espalda; no se había separado en todo el tiempo de mí—. Me llamó preocupado porque no te localizaba, ni tampoco a Scott. Lo hizo cuando aún estábamos en el piso de Cook, mientras te vestías para marcharnos. Le dije que Scott estaba en el hospital, que tú te encontrabas

bien y que viniera al departamento.

—Papá, Sian Cook fue quien intentó matarme —le revelé sin andarme con rodeos.

—¿¿¿Cómo???

—Lo que has oído. Intentó matarme aquella noche y de nuevo lo ha vuelto a intentar hoy. Scott me ha salvado de una muerte segura, aunque casi le ha costado la vida.

—¡Hija mía! —espetó abrazándome, temblando.

—Tranquilo, papá, ya no puede hacerme daño, ya está muerto.

—¡Oh, cariño! —me estrechó más fuerte contra su pecho y se echó a llorar.

—Papá, cálmate, por favor —le rogué—. Por fin todo ha terminado.

—Señor Grechi —dijo el capitán—, necesito tomar declaración a Úrsula y solventar algunas cuestiones más. Si no le importa, siéntese a esperarla o vaya a tomar un café.

—Mejor vete a casa, papá, esto nos va a llevar un largo rato. Ya ves que estoy bien, estate tranquilo.

—Pero necesito saber por qué, que me cuentes algo —protestó.

—Mañana, papá. La historia es muy larga y dolorosa —se me quebró la voz—. Hazme caso, te lo ruego.

—No quiero que pases la noche sola en tu casa.

—No la pasaré allí, papá. Cuando acabe me iré a la tuya, a mi casa de Brooklyn que recuerdo sin ningún problema. Dormiré en mi habitación, esa que conservas tal cual la dejé al mudarme a mi apartamento, cuya cama está cubierta por un edredón con la imagen de Madonna.

—¡Lo has recordado! —exclamó feliz.

—Sí, lo recuerdo todo, papá. —Asentí—. Iré a dormir allí y mañana te explicaré lo que ha sucedido. ¿Vale?

—Vale. Allí te espero, hija. —Me dio un beso.

Mi padre se despidió del capitán Parker y caminó despacio hacia los ascensores que lo conducirían a la salida del departamento. No aparté la vista de él hasta que lo vi adentrarse en uno de ellos y escuché las puertas cerrarse. Entonces hice ademán de dar un paso, pero Parker me paró.

—Úrsula, el doctor Clark está esperándote en mi despacho —me anunció—. Se le han retirado los cargos pero quiere hablar contigo antes de marcharse.

Suspiré hondo y, de forma nerviosa, me pasé la mano por el cabello.

—Vale, hablaré con él.

—¿Os dejas solos?

—No —respondí—. Quiero que estés delante, no tengo nada que ocultar.

—De acuerdo. Vamos. —Arrancamos a andar.

El doctor Clark estaba sentado con las piernas cruzadas y el semblante tenso, aunque cuando me vio se inquietó más. Unos excesivos nervios rezumaron de su

cuerpo, se olfateaban del mismo modo que el penetrante hedor que desprendía su sudoración. Se levantó de inmediato para recibirnos y, con idéntica prontitud, el capitán le solicitó sentarse. Yo tomé asiento en la silla que había a su lado, dando las buenas tardes por pura cortesía, no porque me apeteciera.

—Úrsula, quiero hablar contigo —me dijo.

—Lo sé, por eso estoy aquí. —Su mirada, extrañada, se desvió al capitán y después volvió a mí—. Si quieres hablar, habla con él delante; si no, me marchó —le avisé.

—Está bien —afirmó conforme—. Yo solo quería pedirte perdón por mi inapropiado comportamiento. Debes creerme, no sé qué me pasó para reaccionar así, pero me arrepiento enormemente. Le confesé todo al detective Scott: que yo estaba enamorado de ti, que nos acostamos unas semanas antes de que te atacaran, que durante ese tiempo te presioné para que siguieras acudiendo a mi consulta y que llegué a amenazarte con crear un falso informe. Le conté que era cierto que te pegué un bofetón, pero no hice nada más; yo no fui quien intentó matarte. También le dije que no comprendía cómo tenías una llave de mi apartamento, yo jamás te la di.

—No, tú no me la diste, Cook se encargó de hacerse con una copia y dejarla en mi casa —aclaré, pensando que Scott había ido al apartamento de Cook porque creyó en las palabras del doctor Clark, o al menos le generaron una duda razonable.

—Pero ¿por qué? —interpeló confuso.

—Sian Cook te había elegido para cargar con mi asesinato —contesté—. Puso cámaras en tu despacho y así se enteró de que estabas enamorado de mí. Nos vio acostarnos y sabía que yo no quería repetirlo, que no te amaba, que quería dejarte. Se aprovechó de la situación. Tenía un buen móvil: el desamor.

Observé la cara de Parker, no salía de su asombro tras escuchar la verdadera relación que hubo entre mi psiquiatra y yo.

—Sigo sin entender nada —enunció el doctor Clark—. ¿Por qué quería matarte? ¿Por engañarlo conmigo?

—No. Cook y yo no teníamos ninguna relación, se lo inventó todo.

—¿Entonces? —Su incompreensión cada vez era mayor.

—Es una larga y retorcida historia y no tengo ganas de contarla, espero que me comprendas.

El silencio nos acometió a los tres, tenso, incómodo. Durante unos segundos subió tanto de decibelios que nos ensordeció los tímpanos.

—Úrsula, debo confesarte algo más —dijo Clark solícito, frotándose los nudillos. Su gesto más que nervios contenía temor.

—Tú dirás.

—Exageré tu diagnóstico, en realidad no padeces neurosis —confesó, reposando sus ojos en mi retina.

—¿¿¿Cómo??? —levanté la voz, presa de la turbación.

—Lo siento, sé que mi actitud no solo es reprochable, sino carente de toda ética.

—¿No soy una neurótica? —pregunté aturdida.

—No, más bien padecías la antesala de una neurosis. Estabas algo depresiva y, debido a determinadas circunstancias que removieron tu pasado con ímpetu, se desencadenaron las crisis de ansiedad. Pero lo hicieron de forma puntual; eso les sucede a más personas sometidas a mucho estrés.

—¿Por qué demonios me mentiste? —grité furiosa.

El doctor Clark suspiró con desánimo antes de responder.

—Porque me sentí atraído por ti desde la primera cita y algo me impulsó a alargar el tratamiento, necesitaba seguir viéndote —contestó descendiendo la cabeza, se percibía que estaba avergonzado—. Sé que he abusado de mi posición, he ejercido una mala praxis. Siento el daño que haya podido ocasionarte y estás en tu derecho de denunciarme; no voy a negar cuanto acabo de decir. Es más, hay un testigo presencial. —Señaló a Parker, que observaba oscilando entre la sorpresa y el enojo—. Lo único que me gustaría saber es cómo pudiste creer que yo había intentado matarte. Úrsula, yo te quiero, aunque no sea correspondido.

—Como comprenderás, después de recordar que me habías pegado, tras tu confirmación, tras volver a ver en tu casa esa misma agresividad, pensar en ti como mi atacante era lo más normal.

—Sí, pero también te dije por activa y por pasiva que yo no había sido, y tú no me creíste.

—Yo también lo siento, Arthur. Siento haberte culpado y por eso mismo no voy a presentar cargos contra ti.

—Úrsula —intervino el capitán—, creo que deberías pensarlo con calma. El doctor Clark te ha mentado, te ha manipulado y te ha agredido. Este asunto es muy serio. Debes sopesarlo en frío y replantearte la denuncia.

—No voy a replantearme nada —respondí de forma categórica—. Quiero olvidarlo y finiquitar este asunto.

—De veras que lo siento muchísimo, Úrsula —insistió el doctor Clark, casi gimoteando.

—Pues entonces actuaré yo —adicionó Parker, tajante.

—No, por favor, no me hagas pasar por esto —le supliqué, quería enterrar el dichoso tema para siempre.

Parker cerró los ojos apretando los párpados y se frotó las sienes con las yemas de los dedos, meditando.

—Te lo ruego, Nikolas, si en algo me aprecias, no lo hagas —dije apelando a nuestra confianza—. No tengo ganas de que esto trascienda, de que mis compañeros se enteren de mis trapos sucios, de ser la comidilla en los pasillos de un juzgado ni portada de la prensa amarilla. Solo deseo pasar página, ¿es tan difícil de entender? —Mi voz rogaba clemencia.

—Está bien, lo haré por ti —me dijo el capitán, mirándome con una extraña mezcla de desaprobación y tolerancia—. Pero ándese con cuidado —le advirtió muy

serio al doctor Clark—, no pienso apartar mis ojos de usted. ¿Me entiende? —Elevó el tono.

—Por supuesto —contestó el aludido.

—Nada justifica el maltrato y usted ha maltratado a Úrsula Grechi —anunció Parker—. Y lo ha hecho tanto física como psicológicamente, por no mencionar la mala praxis que ha ejercido con ella.

—Lo sé, y me arrepentiré de ello mientras viva, créame.

El doctor Clark se levantó y se despidió de nosotros. Parker, con desgana, también lo hizo. Yo ni me molesté en contestarle, no quería volver a saber de él nunca más.

—Úrsula, espero que algún día seas capaz de perdonarme —declaró antes de salir.

Giré la cabeza y lo observé fija, apabullándolo con la mirada, y sentencié:

—El día que tú logres hacerlo, lo haré yo.

Cabizbajo, y soltando una exhalación de resignación forzosa, el doctor Clark abandonó el despacho. Parker se aproximó a mí en cuanto él se marchó, me levantó del asiento y me abrazó con ganas.

—No está bien dejarle irse así, de rositas. Es un cabrón —avisó furioso.

—Lo sé, pero no quiero seguir con esto, no quiero, no quiero... —hablé con implícita aflicción.

—Lo siento mucho, Úrsula. De veras que siento cuanto has pasado. —Posó las palmas de sus manos en mis mejillas y me contempló—. Pero ya ha acabado. Ahora debes cambiar tu actitud, ser positiva, olvidarlo todo y, lo más importante, vivir.

—Tranquilo, Nikolas, lo haré —le respondí—. Te juro que me siento más viva que nunca —admití, pensando en las palabras de Scott, sabiendo que me amaba, que nos amábamos. Eso había abierto las puertas de mi alma. La vida me acogía con tantas ganas como yo tenía de adherirme a ella.

A mi padre le supuso una gran conmoción descubrir que su hijo no había muerto de forma accidental, sino por culpa de un mocoso vengativo que lo tiró al río. Romeo, que iba colocado, tuvo la brillante idea de subirse a la barandilla del puente de Brooklyn y Cook, por entonces Panocha, se encargó de lo demás. No quise contarle los detalles para no hacerle sufrir más de lo necesario, qué iba a ganar con eso, así que tan solo mencioné lo justo. Sin embargo, para mi padre lo justo supuso mucho, y no pudo reprimir las lágrimas. Lloró. Y lo hizo tanto por dolor como por temor, consciente de haber estado a punto de perderme también a mí a causa del ansia de *vendetta* de Sian Cook, el asesino de mi hermano. No obstante, el turbio y apesadumbrado ambiente mutó cuando le hablé de mis ganas de vivir; quería aferrarme a la vida y disfrutarla, sacarle todo el provecho. Fuera culpabilidad. Fuera resentimientos. Fuera esa monomanía condicionante de mi vida desde los últimos quince años. La nueva Úrsula Grechi era una mujer que había analizado sus problemas para aprender a corregirlos, no para volver a repetirlos. Escuchándome, mi padre se sintió tan feliz que los ojos se le enturbiaron. Si bien en esta ocasión el llanto que se aproximaba a su lagrimal era de pura alegría. Admití que necesitaba ayuda psicológica, era consciente de ello, por eso iba a seguir acudiendo a la consulta de la doctora Williams; de hecho, tenía una cita la próxima semana con ella. Mi padre se abrazó a mí tan ufano como yo no recordaba. Satisfecho, esa sería la palabra apropiada. Mi progenitor estaba muy satisfecho con mi determinante actitud; y yo, muy contenta de percibirlo de esa forma.

\*\*\*

Cinco días después de ser ingresado, Scott recibió el alta hospitalaria. Me solicitó acudir a por él para llevarlo de regreso a su casa, a su *loft* del SoHo, y a mí me faltó tiempo para satisfacer sus deseos. Durante el trayecto apenas hablamos. Acumulaba tantos nervios pensando en lo que nos diríamos al llegar, en lo que podía ocurrir y que de seguro sucedería, que el nerviosismo hizo colmena en mi estómago y el silencio me atrapó, contagiando también a Scott. Pero era un silencio distinto a cualquier otro que nos hubiera acechado con anterioridad. Uno que no solo escondía demasiadas palabras, sino que nos hacía sentir que las puertas de nuestras almas se abrían y conectaban, evocando una multitud de actos que también deseábamos llevar a cabo con los cuerpos. La atracción sexual entre nosotros volvía a ser palpable, aunque esta vez más que nunca, como jamás la habíamos sentido.

Scott me observaba mientras yo conducía y me sonreía si lo miraba. En una

ocasión me tomó la mano y la besó en el dorso, sin añadir más, encogiéndome las tripas con ese simple acto. Decir que estaba tensa sería ridículo, en realidad me encontraba rígida. Sin embargo, en esta ocasión la tensión estaba propiciada por saber a ciencia cierta que ese momento era el preludio de algo maravilloso. Por mis intestinos revoloteaban mariposas a la vez que abejas, sentía el suave y aterciopelado aleteo y la punzada aguda de los aguijones. Mi exaltación era agradable y, de forma contradictoria, agresiva.

Al pisar el *loft* mi cuerpo era pasto de un hervidero de nervios, temblaba interiormente, mi agitación había alcanzado la mayor cota posible e inimaginable. Scott me preguntó si quería tomar un refresco y, tras mi afirmación, me solicitó sentarme y se marchó a la cocina. El espacio diáfano me permitió seguirle con la vista hasta la nevera y le vi sacar dos coca-colas. Se acercó con ellas y me ofreció una. Se sentó, echó un largo trago de la suya y dejó la botella sobre la mesa.

—¿Quieres que hablemos? —me preguntó.

—No sé —respondí inquieta, bebiendo un sorbo y dejando la bebida al lado de la suya. Durante días había pensado en decirle mil cosas, abrirme a él, expresarle mis sentimientos... En cambio ahora era tan boba que contestaba con un escueto «no sé». ¡Qué patética!

—Pues mejor no hablemos —dijo.

—¿Entonces? —interpelé confusa, con el palpitar de mi corazón rebotando en el pecho.

—Entonces déjame amarte, Lula —reveló en un tono rebosante de amor.

—Es lo que más deseo en el mundo —contesté. Y por fin hice algo, me lancé a su boca.

Los labios de Scott estaban tan hambrientos como los míos y rápido dieron paso a las lenguas, que se enredaron con ímpetu. En la atmósfera imperaba la lujuria, la sed lasciva de poseernos; de manera notoria, la tensión había sido desterrada por la ocupación inminente. Nuestras salivas se entremezclaban gustosas, compartiendo los sabores, el dulzor que, debido al refresco, reinaba en las papilas. El largo beso me hizo captar su elevado deseo; el mío ya andaba a la vista. Se excitó. Me excité. Y cómo no hacerlo besando al hombre que amaba, saboreándolo, sabiendo que él me quería y que íbamos a entregarnos en cuerpo y alma a nuestro amor.

De pronto, Scott se apartó de mí, sorprendiéndome, y, con diligencia, me cogió en brazos.

—¿Qué haces? —le pregunté entre risas.

—Llevarte a mi cama, no puedes imaginar la de veces que he soñado hacerlo. — Su mirada clamaba por ello.

—Pues haz tus sueños realidad.

Scott subió tan veloz que no creo que llegara a pisar los peldaños metálicos de la escalera de caracol, más bien voló sobre ellos. Al llegar a su habitación me dejó a los pies de la cama, fijó sus precisos ojos en mí y, con delicadeza, me despojó del jersey

que me cubría el torso. Nuestras bocas se enzarzaron de nuevo, deseosas. Luego mis labios se desviaron a su cuello y mi lengua comenzó a flagelarlo de forma impiadosa. Mi nariz se emborrachó del maravilloso aroma que destilaba. Por fin me adueñaba de su fragancia, de ese perfume que tanto me gustaba porque lo asociaba a él, al recuerdo de mi amado. Mi amado, que iba a ser mío por primera vez. El deseo me desató como nunca y a Scott le encantó mi enajenada locura. En respuesta, perdió sus manos por mi cuerpo y me premió con unas tórridas caricias que me abrasaban la piel. Sin tiempo que perder, le desabroché el cinturón, los botones del *jeans* y nos dejamos caer en la cama. Scott se deshizo de la camiseta con presteza y yo, rauda, me desprendí del sujetador y le mostré mi desnudez. Me contempló entusiasmado, embelesado, y decidió retirarme el resto de la ropa, admirándome con tal acumulación de anhelo que me hizo sentir un calor exagerado. Una vez más, unimos las bocas con exceso de vehemencia y peleamos con ellas, hasta que los labios de Scott, con diligencia, decidieron abrirse mundo en el mapa de mi cuerpo. El satinado y húmedo roce de su lengua se deslizó hasta hacer cumbre en mis turgentes senos, donde se recreó durante un extenso lapso de tiempo. En cuanto su boca regresó a la mía, y aprovechando que la postura lo permitía, metí las manos en el bóxer y me apoderé de sus nalgas. ¡Mmm, cuánto había deseado acariciarle su duro trasero! Lo había anhelado en infinidad de ocasiones, la misma cantidad de veces que, a lo largo de los años, me quedé hipnotizada mirándolo. Creo que nunca vi a un hombre lucir esa parte de su anatomía de forma tan perfecta como evidenciaban los vaqueros de Scott. Pero para mi suerte ahora ya lo había hecho mío, y paseaba con desvergüenza mis manos por cada uno de sus prietos glúteos. Era fantástico sentirlo en la sensibilidad de mis palmas; tanto, que no sabría ni describirlo.

Scott varió la postura dejando a mis manos huérfanas, aunque, en recompensa, me recorrió a besos. Fogosos besos con los que me anegó en un mar de gozo, con los que logró researme la garganta de tanto suspirar gustosa. Durante la expedición hubo zonas en las que su boca se entretuvo lo justo; en otras, en cambio, se tomó su tiempo. Pero ese dilatado periodo no fue con la intencionalidad de aclimatarse al terreno, sino con la firme idea de hacerme perder la razón; sus labios deseaban que mis terminaciones nerviosas rayaran la locura. Y lo lograron. Scott consiguió retorcerme de placer. Y con la pasión inyectada en vena, acto seguido yo hice lo propio con su cuerpo para sofocar la sed que me consumía. Sin embargo, lejos de calmarse, mi sed se incrementaba con cada gemido placentero que escuchaba expulsar a Scott, con cada respiración deleitosa que solicitaba la continuación de mi boca, de mi lengua. Y el deseo aumentó más, si es que eso era posible.

De forma lenta y progresiva, Scott se acopló a mi cuerpo. Cuando estaba acomodado en mi interior, lo contemplé fascinada: rebosaba la satisfacción del que conquista el lugar soñado, la tierra que quiere hacer propia y obtiene. En ese momento éramos dos personas unidas en una misma alma, dos latidos palpitando al mismo compás. Admirándome, su rostro se dulcificó de forma abrumadora y todos

los secretos que guardaba salieron a la luz. Cuanto sentía hacia mí se desprendió entre embestida y embestida, con cada medido golpe en busca del orgasmo. Su danza rítmica y briosa logró que intercambiáramos jadeos por suspiros, gemidos por pequeños aullidos, movimiento por espasmos. Vibré. ¡Oh, Señor, cómo vibré! Lo hice como nunca. Pero no solo temblé por la destreza amorosa de Scott, en mayor grado lo hice por el sentimiento de amor que brotaba de él, que colmó a mi espíritu con cada ardiente arremetida deseosa de hacerme levitar. El placer que sentí fue inigualable. Hacer el amor con Scott, con el hombre que amaba, logró que el clímax se elevara a la máxima potencia. El amor hizo que alcanzara el *summum* del placer. El amor acumulado durante años y que por fin hoy se materializaba entregándome en cuerpo y alma a mis deseos. Una experiencia jamás vivida, ni siquiera con Robert, mi primer y único amor hasta prendarme de Scott. De forma inevitable, una lágrima se me escapó por el rabillo del ojo. Era de inmensa felicidad, por sentirme pletórica notando a mi amado vibrar en mi interior, llegando al final de nuestro sublime encuentro en medio de unos gemidos que expresaban su inmensa satisfacción. Scott entrelazó su mano a la mía y nos quedamos quietos, intentando sosegar nuestras agitadas respiraciones. Una vez logrado, y como broche final, me besó con ternura una y otra vez.

—Ha sido increíble —comentó risueño.

—Sí, desde luego —coincidí con él.

—Te quiero, Lula —me dijo en un susurro aterciopelado.

—Yo también te amo, Scott.

Sin añadir más, nos quedamos un largo rato así, abrazados, sin querer separarnos el uno del otro, sin apartarnos ni un mero milímetro, felices y complacidos. Por fin abríamos el corazón, lo desnudamos, traspasamos sus puertas y ventanas y el evidente resultado no tenía más que un nombre: *Amor*.

Morfeo nos acunó en su pecho y nos tarareó una nana. Nos venció un sueño inesperado y plácido, el que otorgaba un buen rato de deleite carnal. Aunque no solo habíamos hecho el amor, aquel acto había ido un grado más por delante de todo eso. De forma indiscutible se convirtió en un codiciado momento en el cual empleamos el cien por cien de nuestras facultades y sentimientos; lo dimos todo en él.

Cuando levanté los párpados, Scott me estaba contemplando y sonrió al verme despierta.

—Hola, ¿qué tal? —me preguntó, y me besó la punta de la nariz.

—Mejor que bien —respondí estirando los labios—. ¿Y tú?

—De maravilla teniéndote aquí. No puedes hacerte una idea de cuánto anhelaba tenerte en mi cama, desnuda, sintiéndote mía —confesó.

—Te recuerdo que ya he estado en tu cama en una ocasión. —Acudió a mi memoria la noche que discutí con Gordon, cuando Scott me trajo a su *loft* y yo terminé invadiéndola.

—Mejor no me lo recuerdes —sopló.

—¿Por? —pregunté extrañada.

—Porque tuve que hacer un extraordinario ejercicio de contención para no amarte —respondió, y resopló de nuevo—. Te tenía a mi lado y te deseaba, pero estabas casada y yo no iba a traspasar esa barrera por muchas ganas que tuviera de ti. No era una buena idea, no habría estado bien.

—¿Tú ya me deseabas entonces? —interpelé confusa.

—No puedes imaginarte cuánto tiempo llevas viviendo en mis sueños, Lula —confesó en un susurro.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes? —le reproché.

—Por lo mismo que no lo has hecho tú, por miedo. ¿O no es así?

Guardé silencio unos segundos. Sabía que llevaba razón, había ocultado mi amor por miedo. Miedo al rechazo. Miedo al compromiso. Miedo a no saber llenar el vacío existencial que me invadía. Miedo a todo con respecto al amor.

—Cierto, callé por miedo —contesté al fin, dándole la razón—. Pero...

—Pero ¿qué?

—Tú sabías a lo que yo tenía miedo, conoces mi vida, pero ¿a qué tenías miedo tú?

Scott meditó unos segundos, reposando sus ojos en los míos.

—A varias cosas —contestó, acariciándome la mejilla.

—Como por ejemplo... —le invité a explicarse.

—Por ejemplo a no estar preparado para hacértelo saber o para intentarlo —enunció—. En mi caso se juntaban tus miedos con los míos; además, ambos queríamos ser espíritus libres e independientes, como ya te comenté.

—Creo que yo incumplí esa regla de independencia cuando me casé.

—No creo que la incumplieras, porque aunque te casaste, nunca te comprometiste en ese matrimonio. Fue un grave error, y lo sabes.

—Un error de los gordos, soy consciente —coincidí con él.

—Los dos hemos huido del compromiso y hemos saltado de cama en cama dejando fuera los sentimientos. Precisamente eso es lo que siempre me detuvo, Úrsula, el miedo a estropear nuestra relación porque creyéramos que podría ser amor y tan solo fuera un simple calentón. Eso es lo que tuviste con Gordon, eso es lo que yo tuve con Melanie.

—¿Y ahora qué ha cambiado?

—Todo, cielo —respondió con ternura—. Después de que te atacaran cambió todo.

—¿Por qué? —insistí.

—Porque cuando el capitán Parker me llamó y me contó que habían intentado matarte y tú no salías del estado de inconsciencia, el mundo se me vino encima. Sentí que mi corazón se desquebrajaba con la noticia y no hacía más que preguntarme por qué nunca te había dicho que te amaba cuando mi amor por ti era tan grande que no me cabía en el pecho. Durante esas horas me ahogaba la angustia, la sangre me hervía

como la lava de un volcán y la razón me partía el alma por ser tan estúpido. Estar a punto de perderte fue lo que me gritó que, de salir con vida, debía hacértelo saber. —Asintió y agregó—: Pero perdiste la memoria, luego me enteré de que estabas con Cook y...

—Nunca estuve con él —le interrumpí—. Cook se lo inventó todo y terminó manipulándome la mente en ese sentido.

—¡Maldito hijo de puta, cómo nos engañó! —escupió furioso—. Y yo no lo vi, ni siquiera lo sospeché. Fui tan estúpido que creí que te amaba, que estaba enamorado de ti. ¡Qué gilipollas soy! —se insultó.

—¡Eh!, no te castigues por ello, Scott —le aconsejé, acariciándole el pequeño apósito que cubría los puntos de la brecha—. Nos engañó a todos, representó su papel a la perfección, era un maldito impostor.

—Uno de los grandes, desde luego. ¡Menudo cabrón! —profirió alterado.

—Olvídalo. Olvidémoslo y vivamos. Debemos olvidar lo ocurrido y solo mirar al frente, centrémonos en nosotros —le propuse—. Ahora ya conocemos nuestros sentimientos y sabemos que nos amamos.

Asintió e hizo una pausa sin perder de vista mi iris.

—¿Te cuento un secreto?

—Por supuesto —afirmé.

—Cuando Parker te puso conmigo pensé: ¡Joder, Scott, eres un tío con suerte! Menuda compañera más guapa te ha puesto el capitán, debe de apreciarte mucho. —Desplegó una sonrisa—. Me sentí seducido por tu físico desde el primer segundo; luego, día a día, año tras año, me ganaste el corazón.

—A mí me ocurrió lo mismo, Scott —le revelé—. Me gustaste desde el principio, y tu forma de ser y tu inteligencia me ganaron. Supe que te amaba cuando tuviste aquel accidente de coche con el que estuviste a punto de morir.

Scott exhaló una fuerte bocanada de aire y se quedó mirando al techo durante unos segundos, pensativo. Luego su mirada verde parda regresó a mis ojos.

—Siempre supimos que estábamos enamorados, ¿verdad?

—Creo que sí —confirmé.

—Qué necios hemos sido. Tú por callarlo y yo por intentar ocultármelo —siseó resignado.

—Lo importante es que al fin hemos dado el paso. Más vale tarde que nunca, ¿no?

—Eso dicen —convino conmigo—. Y supongo que ahora toca recuperar el tiempo perdido. —Sonrió pícaro.

—Y hablando de tiempo, ¿tienes hambre? —pregunté cambiando la conversación. Debía de ser cerca de la una y mis tripas estaban rugiendo.

—¿Hambre de qué? —interpeló insinuante.

—No sé, unas hamburguesas, patatas fritas, perritos...

—¿Y para qué querría comida basura teniendo a mi alcance toda una

*delicatessen?* —Se lanzó a mi boca y nos besamos con pasión.

—Para sofocar al hambriento estómago —le respondí al separarnos.

—¿Tú necesitado estómago puede esperar un rato?

—¿Por qué? —pregunté medio sonriendo.

—Porque tengo una idea —respondió en tono sexi.

—¿Cuál?

—¿Qué te parece si nos devoramos antes de devorar cualquier otra cosa? —preguntó, paseando una de sus manos por mis desnudas nalgas.

—Creo que esa idea también es muy apetitosa, Connor Scott.

—Entonces llevémosla a la práctica, detective Grechi —dijo, y la pasión volvió a gobernar en la cama por largo rato.

*Catorce meses después.*

El ruido de la puerta abriéndose hizo que volteara la cabeza. La doctora Williams entraba con los correspondientes papeles en la mano.

—Pues ya está, Úrsula, alta tramitada —me comunicó—. Oficialmente has dejado de ser mi paciente, tu mente y tu alma se encuentran en perfecto estado. —Estiró los labios.

—Muchas gracias.

—¿Has pensado qué vas a hacer a partir de ahora?

—Observar la vida y vivir —contesté con firmeza, sin la menor vacilación.

—Buena respuesta. Me parece perfecta. —Asintió.

—A mí también. —Sonreí de forma leve.

—Y también me parece perfecta la seguridad con que hablas, eso me confirma la confianza que sientes en ti misma.

—Esté tranquila, nunca en mi vida me he sentido más segura como ahora. Sé lo que deseo y quiero.

—Me alegro. Me alegro mucho. —Hizo una pausa—. Que todo te vaya bien, Úrsula. —Me ofreció la mano.

—Igualmente, doctora Williams. —La estreché con ella—. Adiós —me despedí.

Me marché despacio, inhalando el aire sin prisa, saboreando la nueva vida que me sonreía feliz, sabiendo cómo quería vivirla. Entré en mi vehículo y puse rumbo al lugar por donde iba a comenzarla, escuchando la melodía de mi nuevo yo. *Libiamo ne'lieti calici* de *La traviata*, la famosa ópera de Verdi, volvió a envolver el habitáculo. Era una canción que de pequeña mi padre me había hecho escuchar hasta la saciedad, hasta casi aborrecerla. Sin embargo ahora, mi nuevo yo la había declarado su estandarte y quería oírla sin parar. Como decían de forma insistente los intérpretes: «Brindemos». A lo que yo añadí: «Hagámoslo por la vida, por vivir».

Llegué al *loft* de Scott impaciente, hoy era su cumpleaños y tenía el día libre. Estaba deseosa de entregarle mi regalo y de que llegara la noche para darle la sorpresa que le había preparado. Estábamos en el mes de junio, a las puertas de abrazar el verano, por eso mismo lucía un atuendo acorde con el clima y especial para la ocasión. Era un vestido fucsia con estampado en distintos tonos de azules, corto, con escote a pico y la parte baja de vuelo. Lo había comprado unos días antes en una tienda de la Quinta Avenida porque me pareció muy bonito, pero hubo algo más que me llamó la atención a la hora de elegirlo: su originalidad y facilidad para ponerlo y quitarlo. Iba cruzado, tan solo un mero lazo lateral lo envolvía a mi cuerpo y ocultaba lo que vestía debajo de él. Porque precisamente esa parte, mi vestimenta interior, era

muy importante en mi regalo, más bien el regalo en sí. Así que esperaba y deseaba que tanto el exterior como el interior fueran del agrado de Scott, le gustasen mucho.

Llamé y esperé a que Scott me abriera la puerta. Alguna vez había insistido en darme una copia de la llave de su casa, pero yo la había rechazado; el día que la tuviera sería el mismo que decidiera vivir con él. Hasta ahora, Scott y yo habíamos vivido nuestra relación como cualquier pareja de novios: saliendo juntos, compartiendo ratos de cine, de fiesta, de amigos, de vacaciones, de cama... Y el balance era bueno, todo marchaba sobre ruedas. Durante esos catorce meses, con pasos cortos pero decididos, nuestro amor se había afianzado. Además, durante ese tiempo me sentí tan llena, relajada y feliz como nunca. Aunque eso no quería decir que no discutiéramos o que no mostrásemos diferentes ideas en algunos asuntos, cada uno habíamos forjado nuestra personalidad y carácter mucho antes de encontrarnos, y ambas cualidades eran fuertes. Debíamos aprender a ceder en ciertas cuestiones, sobre todo yo, para qué mentir. ¡Dichoso temperamento italiano!

Scott me abrió, subí en el ascensor que en otro tiempo había sido un montacargas y entré en el *loft*. Lo vi al fondo, en la cocina, preparando un café. Vestía un corto pantalón de *sport* en color negro y una camiseta de manga corta azul cian de doble efecto. Por un lado dejaba al descubierto los fornidos brazos que adoraba, y por otro le marcaba todos los músculos que tanto me fascinaban; de ahí el doble efecto, el deleite para mis ojos. ¡Mmm, cuánto me gustaba su escultural cuerpo!, en el mismo grado que su inteligencia. En realidad no sabría decir qué cualidad de Scott me deslumbraba más; si la exterior, la que tan a la vista saltaba nada más verlo; o la interior, lo que de manera destacada sobresalía después de un rato de conversación.

En cuanto escuchó mi taconear, Scott salió a mi encuentro, sonriente.

—Buenos días, cielo. ¡Caray, estás guapísima! —Silbó.

—Muchas gracias —dije besándolo con ganas. Un beso largo con el que las lenguas tuvieron tiempo de recrearse.

—¡Vaya! Parece que te alegras de verme —comentó risueño.

—Siempre, ya lo sabes. —Le guiñé el ojo.

—Me encantan tus efusivos recibimientos, ¿te lo he dicho alguna vez?

—Continuamente.

—O sea que soy repetitivo.

—No me importa, me gusta tu insistencia. —Nuestros labios volvieron a unirse.

—En eso coincidimos, a mí me gusta insistir. —Un beso más.

—Pero, como verás, este recibimiento es especial.

—Sí, eso parece. —Sonrió perspícaz.

—Porque hoy es un día significativo; es tu cumpleaños. ¡Felicidades, Connor Scott!

—Gracias, cielo. —De nuevo un largo beso con el que se enredaron las lenguas.

—¿Qué planes tienes para hoy? —le pregunté.

—Disfrutar este día especial contigo. ¿Qué te parece?

—Una idea muy tentadora que acepto sin pensar —contesté.

—¡Genial! —Otro beso—. Pues empecemos por lo que estaba a punto de hacer antes de que llegaras, tomarme un café. ¿Te apetece uno?

—Por supuesto —respondí, y agregué—: ¿Y a ti te apetece escuchar una buena noticia?

—Desde luego, dime —me solicitó.

—La doctora Williams acaba de darme el alta.

—¡Estupendo! —exclamó, dándome un beso más—. Aunque es una noticia que no nos pilla desprevenidos, sabíamos que no tardaría en llegar. Estás mejor que nunca, Lula.

—Lo sé, pero al fin ha llegado. —Estiré los labios—. Y lo ha hecho el día de tu cumpleaños, el veinte de junio, una fecha que nunca olvidaré por ser el día que llegaste a este mundo. —De nuevo nos besamos.

—Me encanta que te guste tanto mi presencia en este mundo. —Sonrió—. Ahora acomódate, cielo, voy a por los cafés y vuelvo veloz.

—Vale, como usted diga, detective.

Scott, sin perder la sonrisa, se encaminó a la cocina y yo aproveché para tirar del lazo de mi vestido y dejar que se abriera. Deseaba que cuanto tenía preparado para este día sorprendiera y gustara al hombre de mi vida, que lograra enmarcar la inolvidable fecha en nuestro corazón. Despojándome del vestido, me sentí tan nerviosa como cuando acudí por primera vez al colegio. Ese tipo de nervios inquietos y a la vez expectantes que me recorrieron de pequeña pululaban en este instante por mis entrañas. Si bien había que destacar una importante diferencia: ahora mi cuerpo adulto no solo experimentaba una agradable alteración, también hacía malabares con el ardiente deseo que desprendía mi libido. Me quedé en ropa interior; solo un provocador *body* negro cubría mi desnudez. Subida a mis tacones y calzada en mi seguridad aplastante, caminé hacia Scott, quien, portando los cafés, se giró. Al verme se quedó boquiabierto, del todo sorprendido. ¡Primer objetivo logrado!

—Y aquí tienes tu regalo —le dije, mostrando una pose seductora y sensual.

—¡Guau! —Silbó con musicalidad, admirándome de arriba abajo, con la mirada tan fulgurante como vehemente—. Esto es un regalo y lo demás son tonterías, nena. —Dejó de inmediato las tazas sobre la encimera.

—Ya que no has preguntado por él, no me ha quedado más opción que traerlo hasta aquí —hablé de forma pícara.

—Me fascina tu regalo, no puedes imaginar cuánto. —Me miró deseoso, relamiéndose. Me fue imposible eludir la sonrisa al ver su gesto.

—¿Sabes? Le he dado muchas vueltas antes de decidirme —hablé en tono sexi.

—¿Ah, sí? —Arqueó las cejas.

—Sí —afirmé—. He tenido muchas dudas, no ha sido una decisión fácil.

—¿De veras?

—Te lo prometo. —Asentí tan seria como pude—. Tenía varias opciones en

mente. Primero pensé en regalarte ropa, algo que estaría bien.

—Pero que nos estorbaría —añadió.

—Cierto. Por eso después creí que un frasco de tu perfume de Armani también te gustaría; sabes que adoro ese aroma.

—Sí, pero los dos sabemos cuál es la fragancia que más adoramos, la que emiten nuestros cuerpos amándose —aclaró.

—Cierto también —confirmé—. Por eso mismo al final me decanté por un viaje. —Posé un dedo sobre su hombro y comencé a caminar a su alrededor muy despacio.

—Tengo la certeza de que este regalo va a gustarme mucho —apostilló.

—Eso mismo pensé yo, y por eso lo elegí —aseguré—. Y una vez decidido, me pregunté qué lugar te gustaría visitar. Tras una breve meditación, tuve la certeza de que el viaje que más te seduciría hacer sería recorriendo mi cuerpo. —Me paré frente a su rostro, sonriendo victoriosa. Verlo tan asombrado, tan excitado, hizo que me sintiera triunfadora. ¡Segundo objetivo logrado!—. Y claro, un regalo siempre se presenta con un bonito envoltorio, y eso he hecho, he envuelto mi cuerpo para ti, Connor Scott. Creí que con este *body* era más que suficiente. ¿Está bien así? —pregunté emulando inocencia.

—Más que bien, cielo —respondió—. Me conoces a la perfección, Lula, porque yo también hubiera elegido este regalo.

—Me alegra saber que he acertado.

—Lo has hecho de pleno, nena. Y ahora, si me permites —dijo empezando a desabrocharme el *body* con mucha habilidad—, voy a desenvolver mi regalo y a darme un buen viaje. Espero que te guste el lugar que vamos a recorrer.

—¿Y cuál es?

—La ruta del placer —contestó en voz ronca, tomada por el tórrido deseo que imperaba en el ambiente.

Scott se lanzó a mi boca sin dudar. Su hambre de mí continuaba siendo tan voraz como el primer día. Yo le respondí de idéntica manera, mi sed era igual de inagotable que la primera vez que nos amamos. Enredados en nuestros labios, caminamos unos cortos pasos, hasta que mi espalda, buscando un sostén, topó con una de las paredes. El *body* cayó al suelo y las manos de Scott se perdieron por mi encendido cuerpo. Me adjudicó distintas y sedosas caricias a la vez que su boca aprovechaba para azotarme el cuello de forma devoradora. Me excitó por momentos con su avivada pasión, que no cesaba de rozarse por mi desnuda piel. Y de esa manera, sin parar de comerme a besos el cuello y la boca, entrelazó sus manos a las mías y, de forma paulatina, extendió mis brazos a lo largo de la pared.

—Estoy hecho para ti, Úrsula, lo sabes, igual que tú lo estás para mí —susurró en mi oído—. Conformamos una pieza, no somos dos mitades. Nunca lo olvides, cielo.

—Lo sé —musité—. Somos como el yin y el yan, conceptos de dualidad.

—Exacto, fuerzas distintas y complementarias —explicó, soltando mis manos para acariciar el lado izquierdo de mi bajo abdomen, donde hacía unos meses que me

había tatuado ese símbolo.

A continuación, y con celeridad, se desnudó él. Como siempre, mi vista se deleitó con su perfecto cuerpo fibroso y atlético, con cada abdominal definido, con la tentadora acentuación de sus oblicuos que desembocaban en su virilidad. Casi de forma instintiva, rocé la zona del oblicuo derecho y también le acaricié su tatuaje: el yin y el yan. Ambos nos los habíamos grabado en la piel por considerar que ese símbolo nos representaba como pareja. Éramos bastante distintos, pero precisamente por eso complementarios.

Una vez más, Scott acercó sus labios a los míos. Aunque esta vez lo hizo con sigilo y sin prisa, besándome mil veces antes de empezar a jugar en serio. Después entró en escena el derroche de besos húmedos, el balanceante baile que ejecutaban las lenguas, tan tierno como lujurioso, estimulante e incitador. Las manos se nos desbordaban en caricias fogosas y ansiosas que se apoderaban de los cuerpos, dejando una estela de anhelo por donde pasaban. Impaciente por recibir a Scott, enredé mis piernas a sus caderas y, de forma inminente, lo sentí en mi interior, accediendo despacio, recreándose en mi mirada como tanto le gustaba hacer en ese momento, en el instante que me ocupaba, me poseía. De nuevo los cuerpos se conquistaron con la misma pasión de siempre, y la danza se inició. Los dinámicos movimientos, la endemoniada y ardiente cadencia en aumento nos condujo de forma irremediable al mejor fin: el orgasmo.

\*\*\*

Tras recobrar la cordura y la compostura, Scott calentó los cafés en el microondas, obviamente se habían quedado fríos, y nos sentamos a tomárnoslos. Entre sorbo y sorbo, mi amado no cesaba de mirarme y sonreírme, estaba tan contento que irradiaba felicidad, me cegaba con ella.

—¿Te ha gustado viajar por mi cuerpo?

—Me ha maravillado, cielo —aseguró—. Nunca me canso de hacer ese viaje; al revés, cada día me apetece más conducir por tu cuerpo, recorrerlo, admirarlo. Y a ti, ¿te ha gustado la ruta?

—Creo que la pregunta sobra. Tú lo sabes, notas que mi cuerpo está encantado con la ruta elegida.

—Ok, llevas razón, noto cuánto disfrutas. —Asintió—. Pero a veces me pregunto si estás cansada de viajar o si el viaje sacia tus ganas de aventura.

—También conoces esa respuesta, detective Scott. Tú sientes mis ganas por seguir viajando, sabes que me fascinan las aventuras que me ofreces.

—Muy bien, de acuerdo —admitió observándome con amor—. Sin embargo, creo que sigues sin comprender lo que trato de decirte, así que vamos a dejarnos de metáforas y hablar de forma clara. Yo te amo, Lula.

—Y yo te amo a ti, Scott.

—Sí, pero yo te amo tanto que jamás podría cansarme de ti. Y amarte así a veces me da vértigo, cuando soy consciente de en lo que te has convertido para mí.

—¿Y en qué me he convertido? —interpelé curiosa.

—En mi debilidad —reveló, paseando el dorso de su mano por mi mejilla—. Eres mi auténtica debilidad. Te amo tanto que resulta temeroso, me asusta.

—¿Te asusta?

—Sí —afirmó—. Me asusta porque no sé si sabría vivir sin ti, porque no quiero que tu compañía me falte, porque el solo hecho de imaginarlo me roba el aliento.

—¡Oh, qué tierno! —Lo besé—. Yo también te quiero mucho y no pienso separarme de ti. —Tuve que morderme la lengua para no decirle cuanto se me acumulaba en la garganta, pues era el momento idóneo para hacérselo saber. Pero no podía estropear la siguiente sorpresa, los planes estaban hechos y debía seguirlos al pie de la letra, aun pecando de parecer fría con mis escuetas palabras.

—Espero que nunca lo hagas —añadió, y nos dimos otro beso.

—Y, cambiando de tema, ¿cuáles son tus planes para hoy? —le pregunté, simulando desconocimiento.

—Estar junto a ti todo el día y llevarte a cenar al mejor restaurante de Manhattan. Hice la reserva hace cinco meses y por poco nos quedamos sin mesa; hay mucha demanda por la fama que tiene.

Arrugué los labios mirándolo a los ojos.

—Uy, ¿y ese raro gesto? ¿La cena no te parece buena idea? —interpeló.

—No, no; no es eso. La cena me parece fantástica.

—¿Entonces?

—Pues que antes de acudir a ese maravilloso restaurante al que vas a llevarme debemos pasarnos por el Manhattan Club. Los compañeros quieren felicitarte y tomarse una cerveza contigo, no puedes negárselo.

Scott se quedó callado, cavilando.

—De hacerlo sería un acto muy desconsiderado por mi parte, desde luego —aseguró, y volvió a meditar unos segundos—. Bien, nos pasaremos por allí antes de ir a cenar, pero sin entretenernos mucho. ¿Vale?

—De acuerdo, cariño. —Estiré las comisuras de los labios.

—Y como hoy es mi cumpleaños, ¿puedo pedirte otro regalo?

—¿Cuál?

—Quédate a pasar la noche conmigo, por favor, Lula —sonó a suplica.

—Lo iba a hacer aunque no me lo hubieras pedido.

—Buena chica. —Sonrió antes de besarnos.

\*\*\*

En el Manhattan Club nos esperaban los compañeros y toda la noche, algo que aún desconocía Scott, pero que yo me había encargado de solucionar. Lo había

alquilado para nosotros por ser nuestro refugio, el vínculo que nos unía a ellos desde hacía años. San Fuller, el expolicía que lo regentaba, no puso el menor impedimento cuando se lo propuse, y además me dejó un precio muy razonable. El trato había sido cerrado hacía algo más de un mes, y al día siguiente, y valiéndome de la información de uno de mis compañeros sobre las intenciones de Scott para su cumpleaños, le desmantelé los planes para esta noche, aunque él lo ignoraba.

Cuando entramos, todos nos aguardaban: Samantha, Parker, Morgan, Cooper, Higgins, Douglas, Morris, Smith, Davis... Incluso el sargento Peterson, con el que mantenía una relación mejor. A pesar de nuestros caracteres tan opuestos, habíamos sido capaces de enterrar las rencillas. La primera en acercarse a nosotros fue Samantha, que lucía una radiante sonrisa. Tras darle dos besos a Scott y felicitarlo, me cogió del brazo y, con disimulo, me apartó del resto, que ya andaban saludando y expresándole sus buenos deseos a mi hombre.

—¿Sabes que estás asquerosamente guapa?

—Gracias por tu piropo, Samantha —contesté de forma cínica.

—El empotrador no para de empotrarte, ¿verdad?

Me fue inevitable soltar una carcajada.

—Sabes que no hablo de mi vida íntima con nadie.

—No hace falta, se te ve en la cara, en la mirada, en tu carácter...

—Pues si se me ve, no me lo preguntes. —Me encogí de hombros.

—Amar a Scott te ha cambiado, Grechi.

—Perdona, yo dejo que me ame. Yo empotro al empotrador —parafraseé sus palabras, y le guiñé el ojo.

—Joder, veo que no has olvidado mi frase. —Chasqueó los labios, su habitual costumbre—. Y lo mejor es que tampoco has perdido tu ironía, y eso es bueno.

—Sí, esa sigue conviviendo conmigo.

—¿Sabes? De esto podíamos hacer un eslogan. —Enarcó las cejas.

—¿Eslogan? ¿Qué demonios dices?

—Pon un empotrador en tu vida y todo cambiará. —Nos echamos a reír sin parar.

—¿Qué os hace tanta gracia? —preguntó Scott, llegando de imprevisto.

—Nada, cosas de mujeres que tú no entenderías, cariño —le contesté.

—Vale, he captado la indirecta, ya me vuelvo con los hombres —dijo reuniéndose de nuevo con ellos.

—Joder, Grechi, no sabes la envidia que me das —soltó Samantha, mirando al culo de Scott.

—¡Eh!, se ve pero no se toca, ¿vale?

—Tranquila, solo babeo —contestó, pasando la mano por su boca, simulando limpiarse una imaginaria baba. De nuevo la risotada no se hizo esperar.

Morgan se subió al improvisado escenario que San Fuller había colocado por petición mía. Por todos era conocida su fama de chistoso y bufón, y empezó a deleitarnos la noche mientras nos tomábamos una cerveza, en mi caso un refresco. No

había vuelto a probar una gota de alcohol desde hacía quince meses, ni pretendía hacerlo.

El capitán Parker volteó la cabeza y me sonrió antes de encaminarse hacia mí. Samantha se retiró en cuanto lo vio llegar y se unió a los compañeros.

—Le has preparado una bonita fiesta de cumpleaños a Scott.

—Gracias, Nikolas.

—Parece que todo os va muy bien. Se te ve feliz.

—Lo soy —aseguré—. Es cierto que unos días más que otros, pero el balance general es que me siento feliz, viva.

—Bien, no sabes cuánto me alegro.

—Y yo, Nikolas.

—Te lo mereces, Úrsula, eres una gran mujer.

—Gracias.

Del mismo modo que había hecho Parker, los compañeros comenzaron a acercarse a hablar conmigo un momento, a comentarme el bonito detalle que había tenido al preparar la fiesta, al reunirlos a todos... Apenas había acabado mi coca-cola cuando Scott llegó a mí.

—Cielo, debemos irnos o llegaremos tarde a cenar.

—Dame unos minutos antes, quiero decir algo.

—De acuerdo, pero sé breve, Lula.

—Lo intentaré. —Le di un beso.

Me encaminé a la madera que hacía de escenario, donde Morgan no paraba de hacer el tonto, y le pedí que interrumpiera su actuación y me dejara unos minutos el micrófono. Miré al frente; todos estaban expectantes al verme allí subida y yo me puse nerviosa. El estómago se me anudó, el corazón se me agitó y las manos comenzaron a sudarme, pero ya no había marcha atrás. Ya no podía recular, debía contar lo que había decidido hacer público a los presentes, y en especial a Scott.

—Antes de nada, agradezco que hayáis venido a felicitar a Scott.

—En realidad hemos venido por ti, Grechi, tú eres más guapa que él —dijo Cooper, y los demás rieron.

—Gracias por el piropo, compañero.

—De nada, detective.

—En fin, no quiero hacer de esto un sermón ni algo aburrido, así que sintetizaré pero sin perder la esencia de lo que quiero decir —carraspeé para aclarar la garganta, se me empezaba a anudar.

—¡Uy, esto se pone serio! Grechi está nerviosa —anunció Higgins.

—¡Callaos y dejadla hablar! —espetó Samantha alzando la voz, autoritaria.

—Es cierto que estoy algo nerviosa, no lo voy a ocultar, pero no me lo tengáis en cuenta y permitidme empezar. Cuanto antes lo haga, antes acabaré. —Se hizo un aplastante silencio. Solo escuchaba el traqueteo de mi acelerado corazón retumbando en mi ser—. Quiero daros las gracias por vuestro apoyo y... —tomé aire—, y sobre

todo por haber encubierto en más de una ocasión mi comportamiento. Sé que en puntuales momentos deshonré a nuestra loable profesión.

—Disculpa que te interrumpa, Grechi, pero estoy en la obligación de corregirte —avisó el capitán Parker, para mi asombro—. Nunca has deshonrado al cuerpo de policía de Nueva York. Somos personas, no seres divinos. Personas como cualquier otra, con problemas, con días mejores y peores, y como tales pasamos por determinadas circunstancias que no siempre sabemos llevar de la manera más adecuada o correcta, nada más. Y quien esté libre de culpa que tire la primera piedra —declaró, observando al resto de compañeros, que asintieron dándole la razón—. Ya puedes seguir, por favor —me solicitó.

—Gracias. Gracias a todos. Digáis lo que digáis, sé que no actué de forma apropiada y sé que vuestro apoyo cubrió mis defectos, y eso nunca lo olvidaré. También sé que ha pasado mucho tiempo de ello y que jamás os lo he mencionado, y menos agradecido, por eso hoy quiero hacerlo públicamente. —Callé unos segundos, el silencio era tan grande que no se escuchaban ni las respiraciones de los presentes—. Han pasado quince meses desde el día que me atacaron e intentaron matarme por primera vez. Como recordaréis no lo consiguieron, sigo viva —bromeé—, pero perdí la memoria. Aunque conseguí recuperarla, desde entonces Úrsula Grechi ha cambiado. No sé qué sucedió aquí dentro —señalé mi cabeza—, pero en bastantes aspectos sufrí una metamorfosis.

—¡Doy fe de ello! —manifestó en alto el sargento Peterson. De nuevo reímos.

—Gracias por el apunte, sargento.

—De nada, detective —respondió, estirando sus rectos labios.

—Bien. —Tomé aire una vez más, me aproximaba a la parte más importante—. Como también sabéis, Scott me salvó la vida cuando Sian Cook intentó matarme de nuevo, y a punto estuvo de costarle la suya. Desde hace algo más de un año mantenemos una relación, Scott es el hombre de mi vida, lo amo.

—Y yo a ti, cielo —gritó casi emocionado.

—¡No la interrumpáis más, coño! —protestó Samantha, sulfurada—. Ansío saber a dónde quiere llegar, me tiene en ascuas.

—Dejadme acabar porque si no Samantha va a empezar a comerse las uñas —hablé entre risas, y volví a retomar la seriedad que el asunto requería—. Por eso mismo, porque Scott es el hombre al que amo más que a mi vida, he querido aprovechar su cumpleaños para hacerle una petición.

—¿Cuál? —preguntó Samantha veloz.

—¡Eh, eso tengo que preguntarlo yo! —se quejó Scott.

—¡Calla! Déjala hablar —anunció ella. Me invadieron las ganas de reír al ver la gran impaciencia de Samantha, pero las aguanté—. ¡Vamos, Grechi, suéltalo! —me exigió.

—Connor Scott, sin acudir a papeleos, como dirían los católicos de forma pecaminosa, ¿quieres vivir conmigo el resto de tu vida?

Lo miré ilusionada. Él estaba boquiabierto, igual de sorprendido que esa mañana, cuando, sin esperarlo, me acerqué a él con aquel provocador *body* negro incitador de fantasías. ¡Tercer y último objetivo logrado!

—Di que sí o después de cuanto ha dicho Grechi yo me voy a vivir con ella — proclamó Samantha, y las carcajadas volvieron a ocupar el lugar—. ¡Venga, sube, que te has quedado pasmado! —Empujó a Scott para que fuera al escenario, a mi lado. Y subió.

—Hola —saludó, un poco turbado aún. Se aclaró la garganta y posó sus preciosos ojos color verde pardo en mí; ellos ya me estaban dando la respuesta—. Yo solo puedo decir que soy el hombre más feliz de la tierra estando junto a ti. Que incluso cuando estás insoportable te quiero. Te amo y no tiene solución, ya sabes que eres mi debilidad. No puedo imaginar mi vida sin ti y desde luego que quiero compartirla contigo, Úrsula Grechi.

Nos besamos apasionadamente. Nuestras bocas se imantaron y era imposible separarnos. Los compañeros empezaron a aplaudir, a silbarnos, y aun cuando invadieron el escenario para felicitarnos y bromear, no apartamos nuestros labios.

—¡Eh, Grechi, para ya! —escuché la voz de Samantha, mientras su brazo tiraba de mí hasta separarme de Scott—. Haz el favor de dejar algo para cuando lleguéis a casa, ¿no? O por lo menos no nos pongáis los dientes largos a los demás, que a este paso voy a ir arañando el suelo.

—De acuerdo. —Me reí.

—Y a ti te voy a decir algo, Scott —dijo apuntándole con el dedo anular—. A mí un tío me hace una declaración de amor como la que acabamos de presenciar, pidiéndome públicamente pasar la vida con él, y como mínimo se me caen las bragas.

—Yo es que no suelo usar ese tipo de ropa interior —bromeó.

—¿Y calzoncillos?

—A veces —siguió la broma.

—¿Hoy llevas? —preguntó picarona.

—A ti te lo voy a contar. —Scott y yo nos echamos a reír viendo a Samantha emitir un mudo silbido a la par que se abanicaba con la mano.

—¡Eh, Morre! ¿Tienes sofocos? —le preguntó Morgan a Samantha, todos la llamaban por su apellido excepto yo.

—Sí, estos dos me están acalorando y haciendo pasar envidia.

—Si quieres aplacar tu envidia puedes contar conmigo, Morre. Yo estoy libre, tú estás libre, y parece que ambos tenemos ganas de marcha. —Le guiñó el ojo—. ¿Te apuntas?

—Puede —le contestó—. Además, nunca he estado con un hombre negro —enunció tan directa como siempre.

—¿Ah, no? Pues eso tiene fácil remedio, ¿no crees?

—Creo que sí, ahora mismo tengo a mi lado a un morenito que parece accesible. —Torció una sonrisa provocativa.

—Te invito a una cerveza y hablamos de la accesibilidad, ¿quieres, blanquita? —Morgan enarcó las cejas.

—Nunca rechazo una invitación, café con leche, y mucho menos una conversación sobre accesos —respondió, marchándose a la barra con él.

—¡Uy, donde van a acabar estos dos! —avisó Scott, y nos reímos.

—Creo que en la cama.

—Eso si les da tiempo a llegar, que no sé yo. —Miró el reloj y añadió—: A donde nosotros no llegamos ya es a cenar; hemos perdido la reserva.

—Tranquilo, la reserva estaba anulada desde hace un mes y aplazada para mi cumpleaños, a finales de septiembre.

—¡Guau! No se le escapa una, detective.

—Los planes deben estar bien atados, ¿no?

—Muy cierto —aseguró—. Aunque me hubiera dado igual perderla, este ha sido el mejor regalo de cumpleaños que he tenido nunca.

—Este es el segundo regalo que te hago hoy. Esta mañana te regalé un viaje por mi cuerpo y ahora te ofrezco una expedición indefinida por mi alma. ¿Estás seguro de dar el paso, Scott? —Lo miré seria.

—Por supuesto —respondió sin titubear un solo segundo—. Estaba ansioso de que me lo pidieras de una vez, creí que no lo ibas a hacer nunca —replicó.

Me quedé sorprendida con su revelación.

—¿Que estabas esperándolo?! ¿Y por qué no me lo has pedido tú? —pregunté confusa.

—¿Cómo iba a hacerlo si ni siquiera querías tener la llave de mi casa? Me daba miedo que te sintieras presionada si te pedía avanzar en el campo, ¿lo entiendes? Debías ser tú, de esa forma sabría que era tu deseo.

—Claro que lo deseo —confirmé—. Pero yo también quiero que estés seguro porque me conoces y sabes que... Bueno, ya sabes cómo es mi carácter.

—¿Cómo? ¿Temperamental? Sí, lo sé. —Asintió—. No me cuentas nada nuevo.

—Sabes que me cabrearé en más de una ocasión y que me enciendo tan rápido como la pólvora.

—También lo sé.

—Discutiremos —aduje.

—Cuento con ello, Úrsula.

—Pero hasta ahora, cuando eso ha ocurrido tú te has ido a tu casa y yo a la mía, no es lo mismo que convivir.

—Sé que no será lo mismo.

—Y si un día me enfurezco tanto que igual... Igual un día, qué sé yo..., llego a agredirte verbalmente, te insulto —alegué, contemplando el peor escenario posible.

—Eso lo tendrás que controlar. Faltar el respeto no está bien. —Zarandeo la cabeza con desaprobación.

—Por lo que veo estás del todo decidido.

—Eso te estoy diciendo —corroboró.

—No me dejas más remedio que quererte, ¿lo ves? —dije observándolo henchida de amor.

—Eso quiero que hagas toda la vida, cielo. Y que nunca olvides lo que somos, conformamos una pieza, no somos dos mitades, Lula.

—El yin y el yan. Fuerzas distintas y complementarias —añadí.

—Correcto. Y sobre todo, lo que jamás puedes olvidar es que te amo, con tus defectos y virtudes.

Me lancé a sus labios y lo besé con más ganas que nunca, empleando todo mi ímpetu. En ese momento sentí que no eran nuestros labios los que se unían, sino nuestras almas, que no querían separarse. Y víctimas de su caprichoso anhelo, el beso se alargó hasta límites insospechados; ni la falta de aliento podía despegarnos. Era el beso más largo que había dado nunca, y quizá, o de seguro, el más largo de la historia.

## Epílogo

*Cuatro años después.*

Nápoles; *Napoli* en italiano, *Napole* en napolitano. El mar Mediterráneo bordea la costa de una urbe que es un escenario, un teatro al aire libre gracias al espectáculo que ofrecen sus calles, mercados y tiendas. Es una ciudad encantadora, con un bello casco histórico. Sus barrios están llenos de color y vida, de aromas. Nápoles, sencillamente, es una ciudad importante para mí. Es la ciudad de mi padre, el origen de mis raíces italianas.

Por fin, después de muchos años, he podido realizar el sueño de pisar esta tierra, que ahora mismo, contemplándola, me tiene encandilada. Nápoles es mi gran desconocida y, contradictoriamente, la conozco tan bien y significa tanto en mi vida, que sin haberla visitado nunca es como si perteneciera a ella. Estar aquí hace que sienta tal cantidad de sensaciones y emociones que se convierte en una maraña. Una que enreda a mis entrañas con mi corazón. Aunque, siendo sinceros, a quien se le blande el alma con agitación es a mi padre, por supuesto. Sin duda, esta ciudad es la cuna de nuestra esencia. Viajar a Nápoles, al manantial familiar, a los pilares de nuestra procedencia, resultó algo ineludible además de muy deseado.

Recorriéndola, mi mente no puede reprimirse y hace una regresión a la infancia. El sabor de las comidas napolitanas que mi padre nos preparaba, el olor de la albahaca cuando la picaba, la melodía que tarareaba mientras cocinaba, la manera de enseñarnos su lengua materna a base de jugar con un polichinela que utilizaba como títere. Con él y los teatrillos que nos montaba, aprendimos el idioma sin darnos cuenta. Con los años comprendí que en realidad usó a aquel polichinela como método de aprendizaje por una razón, porque estaba arraigado a su tierra y cultura. La frase que más nos repetía al finalizar las farsas era: «*Verdi Napoli e muori*». «Ve Nápoles y muere», eso significa. Y ahora que estoy en esta tierra, comprendo que la oración no está falta de razón, pues es un lugar tan hermoso que después de admirarlo puedes morir en paz.

Este maravilloso y ansiado viaje no lo he hecho sola, sino con tres acompañantes: mi padre, Scott y Ariel. Os estaréis preguntando quién es Ariel, ¿verdad? Pues Ariel es el mayor regalo con que la vida me ha premiado: mi hijo. Sí, mío y de Scott. Elegimos el nombre de Ariel en honor a mis padres, porque es otro personaje de una obra de Shakespeare, el artífice de unir a mis progenitores. A Scott le gustó tanto como a mí, y no lo dudamos un segundo: ese sería su nombre. Ariel Scott es un niño precioso y sano que acaba de cumplir los tres años. Un niño concebido con mucho deseo y al que queremos de forma infinita. Muy espabilado, muy parecido a su padre, pero que sin duda lleva inyectado en vena el carácter Grechi. El ADN italiano, ese

que es fuerte y temperamental, predomina en sus genes.

Llevamos varios días recorriendo la bella ciudad de Nápoles, admirando sus muchos monumentos, a los que mi padre, ejerciendo de guía, nos ha llevado. También hemos paseado por las calles de su niñez, muy cambiadas actualmente, como es natural. He sentido la emoción que lo embarga al explicarnos cosas de su ciudad, la voz se le rompe de vez en cuando, es inevitable. Aunque hoy se le quiebra más de lo habitual, cuando nos cuenta que va a llevarnos a un lugar muy especial para él, un sitio que conserva en su memoria con mucho cariño. Se trata de un castillo al que su padre, junto a sus hermanos, lo acercaba con frecuencia, y del que siempre nos habló.

Ariel no para de corretear, es muy inquieto y quiere curiosarlo todo. Mi padre no hace más que ir tras él de un lugar a otro, como si fuera otro chiquillo, jugueteando, y cada vez que mi hijo le dice o le pregunta algo, añadiendo la palabra *abuelo*, se colma de felicidad; como coloquialmente decimos, se le cae la baba. Y con esa alegría bulléndonos, Scott y yo caminamos próximos a ellos, abrazados y sonrientes.

—Sabes que Nápoles te sienta de maravilla. Estás irresistible, cielo. —Me besa.

—Muchas gracias, señor Connor. —Le devuelvo el beso.

—He estado pensando algo. —Arquea las cejas.

—¡Uy!, ¿tengo que echarme a temblar?

—Espero que sí, aunque solo por placer, claro. —Sonríe pícaro.

—¿Y qué idea tienes en mente?

—Podríamos convencer a Ariel para que hoy duerma en la habitación de tu padre. En ella hay una cama vacía y nosotros nos quedaríamos solos. Tengo muchas ganas de ti, Lula. ¿Qué me dices?

—Que es una proposición muy deshonesto y tremendamente apetecible. Yo también me muero por estar a solas contigo.

—¡Pues adjudicada! —exclama, y volvemos a besarnos.

—Otra historia será convencer a Ariel para que duerma en la habitación de su abuelo.

—Eso déjame a mí. Hacer que razone el temperamento de los Grechi, se me da bien. —Me guiña el ojo.

—Trato hecho. Todo tuyo, campeón. —De nuevo otro beso.

Sentimos una fresca brisa, incluso nos parece oír el rugir de las olas rompiendo en la orilla. Andamos unos pasos y de pronto nos encontramos de frente con el mar, el puerto y al fondo el Vesubio. La maravillosa imagen que muestra el golfo de Nápoles desde esa perspectiva nos deja sin aliento y sin palabras. En multitud de ocasiones mi padre me ha dicho que desde este punto se obtienen las mejores vistas, pero creo que sus palabras no han hecho justicia a lo que estamos admirando. El paisaje es tan magnífico que faltan calificativos para describirlo.

—¿Qué te parece, hija? —me pregunta emocionado.

—Es una maravilla, papá —respondo con una mezcla de congoja y alegría.

—Ariel, ven conmigo un momento, hijo —enuncia Scott, y el niño corre a su lado. Por su gesto, deduzco que mi hombre trata de dejarnos intimidad a mi padre y a mí. Él sabe tan bien como yo lo que supone este viaje, que no se trata de turismo, sino de vuelta a los orígenes.

—Por fin estás en el lugar del que más os he hablado —dice mi padre con un nuevo quiebro de voz.

«Os he hablado». Usa el plural, como es lógico.

—Sí, creo que desde que tengo uso de razón te he oído hablar del Catell Dell'ovo y de su leyenda.

—Pero hay algo que jamás te he contado sobre este sitio.

—¿El qué? —pregunto curiosa.

—Ya sabes que mi padre nos traía los domingos; eso siempre te lo he dicho, y que empezó a hacerlo cuando yo tenía casi nueve años.

—Sí, todo eso lo sé —afirmo.

—Yo creo que por aquel entonces mi padre ya andaba pensando en abandonar Nápoles y quería grabarnos nuestra ciudad, nuestra patria, en la memoria y en el alma. Por eso cada vez que veníamos aquí nos decía lo mismo, mientras nosotros lo escuchábamos sin pestañear: «Admirar el golfo de Nápoles, hijos, estas son las mejores vistas del mundo. Nápoles es vuestra ciudad, recordarlo siempre estéis dónde estéis. Aspirar el aroma de esta tierra, de este mar, sois napolitanos, italianos, aquí, y solo aquí, se encuentran vuestras raíces. Si algún día abandonáis esta maravillosa tierra, pensad siempre en ella. Acordaos de cada uno de sus rincones, de la comida, las costumbres, vuestro idioma... Y si llegáis a tener hijos, traerlos aquí, a este castillo. Traerlos y contarles la leyenda». «¿Cuéntenosla otra vez, padre?», le reclamé yo. «Sí, sí, padre, cuéntenosla, por favor», le rogaron mis hermanos al unísono. Y mi padre sonrió antes de comenzar: «Según cuenta la leyenda, Virgilio escondió en los cimientos del castillo un huevo mágico. Sin este huevo, la fortaleza sería destruida y Nápoles sufriría una catástrofe. ¿Queréis que busquemos ese huevo? ¿Queréis descubrir la zona dónde está oculto?». «¡Sí!», contestamos los tres, con un grito eufórico. «Pues bien, vamos a buscar por el pavimento lugares irregulares, que suenen a hueco, seguro que ahí es donde fue enterrado». Y empezábamos a jugar. Así lo hicimos muchas mañanas de domingo después de salir de misa, antes de abandonar esta tierra. Nuestra tierra —enunció mi padre claramente conmovido por el recuerdo.

Contemplo ensimismada la desgastada piedra del castillo debido a los miles de años soportados. De pronto, me parece verlos a todos ellos correteando, yendo de un lugar a otro en busca de aquel huevo mágico, mientras mi abuelo los observa. De forma irremediable, la emoción también me embarga a mí. Me arrojo a los brazos de mi padre y estrecho con fuerza mi pecho al suyo. Sé lo mucho que significa para él estar en este sitio. Sé que tiene el corazón repleto de alegría y a la vez constreñido por la pena. Y lo sé porque a mí me sucede lo mismo. En este retrato faltan dos personas muy importantes: mi hermano y mi madre. Pero aunque ellos no estén físicamente,

siempre permanecerán tatuados en nuestros corazones y siempre vivirán con nosotros. Hasta la muerte.

—Te quiero, papá —le digo, y le beso la mejilla.

—Y yo más, hija. Mucho más —me responde con una leve sonrisa.

Tras unos segundos, nos separamos, y, todavía emocionados, seguimos contemplando las impresionantes vistas.

Veo que Scott coge en brazos a Ariel y empieza a susurrarle algo al oído, ya imagino el qué. Observo la risilla traviesa de mi hijo, esa que me alegra el alma, me la llena de gozo. Luego padre e hijo chocan las manos, Ariel salta de sus brazos y, veloz, se acerca a mi padre.

—*Abelo, abelo, eta noche moy a mumir en tu habatación ¿quieres?* —Le escucho decir con su lengua de trapo. Tengo que apretar los labios para no reír.

—Pues claro, hijo, será todo un honor para mí —responde mi padre, tomándolo en brazos—. ¿Quieres que te cuente una historia? ¿La leyenda de este castillo?

—¡Sí, sí, sí! —afirma Ariel de carrerilla, ilusionado.

—Resulta que tiene un huevo mágico escondido en alguna parte. ¿Lo buscamos?

—¡Sí, *abelo*, sí! —chilla eufórico, bajando de los brazos de mi padre para empezar su nueva aventura.

—Hecho —me susurra Scott al oído, y termino riendo.

Admirando el infinito mar azul, la impresionante vista que quedará grabada en nuestra retina, Scott echa su brazo por encima de mi hombro, me atrae hacia su pecho y me besa el cabello. Con esa preciosa imagen, y sintiendo el calor del hombre al que amo, echo la vista atrás y, sin pretenderlo, repaso mi vida. Una vida en la que han ocurrido demasiadas cosas, llena de luces y sombras. Creo que ser madre es lo que me ha llevado a reflexionar en bastantes ocasiones, aunque ahora bajo otro prisma, despojada del sentimiento de culpabilidad que ha ocupado mi alma durante años. Precisamente ese sentimiento maternal me ha hecho comprender mejor el dolor de mi madre por perder a un hijo, y la angustia que la llevó al extremo de querer morir. También he entendido la disposición derrotista de mi padre, quien, viéndose sin hijo ni esposa, se abandonó poco a poco hasta casi dejarse morir. Incluso he analizado de forma minuciosa el comportamiento de mi hermano y he llegado a una conclusión de por qué actuó así: su carácter no era tan fuerte como el mío. Yo nunca he buscado la aprobación de los demás, soy como soy y quién me quiera debe hacerlo por eso mismo, no por lo que desee que yo sea. Sin embargo, la personalidad de Romeo no era tan acusada como la mía y buscó el reconocimiento de Bart Holmes, el líder de aquella panda con la que nunca debió mezclarse. Y lo buscó por encima de todo, o de todos. Su desgracia fue toparse con un resentido, un mocoso sañado que acabó convirtiéndose en un psicópata.

Panocha, o mejor dicho Sian Cook, también me ha hecho meditar otras cuestiones. Cuanto me contó logró que la verdad se pusiera de manifiesto, y la verdad no mostraba más que el soterrado odio de Cook hacia mi persona. Eso me hizo

cuestionarme de forma insistente una pregunta: ¿A qué elevadas cotas de irracionalidad podía llegar su rencor para que, quince años después, aún tuviera sed de venganza? La verdad de los hechos ocurridos aquella noche que mutó nuestras vidas, cuando mató a mi hermano, dejó al descubierto su aversión hacia mí. Me aborrecía tanto, y con tanta fuerza, que deseaba mi muerte a toda costa.

Lejos quedan ya aquellos momentos de mi vida: las muertes de mi hermano y de mi madre; incluso los más recientes con Sian Cook. De forma paradójica, a él debo agradecerle la primera vez que intentó matarme, pues perder la memoria me permitió organizar mi mente, que estaba muy trastocada y perdida. Pasados unos meses tras el segundo intento por eliminarme, y hablando con la doctora Williams en una de nuestras citas, comprendí de una vez por todas lo que ocultaba otra verdad. La verdad de mi vida, de las circunstancias, de cuanto pensamos que podemos controlar pero nos es imposible, de lo que decidimos que no está a nuestro alcance y sin embargo lo podemos gobernar. Tras la verdad se escondía miedo, dolor, desconfianza, culpabilidad... Lo que oculta la verdad no siempre es bueno o agradable, pero debemos verlo para corregirlo y avanzar. A mí no me gustó descubrir lo que exponía esa verdad, por eso decidí cambiar a la Úrsula que era para forjar a la que soy. Me deshice del sentimiento de vacío, de la oquedad que me dejó la amargura y me llené de esperanza, de renacer. La vida me ofrecía una nueva oportunidad y no pensaba desaprovecharla. El pasado era un tiempo que quedaba atrás y jamás volvería si yo no se lo permitía; y no iba a hacerlo. No pensaba regodearme más en él, sino avanzar hacia el futuro. Un tiempo que Scott y yo habíamos decidido vivir juntos, compartirlo, y la vida nos lo había agradecido premiándonos con un hijo.

No obstante, la vida tampoco es fácil ni de color de rosa, hay que lidiar con ella a diario. Las tensiones, las preocupaciones, un mal día en el trabajo, un atasco, los malos recuerdos... Todo pasa factura y nadie es la excepción. Por eso Scott y yo, a pesar de amarnos, no somos la pareja perfecta. Discutimos como cualquiera, aunque yo siempre llevo a la pelea el intercambio de ideas, y nos enfurruñamos. Si bien es cierto que no sabemos estar enfadados por mucho tiempo, e igual que estallo intento corregir mis errores, me arrepiento de mi desacertado comportamiento y busco una solución. Tras la tempestad llega la calma, en el caso de una riña, la reconciliación; un momento maravilloso en el que Scott se siente agradecido por ver que recapacito, y me ama como si fuera la última vez que pudiera hacerlo. Y yo le respondo de idéntica manera. La llama de la pasión continúa viviendo en nosotros tan viva como el primer día, y se activa solo con mirarnos.

El amor no siempre es idílico ni maravilloso, pero lo importante es que convive con nosotros, con sus defectos, valores y virtudes. Porque lo nuestro es amor, esa palabra tan grande e importante, poderosa. La misma que siendo tan corta, pues solo cuenta con cuatro letras, abarca y engloba tanto al tratar de convivencia. Sé que vivir conmigo no es fácil, a veces ni yo misma me soporto. Sé que Scott y yo somos diferentes. Sé que el amor que siento por él me está enseñando a limar mis asperezas.

Sé que soy afortunada porque Scott es persistente en su empeño: yo. Sé que nuestra dualidad es un hecho. Sé que él es el hombre de mi vida y no quiero a otra pareja a mi lado. Sé que somos complementarios. Sé todo eso y a veces tengo la sensación de que no sé nada, que sabiendo como soy no me conozco, que Scott es el único que me comprende, sabe templar mi temperamento y hace que viva en paz conmigo misma. Somos una pareja imperfecta, lo sé, pero también sé que a nuestra manera somos felices. ¿Quién dijo que amar es fácil?

—¿Nos vamos? —dice Scott, sacándome de mis pensamientos.

—Sí, claro —contesto, y veo a mi padre jugueteando con Ariel, alejándose de nosotros.

—No creo que ellos encuentren ese huevo mágico, pero desde luego la leyenda ha pasado a otra generación más. —Sonríe.

—Cierto —confirmo—. Además, él ha tenido la suerte de conocerla en el mismo lugar. Yo, sin embargo, no conté con esa ventaja y tuve que imaginar este sitio infinidad de veces. Por eso le pedía a mi padre el favor de describírmelo con precisión.

—Y hablando de favores, tú tienes que hacerme uno a mí —añade Scott.

—¿Cuál? —pregunto con curiosidad, viéndome reflejada en sus ojos que tanto me gustan.

—Quiéreme toda la vida, cielo —me pide, observándome con arrobo.

Sonríe de forma sutil antes de responder.

—Eso está hecho, Connor Scott. Compañeros para siempre —digo, mostrándole la pulsera que me regaló.

—Compañeros para siempre —repite él.

Scott me abraza y acerca su boca a la mía. Nos besamos llenos de amor, de pasión y de plenitud. De nuevo nos damos un beso muy largo con el que se funden nuestras almas, no los labios. Un beso con el que una vez más comprendemos que somos más pasionales que cerebrales. Un beso que no deseamos que tenga fin, de los que rebosan todo el amor que nos profesamos. Un beso de los que hacen historia, o simplemente de los que nos convierten en la historia de los besos.

## Agradecimientos

Dicen que es de bien nacidos ser agradecido, y yo, una vez más, tengo que repartir muchos agradecimientos. A mi marido, por ser un compañero infatigable en mi camino, por escucharme, animarme y apoyarme constantemente. A mi hijo, el motor de mi vida, mi gran orgullo, sin duda alguna la mejor de mis obras. A mi madre y suegros, que incansables no dejan de promocionarme estén donde estén. A los amigos, a los que tengo a mi lado y veo con asiduidad, a los que están a kilómetros y nos vemos de vez en cuando; gracias a todos por estar siempre cerca de mí. A los seguidores virtuales, que por suerte crecen día a día y me siento muy arropada por ellos. A mis lectores en general, debéis saber que gracias a vosotros puedo denominarme escritora. Y, por supuesto, a mi editorial, al incondicional apoyo de Alberto Santos y Carlos L. García-Aranda, sin su confianza mi sueño nunca se hubiera materializado.

Asimismo, como en novelas anteriores, quiero volver a dar un agradecimiento especial a las librerías. Es difícil abrirse hueco en el mundo de la literatura, pero hay librerías que gracias a su labor, a sus recomendaciones, me han hecho llegar a bastantes lectores. Un año más quiero agradecer el enorme apoyo de Librería Guillén. Beatriz, eres increíble. Aunque este no es el único agradecimiento que quiero destacar, también deseo hacer una mención especial a Librería Bravo, por el trabajo de Manuela en favor de los autores menos conocidos. Y por ser unas maravillosas personas y libreras, porque se lo merecen, quiero agradeceréselo a Olga (Tu Tienda), a Belén (Sayri) y a Ana (+ Q Libros).

Y para finalizar, te lo agradezco a ti, lector que vas a leer por primera vez una de mis obras. Gracias por la oportunidad.



EVA ZAMORA (Madrid, España, 1972), se crio en Arganda del Rey, y ahora reside en la localidad de Campo Real. Es una mujer normal a quien le apasiona la literatura desde niña, aunque nunca se atrevió a dar el paso de escribir, sus novelas solo existían en su cabeza, y nunca llegaban a plasmarse en papel. Pero eso cambió hará unos años, animada por su hijo adolescente, otro amante del mundo de las letras y quien la animó a dar ese salto. Compagina su faceta de escritora con los quehaceres diarios y siempre con el apoyo y empuje de su familia.

Actualmente ha escrito varias novelas, *La esencia de mi vida* (2015) y *Todo por Daniel* (2015) son sus primeras obras en ver la luz. Ahora está escribiendo la que será su séptima novela, una historia intensa y cargada de intriga.